
Los Secretos de la Mansión Dorrell
Inés Larraín

Los Secretos de la Mansión Dorrell

Los Secretos
de la
Mansión Dorrell

Inés Larraín

Los Secretos de la Mansión Dorrell
© 2025 Inés Larraín

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio sin permiso previo por escrito de la autora.

Primera edición: 2025

Para las que recuerdan con las manos.

PRIMERA PARTE

La llegada

Capítulos I – VIII

I

La niebla y la casa

No existen los espejos en la Mansión Dorrell.

Eso fue lo primero que advertí, aunque en aquel momento no le di importancia. La señora Blackthorn me recibió en el vestíbulo con una vela en la mano —a plena tarde, con el cielo todavía gris sobre los páramos— y mientras me conducía por un pasillo angosto que olía a cera vieja y a algo más, algo ácido que no supe identificar, noté que los marcos dorados sobre las paredes sostenían telas de crespón negro en lugar de cristales. Conté cinco antes de llegar al salón. Después dejé de contar.

Había aceptado el puesto tres semanas antes, en Londres, en una oficina de la calle Harley donde un abogado llamado Edmund Hale me explicó las condiciones con una amabilidad que entonces me pareció generosa y que ahora, al recordarla, me produce una sensación distinta, más difícil de nombrar. Los niños eran dos. El padre había muerto hacía ocho meses. La madre, antes. La casa estaba en Yorkshire, cerca de Whitby, en un terreno elevado al que solo se accedía por un camino de tierra que en invierno se volvía intransitable. El sueldo era el doble de lo que cualquier institutriz en mi situación podía esperar. El señor Hale me miró por encima de sus gafas redondas y dijo que la familia necesitaba a alguien con carácter. Que los niños eran difíciles. Que la casa era grande y que no debía asustarme la soledad.

No le dije que la soledad no me asustaba. Que llevaba conociéndola desde los dieciocho años, cuando desperté en la enfermería del internado de Ashford sin un solo recuerdo de lo que había sido mi vida antes de ese momento. Los médicos lo llamaron fiebre cerebral. Las monjas lo llamaron la voluntad de Dios. Yo aprendí a no llamarlo nada, a tratarlo como se trata un mueble que estorba en una habitación pequeña: rodeándolo, sin tocarlo.

El carruaje que me trajo desde la estación de Whitby era negro y cerrado, con un cochero que no se dio la vuelta ni una vez durante las dos horas de camino. Llovía, o quizá era niebla; la diferencia, en Yorkshire, parece carecer de importancia. El agua estaba en todas partes, suspendida en el aire como una respiración que se niega a disiparse, y a través de la ventanilla empañada solo alcancé a ver los brezales abiertos, los muros de piedra baja, y de vez en cuando una oveja inmóvil que miraba pasar el carruaje con una indiferencia que envidié brevemente. Recuerdo que pensé en las ovejas durante un rato más largo del razonable. En su capacidad para quedarse quietas bajo la lluvia sin buscar refugio, como si la lluvia fuera una condición del mundo y no una molestia. Fue un pensamiento absurdo, y lo menciono porque más tarde, cuando intenté reconstruir ese primer día, me di cuenta de que mi mente se había aferrado a las ovejas para no pensar en otra cosa.

La mansión apareció de golpe, como aparecen las cosas en la niebla: sin aviso y demasiado cerca. Un instante antes no había nada más que el páramo y al siguiente la fachada se alzaba sobre mí, oscura y vertical, con más ventanas de las que una casa habitada por tres personas y un puñado de criados podía necesitar. Las ventanas del ala izquierda tenían las contraventanas cerradas. Las del ala derecha mostraban un resplandor ambarino detrás de las cortinas. La sección central —la más alta, coronada por una especie de torreta con un ojo de buey que parecía mirar hacia el camino— estaba completamente a oscuras. Tuve la impresión de que la casa tenía zonas dormidas y zonas despiertas, y que las despiertas eran menos.

El cochero bajó mi baúl sin decir una palabra, lo depositó en los escalones de piedra y se marchó antes de que yo hubiera terminado

de ajustarme el sombrero. Escuché el carruaje alejarse detrás de mí mientras la puerta principal se abría hacia adentro con un sonido que no era un crujido sino algo más blando, como si la madera estuviera hinchada de humedad.

La señora Blackthorn era alta. Eso fue lo primero. Más alta que yo, que no soy baja, con una delgadez que no sugería fragilidad sino algo recortado, eficiente, como un cuchillo al que le han eliminado todo lo que no es filo. Llevaba el pelo recogido con tanta severidad que la piel de las sienes parecía tirante, y vestía de negro completo, sin adorno, sin reloj, sin broche. El luto, pensé entonces. Después me pregunté si acaso vestía siempre así, si el negro era su uniforme y no su duelo, y esa duda me incomodó sin que pudiera explicar por qué.

—Señorita Voss —dijo, y no era una pregunta. Me estudió durante un momento que se alargó más de lo cortés, con los ojos fijos en mi rostro como si buscara algo específico. Luego añadió—: Es más joven de lo que esperaba.

No supe qué responder a eso. Tenía veintiséis años, una edad razonable para una institutriz, y el señor Hale le había enviado mi carta de presentación con todos los datos pertinentes. Pero la señora Blackthorn no parecía una mujer que hiciera observaciones sin motivo, de modo que guardé silencio y esperé.

—Venga —dijo, girando sobre sus talones—. Los niños están arriba.

La seguí por el pasillo de los marcos cubiertos. El olor ácido era más fuerte aquí, y se mezclaba con el de la cera y con otro, más dulce, que me recordó a algo que no conseguí atrapar: un jardín, quizá, o una habitación con flores cortadas, pero no de flores frescas sino de flores conservadas dentro de un libro, ese perfume seco y fantasmal que queda atrapado entre las páginas. Me detuve un instante frente a uno de los marcos. El crespón negro colgaba ligeramente torcido, y debajo se adivinaba el borde de un cristal.

—Los espejos se cubren en esta casa —dijo la señora Blackthorn sin volverse, como si tuviera ojos en la espalda o, más probablemente, como si conociera la curiosidad que provocaban—. El señor Dorrell lo dispuso así antes de morir. Era su voluntad.

—¿Por luto? —pregunté, porque era la explicación obvia, la que cualquiera ofrecería.

La señora Blackthorn se detuvo al final del pasillo, frente a una escalera amplia de madera oscura cuya barandilla tenía talladas unas hojas que en la penumbra parecían manos.

—Por luto —repitió, pero el tono no confirmaba: repetía. Como si la palabra le resultara útil sin ser precisa.

Subimos. La escalera gemía bajo nuestros pasos con una regularidad que sugería costumbre, no deterioro, como si la madera hubiera aprendido a quejarse en los lugares exactos donde se pisaba. En el primer descansillo había un reloj de pared con la esfera de porcelana, detenido. Las manecillas marcaban las tres y diecisiete. Pasé junto a él sin detenerme, pero registré la hora como se registran esas cosas: sin propósito, por el hábito de una mente que necesita orden para funcionar.

Más tarde encontraría otros relojes detenidos en la casa. Todos marcaban la misma hora. Todos con las tres y diecisiete fijas como una sentencia. Pero eso fue después, y en aquel primer día solo anoté uno, y lo archivé en el mismo lugar donde guardaba las cosas que no entendía: un rincón amplio y cada vez más poblado.

Los niños estaban sentados en el rellano del segundo piso, hombro con hombro, con las piernas colgando entre los balaustres. Thomas, el mayor, tenía diez años y una cara seria que no combinaba con su cuerpo de niño: huesos largos, rodillas salientes, el pelo castaño cortado con más practicidad que cariño. Lucille, de siete, era más pequeña de lo que su edad sugería, con unos ojos oscuros desproporcionados para su cara y las manos cerradas sobre el regazo como si sostuviera algo invisible.

Me miraron los dos al mismo tiempo, y durante un segundo —un segundo que no duró más que cualquier otro pero que se instaló en mi memoria con una solidez que los segundos normales no tienen— tuve la sensación de que no me estaban viendo por primera vez. No era curiosidad lo que había en sus ojos. Era otra cosa, algo más antiguo, y se parecía a la forma en que uno mira un objeto que creía haber perdido y que de pronto aparece en un lugar inesperado.

Después Thomas parpadeó, y lo que fuera que había visto en su expresión se cerró como una puerta.

—Buenas tardes —dije, con la voz que reservaba para los primeros encuentros: firme, cálida, sin exceso de dulzura—. Me llamo Eleanor Voss. Voy a ser vuestra institutriz.

Thomas asintió una vez, cortésmente, con la mandíbula apretada. Lucille no asintió. Siguió mirándome con aquellos ojos que ocupaban demasiado espacio en su cara, y dijo:

—Ya lo sé.

La señora Blackthorn, que estaba tres escalones por debajo de mí, hizo un ruido con la garganta que podría haber sido una tos o una advertencia.

—Lucille —dijo, y nada más. Pero la niña bajó la mirada.

Me condujeron a mi habitación, que estaba en el ala derecha, la despierta. Era un cuarto amplio con una cama alta, un escritorio junto a la ventana y un armario de puertas talladas que no cerraba del todo, de manera que durante la noche, cuando el viento empujaba las paredes, las puertas se abrían solas con un susurro de bisagras que aprendí a distinguir del resto de los sonidos de la casa, que eran muchos y ninguno del todo explicable. Había una jarra con agua, una palangana de loza blanca y, sobre la mesilla de noche, una vela nueva. No había espejo, por supuesto. Donde debería haber habido uno —las marcas en la pared lo delataban, cuatro agujeros pequeños en la cal— solo quedaba un rectángulo de pintura más clara, como la silueta de algo que fue arrancado.

La señora Blackthorn encendió la vela aunque todavía quedaba algo de luz gris entrando por la ventana.

—La cena se sirve a las siete —dijo—. Los niños cenan antes. Usted cenará en el comedor pequeño. —Hizo una pausa en la que pareció decidir si añadir algo más, y optó por añadirlo—: No entre en el ala este. Las habitaciones están cerradas y el suelo no es seguro. —Otra pausa, más breve—. Y no toque los marcos de los pasillos. Están así por una razón.

Quise preguntarle cuál era la razón, pero algo en su postura —la rigidez de los hombros, la forma en que sus dedos se cerraban sobre el candelero como si quisiera aplastarlo— me disuadió. Había una

frontera en la señora Blackthorn que se sentía antes de verla, y yo acababa de llegar. No era el momento de cruzar nada.

—Gracias —dije—. Estaré lista a las siete.

Salió sin responder. La puerta se cerró detrás de ella con el mismo sonido blando de la entrada principal, y me quedé sola en una habitación que olía a lavanda seca y a polvo, con el viento del páramo golpeando los cristales y la vela temblando sobre la mesilla como si algo la estuviera mirando.

Me senté en la cama. Los resortes protestaron. Pensé que debía deshacer el baúl, colgar la ropa, organizar los libros que había traído para las lecciones. Pensé en todo eso con la claridad práctica de alguien que ha aprendido a sobrevivir mediante rutinas, y no me moví. Me quedé sentada con las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en la pared donde faltaba el espejo, y sentí algo que no era cansancio ni miedo ni la melancolía habitual de un lugar nuevo, sino un tirón sordo en algún lugar detrás del esternón, como si mi cuerpo reconociera algo que mi mente no podía nombrar.

Duró poco. Los tirones de ese tipo siempre duraban poco, y yo había aprendido a dejarlos pasar como se deja pasar un calambre: sin moverme, respirando despacio, esperando a que la sensación se disolviera en algo manejable. Las monjas del internado tenían un nombre para eso. Lo llamaban nostalgia. Pero la nostalgia requiere un pasado al que volver, y yo no tenía ninguno, de modo que el nombre nunca me convenció.

Me levanté. Abrí el baúl. Colgué los dos vestidos oscuros, el chal de lana, la blusa de cuello alto que usaba para las presentaciones formales. Coloqué los libros en el escritorio: gramática francesa, aritmética elemental, un atlas con las tapas despegándose, y una edición barata de cuentos que había comprado en un puesto de Charing Cross porque la portada mostraba un bosque que no se parecía a ningún bosque real pero que me gustó por esa misma razón. Organicé todo con la precisión de quien sabe que si las cosas exteriores están en orden, las interiores pueden permitirse cierto desastre.

Fue al cerrar el baúl cuando noté que mis manos olían a algo. Me las llevé a la nariz. No era lavanda. No era polvo. Era ese olor

ácido del pasillo, el que se colaba entre la cera y las flores secas, pero más concentrado, más íntimo, como si la madera del baúl lo hubiera absorbido durante el viaje o como si el aire mismo de la casa estuviera impregnado de una sustancia que se adhería a la piel. Un olor médico, pensé. Algo que se usa para limpiar instrumentos. O para revelar fotografías.

Me lavé las manos en la palangana. El agua estaba fría y tenía un sabor metálico que sentí en los nudillos agrietados por el viaje. Mientras me secaba con el paño que habían dejado junto a la jarra, escuché pasos pequeños en el pasillo. Rápidos, ligeros, claramente de niño. Se detuvieron frente a mi puerta. Esperé. No llamaron. Después de un momento que no supe medir, los pasos se alejaron en dirección contraria, hacia el ala este, la que estaba prohibida.

No salí a mirar. Me dije que los niños explorarían la presencia de una extraña a su manera, y que perseguirlos por los pasillos en mi primera noche habría sido un error de autoridad y de tacto. Era una explicación razonable. La anoté mentalmente como explicación razonable y la guardé en el mismo lugar donde guardaba todas las cosas que me parecían verdaderas sin serlo del todo: un lugar que no tenía nombre pero que estaba, a esas alturas de mi vida, casi lleno.

A las siete bajé al comedor pequeño. Era una habitación alargada con una mesa para cuatro personas, una chimenea encendida y, sobre la repisa, un reloj de bronce con las manecillas detenidas en las tres y diecisiete. Cené sola: sopa de puerros, pan, un trozo de queso que tenía el sabor concentrado de las cosas que han madurado demasiado tiempo en la oscuridad. La señora Blackthorn no apareció. Los niños tampoco. El único sonido era el del fuego y el del viento contra las ventanas, y entre ambos, si prestaba atención, algo más: un murmullo tenue que venía de arriba, de las habitaciones del segundo piso, y que podía haber sido una conversación a través de una pared o el quejido de una tubería o nada en absoluto.

Cuando terminé de cenar y subí a mi habitación con la vela que me habían dejado en la mesa, encontré algo en el suelo frente a mi puerta. Era un dibujo, hecho con lápiz sobre un trozo de papel de

carta que tenía el membrete de la familia Dorrell en la esquina superior izquierda: una D ornamentada, rodeada de hojas. El dibujo mostraba una mujer de pie frente a una casa. La mujer tenía el pelo oscuro recogido en un moño, un vestido claro, y las manos extendidas hacia la puerta como si estuviera a punto de abrirla o acabara de cerrarla. No tenía rostro. Donde debería haber habido ojos, nariz, boca, solo había un óvalo vacío, limpio, como si quien dibujó a la mujer conociera cada detalle de su cuerpo pero no recordara cómo era su cara.

Di la vuelta al papel. En el reverso, con una letra redonda e infantil que solo podía ser de Lucille, había una sola palabra:

Volviste.

Guardé el dibujo en el cajón del escritorio. Me desvestí, me acosté, apagué la vela. La oscuridad de la habitación tenía una densidad que no conocía: no era la oscuridad de Londres, perforada siempre por alguna luz de gas, sino una negrura completa, material, que parecía ocupar espacio físico. Me quedé quieta, con los ojos abiertos, escuchando la casa acomodarse a su alrededor como un animal enorme que busca posición para dormir. Crujidos. Suspiros de madera. El goteo lejano de algo que podía ser lluvia o una tubería. Y debajo de todo, tan bajo que podía haber sido mi propia sangre circulando dentro de mis oídos, un zumbido que no venía de ningún lugar y de todos a la vez, constante, casi reconfortante, como el recuerdo de una canción de cuna que no recordaba haber escuchado nunca.

Cerré los ojos. Los abrí. No había diferencia.

Pensé en la palabra de Lucille. En la mujer sin rostro del dibujo. Pensé en los espejos cubiertos y en los relojes detenidos y en el olor ácido que todavía sentía en las yemas de los dedos a pesar de habérmelos lavado. Pensé en la señora Blackthorn diciendo «Es más joven de lo que esperaba», como si hubiera esperado a alguien concreto y yo hubiera llegado en su lugar. Y pensé, con la lógica cansada de quien lleva muchas horas de viaje y necesita una conclusión que le permita dormir, que todo tenía una explicación sencilla. Que los niños estaban solos y confusos. Que el ama de llaves era severa por costumbre. Que las casas viejas huelen a cosas

viejas. Que las niñas de siete años dibujan y escriben cosas extrañas porque a los siete años el mundo todavía no tiene bordes firmes.

Me dormí con esa certeza endeble apoyada contra el pecho como un escudo de papel, y soñé con un jardín que no conocía, donde alguien me llamaba por un nombre que no era el mío.

II

Las reglas de la casa

Me desperté con el sabor de la tierra en la boca.

No de tierra literal, por supuesto, sino de algo que se le parecía: húmedo, mineral, con una dulzura vegetal que se quedó pegada al paladar mientras abría los ojos y trataba de recordar dónde estaba. La habitación estaba gris. La vela se había consumido durante la noche y dejado un charco de cera en el platillo de latón que se había endurecido en una forma que, vista desde la almohada, parecía un ojo cerrado. Había soñado con el jardín otra vez. No recordaba los detalles —los sueños, en mi caso, se disolvían con la misma rapidez con la que se formaban, como si algo dentro de mí tuviera prisa por borrarlos— pero el sabor persistía, y con él una sensación de calor en las manos que no correspondía a la temperatura de la habitación, que era la de una iglesia en febrero.

Me levanté. El suelo de madera estaba tan frío que sentí cada tabla a través de las medias como si fueran huesos expuestos. Fui hasta la ventana y aparté la cortina. El páramo se extendía hasta donde alcanzaba la vista, pardo y ondulado, sin un solo árbol que rompiera la línea del horizonte. La niebla se había retirado durante la noche, o más bien se había elevado, y ahora formaba un techo bajo y uniforme que borraba el cielo y hacía imposible distinguir la hora. Podían ser las seis de la mañana o las diez. La luz tenía esa cualidad plana, sin sombras, que vuelve todo equidistante: los muros de

piedra del jardín, el cobertizo lejano, los brezales, todo parecía estar a la misma distancia de la ventana, como una fotografía sin profundidad.

El jardín.

Estaba justo debajo de mi ventana, y era más grande de lo que la oscuridad de la noche anterior me había dejado intuir. Un rectángulo largo, cercado por un muro de piedra seca de metro y medio de altura, con senderos de grava que dividían los parterres en secciones geométricas. La mayoría estaban abandonados: hierbajos, rosales sin podar que habían crecido en direcciones caprichosas, un arbusto de lavanda que se había extendido hasta cubrir medio sendero. Pero en el centro, como un altar en una iglesia saqueada, había un banco de hierro forjado pintado de blanco, limpio, sin óxido, orientado hacia la casa. Alguien lo cuidaba. Alguien se sentaba allí y miraba hacia arriba, hacia las ventanas. Hacia esta ventana, quizá.

Me aparté del cristal con un movimiento que fue más brusco de lo necesario. No había razón para que un banco me produjera incomodidad. Era un banco. Los jardines tienen bancos. La gente se sienta en ellos. Terminé de vestirme —el vestido gris oscuro, que era el más práctico, con el cuello alto y los puños de encaje falso que me daban un aire de respetabilidad ligeramente superior a la que mi situación económica justificaba— y bajé a buscar el desayuno.

La cocina estaba en la parte trasera de la planta baja, al final de un pasillo que no había recorrido la noche anterior. Era amplia y sorprendentemente cálida, con un fogón de hierro que alguien había encendido antes del amanecer y una mesa de roble macizo cubierta de marcas de cuchillo que contaban décadas de uso. Había una mujer sentada junto al fogón, pelando patatas. No era la señora Blackthorn. Era más vieja, más ancha, con las manos rojas y agrietadas de alguien que lleva toda la vida en contacto con el agua fría. Me miró con la curiosidad desinteresada de un gato y volvió a sus patatas sin saludar.

—Buenos días —dije, porque alguien tenía que hablar primero.

—Hay avena en el fogón —contestó la mujer, señalando con el cuchillo—. Té en la tetera. Pan en la despensa, si lo quiere.

—Gracias. ¿Usted es...?

—La señora Poole. La cocinera. —Levantó la vista brevemente—. Llevo aquí más tiempo que las paredes.

Comí de pie, porque sentarme en la mesa de la señora Poole habría sido una intrusión, y ella no me invitó. La avena estaba espesa y salada, sin azúcar. El té era fuerte. El pan tenía la corteza del día anterior. Comí todo con la gratitud mecánica de alguien que ha pasado suficiente hambre en la vida como para no desperdiciar lo que le ponen delante, y mientras comía observé la cocina: los cazos de cobre colgados en orden de tamaño, las hierbas secas atadas al techo con cordeles, un calendario de pared que mostraba el mes de septiembre con una ilustración de una cosecha que no se parecía en nada a lo que crecía en aquellos páramos. Septiembre. Llevaba tres semanas de septiembre de 1889 y no había tachado un solo día.

—Los niños —dije—. ¿A qué hora desayunan?

—Ya desayunaron —dijo la señora Poole—. Lucille se levanta con la primera luz. El niño la sigue. Son así desde que murió el señor.

Noté que dijo «el señor» y no «su padre». Archivé eso junto a las demás cosas que no entendía y que estaban acumulándose con una velocidad que empezaba a preocuparme, como libros en un estante que no fue diseñado para tanto peso.

Encontré a los niños en la sala de estudio, una habitación del primer piso con vistas al jardín y una chimenea pequeña que alguien había encendido. Thomas estaba sentado en una silla demasiado grande para él, con un libro abierto en el regazo, y Lucille estaba en el suelo, dibujando con un lápiz sobre un cuaderno de tapas verdes. Al entrar, Thomas cerró el libro y se puso de pie con una formalidad que en un niño de diez años resultaba ligeramente alarmante, como si hubiera ensayado el gesto frente a un espejo que ya no existía.

—Buenos días, señorita Voss —dijo, y su voz tenía esa neutralidad perfecta de quien ha decidido no revelar nada.

—Buenos días, Thomas. Buenos días, Lucille.

Lucille no levantó la vista del dibujo. Siguió trazando líneas con una concentración que excluía todo lo demás, el lápiz moviéndose con una seguridad que no era común en una niña de su edad. Dibujaba una casa. Eso vi cuando me acerqué y miré por encima de

su hombro: una casa grande con muchas ventanas, un tejado puntiagudo y, delante de la puerta, dos figuras pequeñas y una más alta. Las figuras pequeñas tenían caras. La grande, no. Solo el óvalo vacío.

La misma mujer sin rostro del dibujo que había encontrado la noche anterior frente a mi puerta. La reconocí por el moño, por la postura, por la forma en que extendía las manos hacia la puerta. Era la misma figura, pero ahora tenía compañía: las dos figuras pequeñas le tomaban las manos.

—Es un dibujo muy bonito —dije, porque algo había que decir y porque quería ver su reacción.

—No es bonito —respondió Lucille sin levantar la cabeza—. Es verdad.

Thomas hizo un ruido sutil con la silla, algo entre un crujido y una advertencia, y Lucille dejó de dibujar. Cerró el cuaderno. Me miró con aquellos ojos demasiado grandes, oscuros como pozos de tinta, y sonrió por primera vez desde mi llegada, una sonrisa corta que apareció y desapareció como un animal asustado.

Comencé la lección. Había preparado un plan sencillo para la primera semana: evaluar el nivel de los niños en lectura, escritura, aritmética y francés antes de establecer un programa. Thomas leía con fluidez y sin errores, pero con una monotonía que sugería que la lectura era para él un ejercicio mecánico, algo que se hacía porque se debía, no porque alimentara. Su letra era pequeña, precisa, inclinada hacia la derecha con una regularidad que delataba horas de práctica bajo la supervisión de alguien exigente. Cuando le pregunté si le gustaba leer, dijo que sí con el mismo tono con que habría dicho que le gustaba lavarse los dientes.

Lucille era distinta. Escribía con dificultad, las letras grandes y desparejas, pero cuando le pedí que leyera un fragmento del libro de cuentos que había traído —el del bosque en la portada— lo hizo con una entonación que me detuvo a medio gesto. No leía las palabras: las habitaba. Les daba peso, pausas, intención. Hizo una voz diferente para cada personaje, y cuando llegó a un pasaje donde un niño se pierde en la oscuridad, bajó tanto el volumen que tuve que inclinarme para escucharla, y sentí en la nuca ese cosquilleo

particular que producen las historias bien contadas, o las verdades a medio decir.

—¿Quién te enseñó a leer así? —pregunté cuando terminó.

Lucille miró a Thomas. Thomas miró la ventana. El silencio que se formó entre los tres tenía una textura densa, como lana húmeda, y duró exactamente lo necesario para que yo entendiera que había hecho una pregunta incorrecta. No una pregunta prohibida, necesariamente, sino una cuya respuesta exigía cruzar un territorio que los niños habían acordado no cruzar, al menos no conmigo, al menos no todavía.

—No me acuerdo —dijo Lucille, y volvió a abrir el cuaderno verde.

La mañana pasó así, entre ejercicios y silencios cargados, y a mediodía la señora Blackthorn apareció en la puerta de la sala de estudio con la misma brusquedad con que había aparecido en todas partes desde mi llegada: sin anuncio, sin disculpa, como si las puertas fueran obstáculos que no merecían el ritual de llamar.

—Los niños almuerzan en la cocina —dijo—. Usted, en el comedor pequeño. —Me miró—. Después del almuerzo, le enseñaré la casa. Debe conocer las reglas.

—¿Hay muchas?

—Las suficientes.

Thomas y Lucille salieron de la sala con una obediencia que no tenía nada de sumisa; era más bien la eficiencia de quienes conocen una rutina tan bien que seguirla no requiere pensamiento. Lucille pasó junto a mí y, al hacerlo, su mano rozó la mía. Fue un contacto brevísimo, quizá accidental, pero sus dedos estaban calientes —extrañamente calientes para una niña que llevaba toda la mañana en una habitación donde la chimenea apenas templaba el aire— y el contacto me produjo una reacción que no supe clasificar. No fue incomodidad. Fue algo más cercano al reconocimiento, la sensación que produce tocar un objeto que pertenece a un recuerdo que no logras localizar. Como encontrar una llave en un cajón sin saber qué puerta abre.

Almorcé sola. Estofado de cordero, con una cerveza ligera que la señora Poole dejó en la mesa sin explicación. Mientras comía, miré

por la ventana del comedor, que daba al lado opuesto del jardín, hacia una extensión de césped descuidado al final de la cual se levantaba una estructura baja, de piedra, con una puerta de madera y una ventana pequeña. Un cobertizo, pensé, o un taller. Pero tenía algo que no encajaba con un cobertizo: la puerta tenía una cerradura grande, de las que se cierran con llave, y la ventana estaba pintada de negro por dentro. No tapada con cortinas ni con tablas. Pintada. Como si alguien hubiera querido impedir que la luz entrara o que lo que estaba dentro se viera desde fuera.

A las dos, la señora Blackthorn me esperaba en el vestíbulo con el mismo candelabro de mi llegada, aunque la tarde ofrecía luz suficiente. Lo llevaba como otros llevan un bastón o un rosario: no por necesidad, sino por costumbre convertida en superstición.

—La casa tiene tres alas —comenzó, y su voz adquirió el ritmo plano de quien recita algo memorizado—. El ala derecha es habitable. Los dormitorios, la sala de estudio, el comedor, la cocina. Todo lo que necesita está ahí. El ala central tiene el salón grande, la biblioteca y las habitaciones del servicio. Puede acceder a ellos. —Hizo una pausa que tenía el peso de un portazo—. El ala este está cerrada.

—¿Por el estado del suelo? —dije, recordando su advertencia de la noche anterior.

Me miró con una expresión que interpreté como sorpresa, aunque en la señora Blackthorn las emociones eran difíciles de leer, como palabras escritas bajo el agua.

—Por el estado del suelo —repitió, con esa forma suya de devolver las frases ligeramente alteradas, como si las pasara por un filtro invisible—. Y porque el señor Dorrell así lo quiso. El ala este era su espacio. Su estudio, su laboratorio. Nadie entraba cuando él vivía y nadie entra ahora.

—¿Laboratorio?

—El señor Dorrell era fotógrafo —dijo, y pronunció la palabra con el cuidado de quien nombra una enfermedad—. Tenía un cuarto oscuro y los instrumentos necesarios. Todo sigue allí. Cerrado con llave.

Me condujo por la planta baja. El salón grande era exactamente eso: grande, con techos altos, cortinas de terciopelo granate que habían perdido el color por el sol en los pliegues exteriores, y un piano de media cola cubierto con una sábana blanca que le daba el aspecto de un animal dormido bajo la nieve. Había un retrato sobre la chimenea, el único que vi en toda la casa que no estaba cubierto. Mostraba a un hombre de unos cincuenta años, con barba canosa, ojos claros hundidos en las cuencas, y una expresión que no era severa sino concentrada, como la de alguien que mira algo que está fuera del marco del cuadro, algo que el pintor no pintó.

—El señor Dorrell —dijo Blackthorn, siguiendo mi mirada.

Asentí. Estudié el retrato durante un momento más largo del necesario, no porque el hombre me interesara —su cara no me decía nada, no sentí la menor vibración de reconocimiento ni de temor— sino porque algo en la composición me molestaba. Los ojos. El pintor había captado algo en los ojos que no era solo concentración. Era algo más parecido a la posesión, en el sentido antiguo de la palabra: la mirada de alguien que cree que lo que mira le pertenece, no por derecho legal sino por derecho más profundo, más oscuro, el derecho que reclama un creador sobre su creación.

Pero eso era una lectura excesiva de un retrato al óleo pintado probablemente por encargo, y yo tenía la tendencia, que las monjas del internado habían señalado más de una vez, de buscar significados donde solo había pintura.

La biblioteca estaba junto al salón, conectada por una puerta doble de cristal emplomado. Era más pequeña de lo que esperaba, pero tenía esa densidad particular de las habitaciones llenas de libros, como si el peso de las palabras impresas comprimiera el aire y lo hiciera más espeso. Los estantes cubrían tres paredes. La cuarta tenía una ventana que daba al mismo césped descuidado donde había visto la estructura de piedra con la ventana pintada de negro. Desde aquí se veía mejor: no era un cobertizo. Era demasiado sólida, demasiado deliberada. Tenía cimientos.

—¿Qué es ese edificio? —pregunté, señalando.

La señora Blackthorn no miró hacia donde yo señalaba. No necesitaba mirar.

—El segundo cuarto oscuro —dijo—. El señor Dorrell lo construyó cuando el del ala este se quedó pequeño. También está cerrado.

—¿Con llave?

—Con candado.

Había algo en la forma en que pronunció «candado» que convertía la palabra en algo más pesado que el objeto que describía. No insistí. Pero el cuarto oscuro exterior se añadió a mi lista mental de cosas cerradas, que a esas alturas incluía: el ala este completa, el estudio del patriarca, el laboratorio fotográfico, y ahora un segundo laboratorio independiente. Cuatro espacios sellados en una casa que, por lo demás, tenía habitaciones suficientes para albergar a veinte personas. Era como vivir en un cuerpo al que le hubieran cosido los bolsillos.

Continuamos el recorrido. La señora Blackthorn me mostró la lavandería, el cuarto del carbón, la despensa, y un pasillo estrecho que conducía a las habitaciones del servicio, donde vivían ella y la señora Poole. El cochero, me informó, tenía una cabaña junto al establo y solo entraba en la casa para recoger comida. No había más personal. Cinco personas en una casa construida para treinta. El exceso de espacio vacío generaba una acústica extraña: los sonidos viajaban por los pasillos como si buscaran a alguien, y más de una vez escuché lo que parecían pasos en una dirección solo para descubrir que el sonido venía de otra.

Fue en la biblioteca, al volver para recoger un libro que había visto y que me interesó —un volumen encuadernado en cuero sobre la historia natural de Yorkshire—, donde ocurrió algo que no debería haber tenido importancia y que la tuvo.

Al entrar, encontré a Lucille de pie frente a la ventana, mirando hacia el segundo cuarto oscuro con una quietud que en un adulto habría sido contemplativa pero que en una niña de siete años resultaba simplemente incorrecta, como un zapato en el pie equivocado. No me oyó entrar, o fingió no oírme, y antes de que pudiera hablar dijo, sin volverse:

—¿Tú también hueles las flores?

Me detuve. No había flores en la biblioteca. No había flores en ninguna habitación de la casa que yo hubiera visto. Pero al prestar atención —al cerrar la boca y respirar solo por la nariz, como había aprendido a hacer en el internado cuando las monjas nos obligaban a meditar— detecté algo. No exactamente flores. Era más sutil que eso: un residuo, una huella olfativa, como el fantasma de un perfume que alguien usó en esta habitación hace mucho tiempo y que los libros y la madera y la tela de las cortinas absorbieron y liberaban ahora de forma intermitente, según la temperatura, según la humedad, según alguna lógica que escapaba a mi comprensión.

Olía a rosas. A rosas y a algo más, algo terroso debajo, como raíces mojadas.

—Huelo algo —admití, porque mentirle a una niña me parecía un error peor que admitir una percepción extraña—. ¿Qué flores son?

Lucille se volvió. Su cara tenía una expresión que tardé un momento en identificar porque no pertenecía a su edad: era alivio. El alivio de alguien que ha estado solo con algo durante mucho tiempo y que de pronto encuentra a otro que también lo percibe.

—Las del jardín —dijo—. Pero no las de ahora. Las de antes.

—¿Las de antes de qué?

Lucille abrió la boca para responder, y en ese preciso momento la señora Blackthorn apareció en la puerta de la biblioteca con una velocidad que sugería que había estado escuchando desde el pasillo.

—Lucille —dijo, y la palabra cayó sobre la conversación como una tapa sobre un ataúd—. La merienda.

La niña salió sin protestar, pero al pasar junto a la señora Blackthorn levantó la vista hacia ella con una expresión que no era miedo —los niños de la Mansión Dorrell no parecían tener miedo de nada dentro de la casa, lo cual en sí mismo era perturbador— sino algo más cercano a la impaciencia, la mirada de quien conoce una verdad y está cansada de que los adultos la callen.

La señora Blackthorn me miró desde la puerta. Sus ojos se demoraron en mi rostro con la misma intensidad escrutadora de la noche anterior, buscando algo que yo no sabía que tenía.

—No aliente a la niña —dijo—. Lucille tiene mucha imaginación.

—Solo me preguntó si olía algo.

—Y usted le dijo que sí.

—Porque sí olía algo.

La señora Blackthorn no respondió inmediatamente. Hizo algo que no le había visto hacer hasta entonces: desvió la mirada. Solo un segundo, pero fue suficiente para que la grieta en su compostura se hiciera visible, un temblor brevísimo en la línea de la boca que se corrigió tan rápido como apareció.

—Esta casa tiene muchos olores —dijo al fin—. La piedra, la madera, los químicos del estudio que se filtraron durante años en las paredes. No todos significan algo, señorita Voss.

Se marchó antes de que pudiera responder. Me quedé sola en la biblioteca con el olor a rosas que ya no estaba del todo segura de percibir, porque los olores son así: una vez que alguien te dice que no están, empiezas a dudar de tu propia nariz. Tomé el libro de historia natural del estante —estaba exactamente donde lo recordaba, tercera balda, quinto libro desde la izquierda, un dato que no debería haber retenido con tanta precisión después de haberlo visto una sola vez— y subí a mi habitación.

El resto de la tarde lo pasé leyendo y preparando las lecciones del día siguiente. Trabajar me calmaba. Siempre me había calmado, desde los primeros días en el internado, cuando descubrí que si mantenía las manos y la mente ocupadas con tareas concretas —copiar verbos franceses, resolver ecuaciones, clasificar plantas por sus familias— el vacío que sentía en el pecho se achicaba hasta un tamaño manejable, como una piedra que puedes llevar en el bolsillo sin que te impida caminar. Esa tarde la piedra pesaba más de lo habitual, y no podía localizar la razón. No era la casa, aunque la casa era opresiva. No eran los niños, aunque los niños eran desconcertantes. Era algo más difuso, más interno, una especie de desafinación entre lo que veía y lo que sentía, como si mis ojos y mi cuerpo estuvieran procesando información diferente y no se pusieran de acuerdo.

A las cinco, cuando la luz gris empezó a oscurecerse sin haber sido nunca propiamente clara, bajé a tomar el té y encontré a

Thomas sentado solo en el comedor pequeño, con una taza entre las manos y la mirada fija en la ventana.

—¿Dónde está Lucille? —pregunté, sentándome frente a él.

—En su cuarto. Está dibujando. —Una pausa—. Siempre dibuja.

—¿Qué dibuja?

Thomas bebió un sorbo de té. Tenía diez años y bebía té como un hombre de cincuenta: despacio, sin soplar, sin hacer ruido. Alguien le había enseñado esos modales con la misma precisión con que le habían enseñado la caligrafía: de forma rigurosa y probablemente dolorosa.

—Dibuja la casa —dijo—. Y a las personas que vivían en ella.

—¿A su padre?

—A veces. Pero sobre todo a... —Se detuvo. Puso la taza sobre la mesa con un cuidado excesivo, como si el gesto requiriera toda su concentración—. A las personas que ya no están.

Esperé a que continuara, pero Thomas había llegado al borde de lo que estaba dispuesto a decir, y su mandíbula se cerró con esa firmeza que ya le conocía, la de un niño que ha aprendido a construir muros con la misma habilidad con que otros construyen frases. Cambié de tema. Le pregunté si le gustaba el té, y dijo que sí. Le pregunté si había vivido siempre en la mansión, y dijo que sí. Le pregunté si echaba de menos a su padre, y dijo que no de una forma tan rápida y tan limpia que supe, con la certeza de quien ha pasado años rodeada de niños en un internado, que la respuesta era la contraria.

Cenamos separados, como la noche anterior. El ritual era idéntico: la señora Poole dejaba la comida en la mesa, yo comía sola, el fuego crepitaba, el viento empujaba. Pero esa noche hubo algo diferente. Al terminar la cena y recoger mi vela para subir, escuché música.

Venía de arriba. Del segundo piso, o quizá del tercero. Era un piano, o algo que sonaba como un piano pero amortiguado, como si lo tocaran dentro de una habitación cerrada con las ventanas tapadas y las cortinas corridas. La melodía era simple, repetitiva, con una dulzura que se quedaba a medio camino entre una canción de cuna y algo más antiguo, una tonada que pertenecía a un tiempo

anterior al de la memoria. No la reconocí. Eso debería haber sido suficiente para archivarla y continuar. Pero algo en la música me detuvo al pie de la escalera con la vela en la mano y el corazón latiendo en un lugar incorrecto —más arriba de lo normal, en la base de la garganta, donde late cuando el cuerpo sabe algo que la cabeza se niega a procesar—, y me quedé allí, escuchando, mientras la melodía subía y bajaba como la respiración de alguien dormido.

Duró menos de un minuto. Después se detuvo, no como se detiene una canción que termina, sino como se detiene una conversación cuando alguien entra en la habitación.

Subí a mi cuarto. No fui a investigar de dónde venía la música. No pregunté a la señora Blackthorn. No recorrí los pasillos con la vela en alto buscando la fuente. Hice lo que siempre había hecho con las cosas que no podía explicar: las metí en el cajón, cerré, y decidí que había sido el viento, o una tubería, o mi imaginación cansada haciendo lo que las imaginaciones cansadas hacen cuando las casas son grandes y los pasillos largos y la noche tiene la densidad de un cuerpo sólido.

Me acosté. Apagué la vela. Cerré los ojos.

Y entonces, justo antes de que el sueño me reclamara, algo se soltó dentro de mi cabeza con la suavidad de un nudo que cede, y supe —no comprendí, no razoné, no deduje, simplemente supe, con la certeza muda del cuerpo— que la melodía del piano era una canción que yo conocía. Que la conocía de la misma forma en que conocía el olor del jardín y el sabor de la tierra al despertar: desde un lugar que no tenía nombre ni fecha ni recuerdo, un lugar anterior a Eleanor Voss y a todo lo que Eleanor Voss había aprendido a ser.

El sueño vino antes de que pudiera hacer algo con ese conocimiento, y por la mañana, como siempre, no quedaba nada.

III

El jardín que no recuerdo

Los días siguientes me enseñaron una cosa sobre la Mansión Dorrell: la casa tenía un ritmo propio, más lento que el del mundo exterior, y si uno no lo adoptaba, la diferencia se sentía en los huesos como un desajuste de temperatura.

Me adapté. No por voluntad, sino por la misma inercia que había gobernado mi vida desde el internado: la capacidad de aceptar la forma del recipiente que me contenía, de acomodarme a sus paredes sin preguntar por qué tenían esa forma y no otra. Era un talento que las monjas habían elogiado como humildad y que yo sabía que no lo era, que era algo más cercano a la resignación, pero que funcionaba, y en una casa como aquella, donde todo parecía construido para disuadir las preguntas, funcionaba especialmente bien.

La rutina era así: me despertaba antes que la luz, o más bien al mismo tiempo, porque en Yorkshire la luz no llega sino que se filtra, como agua por un techo con goteras, lenta e incompleta. Bajaba a la cocina, donde la señora Poole ya tenía la avena en el fogón y el té en la tetera, y desayunaba de pie mientras ella pelaba verduras o limpiaba el fogón con una energía que no parecía requerir combustible. La señora Poole no hablaba si no le hablaban, y cuando le hablaban respondía con frases que cerraban la conversación en lugar de abrirla, como puertas que solo abren hacia un lado.

Después subía a la sala de estudio, donde los niños ya me esperaban. Siempre ya. Nunca tuve que ir a buscarlos, nunca llegaron tarde, nunca protestaron por las lecciones. Aquella obediencia que no era obediencia sino otra cosa —vigilancia, quizá, o la necesidad de tenerme cerca por razones que no articulaban— me habría resultado inquietante si hubiera tenido tiempo para examinarla, pero las mañanas pasaban rápido entre la gramática y la aritmética, y el almuerzo llegaba antes de que las preguntas que no me hacía tuvieran tiempo de formularse.

Thomas avanzaba en las lecciones con la eficiencia de un mecanismo bien engrasado. Resolvía los problemas de aritmética sin placer ni dificultad, conjugaba los verbos franceses con una pronunciación que delataba un oído fino, y escribía sus composiciones con una corrección que habría impresionado a cualquier examinador pero que a mí me producía una tristeza vaga, como ver un instrumento musical afinado con perfección y guardado en su estuche. Había algo apagado en Thomas, un lugar donde debería haber habido curiosidad y que estaba ocupado por otra cosa, algo más pesado, que le tiraba de los hombros hacia abajo.

Un miércoles —creo que fue miércoles, aunque los días se confundían en aquella casa donde los relojes no marcaban nada— le pedí que escribiera una redacción sobre lo que más le gustara hacer. Eligió el tema rápido, sin vacilar, y escribió media página sobre los caballos del establo, sobre cómo los cepillaba por las mañanas antes del desayuno, sobre el olor a heno y a cuero y la forma en que los animales resoplaban cuando les limpiaba los cascos. Era la primera vez que su escritura tenía calor. Le pregunté si podía acompañarlo al establo alguna mañana, y asintió con algo que se parecía a una sonrisa pero que no llegó a serlo, como un amanecer interrumpido por nubes.

Lucille era un asunto diferente. Su resistencia a la escritura era casi física: el lápiz se le resbalaba, las letras le salían torcidas, se cansaba después de media línea y empezaba a dibujar en los márgenes. Pero leía como nadie que yo hubiera escuchado leer, con una comprensión que iba más allá de las palabras y que tocaba algo debajo de ellas, una capa de significado que los textos no siempre

sabían que tenían. Y dibujaba. Siempre dibujaba. Si le quitaba el cuaderno durante las lecciones, dibujaba en el margen del libro de aritmética. Si le quitaba el lápiz, trazaba líneas con el dedo sobre la mesa, invisible pero presente, como si el dibujo fuera un idioma que necesitaba hablar para seguir respirando.

El cuaderno verde estaba siempre con ella. Lo llevaba bajo el brazo como otros niños llevan un muñeco o una manta: no como juguete, sino como extensión del cuerpo. No me lo dejaba ver. Cuando me acercaba, lo cerraba con un gesto rápido y lo apretaba contra el pecho con las dos manos, y sus ojos adquirían esa expresión de impaciencia adulta que ya le conocía, la de alguien que guarda un secreto y está cansada de que nadie le pregunte el correcto.

Fue el jueves —o quizá el viernes, la bruma de los días se espesaba— cuando Lucille dijo la cosa del jardín.

Estábamos en la sala de estudio, a media mañana. Thomas practicaba caligrafía. Yo revisaba el atlas, buscando un mapa de Yorkshire para la lección de geografía. Lucille dibujaba, por supuesto, acuclillada en su rincón junto a la ventana, con el cuaderno verde abierto sobre las rodillas y el lápiz moviéndose con esa seguridad que no correspondía a una niña que no podía escribir su nombre sin error. La lluvia golpeaba los cristales con una insistencia que era casi conversación, y en algún momento —sin que nada lo motivara, sin que ningún tema lo provocara, como un objeto que cae de un estante por el peso acumulado de su propia quietud— Lucille levantó la vista del cuaderno y me miró.

—¿Recuerdas el jardín? —dijo.

No fue una pregunta hecha al aire. Fue dirigida a mí, a mis ojos, con una precisión que hacía imposible fingir que no la había oído. Thomas dejó de escribir. Su pluma se detuvo a mitad de una letra, y el silencio que se formó a su alrededor fue distinto del silencio habitual: era un silencio de contención, como el que precede a una explosión que no llega.

—¿Qué jardín, Lucille? —respondí, y mi voz sonó más tranquila de lo que estaba.

—El jardín. —Lo dijo como si solo existiera uno, como si la palabra no necesitara adjetivo ni contexto—. El de abajo. Con el banco blanco y las rosas. ¿Lo recuerdas?

Había visto el jardín desde mi ventana. Las rosas sin podar, los senderos de grava, el banco de hierro pintado de blanco que alguien cuidaba mientras todo lo demás se abandonaba. Lo había visto, sí. Pero «recordar» era otra cosa. Recordar implica un antes, un momento en que la imagen se formó y se guardó, y yo no había estado en aquel jardín antes de llegar a la Mansión Dorrell hacía menos de una semana. Eso era un hecho. Lo que no era un hecho —lo que pertenecía al territorio nebuloso de las sensaciones que no se dejan atrapar— era la reacción que la pregunta de Lucille me provocó.

Fue como abrir una puerta a una habitación oscura y sentir, antes de que los ojos se ajusten, que la habitación no está vacía. No vi nada. No recordé nada concreto. Pero algo en mi pecho se movió, un desplazamiento interno parecido al que se siente cuando un tren empieza a moverse y durante un segundo no sabes si es tu tren o el de al lado, esa confusión breve y vertiginosa entre lo que se mueve y lo que permanece.

—He visto el jardín desde la ventana —dije, eligiendo las palabras con cuidado—. Pero es la primera vez que estoy en esta casa, Lucille. No puedo recordar un lugar donde no he estado.

Lucille me sostuvo la mirada durante un momento largo, y algo en su expresión cambió. No se cerró, como hacía Thomas. Se entristeció. Fue sutil, un descenso en la comisura de los labios, un apagarse en los ojos que era más difícil de soportar que cualquier enfado o insolencia, porque era la tristeza de alguien que esperaba una respuesta diferente y que ha aprendido, a los siete años, a vivir sin obtenerla.

—Vale —dijo, y volvió al cuaderno.

Thomas retomó la caligrafía. La pluma rascó el papel. La lluvia siguió golpeando. Todo volvió a su cauce con una facilidad que debería haberme tranquilizado y que no lo hizo, porque debajo de la normalidad recobrada latía la pregunta de Lucille como un segundo corazón, y ese segundo corazón no era el de ella. Era el mío.

Esa tarde, después de las lecciones, bajé al jardín.

No tenía razón para hacerlo. La lluvia había aminorado pero el aire seguía húmedo, y mis botines no estaban hechos para el barro de Yorkshire. Pero algo me empujó escaleras abajo, por la puerta trasera de la cocina que daba a un patio empedrado, y de ahí al sendero de grava que llevaba al jardín cercado. La señora Poole me vio salir y no dijo nada, pero levantó las cejas de una forma que era casi un comentario.

El jardín era más desordenado de lo que parecía desde arriba. Los rosales se habían convertido en zarzas que invadían los senderos, y la lavanda había crecido hasta la cintura en algunas zonas, formando un muro aromático que tuve que apartar con las manos para avanzar. El olor me golpeó con una fuerza desproporcionada. Lavanda, sí, pero también tierra mojada, musgo, hojas en descomposición, y debajo, como un bajo continuo, las rosas. No estaban en flor —septiembre las había dejado sin pétalos —, pero el arbusto retenía su perfume en la madera, en las espinas, en la humedad que se acumulaba donde las ramas se cruzaban.

Llegué al banco blanco. Estaba limpio, como lo había visto desde la ventana, sin hojas ni barro ni la capa de liquen que cubría todo lo demás. Alguien lo limpiaba. Alguien venía aquí y se sentaba y miraba hacia la casa, hacia las ventanas del ala derecha, hacia la ventana que ahora era mi ventana.

Me senté.

La hierba mojada me empapó la falda por los lados. El hierro del banco estaba frío a través de la tela del vestido, y el frío subió por la base de la columna con una lentitud que era casi deliberada, como dedos. Miré la casa. Desde el banco, la fachada se veía completa: el ala derecha con sus ventanas iluminadas, el ala central oscura, el ala este con sus contraventanas cerradas. La torreta central con su ojo de buey. El tejado de pizarra del que faltaban algunas piezas. El conjunto era imponente y decadente a la vez, como un vestido de novia encontrado en un desván, hermoso y ajado y ligeramente obsceno en su abandono.

Y entonces, mientras miraba la casa desde el banco donde alguien se sentaba a mirar la casa, mis manos hicieron algo que yo

no les pedí.

Se posaron sobre los reposabrazos del banco en una posición específica: la izquierda abierta, con los dedos curvados sobre el borde redondeado del hierro, y la derecha más atrás, sujetando el extremo con el pulgar por debajo. Era una postura que no tenía nada de natural y todo de aprendida, la forma en que uno se sienta en un lugar donde se ha sentado muchas veces, donde los brazos conocen la forma del asiento antes de que la mente registre la posición. Lo noté de la misma forma en que uno nota que ha caminado hasta un lugar sin recordar el trayecto: con un sobresalto tardío, con la alarma de descubrir que el cuerpo ha tomado una decisión que la conciencia no autorizó.

Retiré las manos. Las puse sobre el regazo. Miré mis dedos como si fueran de otra persona, y durante un instante lo fueron, porque los dedos que se habían acomodado en aquel banco sabían algo que yo no sabía, habían estado donde yo no había estado, y esa fractura entre lo que mis manos conocían y lo que mi memoria contenía fue tan aguda y tan breve que antes de poder examinarla ya se había cerrado, como una grieta en el hielo que se sella antes de que puedas ver lo que hay debajo.

Me levanté. Volví a la casa. No corrí, porque correr habría sido admitir que algo me había asustado, y nada me había asustado. Un banco es un banco. Las manos se acomodan en los sitios por comodidad, no por memoria. La primera vez que uno se sienta en una silla nueva, los brazos buscan la posición más cómoda, y eso es todo. No significa nada. Las cosas no significan nada si una no las deja.

Esa noche, el sueño no vino fácil. Me acosté a las nueve, después de una cena idéntica a las anteriores —sopa, pan, queso, el silencio del comedor pequeño como un cuarto comensal—, y me quedé mirando el techo en la oscuridad con los ojos tan abiertos que me dolían los párpados. La casa se acomodaba a mi alrededor con sus ruidos habituales: la madera, el viento, las tuberías, y ese zumbido bajo que no había vuelto a localizar pero que estaba siempre presente, como el sonido de la sangre en los oídos cuando todo lo demás calla. No hubo música esa noche. No hubo nada fuera

de lo ordinario. Y sin embargo tardé más de una hora en dormirme, porque cada vez que cerraba los ojos veía mis manos acomodándose en el banco con una familiaridad que no les pertenecía, y cada vez que las veía, algo dentro de mi pecho se contraía con la fuerza de un puño.

Debí de dormirme pasada la medianoche, porque cuando abrí los ojos la vela del pasillo se había apagado y la oscuridad era total. Pero no fue la oscuridad lo que me despertó.

Fue un sonido. Venía del otro lado del pasillo, de la habitación de los niños, que estaba tres puertas más allá de la mía. Era un sonido pequeño, repetitivo, como el de una palabra pronunciada en sueños, esa articulación torpe que produce la boca cuando la mente está en otro sitio. Me levanté sin pensarlo, con los pies descalzos sobre la madera helada, y caminé por el pasillo a oscuras, guiándome con la mano en la pared. La pared estaba fría y ligeramente húmeda bajo mis dedos, y las tablas del suelo crujían en secuencias que a esas alturas ya había memorizado: la tercera, la séptima, la que estaba justo frente a la puerta del cuarto de baño.

La puerta de la habitación de los niños estaba entreabierta. Empujé con suavidad. La oscuridad dentro era igual de densa que fuera, pero más tibia, más habitada, con el olor a sábanas calientes y a cabello infantil que es universal y que produce en cualquier adulto —o al menos en cualquier adulto que haya cuidado niños— una reacción protectora automática, un ablandarse de los músculos, un bajar la guardia que es casi químico.

Thomas dormía en la cama de la izquierda. Lo supe porque su respiración era la más pesada, más regular, con ese ritmo de marea que tienen los cuerpos jóvenes cuando duermen profundo. Lucille estaba en la cama de la derecha, y era de ella de donde venía el sonido, pero no era ella quien hablaba.

Era Thomas.

Hablaba dormido. Las palabras salían deformes, aplastadas por el sueño, pero el patrón se repetía con una insistencia que le daba forma, como una piedra que el agua va puliendo: la misma sílaba, el mismo ritmo, la misma caída tonal. Me acerqué a su cama. Su cara, en la oscuridad, era apenas una mancha pálida contra la almohada,

con los labios entreabiertos y los párpados moviéndose bajo la piel como si sus ojos, detrás, estuvieran viendo algo que exigía ser mirado.

Y entonces la palabra se formó completa, clara como una campana en una iglesia vacía, y fue:

—Mamá.

La dijo dos veces más. La segunda vez, más bajo. La tercera, apenas un movimiento de labios sin sonido. Después se giró sobre un costado y su respiración volvió a su ritmo de marea, y el silencio regresó al cuarto como agua que llena un hueco.

Me quedé de pie junto a su cama durante un tiempo que no supe medir. Podían haber sido treinta segundos o cinco minutos; en la oscuridad, el tiempo pierde sus proporciones como las cosas pierden su forma. Escuché a Thomas respirar. Escuché a Lucille moverse entre las sábanas. Escuché mi propio corazón, que latía demasiado arriba, en la garganta, donde latía siempre que mi cuerpo sabía algo que yo no quería saber.

Un niño que ha perdido a su madre llama a su madre en sueños. No hay nada extraño en eso. Es lo más natural del mundo, lo más esperado, lo más compresible. No requiere explicación. No requiere análisis. No requiere que una institutriz que lleva menos de una semana en una casa se quede de pie en la oscuridad junto a la cama de un huérfano con las manos temblando y los ojos llenos de algo que no era exactamente llanto, porque el llanto tiene un origen y aquello no lo tenía, era una humedad huérfana en sí misma, sin causa, sin recuerdo, sin la historia que justifica las lágrimas y las hace comprensibles.

Volví a mi habitación. Me metí en la cama. No me limpié los ojos. Dejé que lo que fuera se secara solo, contra la almohada, en la oscuridad, y mientras se secaba pensé con la claridad fría que viene después de una emoción que no se entiende que había dos posibilidades. La primera era que Thomas me había afectado porque yo era una persona empática, sensible al dolor infantil, dispuesta a conmoverse ante la vulnerabilidad de un niño dormido que llama a su madre muerta. Era una explicación limpia, digna, profesional. La segunda posibilidad era que la palabra «mamá» había tocado algo

dentro de mí que no era empatía ni compasión ni ternura profesional, sino algo más visceral, más primitivo, algo que respondía a esa palabra como un músculo responde a un golpe: con un espasmo que no pasa por la razón.

Elegí la primera explicación. La guardé en el lugar donde guardaba las cosas verdaderas y me dormí con ella abrazada al pecho, y si durante la noche soñé otra vez con el jardín, con las rosas, con alguien que me llamaba por un nombre que el sueño disolvía antes de que pudiera escucharlo, al despertar no quedó nada. Solo el sabor de la tierra en la boca, más fuerte que la primera vez, y una marca en la almohada donde algo húmedo se había secado durante la noche.

A la mañana siguiente, Thomas estaba ya en la sala de estudio cuando bajé. Tenía la misma cara neutra de siempre, los mismos hombros rectos, la misma mandíbula cerrada. Decidí probar.

—¿Dormiste bien? —le pregunté, en un tono que pretendía ser casual y que probablemente no lo era.

—Sí, señorita Voss.

—¿No tuviste pesadillas?

Me miró. Por debajo de la neutralidad, algo se movió. Un pez bajo una capa de hielo.

—No —dijo—. Nunca tengo pesadillas.

Mentía. Lo supe con la misma certeza con que había sabido que la melodía del piano era conocida: no porque tuviera pruebas, sino porque mi cuerpo lo reconocía, como se reconoce una mentira en la voz de alguien a quien se ha escuchado mucho, por una variación tonal tan pequeña que la mente la descarta pero el oído la retiene. Pero Thomas tenía diez años y derecho a sus mentiras, y yo no era su madre.

Ese pensamiento —no soy su madre— cruzó mi mente con una velocidad que habría sido normal si no hubiera dejado estela. Pero la dejó. Se quedó vibrando detrás de mis ojos durante el resto de la mañana, como la imagen que persiste cuando se mira directamente una llama: una frase que no debería haber necesitado ser pensada, porque las cosas obvias no se piensan, se dan por sentadas. Uno no piensa «no soy un pájaro» ni «no soy una piedra». Uno solo piensa

«no soy su madre» cuando algo, en algún lugar por debajo de la conciencia, ha sugerido la posibilidad contraria.

Pero eso era absurdo. Yo no era la madre de nadie. No tenía hijos, no había tenido hijos, no recordaba haber tenido hijos. Y el hecho de que esa última fórmula —«no recordaba»— se colara en mi pensamiento como si la ausencia de recuerdo fuera diferente de la ausencia de hecho fue algo que noté, y que archivé, y que enterré bajo la lección de geografía con la misma eficiencia con que se entierra una semilla en suelo húmedo: sin saber que está viva, sin saber que va a crecer.

IV

Lo que hay detrás del crespón

La segunda semana trajo consigo una especie de calma que no era calma sino costumbre, y la diferencia importa, aunque yo entonces no la conocía.

Las lecciones progresaban. Thomas memorizaba las capitales de Europa con una diligencia que habría alegrado a cualquier institutriz menos atenta, pero que a mí me producía una inquietud difusa, porque la facilidad con que aprendía parecía funcionar como un muro: cuanto más rápido dominaba la materia, menos espacio quedaba para las preguntas que yo intentaba colar entre los datos, las preguntas que no tenían respuesta en los libros y que eran las únicas que me interesaban. ¿Qué hacía antes de que yo llegara? ¿Quién le daba clases? ¿Le gustaba la casa? Thomas respondía a todo con la misma fórmula cortés —sí, señorita Voss; no, señorita Voss— que era menos una respuesta que un candado.

Lucille, en cambio, se abría por los bordes. No por el centro —el centro lo guardaba con una ferocidad que desmentía su tamaño—, pero por los bordes dejaba escapar fragmentos que yo recogía como quien recoge cristales rotos: con cuidado, sabiendo que cortan. Durante las lecciones de lectura se detenía en ciertas palabras —«hogar», «ventana», «volver»— y las repetía en voz baja, como si las saboreara, como si cada una tuviera un significado privado que el diccionario no recogía. No preguntó más por el jardín. Eso me alivió

y me preocupó a partes iguales, porque el silencio de una niña de siete años sobre un tema que le importa no significa que haya dejado de pensar en él. Significa que ha decidido pensarlo sola.

El martes de aquella segunda semana, la señora Poole me dijo algo mientras yo desayunaba.

—La niña limpió el banco ayer —dijo, sin levantar la vista de las patatas que pelaba, como si la información fuera del mismo calibre que el menú del almuerzo—. Sale al jardín cuando cree que nadie la ve. Lo limpia con un trapo. Lleva haciéndolo desde que murió la señora.

Dejé la cuchara en el cuenco de avena. La señora Poole seguía pelando, el cuchillo dibujando espirales largas y continuas de piel marrón que caían en un balde a sus pies.

—¿Desde que murió la señora Dorrell?

—Desde que murió la señora —repitió, y la diferencia entre lo que yo había dicho y lo que ella dijo fue tan sutil que casi la pasé por alto. Yo había dicho «la señora Dorrell», con nombre propio, con distancia. Ella dijo «la señora», con el artículo que se usa para la persona que gobierna un espacio, la única que importa, la que no necesita apellido porque su presencia llena la palabra entera.

—¿Conoció usted a la señora Dorrell? —pregunté, intentando mantener el tono casual, el de alguien que hace conversación mientras desayuna, aunque mi corazón estaba haciendo otra cosa, algo más rápido y más vertical, un ascenso por la garganta que ya empezaba a reconocer como señal de que estaba a punto de escuchar algo que no quería saber.

La señora Poole dejó de pelar. No levantó la vista, pero sus manos se detuvieron, y el cuchillo quedó suspendido sobre la patata con una inmovilidad que era más elocuente que cualquier palabra.

—Todo el mundo en esta casa conoció a la señora —dijo. Y después añadió, tan bajo que tuve que inclinarme sobre el cuenco para oírla—: Usted le habría gustado.

No tuve tiempo de preguntar qué quería decir con eso, porque la señora Blackthorn entró en la cocina en ese momento con su habitual falta de ceremonia, y la señora Poole retomó el pelado de

patatas con una fluidez que delataba años de práctica en el arte de interrumpir conversaciones justo antes de que dijeran algo útil.

El resto de la mañana transcurrió sin incidentes, o sin los incidentes que yo esperaba, que eran los grandes: puertas que se abren solas, voces en pasillos vacíos, sombras donde no deberían haberlas. Los incidentes que la casa ofrecía eran de otro tipo, más pequeños, más insidiosos, del tamaño de una astilla que se clava bajo la piel y que no duele lo suficiente para ir al médico pero que no deja de molestar. Un grifo que goteaba con un ritmo que sonaba a palabra. Una corriente de aire que aparecía en pasillos cerrados por ambos extremos. El cuaderno verde de Lucille, abierto accidentalmente sobre la mesa de la sala de estudio mientras ella iba al baño, mostrando una página llena de la misma figura sin rostro dibujada en diferentes posturas —de pie, sentada, de espaldas, con las manos extendidas—, siempre frente a la casa, siempre sin cara.

Cerré el cuaderno antes de que Lucille volviera. No porque me asustara lo que había visto, sino porque mirarlo me producía esa sensación de invasión que se siente al leer el diario de otra persona: la certeza de estar viendo algo privado, algo que no fue hecho para mis ojos, aunque —y esta era la parte que me costaba articular— los dibujos parecían hechos exactamente para mis ojos. Como una carta dirigida a alguien que no sabe que es el destinatario.

Fue esa tarde, después de las lecciones, cuando ocurrió lo del espejo.

Había subido a mi habitación para cambiarme las medias, que se habían mojado durante un paseo breve por el jardín con los niños. Lucille quiso enseñarme dónde crecían las rosas en verano, y Thomas nos acompañó a una distancia de tres pasos que mantuvo con la constancia de una medida establecida, ni más cerca ni más lejos, como si hubiera calculado la distancia exacta entre la compañía y la intromisión. El jardín estaba frío y húmedo, y las rosas eran solo ramas espinosas en septiembre, pero Lucille las señaló con una reverencia que las convertía en algo más que plantas sin flores: las trataba como a habitantes, como a presencias que merecían ser presentadas.

—Estas son las amarillas —dijo, señalando un arbusto que no se diferenciaba de los demás—. Y esas son las rojas. Las rojas eran las favoritas.

—¿Favoritas de quién?

Lucille me miró con la paciencia agotada de quien ha respondido una pregunta demasiadas veces.

—De ella —dijo, y no especificó.

Thomas, desde sus tres pasos de distancia, dijo:

—Lucille.

Solo el nombre. Pero fue suficiente. La niña cerró la boca, y el paseo continuó en un silencio que sabía a hierro, como sangre mordida por dentro de la mejilla.

De vuelta en mi habitación, me quité las medias mojadas, las colgué sobre el respaldo de la silla, y me puse un par seco del cajón de la cómoda. Al cerrar el cajón noté que la pared detrás de la cómoda —la misma pared donde faltaba el espejo, con su rectángulo de pintura más clara— tenía un detalle que no había observado antes. En la esquina inferior derecha del rectángulo, donde el borde de cal más clara se encontraba con el borde de cal más oscura, asomaba algo. Un centímetro de tela negra, la misma tela de crespón que cubría los marcos del pasillo, pero esta no colgaba de un marco. Estaba atrapada entre la pared y la cómoda, como si alguien hubiera metido el crespón detrás del mueble con prisa, empujándolo para ocultarlo.

Moví la cómoda. No fue difícil; estaba vacía salvo por mis pocas prendas, y la madera se deslizó sobre el suelo con un chirrido breve. Detrás de la cómoda, apoyado contra la pared, había un espejo.

No era grande. Unos sesenta centímetros de alto por cuarenta de ancho, con un marco de madera oscura tallada en un patrón de hojas que se parecía al de la barandilla de la escalera. El cristal estaba cubierto por el crespón negro, que se había soltado de las tachuelas que lo sujetaban al marco y que colgaba ahora como una cortina corrida a medias, dejando expuesto un triángulo de cristal en la esquina superior izquierda. Alguien no se había llevado este espejo con los demás. Lo había escondido. Lo había empujado detrás del mueble y lo había tapado, pero con menos cuidado que

los del pasillo, como si la urgencia hubiera sido mayor que la precisión.

Debería haber vuelto a empujar la cómoda contra la pared. Eso era lo sensato, lo prudente, lo que la señora Blackthorn esperaría de una institutriz que obedece las reglas de la casa. Pero mis manos —mis manos que se acomodaban solas en bancos que no conocían, que olían a químicos que no había tocado, que temblaban cuando un niño dormido decía «mamá»— mis manos tenían una voluntad que no siempre coincidía con la mía, y antes de que la parte racional de mi cerebro terminara de sopesar los pros y los contras de tocar algo prohibido, mis dedos habían tirado del crespón negro y lo habían dejado caer al suelo.

El espejo estaba sucio. Una capa de polvo cubría el cristal, y detrás de ella mi reflejo era borroso, impreciso, como una fotografía movida. Me acerqué. Levanté la manga del vestido y limpié un óvalo en el centro, el tamaño de una cara, y me miré.

Era yo. Por supuesto que era yo. ¿Quién más iba a ser? El pelo oscuro recogido en el moño bajo que usaba siempre. La cara delgada, los pómulos marcados, los ojos castaños que las monjas llamaban «demasiado atentos para una huérfana». La piel pálida que era resultado de años de interiores y de una constitución que no se bronceaba ni en agosto. Era yo, Eleanor Voss, veintiséis años, institutriz, huérfana. No había nada en el espejo que contradijera esa información.

Pero hubo un momento —brevísimo, del ancho de una respiración— en que mi reflejo no se movió cuando yo me moví.

No sé cómo explicarlo de otra forma. Levanté la mano derecha para apartarme un mechón de pelo que se había soltado del moño, y la mujer del espejo tardó en hacer lo mismo. No mucho. Un fragmento de segundo, una fracción que podía ser un error de percepción, un parpadeo, una trampa de la luz polvorienta. Pero durante esa fracción, la mujer del espejo me miró con una expresión que yo no llevaba puesta: una expresión más suave, más abierta, con los labios ligeramente separados y los ojos más anchos, como si estuviera a punto de decir algo, como si me reconociera y quisiera hablarme y no pudiera.

Y después la fracción se cerró y el reflejo volvió a ser reflejo y yo volví a ser yo y la mano derecha de la mujer del espejo se movió exactamente cuando se movió la mía, porque así es como funcionan los espejos, así es como ha funcionado la luz desde que el mundo es mundo, y lo que vi —o lo que creí ver, o lo que quise ver, o lo que mis ojos fabricaron a partir del polvo y la penumbra y el cansancio acumulado de dos semanas en una casa donde nada era del todo normal— no fue real.

Me dije eso. Me lo repetí. No fue real. Los espejos reflejan. No tardan. No miran. No tienen expresiones propias.

—¡Apártese de ahí!

La voz de la señora Blackthorn me golpeó como un cubo de agua fría, y el cubo no es metáfora: la reacción física fue exactamente esa, un encogimiento de todo el cuerpo, un retroceso involuntario que me hizo tropezar con la cómoda desplazada y sentarme a medias sobre ella. Blackthorn estaba en la puerta de mi habitación, y su cara era una cosa que no le había visto antes: era miedo. No la severidad habitual, no la frialdad profesional, no la hostilidad contenida. Era miedo crudo, del que no se puede disimular, del que deforma los rasgos y convierte la cara en algo que ya no pertenece del todo a la persona que la lleva.

Cruzó la habitación en tres zancadas. Agarró el crespón del suelo y lo lanzó sobre el espejo con un gesto que era más conjuro que acción doméstica, cubriéndolo entero, y después empujó la cómoda de vuelta contra la pared con una fuerza que no parecía posible en su cuerpo delgado, una fuerza alimentada por algo que no era músculo.

Se volvió hacia mí. Respiraba con dificultad. El candelabro que había dejado en el suelo del pasillo proyectaba sombras largas desde la puerta, y la cara de la señora Blackthorn, partida entre la luz y la oscuridad, se parecía a dos caras superpuestas: la que mostraba y la que escondía.

—Le dije que no tocara los marcos —dijo, y su voz temblaba con una rabia que parecía dirigida a sí misma tanto como a mí.

—Estaba detrás de la cómoda —respondí—. No es un marco del pasillo. Estaba escondido en mi habitación.

—No importa dónde estuviera. —Se pasó la mano por la cara, un gesto que en ella era tan insólito como una sonrisa—. Los espejos de esta casa están cubiertos por una razón, señorita Voss. No me pregunte la razón. No le voy a dar una respuesta que la satisfaga. Pero si quiere seguir en esta casa, si quiere seguir con los niños —y aquí su voz cambió, se adelgazó, perdió el filo y se convirtió en algo que se parecía a una súplica—, no vuelva a descubrir un espejo. Nunca. Bajo ninguna circunstancia.

La miré. Ella me miró. El espacio entre nosotras contenía todo lo que no decía y todo lo que yo no preguntaba, y por un instante —un instante real, no como el de la fracción del espejo sino un instante con peso, con duración, con el calor de dos personas que se miden en silencio— creí que iba a decirme la verdad. Vi el impulso cruzar su cara como una nube cruza un campo: la sombra de algo que quiere salir y que la voluntad retiene.

Pero la voluntad de la señora Blackthorn era más fuerte que la de la mayoría de las personas que he conocido, y la verdad, fuera la que fuera, volvió a hundirse bajo la superficie como un ahogado que ha sacado la mano una última vez.

—Buenas noches, señorita Voss —dijo, y se fue.

Me quedé sentada en la cómoda desplazada, con los pies descalzos sobre la madera fría, mirando la pared donde el espejo ya no estaba visible. Podía oler el crespón: un olor a polvo viejo y a algo dulce debajo, un químico que reconocí sin poder nombrar y que me recordó, de forma irracional e inmediata, al interior de una iglesia, a ese olor compuesto de velas, incienso y madera tratada que tienen los lugares donde la gente va a pedir cosas que no puede pedir en voz alta.

La fracción del espejo. La mujer que tardó en moverme. El miedo de Blackthorn. Todo tenía una explicación, y ninguna de las explicaciones que podía construir —el polvo, la luz, la sugestión, el luto excesivo de una criada leal— se sostenía del todo, como un techo con goteras que funciona mientras no llueve pero que no soportaría una tormenta.

Me acosté. No dormí. Pensé en la señora Poole diciendo «Usted le habría gustado» con una naturalidad que convertía a una muerta

en alguien que todavía puede aprobar o desaprobar. Pensé en Lucille presentándome las rosas como si fueran personas. En Thomas a tres pasos exactos de distancia, siempre tres pasos, como un guardián que vigila un perímetro. En las manos que se acomodaban en el banco, en el sabor de la tierra, en la melodía del piano que mi cuerpo conocía y que mi memoria no.

Y pensé, por primera vez con una claridad que no era cómoda, que todas estas cosas separadas no eran separadas. Que formaban un dibujo, como las figuras de Lucille, como los senderos del jardín vistos desde arriba, como las grietas en una pared que individualmente no dicen nada pero que juntas revelan la dirección en la que la estructura va a ceder.

No sabía qué dibujo era. No veía la forma completa. Solo sentía los bordes, los puntos donde las líneas se cruzaban, y cada punto era una pregunta que yo me negaba a formular en voz alta porque formularla habría sido admitir que la respuesta podía ser algo que no cabía en el mundo que yo conocía, que no cabía en Eleanor Voss, que no cabía en esta habitación ni en esta cama ni en esta vida que llevaba viviendo desde los dieciocho años sin saber si era la vida correcta o solo la más cercana.

El viento aulló contra la ventana. Dentro de la pared, detrás de la cómoda, detrás del crespón, el espejo seguía ahí. Y la mujer que lo habitaba —la que tardó una fracción en seguirme, la que me miró con una expresión que yo no llevaba puesta— seguía también, tan cubierta y tan presente como todo lo demás que la Mansión Dorrell guardaba detrás de sus cerraduras, sus telas negras y sus silencios.

V

La mujer de la fotografía

Después del incidente del espejo, la señora Blackthorn cambió conmigo.

No se volvió más amable, que habría sido lo esperable si su intención fuera compensar la brusquedad de aquella noche. Se volvió más presente. Aparecía en los lugares donde yo estaba con una frecuencia que no podía ser coincidencia: en la biblioteca cuando yo buscaba un libro, en el pasillo cuando yo subía a mi habitación, en la cocina cuando yo desayunaba a una hora diferente de la habitual. Nunca decía nada fuera de lo ordinario. Nunca me hacía preguntas. Pero estaba ahí, como una sombra con deberes domésticos, y sus ojos me seguían con esa intensidad que ya conocía, la del primer día, la del pasillo, la del espejo, solo que ahora no buscaba algo en mi rostro. Vigilaba que no apareciera.

Me acostumbré a ella como uno se acostumbra al dolor de una muela antes de ir al dentista: con una mezcla de irritación y respeto, sabiendo que la molestia tiene una causa que no estás dispuesta a investigar porque la cura podría ser peor que la enfermedad. No toqué más espejos. No volví a mover muebles. Hice mi trabajo, di mis lecciones, cené sola, me acosté temprano. Fui, en resumen, la institutriz perfecta, y si por las noches el sueño del jardín seguía viniendo —cada vez más nítido, cada vez más insistente, con detalles que se acumulaban como sedimentos: el color exacto de las

rosas en julio, el calor del banco bajo el sol de mediodía, la textura de la tierra entre los dedos— eso era asunto mío y de mi almohada.

Fue Thomas quien rompió la rutina, y lo hizo sin querer, que es como se rompen la mayoría de las cosas importantes.

El viernes de la segunda semana me pidió que lo acompañara al establo para ver a los caballos. Lo pidió con la formalidad que usaba para todo, como si estuviera solicitando una audiencia, pero debajo de la cortesía detecté algo que no le había escuchado antes: entusiasmo. Un entusiasmo tímido, contenido, como un fósforo encendido dentro de un farol, pero entusiasmo al fin, y dije que sí antes de que terminara la frase porque la posibilidad de ver a Thomas comportarse como un niño valía cualquier barro en los botines.

El establo estaba al norte de la casa, detrás de una arboleda de fresnos que el viento había moldeado durante décadas hasta convertirlos en esculturas de madera y corteza, inclinados todos hacia el este como una congregación que escucha un sermón lejano. Había dos caballos: una yegua baya llamada Nell y un castrado gris que Thomas llamaba Capitán y que, según me explicó con un detalle que no le dedicaba a ninguna otra cosa en el mundo, había pertenecido a su padre.

—Papá lo montaba todos los días —dijo mientras cepillaba el cuello del animal con movimientos largos y seguros, los de alguien que ha repetido el gesto cientos de veces—. Antes de irse al estudio. Decía que pensar a caballo era más fácil que pensar sentado.

Era la primera vez que Thomas mencionaba a su padre con algo que no fuera la neutralidad defensiva de siempre. El caballo resopló bajo sus manos, y Thomas apoyó la frente contra su cuello durante un segundo, un gesto tan breve y tan privado que aparté la mirada, porque hay momentos entre un niño y un animal que no están hechos para testigos.

—Tu padre —dije con cuidado, eligiendo las palabras como se eligen piedras para cruzar un arroyo— era fotógrafo. ¿Es eso lo que hacía en el estudio?

Thomas retomó el cepillado. El ritmo cambió: más rápido, más corto, el de alguien que necesita ocupar las manos para controlar lo

que pasa en otra parte.

—Hacía fotografías —dijo—. Pero no como las que hacen los fotógrafos normales. —Se detuvo. El caballo giró la cabeza hacia él como si también esperara el resto de la frase—. Las suyas eran... diferentes.

—¿Diferentes cómo?

Thomas puso el cepillo en un cubo y se limpió las manos en los pantalones con un gesto que la señora Blackthorn habría reprobado pero que a mí me gustó, porque era el gesto de un niño de diez años y no el de un adulto en miniatura.

—No puedo explicarlo —dijo, y no era evasión: era honestidad —. Eran fotografías de personas, pero no para que las personas las miraran. Eran para otra cosa.

—¿Para qué?

—Para que las personas de las fotografías miraran fuera.

Lo dijo con la naturalidad de quien repite algo que ha escuchado muchas veces, algo que un niño acepta como parte del funcionamiento del mundo sin cuestionar su lógica, del mismo modo en que acepta que el cielo es azul o que los caballos comen hierba. No era una frase inventada. Era una cita. Alguien le había explicado el trabajo de su padre con esas palabras exactas, y Thomas las había guardado con la misma fidelidad con que guardaba todo lo demás: completas, intactas, sin comprender del todo pero sin deformar.

Quise preguntar más, pero Thomas ya había cerrado esa puerta. Pasó a hablarme de los cascos de Capitán, de cómo había que limpiarlos todos los días porque la humedad del páramo los ablandaba, y yo lo escuché y asentí y archivé la frase sobre las fotografías en el mismo lugar donde guardaba las demás cosas de la Mansión Dorrell que no encajaban en ningún sitio: un lugar que para entonces ya no era un rincón sino una habitación entera, con paredes, techo y una puerta que empezaba a resultarme difícil de cerrar.

El camino de vuelta a la casa pasaba por un lateral que no había recorrido antes. Era un sendero de tierra que bordeaba el muro norte y que, al girar la esquina, se abría a una vista del ala este que

no se veía desde el jardín ni desde las ventanas del ala derecha. Desde aquí, las contraventanas cerradas del ala este no parecían solamente cerradas: parecían selladas. Tablones clavados cruzaban varias de ellas en diagonal, y la piedra alrededor de las ventanas tenía manchas oscuras, como las que deja el humo o la humedad concentrada durante mucho tiempo. Pero fue la puerta lo que me detuvo.

El ala este tenía una entrada propia, separada de la casa principal. Una puerta de madera gruesa con herrajes de hierro y un cerrojo que parecía nuevo, o al menos más nuevo que el resto, porque el metal brillaba en lugar de estar oxidado como todo lo demás que había visto en la mansión. Alguien había cambiado ese cerrojo recientemente. No para evitar que algo entrara —la puerta estaba reforzada desde fuera, no desde dentro—, sino para evitar que alguien accediera.

Junto a la puerta, en el suelo, había un fragmento de cristal. Lo recogí sin pensar, por el impulso automático de proteger a los niños de las cosas cortantes, y al levantarlo vi que no era cristal ordinario. Era más grueso, más pesado, con un borde perfectamente recto que indicaba que había sido cortado, no roto. Una esquina de algo cuadrado. Una placa. Y en su superficie, apenas visible contra la luz gris del cielo, había una imagen.

No era una imagen completa. Era un fragmento: un hombro, parte de un cuello, el inicio de una mandíbula. La piel tenía ese tono cobrizo que adquieren las fotografías antiguas en cristal, las que se hacen con colodión húmedo sobre placa de vidrio, un proceso que yo conocía de nombre —las monjas del internado tenían un retrato de la fundadora hecho con esa técnica, y la hermana Agnes me había explicado una vez cómo funcionaba, con la paciencia de quien cree que el conocimiento inútil también es conocimiento— pero que nunca había visto en fragmentos, disperso en el suelo como los restos de algo destruido a propósito.

Miré alrededor. Había más fragmentos, pequeños, semienterrados en la tierra húmeda junto a la puerta. Los habría pasado por alto si no me hubiera agachado a recoger el primero. Eran restos de placas fotográficas, quizá dos, quizá tres, imposible

saberlo. Alguien las había roto y las había dejado caer, o las había tirado, y la lluvia y el barro habían hecho el resto.

Guardé el fragmento en el bolsillo de la falda. No sé por qué lo hice. No coleccionaba pruebas de nada, porque no estaba investigando nada, porque no había nada que investigar. Un fotógrafo muerto en una casa con un laboratorio cerrado: las placas rotas eran escombros, no pistas. Pero el peso del cristal en el bolsillo me acompañó el resto del día con una insistencia que desmentía su tamaño, como si el fragmento supiera que era parte de algo más grande y se negara a olvidarlo.

Esa noche, después de la cena, fui a la biblioteca.

No buscaba nada en particular. Quería leer, que era lo que hacía cuando necesitaba que mi mente dejara de dar vueltas y se posara sobre algo fijo, como un pájaro que necesita una rama. Tomé el libro de historia natural que había estado leyendo —tercera balda, quinto desde la izquierda, no necesité buscarlo— y me senté en el sillón junto a la ventana. La lámpara de aceite proyectaba un círculo de luz que dejaba el resto de la habitación en una penumbra cálida, y durante un rato leí sobre los brezales de Yorkshire, sobre las especies de pájaros que anidaban en los páramos, sobre la geología de las formaciones de piedra caliza, y la información entró en mi cabeza con la suavidad de la lluvia en un estanque, sin alterar la superficie.

Fue al pasar una página cuando cayó la fotografía.

Estaba metida entre las páginas 142 y 143, en el capítulo sobre la flora de los valles. Era pequeña, del tamaño de una tarjeta de visita, con los bordes recortados con tijeras y no con guillotina, lo que le daba un aspecto ligeramente casero, como si quien la hubiera hecho no tuviera acceso a los acabados de un estudio profesional. Aterrizó boca abajo sobre mi regazo, y al darle la vuelta sentí que el suelo de la biblioteca se inclinaba unos grados hacia un lado, o que yo me inclinaba, o que algo en el equilibrio de la habitación se alteraba de forma imperceptible para todo menos para el cuerpo, que tiene su propia brújula y que detecta las variaciones que la mente no puede medir.

La fotografía mostraba a una mujer joven sentada en el banco blanco del jardín.

Llevaba un vestido claro, de verano, con un cuello alto de encaje que enmarcaba una cara delgada, de pómulos marcados, con el pelo oscuro recogido en un moño bajo. Tenía las manos sobre los reposabrazos del banco: la izquierda abierta, con los dedos curvados sobre el borde redondeado del hierro, y la derecha más atrás, sujetando el extremo con el pulgar por debajo. Detrás de ella se veía la fachada de la Mansión Dorrell con las ventanas abiertas y las contraventanas retiradas, todas, incluidas las del ala este, y el jardín tenía rosas, rosas en flor, docenas de ellas, y la luz era la de un día de julio que no se parecía en nada a la luz de septiembre que yo había conocido.

La mujer miraba directamente a la cámara. Su expresión era la que yo había visto en el espejo durante aquella fracción de segundo: suave, abierta, con los labios ligeramente separados y los ojos más anchos de lo que la pose formal de un retrato requería, como si el fotógrafo la hubiera captado justo antes de que pudiera componer la cara que se compone para las fotografías, en ese instante de desprotección que las cámaras de la época, con sus exposiciones largas, casi nunca conseguían atrapar.

Se parecía a mí.

Eso fue lo primero que pensé, y la formulación importa: se parecía a mí. No yo me parecía a ella. La frase sitúa a la mujer como la copia y a mí como el original, y eso era lo que mi mente necesitaba creer para poder seguir mirando la fotografía sin que el suelo terminara de inclinarse. Se parecía a mí del modo en que se parecen dos personas de la misma familia: no eran los mismos rasgos reproducidos, sino la misma estructura debajo de rasgos ligeramente diferentes. Los pómulos eran los mismos. La mandíbula. La distancia entre los ojos. La forma del moño, idéntica a la que yo llevaba porque era la única que sabía hacerme, la única que mis manos producían sin necesitar un espejo.

Di la vuelta a la fotografía. En el reverso, con una caligrafía apretada y vertical que no reconocí, alguien había escrito:

M.D. — Julio, 1887. El jardín.

M.D. Margaret Dorrell. La esposa muerta. La madre de Thomas y Lucille. La mujer cuyo luto gobernaba cada espejo cubierto, cada reloj detenido, cada habitación sellada de aquella casa.

Me parecía a Margaret Dorrell.

O Margaret Dorrell se parecía a mí.

La diferencia entre las dos frases era la misma que entre el antes y el después, entre el original y la copia, entre la persona que vive en una casa y la que llega una tarde de septiembre creyendo que es una extraña. Y la grieta que se abrió entre ambas frases en mi mente fue silenciosa, sin drama, sin la espectacularidad que tienen las crisis en las novelas, donde las protagonistas jadean, se agarran al borde de los muebles, necesitan sales. Fue más bien como descubrir una mancha de humedad en el techo: algo que probablemente lleva ahí mucho tiempo, que ha ido creciendo en silencio, y que una vez vista no puede dejar de verse, aunque no tengas la menor idea de qué hacer con ella.

Cerré el libro con la fotografía dentro. Apagué la lámpara. Subí a mi habitación con la fotografía en el bolsillo izquierdo y el fragmento de placa en el derecho, y el peso de ambos me desequilibraba de una forma que no era física sino de otro orden, como si cada bolsillo contuviera una versión diferente de la realidad y yo caminara entre ambas sin saber cuál era la que sostenía el suelo bajo mis pies.

No me desvestí. Me senté en la cama, encendí la vela, y saqué la fotografía. La puse sobre la colcha, junto al fragmento de placa, y los miré a los dos como si fueran piezas de un rompecabezas que podían unirse si encontraba el ángulo correcto. El fragmento de placa mostraba un hombro, un cuello, el inicio de una mandíbula. ¿Eran de Margaret? ¿Eran míos? ¿Había diferencia? La placa tenía el mismo tono cobrizo que la fotografía de visita, la misma textura de colodión sobre vidrio, y al ponerla cerca de la fotografía —no encima, no la toqué, pero cerca, lo suficiente para que la comparación fuera posible— el hombro del fragmento podía haber sido el mismo hombro de la mujer del banco. O podía no serlo. Los hombros se parecen más entre sí que las caras, y yo estaba haciendo lo que las monjas llamaban «buscarle tres pies al gato», que era su forma de decir que la imaginación, cuando se le da

cuerda, es capaz de fabricar coincidencias donde solo hay proximidad.

Pero las manos en el banco. La posición exacta. La izquierda abierta, la derecha más atrás. Mis manos habían adoptado esa postura sin que yo se lo pidiera, y ahora, en la fotografía, veía a una mujer muerta cuyas manos estaban en la misma posición, en el mismo banco, con la misma curva en los dedos. Eso no era imaginación. Eso era el cuerpo recordando algo que la mente no contenía, y la única explicación que podía sostener esa contradicción —que mi cuerpo conociera la postura de una mujer a la que nunca había visto— era una explicación que no tenía palabras, que no cabía en ninguna de las categorías que el internado me había enseñado, que no era ni ciencia ni fe ni locura sino algo intermedio, algo que vivía en la fisura entre lo que puedo probar y lo que no puedo dejar de sentir.

Guardé la fotografía y el fragmento en el cajón del escritorio, junto al dibujo de Lucille del primer día. Tres objetos. Tres puertas que daban a un pasillo que no quería recorrer.

Me acosté. Apagué la vela. Y esa noche el sueño vino diferente.

No fue el jardín. Fue una habitación sin ventanas, iluminada por una luz roja que lo teñía todo del color de la sangre diluida en agua. Había una mesa larga contra una pared, cubierta de bandejas poco profundas que contenían líquidos oscuros, y sobre la mesa, dispuestas en fila como pacientes en una sala de hospital, placas de vidrio rectangulares en las que se formaban imágenes. No imágenes fijas. Imágenes que se movían. Rostros que se definían lentamente, como si emergieran de la superficie del cristal del mismo modo en que una cara emerge del agua cuando alguien sube desde el fondo: primero un contorno, después las cuencas de los ojos, después la boca, después los detalles, las arrugas, las pestañas, la expresión.

Había un hombre en la habitación. Estaba de espaldas, inclinado sobre una de las bandejas, y movía una placa de un lado a otro dentro del líquido con la delicadeza de alguien que baña a un recién nacido. No podía verle la cara. Solo la espalda, ancha, encorvada por las horas de trabajo, y las manos, que eran grandes y estaban manchadas de un color marrón oscuro que podía ser químico o

podía ser otra cosa. El hombre murmuraba algo mientras trabajaba, una letanía en voz baja que sonaba a instrucciones dadas a sí mismo, o a alguien que no estaba allí, o a la imagen que estaba naciendo en la placa bajo sus dedos.

Yo estaba en la habitación. No como observadora. Estaba sentada en una silla, al otro lado de la mesa, y no podía moverme. No porque estuviera atada —no sentía cuerdas ni restricciones— sino porque mi cuerpo no me obedecía, como si la conexión entre la voluntad y los músculos se hubiera cortado, como si alguien hubiera desenchufado algo dentro de mí y solo quedara la percepción, los ojos abiertos, la piel registrando la temperatura del aire —fría, con olor a vinagre y a metal—, los oídos recogiendo la letanía del hombre y el sonido húmedo de la placa moviéndose en el líquido.

El hombre se dio la vuelta.

Tenía la cara del retrato del salón. Aldous Dorrell. Pero más viejo que en el retrato, más consumido, con los ojos hundidos en unas cuencas que parecían haberse profundizado no por la edad sino por el acto de mirar demasiado tiempo cosas que no deberían mirarse. Me miró con la misma expresión del retrato —concentración, posesión, la mirada de quien cree que lo que mira le pertenece— y levantó la placa del líquido y la sostuvo frente a mí.

En la placa había un rostro. Mi rostro. Pero no exactamente mi rostro: era una versión anterior, o posterior, o paralela, un rostro que tenía mis rasgos pero otra expresión, la expresión de alguien que ha vivido cosas que yo no recordaba haber vivido, que ha amado y perdido y sufrido con una intensidad que dejaba marcas visibles alrededor de los ojos y en las comisuras de los labios, las marcas que deja la vida cuando la vida no se ha vivido a medias.

Dorrell dijo algo. En el sueño sus labios se movieron y el sonido salió con un retraso que me recordó al espejo —la misma fracción de desfase, la misma sensación de que dos realidades no estaban del todo sincronizadas—, y lo que dijo fue:

Ya casi.

Me desperté con las manos cerradas sobre la sábana tan fuerte que los nudillos me dolieron durante una hora. Eran las tres y diecisiete de la madrugada. Lo supe no porque hubiera un reloj que

funcionara en mi habitación, sino porque la luz de la luna —pálida, insuficiente, filtrada a través de las nubes— caía sobre la pared donde faltaba el espejo, y en aquel rectángulo de pintura más clara proyectaba una sombra que no era la de ningún objeto de la habitación. Era alargada, vertical, con una curvatura en la parte superior que sugería hombros, o cabeza, o la silueta de alguien que estaba de pie entre la ventana y la pared.

No me moví. No giré la cabeza hacia la ventana para comprobar qué producía la sombra. Me quedé exactamente como estaba, con los ojos fijos en la pared, con el corazón martilleando en ese lugar demasiado alto, y esperé. La sombra no se movió. No cambió de forma. No desapareció. Se quedó ahí, proyectada sobre el rectángulo vacío donde debería haber habido un espejo, como el reflejo de alguien que se mira en un cristal que ya no existe.

Después una nube cubrió la luna y la sombra se disolvió, y yo cerré los ojos y me dije que había sido una rama, un poste, una imperfección del cristal de la ventana, cualquier cosa que produjera una sombra vertical con forma de persona a las tres y diecisiete de la madrugada en una habitación donde los espejos estaban prohibidos y las mujeres muertas se parecían a las vivas.

Me lo dije, y me lo creí, y me dormí, y el sueño volvió a la habitación roja, y el hombre de las manos manchadas seguía ahí, inclinado sobre sus placas, murmurando su letanía, y esta vez alcancé a escuchar una palabra que se repetía entre las demás como un hueso que sobresale de la tierra:

Margaret.

VI

Luz atrapada

No volví a dormir bien después del sueño del cuarto oscuro.

No es que no durmiera. Dormía como había dormido siempre: con puntualidad, con eficiencia, con el cuerpo entregado al colchón como un barco que se deja llevar por la corriente. Pero el sueño había dejado de ser un lugar seguro. Antes de la Mansión Dorrell, dormir era un vacío bienvenido, ocho horas de nada que me devolvían al mundo descansada y sin equipaje. Ahora dormir era un viaje, y cada noche el destino cambiaba ligeramente: a veces el jardín, a veces el cuarto de luz roja, a veces una habitación que no reconocía pero que mi cuerpo habitaba con una familiaridad que al despertar me producía una náusea seca, como el mareo que queda después de girar sobre una misma hasta perder el sentido del suelo.

Los días se hicieron más cortos. Octubre se acercaba, o quizá ya había llegado; perdí la cuenta en algún punto de la tercera semana, cuando me descubrí mirando el calendario de la cocina —el de la cosecha que no crecía en los páramos— sin saber en qué día estaba ni tener la urgencia de averiguarlo. El tiempo en la Mansión Dorrell no se medía en días sino en eventos: la mañana de la lección, la tarde de la lectura, la noche de la vela, el sueño. Y entre los eventos, los silencios, que eran los verdaderos marcadores de la vida en aquella casa, como los espacios en blanco entre las palabras de una frase que le dan sentido a lo que está escrito.

Empecé a pasar más tiempo en la biblioteca. Lo justifiqué como preparación para las clases, y en parte lo era: el atlas necesitaba complementarse con mapas más detallados, y Thomas había mostrado un interés inesperado por la historia natural que yo quería alimentar antes de que se enfriara. Pero la verdad era que buscaba algo. No sabía exactamente qué. Sabía que la biblioteca había pertenecido a un hombre que hacía fotografías «para que las personas de las fotografías miraran fuera», y que en algún lugar entre aquellos estantes podía haber más que libros sobre brezales y piedra caliza.

Lo encontré el tercer día de búsqueda, en una sección que estaba detrás de la puerta doble de cristal, en la pared que no se veía al entrar. Era un estante más bajo que los demás, medio oculto por un sillón que tuve que mover para acceder, y contenía una docena de volúmenes delgados, encuadernados de forma idéntica en tela marrón, sin título en el lomo. Los saqué uno por uno. Los primeros cuatro eran números de una publicación periódica titulada

The British Journal of Photography, correspondientes a los años 1882, 1883, 1884 y 1885. Los abrí al azar y encontré artículos técnicos sobre emulsiones, tiempos de exposición, nuevas fórmulas de revelado. Nada que un lego pudiera entender sin esfuerzo, pero nada tampoco que pareciera fuera de lo ordinario para la época.

El quinto volumen era diferente. No era un número de la publicación sino una separata, una reimpresión de un artículo individual, y en la portada, debajo del título de la revista, estaba el nombre del autor:

Aldous R. Dorrell, F.R.P.S.

«Sobre la persistencia de la imagen lumínica en superficies sensibilizadas: nuevas observaciones acerca de la retención espectral en placas de colodión»

Leí el artículo dos veces. La primera, deprisa, saltando los párrafos técnicos, buscando el sentido general. La segunda, despacio, con el dedo siguiendo cada línea como hacía en el internado cuando las monjas nos obligaban a leer los salmos en latín: sin entender cada palabra pero extrayendo el significado por

acumulación, como se extrae la sal del agua dejándola evaporar al sol.

Lo que Dorrell describía era esto: al fotografiar a una persona usando el proceso de colodión húmedo —placas de vidrio bañadas en una solución química que se exponían dentro de la cámara mientras el sujeto permanecía inmóvil—, había observado que ciertas placas retenían lo que él llamaba «una impresión residual» que no correspondía a la imagen visible. Era, según su descripción, como una segunda capa debajo de la primera, visible solo en determinadas condiciones de luz y de ángulo, que mostraba no la pose del sujeto sino algo diferente: un movimiento que no se había producido durante la exposición, una expresión que el sujeto no había adoptado, una variación del rostro que Dorrell no podía explicar mediante ningún fallo técnico conocido.

En el lenguaje cauteloso de la publicación científica, Dorrell sugería dos explicaciones posibles. La primera era un artefacto químico: una reacción del colodión con impurezas en el vidrio que producía imágenes fantasma, del mismo modo en que ciertas sustancias fosforescentes retienen la luz y la liberan después en la oscuridad. La segunda explicación, que Dorrell presentaba con una prudencia que no ocultaba del todo su entusiasmo, era que la placa fotográfica capturaba no solo la imagen del cuerpo sino algo más. Algo que él, consciente de que estaba pisando terreno peligroso para un hombre de ciencia, llamaba «la impresión interior»: la huella que dejaba en la emulsión química no la luz reflejada por la superficie del rostro, sino la luz emitida desde dentro.

El artículo terminaba con una nota del editor que describía las afirmaciones del señor Dorrell como «de considerable interés especulativo, aunque necesitadas de verificación experimental rigurosa antes de poder extraer conclusiones definitivas». Era el tipo de frase que los editores usan cuando quieren decir que algo les parece descabellado pero no se atreven a decirlo abiertamente, y que funciona como una puerta giratoria: deja pasar la idea sin comprometerse con ella.

Cerré la separata. Me quedé mirándola sobre mi regazo como se mira una caja que podría contener una joya o un escorpión, y pensé

en las placas rotas junto a la puerta del ala este, en el cuarto oscuro con candado, en el cerrojo nuevo, en las manos manchadas de Dorrell en mi sueño, en su voz diciendo «ya casi» mientras una cara se formaba en el cristal sumergido en líquido.

Pensé también en algo que no había pensado hasta entonces, porque pensar requiere información y yo no la había tenido: si Dorrell creía que la fotografía podía capturar la «impresión interior» de una persona, ¿qué pasaba cuando esa persona moría? ¿Qué quedaba en la placa? ¿La imagen de un rostro muerto, o la impresión de algo que había estado vivo y que la química había atrapado como el ámbar atrapa a los insectos, preservándolo no porque esté vivo sino porque la sustancia que lo rodea no le permite descomponerse?

El artículo no existía en el vacío. Dorrell citaba, con la prudencia de quien sabe que sus aliados son tan peligrosos como sus enemigos, a tres figuras que le daban cobertura intelectual. La primera era William Crookes, cuyas «investigaciones sobre la fuerza psíquica» habían sido publicadas en el Quarterly Journal of Science y que, a pesar de la controversia, le conferían a la idea de que la materia podía captar algo más que luz una legitimidad que Dorrell necesitaba como un edificio necesita cimientos. La segunda era la Society for Psychical Research, fundada en Cambridge en 1882, cuyos miembros —profesores, médicos, hombres de ciencia con credenciales impecables— habían documentado lo que llamaban «impresiones anómalas» en placas de colodión expuestas en presencia de sujetos en estados de alta actividad emocional. La tercera, mencionada al pie de página con la brevedad de quien deja una puerta entreabierta sin cruzarla, era un médico francés llamado Hippolyte Baraduc, cuyas primeras comunicaciones sobre la posibilidad de fotografiar lo que él llamaba «la fuerza vital» estaban circulando en los círculos que frecuentaban los hombres que, como Dorrell, vivían en la frontera entre la ciencia y lo que la ciencia todavía no se atrevía a nombrar.

Ninguno de los tres había hecho lo que Dorrell afirmaba haber hecho. Crookes había detectado anomalías; la Society las había documentado; Baraduc las había teorizado. Pero Dorrell las había

provocado. Había encontrado la forma de no solo captar la «impresión interior» sino de extraerla, de separarla del sujeto como se separa la nata de la leche, y de conservarla en el cristal con una permanencia que sus predecesores no habían logrado. Eso era lo que hacía que su artículo, publicado en una revista menor y leído probablemente por un puñado de personas, fuera no solo extraordinario sino peligroso: no describía un fenómeno. Describía un método.

Era una idea obscena. Fascinante y obscena. Y Dorrell la había tenido treinta años antes que yo, en una época en que las sesiones de espiritismo llenaban los salones de Londres y la fotografía de espíritus hacía ricos a los charlatanes que vendían dobles exposiciones como pruebas del más allá. Pero Dorrell no era un charlatán. Su artículo estaba publicado en una revista seria. Su técnica era rigurosa. Y sus resultados, si eran reales, no eran espiritismo. Eran otra cosa. Algo que no tenía nombre en 1884, que quizá no lo tenía todavía, y que la casa donde me encontraba contenía entre sus paredes selladas como un secreto guardado en una lengua que nadie recuerda cómo leer.

Devolví los volúmenes al estante y moví el sillón a su posición original. Hice todo esto con la meticulosidad de quien borra sus huellas no porque esté haciendo algo malo sino porque ha aprendido, en las últimas semanas, que en la Mansión Dorrell el conocimiento es una moneda con dos caras: una te compra acceso y la otra te compra peligro, y no siempre puedes elegir cuál pagas.

Fue esa noche, al volver de la biblioteca, cuando encontré la carta.

No la busqué. Estaba en el pasillo del primer piso, a tres metros de mi habitación, en el suelo, como si se hubiera caído de un bolsillo o de una bandeja de correspondencia que alguien llevaba con prisa. Era un sobre de color crema, sin sellar, con el nombre de la señora Blackthorn escrito en una caligrafía que reconocí al instante porque la había visto en el reverso de la fotografía de Margaret: apretada, vertical, con las letras inclinadas hacia atrás como si se resistieran a avanzar. Pero la caligrafía de la fotografía era de 1887. Alguien que escribía como Dorrell seguía escribiendo cartas a Blackthorn.

Abrí el sobre. Dentro había una sola hoja, doblada en tres, y la caligrafía no era la de Dorrell. Era diferente: más redonda, más generosa, con las letras inclinadas hacia adelante en lugar de hacia atrás. La firmaba Edmund Hale, y estaba fechada cuatro semanas antes de mi llegada.

La carta decía:

Estimada señora Blackthorn:

Le confirmo que la candidata ha sido seleccionada y aceptará el puesto. Cumple todos los requisitos que discutimos: edad adecuada, sin familia, sin vínculos, sin antecedentes que puedan complicar el proceso. He verificado personalmente su historial en el internado de Ashford y puedo asegurarle que la falta de recuerdos anteriores a 1881 es genuina y no simulada. Esto, como convenimos, es esencial.

Llegará a la estación de Whitby el día 5 de septiembre. Envíe el carruaje.

Le ruego, como ya le he rogado antes, que mantenga la compostura. Sé que la situación es difícil para usted, pero el bienestar de los niños depende de que actuemos con discreción. Dorrell así lo habría querido.

Suyo,

E. Hale

Leí la carta de pie, en el pasillo, con la vela en una mano y el papel en la otra, y el pasillo era demasiado largo y demasiado oscuro y las sombras se estiraban en direcciones que no correspondían a la posición de la llama, y todo eso me dio igual, porque lo que estaba leyendo ocupaba todo el espacio disponible en mi cabeza y no dejaba sitio para el miedo.

La falta de recuerdos anteriores a 1881 es genuina y no simulada. Esto es esencial.

Hale sabía. Antes de contratarme, antes de sentarme en su despacho de la calle Harley y explicarme con amabilidad las condiciones del puesto, antes de mirarme por encima de las gafas redondas y decirme que la familia necesitaba a alguien con carácter, Edmund Hale ya sabía que yo no tenía pasado. No solo lo sabía: lo había verificado. Había ido al internado de Ashford y había confirmado que mi amnesia era real. Y eso, según la carta, era

esencial. No «conveniente». No «útil». Esencial. Como si mi amnesia no fuera un accidente de mi biografía sino un requisito del puesto, una condición tan necesaria como la capacidad de enseñar francés o de cuidar niños.

¿Por qué? ¿Qué clase de familia necesita una institutriz sin memoria? ¿Qué clase de abogado investiga el historial médico de una candidata a un puesto doméstico con la diligencia que se reserva para los contratos matrimoniales o las investigaciones criminales? ¿Y qué clase de carta se escribe a un ama de llaves pidiéndole que «mantenga la compostura» ante la llegada de una empleada, como si la empleada fuera una amenaza y no una ayuda?

Las preguntas se acumulaban, y ninguna tenía respuesta, y la ausencia de respuestas no era un vacío sino un peso, el peso de una estructura que empezaba a hacerse visible por sus bordes, como un edificio cubierto por niebla del que solo se ven los cimientos. Algo se había planeado. Mi presencia en la Mansión Dorrell no era casual. Había sido diseñada, seleccionada, con criterios que yo desconocía y que incluían mi defecto más íntimo como pieza central del mecanismo.

Doblé la carta, la metí en el sobre, y la dejé en el suelo exactamente donde la había encontrado. Me costó hacerlo. Cada fibra de mi cuerpo quería quedársela, guardarla en el cajón del escritorio junto a la fotografía y el fragmento de placa y el dibujo de Lucille, añadirla a la colección de objetos que contaban una historia que yo no era capaz de leer. Pero si Blackthorn descubría que la carta había desaparecido, sabría que yo la había leído, y la única ventaja que tenía en aquella casa era que nadie sabía cuánto sabía. Que era muy poco, pero era más que nada, y en un lugar donde la información se administraba con la avaricia de un avaro con sus monedas, cada fragmento contaba.

Entré en mi habitación. Cerré la puerta. Me senté en la cama con las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en la nada, y mi mente hizo algo que no le había permitido hacer hasta entonces: dejó de racionalizar.

No fue una decisión consciente. Fue más bien un agotamiento, como cuando un músculo que has estado contrayendo durante horas

finalmente se suelta, no porque quieras relajarlo sino porque ya no queda fuerza para mantenerlo tenso. Y cuando la racionalización se detuvo, lo que quedó debajo no era caos. Era un patrón. Simple, terrible, incompleto, pero un patrón.

Me habían elegido. No por mi capacidad como institutriz, sino por mi falta de memoria. Hale conocía mi amnesia y la consideraba esencial. Blackthorn me había recibido con miedo, no con hostilidad. Los niños me reconocían. La casa me reconocía. Mis manos conocían el banco, mi nariz conocía las rosas, mi cuerpo conocía la melodía del piano. Y yo me parecía a Margaret Dorrell. O Margaret Dorrell se parecía a mí.

El patrón no tenía forma completa. Faltaban piezas, las piezas que estaban detrás de las puertas cerradas, dentro del ala este, dentro del cuarto oscuro con candado, dentro de las placas rotas y de los diarios que el patriarca muerto había dejado sellados con la misma ferocidad con que había sellado los espejos. Pero el contorno estaba ahí, y el contorno decía algo que yo no quería escuchar, que era:

No estás aquí por casualidad. Y quizá tampoco estés aquí por primera vez.

El pensamiento era absurdo. Lo supe mientras lo pensaba. Nunca había estado en Yorkshire, nunca había estado en esta casa, nunca había visto a estos niños antes del cinco de septiembre de 1889. Eso lo sabía. Lo que no sabía —lo que la carta de Hale había convertido de incertidumbre en pregunta— era si lo que yo sabía de mí misma era todo lo que había que saber, o si debajo de Eleanor Voss, como debajo de la imagen visible en las placas de Dorrell, existía una segunda capa que solo aparecía bajo cierta luz, desde cierto ángulo, en determinadas condiciones que yo no controlaba y que la casa, con sus espejos cubiertos y sus relojes detenidos y sus pasillos que olían a químicos, estaba creando a mi alrededor como un fotógrafo prepara una exposición: con paciencia, con cálculo, y con un propósito que solo él conoce.

Apagué la vela. Me acosté vestida, con los zapatos puestos, como si necesitara estar lista para algo que no sabía qué era. El viento había cesado por primera vez desde mi llegada, y el silencio

que lo reemplazó era peor que cualquier ruido: era un silencio de espera, el de una casa que contiene la respiración.

Y en ese silencio, desde algún lugar por encima de mi cabeza, la música volvió.

El piano. La misma melodía de la primera noche, pero más clara, más cerca, como si quien la tocaba se hubiera movido desde una habitación lejana a una más próxima, o como si las paredes que separaban el sonido de mis oídos se hubieran adelgazado. Las notas caían despacio, con espacios entre ellas que eran tan significativos como las notas mismas, como las pausas en una frase que alguien dice sabiendo que cada palabra importa. Era una melodía que subía y bajaba en intervalos que no reconocía intelectualmente pero que mi cuerpo seguía como se sigue un camino conocido en la oscuridad: sin ver, sin pensar, solo con los pies que saben dónde está el siguiente escalón.

Esta vez no me quedé en la cama. Me levanté. Abrí la puerta. El pasillo estaba oscuro, pero la música lo llenaba como el agua llena un vaso, de abajo arriba, primero los rincones y después el centro, y yo la seguí con los pies descalzos sobre la madera que crujía en las tablas de siempre —la tercera, la séptima, la del cuarto de baño— y subí la escalera al segundo piso, y después al tercero, que no había visitado, que no formaba parte de la ruta que Blackthorn me había mostrado, y que estaba frío y olía a cerrado y a algo más, ese olor que ya conocía y que ya no podía llamar «ácido» sino por su nombre: colodión, el barniz de éter y alcohol que los fotógrafos usaban para sensibilizar las placas de vidrio.

La música venía de una puerta al final del pasillo del tercer piso. Una puerta cerrada, como todas las puertas importantes de aquella casa, pero cerrada solo con picaporte, no con llave. La empujé. Se abrió hacia dentro con una facilidad que me sorprendió, como si alguien la hubiera engrasado recientemente, como si estuviera esperando ser abierta.

Dentro había una habitación pequeña, más pequeña de lo que la acústica sugería, con un techo bajo que obligaba a agachar la cabeza y una ventana circular —el ojo de buey de la torreta, el que miraba al camino— que dejaba entrar un disco de luz de luna sobre

el suelo. Y en el centro de la habitación, cubierto con una sábana que no era blanca sino amarillenta por el polvo y el tiempo, había un piano.

No un piano de media cola como el del salón. Un piano vertical, más pequeño, más viejo, con la madera oscura y las teclas amarillentas que se adivinaban bajo el borde de la sábana. La música había cesado en el momento en que abrí la puerta, como había cesado la primera noche: no como una canción que termina, sino como una conversación que se interrumpe.

Me acerqué. Levanté la sábana. Las teclas estaban cubiertas de polvo, una capa uniforme que no mostraba marcas de dedos. Si alguien había tocado este piano minutos antes, no había dejado huella. O las huellas se habían borrado. O nadie lo había tocado y la música venía de otro lugar, de otro tiempo, de la misma capa invisible que Dorrell describía en su artículo, la impresión que queda cuando la persona se va pero la imagen persiste.

Sobre la tapa del piano, debajo de la sábana, había un cuaderno. No era el cuaderno verde de Lucille. Era más grande, con tapas de cuero negro y un cierre de latón que se abría con un botón. Lo abrí. Las páginas estaban escritas con la caligrafía de Dorrell, la apretada y vertical que había visto en la fotografía, y las primeras líneas decían:

Cuaderno de trabajo n.º 7. Experimentos de retención lumínica. Octubre de 1886.

No pude leer más. Mis manos temblaban demasiado para sostener las páginas, y la luz de luna que entraba por el ojo de buey era insuficiente para descifrar una caligrafía que ya de por sí era difícil. Pero no necesitaba leer más para saber lo que era. Era uno de los diarios del patriarca. Uno de los registros del proceso. Y estaba aquí, en una habitación que no estaba cerrada con llave, junto a un piano que sonaba solo, en el tercer piso de una casa donde los espejos estaban cubiertos para que las mujeres muertas no miraran fuera.

Me llevé el cuaderno. Lo metí bajo la falda, apretado contra el vientre, y bajé las escaleras en la oscuridad con la misma certeza ciega con que las había subido, como si mis pies conocieran el

camino por una memoria que no era la mía. Al pasar por el primer piso vi que la carta de Hale ya no estaba en el suelo. Alguien la había recogido. La señora Blackthorn dormía al final de aquel pasillo, y su sueño, si dormía, debía de ser el de alguien que vigila incluso con los ojos cerrados.

En mi habitación, guardé el cuaderno en el fondo del cajón del escritorio, debajo de la fotografía, el fragmento, el dibujo. El cajón empezaba a parecerse a una excavación arqueológica: cada capa más antigua, más profunda, más cerca de algo que todavía no podía ver pero que sentía como se siente la presencia de agua bajo la tierra cuando el suelo cambia de textura y el aire se enfría y los árboles crecen más verdes sin razón aparente.

Me acosté por segunda vez. No me quité los zapatos. Cerré los ojos, y antes de dormirme alcancé a formular un pensamiento que era menos un pensamiento que una instrucción, un mandato que me di a mí misma con la misma firmeza con que le habría dado una orden a un niño desobediente:

Mañana, cuando haya luz, vas a leer ese cuaderno. Y lo que diga, sea lo que sea, vas a aceptarlo. Porque el tiempo de las explicaciones limpias se ha terminado, y lo que queda, debajo de Eleanor Voss, debajo de la amnesia, debajo de los espejos cubiertos y de las placas rotas y de la música que suena sin manos, no es nada que puedas guardar en un cajón.

Es algo que te guarda a ti.

VII

El cuaderno del patriarca

Leí el cuaderno a la luz del amanecer, sentada en el suelo junto a la ventana con la espalda contra la pared y las rodillas levantadas como un atril.

No podía leerlo en la cama, ni en el escritorio, ni en ningún lugar que implicara comodidad. El instinto —porque a esas alturas lo que me guiaba era algo anterior a la razón, algo que funcionaba con la lógica de los animales y no con la de los libros— me decía que lo que estaba a punto de leer requería una postura de alerta, los músculos tensos, los pies en el suelo, la posibilidad de levantarme y salir si lo que encontraba en aquellas páginas era más de lo que podía sostener.

La caligrafía de Dorrell era difícil. No por descuidada, sino por lo contrario: cada letra estaba trazada con una deliberación que la volvía densa, comprimida, como si quisiera meter el máximo de significado en el mínimo de espacio. Las fechas iban del 3 de octubre al 19 de diciembre de 1886, y las entradas variaban en extensión: algunas eran párrafos largos de prosa apretada; otras, listas de cantidades químicas con abreviaturas que no entendí; y unas pocas, anotaciones breves y crípticas que parecían escritas con prisa, como si Dorrell hubiera necesitado dejar constancia de algo antes de que la idea se le escapara.

Las primeras páginas eran técnicas. Describían preparaciones: la proporción exacta de colodión, yoduro de potasio y nitrato de plata que Dorrell usaba en sus placas; los tiempos de exposición según la luz disponible; las temperaturas del laboratorio a distintas horas del día. Eran las notas de un hombre meticuloso, un científico que confiaba en el método y que registraba cada variable con la fe de quien cree que si se mide todo, todo se puede controlar. Las leí con la atención parcial que se le presta a un manual de instrucciones: necesaria pero no apasionante, esperando a que la técnica diera paso a lo otro, a lo que fuera que hubiera convertido a un fotógrafo respetable en un hombre cuyos espejos se cubrían después de muerto y cuyo estudio se sellaba con tablones.

El cambio llegó en la entrada del 22 de octubre.

He repetido el experimento con la placa n.º 114 y los resultados son consistentes con las observaciones anteriores. La imagen residual persiste incluso después del lavado con hiposulfito. No es un defecto de la emulsión. No es doble exposición. Es otra cosa. Cuando inclino la placa hacia la fuente de luz, la segunda imagen aparece con una claridad que no se corresponde con ningún fenómeno óptico que conozca. Es como si la placa hubiera capturado dos momentos del sujeto simultáneamente: el momento de la pose y otro momento que no ocurrió durante la sesión. Una expresión que el sujeto no adoptó. Un movimiento que no realizó. ¿De dónde viene esta segunda imagen? ¿Qué parte del sujeto la produce?

Pasé la página. La siguiente entrada estaba fechada tres días después y el tono había cambiado. Ya no era el del científico que observa. Era el del hombre que sospecha.

He fotografiado a seis sujetos diferentes esta semana. En tres de ellos la imagen residual aparece. En los otros tres, nada. Diferencia entre los dos grupos: los tres con imagen residual estaban bajo estrés emocional significativo en el momento de la sesión. La señora Poole, que había discutido con el carnicero esa mañana. El jardinero Thompson, cuya esposa está enferma. Y M., que no ha dormido en tres noches por causa del niño.

M. La inicial me detuvo como un muro en medio de un camino. M. de Margaret. M. de la mujer del banco, la mujer de la fotografía,

la mujer cuyos rasgos compartía sin poder explicar por qué. Dorrell la llamaba por su inicial incluso en la intimidad de un cuaderno que nadie más iba a leer, y ese detalle —esa distancia impuesta por una sola letra— me dijo algo sobre su relación que cien páginas de descripción no habrían dicho: que Dorrell amaba a su mujer del mismo modo en que amaba sus experimentos, con una mezcla de fascinación y control que no dejaba espacio para la proximidad.

«Por causa del niño.» Los niños eran tres entonces. Thomas, Lucille, y un tercero del que nadie me había hablado. Un tercero que, según la biblia de la casa —las fechas de nacimiento y muerte que figuran en los registros parroquiales de cada mansión inglesa—, debía de haber existido y dejado de existir en algún punto entre el nacimiento de Lucille y la muerte de Margaret. Otro silencio. Otro hueco en la historia que la casa me contaba a medias, como un libro al que le han arrancado los capítulos centrales.

Seguí leyendo. Dorrell avanzaba deprisa, con la velocidad de un hombre que ha encontrado un hilo y tira de él sin comprobar si lo que está al otro extremo es un tesoro o un derrumbe.

2 de noviembre. Hipótesis de trabajo: la emulsión de colodión, bajo determinadas condiciones de preparación y exposición, es sensible no solo a la luz reflejada por la superficie del cuerpo sino a una forma de energía emitida por el interior del sujeto, particularmente intensa en estados de agitación emocional. Esta energía —que denominaré provisionalmente «luz interior» a falta de término mejor— deja una impresión en la placa que se superpone a la imagen visible y que requiere condiciones específicas de revelado para ser observada. La luz interior no es constante. Varía con el estado del sujeto. A mayor intensidad emocional, mayor claridad de la imagen residual.

9 de noviembre. M. ha aceptado ser el sujeto principal del siguiente ciclo de experimentos. Su estado no ha mejorado desde la muerte del niño. El doctor Graves recomienda reposo y láudano. Yo le he propuesto otra cosa. Si la luz interior se puede capturar, quizá también se pueda extraer. Si se puede extraer, quizá se puede aliviar. Si el dolor deja una impresión en la placa, quizá al capturarlo se

reduce la intensidad del original, del mismo modo en que al decir una palabra en voz alta disminuye la presión de tenerla dentro.

Me aparté del cuaderno. Necesité hacerlo. No porque lo que leía fuera incomprensible —era, al contrario, terriblemente comprensible—, sino porque la comprensión se estaba formando en mi cuerpo antes que en mi cabeza, como un dolor que se siente antes de ver la herida, y necesitaba espacio entre las palabras de Dorrell y la reacción que estaban produciendo en mí, un espacio que me permitiera respirar antes de sumergirme otra vez.

Me levanté. Fui a la palangana. Me lavé la cara con agua fría. El agua tenía el mismo sabor metálico de siempre, y al secarme miré la pared donde faltaba el espejo y pensé, con una calma que no correspondía a lo que estaba sintiendo, que ahora entendía por qué Blackthorn los cubría. No era por luto. No era por superstición. Era porque Dorrell había descubierto que la placa fotográfica —y por extensión cualquier superficie reflectante, cualquier cristal, cualquier espejo— podía capturar algo que no era solo imagen. Y si un espejo podía capturar, quizá también podía devolver. Quizá lo que estaba detrás del crespón no era un cristal vacío sino un cristal que contenía algo, una impresión que esperaba ser vista para activarse, como una trampa que se cierra cuando la presa pasa por encima.

Volví al cuaderno. Necesitaba saber más. Necesitaba saber hasta dónde había llegado Dorrell, qué había hecho con su descubrimiento, qué le había hecho a M.

24 de noviembre. Quinto ciclo completado. M. reporta una mejoría significativa. Dice que el peso del pecho es menor, que puede dormir sin láudano, que los sueños del niño son menos frecuentes. Las placas correspondientes muestran una densidad de imagen residual que supera con mucho la de los ciclos anteriores. La impresión crece con cada sesión. Estoy capturando su dolor. Literalmente. Lo estoy sacando de ella y depositándolo en el cristal, y el cristal lo retiene, y ella se aligera. Es como un sangrado, pero en lugar de sangre extraigo luz, y en lugar de un cuerpo enfermo tengo una mente abrumada, y el principio es el mismo: reducir el exceso para restaurar el equilibrio.

3 de diciembre. Sexto ciclo. Problema. M. dice que se siente mejor pero diferente. No puede precisar cómo. Le he pedido que lo intente. Ha dicho: «Es como si hubiera una habitación en mi cabeza donde solía vivir alguien y ahora está vacía. No siento el dolor, pero tampoco siento lo que había debajo del dolor.» Le he asegurado que es temporal. Que el equilibrio se restaurará. Que lo que ha perdido volverá cuando el proceso se complete.

La última entrada ocupaba media página. La caligrafía era diferente: más grande, menos comprimida, con la inclinación de alguien que escribe deprisa o que está agitado. Estaba fechada el 19 de diciembre, y decía:

Había otra entrada entre el quinto ciclo y el desastre. La había pasado por alto la primera vez, porque estaba escrita con una letra diferente —más suelta, más inclinada, la letra de alguien que escribe de noche, sin lámpara suficiente, quizá sin la sobriedad suficiente—, y porque lo que decía no era ciencia sino otra cosa, algo que los científicos no suelen poner en sus cuadernos de laboratorio y que Dorrell había puesto porque no tenía otro lugar donde ponerlo.

14 de marzo. M. me preguntó hoy si lo que hago le hará daño. Estábamos en la cocina, después de cenar, y los niños ya dormían, y la pregunta llegó sin preparación, como llegan las preguntas que se han pensado durante mucho tiempo pero que salen de la boca antes de que la prudencia las detenga. Le dije que no. No sé si mentí. Hay noches en que bajo al estudio y miro las placas ya expuestas y lo que veo en ellas me produce una admiración que es indistinguible del miedo, porque lo que he capturado no es una imagen ni una sombra ni una retención espectral como escribí en el artículo. Es algo más. Es ella. Fragmentos de ella. Y los fragmentos miran desde el cristal con una insistencia que no tiene la materia inerte. M. me lo preguntó con la voz que usa cuando sabe que la respuesta va a ser difícil, la voz que usa con los niños cuando les explica por qué Edward no va a volver, y yo le dije que no, que no le haría daño, y ella asintió con la confianza que todavía me tiene y que yo no merezco, porque hay una diferencia entre lo que la ciencia permite hacer y lo que un hombre debería hacer, y esa diferencia se estrecha cada noche que la siento en la silla.

Leí la entrada dos veces. La primera con la rabia de hierro que todo lo que tenía que ver con Dorrell me producía. La segunda con algo más turbio, más difícil de clasificar: el reconocimiento de que el hombre que me había hecho esto sabía que lo que hacía podía hacerme daño, y que lo hizo de todas formas, y que la noche que lo escribió en su cuaderno con letra de borracho o de insomne o de hombre que ha perdido la capacidad de mentirse a sí mismo, esa noche Dorrell no era un monstruo. Era algo peor que un monstruo. Era un hombre que amaba a su mujer y que usaba ese amor como justificación para destruirla, y la diferencia entre un monstruo y eso es que al monstruo se le puede odiar sin complicaciones, y a esto no, porque el amor está mezclado con la destrucción como el yoduro estaba mezclado con el colodión: inseparables, parte del mismo proceso, y quitar uno significaría quitar el otro.

El proceso ha ido más lejos de lo previsto. Ayer M. no reconoció a Lucille. La niña entró en el estudio durante una sesión y M. la miró sin reaccionar, como si fuera una desconocida. Duró solo unos segundos. Después volvió en sí y abrazó a la niña con una desesperación que me alarmó más que el episodio mismo, porque sugiere que es consciente de lo que está perdiendo, aunque no pueda articularlo. He detenido el proceso. He guardado las placas. Necesito repensar la secuencia y la dosificación. Lo que estoy extrayendo no es solo dolor. Es memoria. Estoy extrayendo la memoria de M. junto con el sufrimiento, porque ambos están entrelazados en la misma impresión, en la misma capa, como los colores mezclados en una pintura que no se pueden separar sin destruir la imagen.

He cometido un error. Puedo corregirlo. Debo corregirlo.

El cuaderno terminaba ahí. Las páginas restantes estaban en blanco.

Cerré el cuaderno y lo sostuve contra el pecho con las dos manos, como Lucille sostenía su cuaderno verde, como si fuera un órgano que alguien me hubiera extraído y que necesitara volver a su sitio. El amanecer ya era completo: una luz gris, plana, sin sombras, la misma luz de todos los días en Yorkshire, la luz que no calentaba

y que hacía que todo pareciera estar a la misma distancia, como una fotografía sin profundidad.

Dorrell había extraído la memoria de su esposa. No toda. Fragmentos. Los fragmentos donde el dolor y el recuerdo estaban fundidos, los momentos inseparables de sufrimiento y de amor, de pérdida y de presencia, los momentos que hacen que una madre reconozca a su hija. Había arrancado esos fragmentos del interior de Margaret y los había depositado en placas de vidrio, y Margaret se había aligerado, sí, pero no como se aligera alguien que sana. Como se aligera alguien a quien le han quitado algo esencial, algo que no se puede devolver porque ya no existe en su forma original, porque está atrapado en el cristal como un insecto en ámbar.

Y entonces había muerto. Dorrell había muerto antes de poder corregir su error, y las placas con la memoria de Margaret seguían en algún lugar de la casa —en el ala este, en el cuarto oscuro con candado, en las habitaciones selladas que nadie podía abrir—, y Margaret había muerto también, o eso decían, y yo estaba aquí, en su habitación, con su cara, con sus manos que conocían su banco, con un cuerpo que respondía a su nombre cuando un niño lo pronunciaba en sueños.

Esa cadena de pensamientos tenía una conclusión que no formulé. No porque no la viera, sino porque verla habría sido como mirar directamente al sol: posible, por un instante, pero cegador, y lo que queda después no es visión sino una mancha que ocupa el centro del campo visual y que convierte todo lo demás en periferia. No estaba lista para esa mancha. No estaba lista para la posibilidad de que mi amnesia, mi falta de recuerdos, mi vida entera a partir de los dieciocho años no fuera el resultado de una fiebre cerebral sino de algo más deliberado, más técnico, más cercano a la mesa con bandejas del sueño y a las manos manchadas de un hombre que decía «ya casi» mientras una cara se formaba en el cristal.

Guardé el cuaderno en el cajón. Me vestí. Me hice el moño —el mismo moño, siempre el mismo, el único que mis manos sabían hacer sin espejo— y bajé a desayunar.

La señora Poole estaba en la cocina. La avena estaba en el fogón. El té estaba en la tetera. El mundo seguía girando con la

indiferencia que los mundos tienen hacia las crisis individuales, y yo comí de pie, como siempre, y el sabor de la avena era el de siempre, y el calor del té era el de siempre, y todo era igual y nada lo era, porque yo había leído algo que no se podía desleer, y la persona que comía avena de pie en la cocina de la Mansión Dorrell esa mañana era la misma y no era la misma que había comido avena de pie el día anterior.

Lucille me esperaba en la sala de estudio. Thomas no había llegado todavía: estaba en el establo, con los caballos, y llegaría diez minutos tarde como hacía algunos días cuando el cepillado se extendía más de lo habitual. Lucille estaba en su rincón junto a la ventana, con el cuaderno verde abierto, y al entrar yo levantó la vista con una expresión que no le había visto antes: urgencia.

—Señorita Voss —dijo, y era la primera vez que usaba mi nombre completo, la primera vez que no se limitaba a mirarme o a hablarme como si el nombre fuera un obstáculo que saltaba—. Quiero enseñarle algo.

Se levantó. Cruzó la sala hasta donde yo estaba, junto al escritorio, y puso el cuaderno verde abierto sobre la mesa. La página mostraba un dibujo distinto de los demás. No era la casa vista desde fuera, ni la mujer sin rostro frente a la puerta. Era una habitación. Una habitación sin ventanas, iluminada por algo que Lucille había coloreado con el lápiz rojo que le había dado para los mapas: una luz que lo teñía todo, las paredes, el suelo, la mesa larga contra la pared. Sobre la mesa, en el dibujo, había rectángulos que eran claramente placas de cristal, y junto a la mesa, una figura alta, de espaldas, inclinada sobre las bandejas.

La habitación roja de mi sueño. El cuarto oscuro. Lucille había dibujado el cuarto oscuro de Dorrell con un detalle que una niña de siete años no podía haber inventado ni imaginado a partir de descripciones, porque las descripciones no capturan la proporción entre la mesa y la pared, ni la forma exacta en que la luz roja cae sobre los objetos, ni la postura del hombre inclinado sobre su trabajo. Lucille había dibujado lo que había visto. Y lo que había visto era lo mismo que yo había soñado.

—¿Quién es? —pregunté, señalando la figura de espaldas, aunque lo sabía. Lo sabía como se saben las cosas en aquella casa: con el cuerpo, no con la prueba.

—Papá —dijo Lucille—. Cuando trabajaba de noche.

—¿Tú entrabas en el cuarto oscuro?

Lucille negó con la cabeza.

—Nadie entraba. Pero yo miraba por la ventanita de la puerta. Tenía un cristal redondo. —Hizo una pausa—. Mamá también miraba. A veces estaba dentro. A veces estaba sentada en la silla.

La silla. La silla de mi sueño, la silla donde yo no podía moverme.

—¿Y qué hacía tu padre cuando tu madre estaba sentada en la silla?

Lucille me miró. Sus ojos enormes se llenaron de algo que no era exactamente miedo ni exactamente tristeza, sino una mezcla de ambos que en un adulto se habría llamado duelo pero que en una niña de siete años no tenía nombre, era solo una presión que empujaba desde dentro de la cara y que convertía sus rasgos en algo más viejo, más pesado, como una máscara de adulto sobre una estructura de niña.

—Le sacaba la luz —dijo.

Thomas entró en ese momento, con barro en los zapatos y olor a caballo en la ropa, y Lucille cerró el cuaderno con el gesto rápido de siempre y lo apretó contra el pecho, y la conversación se hundió bajo la superficie de la mañana como una piedra lanzada a un estanque: sin ruido, sin rastro visible, pero alterando lo que había debajo de una forma que tardaría en manifestarse.

Di la lección de geografía. Hablé de los ríos de Yorkshire, del Ouse y del Humber, de cómo las aguas bajan del páramo al valle y del valle al mar, y mientras hablaba mi mente estaba en otro sitio, estaba en una habitación roja donde un hombre le sacaba la luz a una mujer sentada en una silla, y la mujer era su esposa, y la esposa era M., y M. tenía mi cara, y el cuaderno de Dorrell decía que le estaba extrayendo la memoria junto con el dolor, y la niña que había visto todo esto tenía siete años y llevaba meses dibujándolo en un cuaderno verde sin que nadie le preguntara qué significaban

los dibujos, porque en la Mansión Dorrell las preguntas eran más peligrosas que los fantasmas, y los fantasmas, si es que existían, no eran los muertos que volvían sino los vivos a los que les habían quitado algo que no se puede quitar sin destruir lo que queda.

A mediodía, cuando los niños bajaron a almorzar, abrí el cajón del escritorio de mi habitación. Saqué la fotografía de Margaret, el fragmento de placa, el dibujo de Lucille del primer día, y el cuaderno de Dorrell. Los puse sobre la cama, en fila, como las placas sobre la mesa del cuarto oscuro, y los miré.

La mujer del banco con mi cara. El fragmento de cristal con un hombro que podía ser el suyo o el mío. La mujer sin rostro que Lucille dibujaba compulsivamente, siempre frente a la casa, siempre con las manos extendidas. Y el cuaderno donde un hombre describía cómo le quitaba la memoria a su esposa trozo a trozo, como quien deshoja una flor para ver qué queda cuando se han ido los pétalos.

Me faltaba una pieza. Una pieza grande, la que uniría el cuaderno de 1886 con mi presencia en 1889, la que explicaría qué había pasado entre el proceso interrumpido y mi llegada a la mansión, la que respondería la pregunta que no me atrevía a hacer en voz alta y que era, si la despojaba de toda retórica y toda precaución:

¿Soy yo la mujer a la que le sacaron la luz?

La pregunta quedó en el aire de la habitación, sin respuesta, ocupando el espacio como el olor a colodión: invisible, persistente, imposible de ignorar. Y yo supe —con el cuerpo, no con la razón, con esa brújula interior que llevaba semanas señalando en una dirección que mi mente se negaba a seguir— que la respuesta estaba en el ala este. Detrás de las contraventanas selladas, detrás de la puerta con cerrojo nuevo, detrás de los tablones clavados en diagonal. Allí donde Dorrell había trabajado, donde las placas estaban guardadas, donde la memoria de Margaret esperaba en el cristal como una carta que nadie ha abierto.

Esa noche no dormí. Me quedé sentada junto a la ventana, mirando el páramo bajo la luna, con el cuaderno de Dorrell en el regazo y los ojos fijos en el ala este, cuyas contraventanas eran las únicas superficies de la casa que no reflejaban la luz. Eran agujeros.

Ausencias rectangulares en la fachada, como ojos cerrados en una cara que por lo demás estaba despierta.

Y en algún momento de la madrugada, cuando la luna se ocultó y la oscuridad fue completa, vi algo que me hizo apretar el cuaderno contra el pecho con la misma fuerza con que Lucille apretaba el suyo. En una de las ventanas del ala este, detrás de las contraventanas cerradas, se encendió una luz. Roja. Tenue. La luz de un cuarto oscuro que no debería haber tenido a nadie dentro.

Duró un segundo. Quizá menos. Lo suficiente para ver y no lo suficiente para estar segura de lo que había visto, que es la peor duración posible, la que te deja atrapada entre la certeza del cuerpo y la duda de la mente como una moneda que gira y gira y no termina de caer.

VIII

El ala este

Algo había cambiado en mí durante la noche, algo que no tenía que ver con la valentía ni con la temeridad sino con una forma particular de cansancio: el cansancio de no saber. El cuerpo puede tolerar el dolor, el frío, el hambre, incluso el miedo, porque todos esos estados tienen una causa localizable y una duración previsible. Pero no saber quién eres —no saber si lo que llamas tu vida es tu vida o la de otra persona o la cáscara vacía de algo que fue vaciado a propósito— es un tipo de cansancio que no se alivia con el sueño ni con la comida ni con la razón, porque la razón es precisamente lo que está envenenado. Mis razones, las que me habían sostenido durante veintiséis años —soy Eleanor Voss, soy huérfana, tuve una fiebre, perdí la memoria, eso es todo—, ya no sostenían nada. Eran muletas apoyadas sobre un suelo que se había vuelto líquido, y la única forma de encontrar suelo firme era ir a buscarlo.

El ala este estaba cerrada desde fuera. Eso lo sabía. La puerta lateral con el cerrojo nuevo, las contraventanas con tablones. Pero la Mansión Dorrell era una casa del siglo anterior, construida cuando las casas se hacían con pasadizos que conectaban las secciones para que el servicio pudiera moverse sin ser visto por los señores, y yo había vivido en el internado de Ashford, que era un edificio del mismo tipo, donde las monjas aparecían en los lugares más inesperados por pasillos que las alumnas no conocíamos. Si existía

un pasaje entre el ala habitable y el ala este, estaría en la planta baja, donde la estructura era más antigua, donde las paredes eran más gruesas y los desniveles del suelo delataban espacios ocultos.

Bajé a las cuatro de la madrugada. La casa dormía —o fingía dormir, que en la Mansión Dorrell era lo mismo— y el único sonido era el crujido de la madera bajo mis pies, que a esas alturas me sabía de memoria como se sabe una canción: la tercera tabla, la séptima, la del cuarto de baño, la del rellano, la primera del tramo inferior que gemía más fuerte que las demás y que esquivé pisando el borde izquierdo, donde la madera era más sólida. Llevaba la vela en una mano y el fragmento de placa fotográfica en la otra, no porque me fuera útil sino porque necesitaba tocar algo que perteneciera al mundo que estaba a punto de abrir, como un billete de entrada que justificara mi presencia.

Empecé por la despensa. Detrás de las estanterías de la señora Poole, donde los botes de conserva se alineaban con la disciplina militar que la cocinera aplicaba a todas las cosas, la pared del fondo tenía un desnivel: el suelo subía medio centímetro en la última baldosa y la cal presentaba una textura diferente, más rugosa, como si hubiera sido aplicada sobre algo que no era piedra. Empujé. No cedió. Empujé más fuerte, con el hombro, y sentí que algo se movía detrás del yeso, un mecanismo antiguo de madera que protestó con un quejido largo y grave, como una queja que llevara años contenida.

Una sección de la pared se abrió hacia dentro. No fue espectacular. No fue como en las novelas. Fue un movimiento torpe, parcial, que dejó un hueco de medio metro por el que tuve que pasar de lado, arañándome el hombro contra el borde, y que daba a una escalera descendente tan estrecha que no habría permitido el paso de dos personas a la vez. El aire que salió del hueco era frío, más frío que el de la despensa, y traía consigo un olor que ya no necesitaba identificar. Colodión. Éter. Nitrato de plata. El aliento químico del cuarto oscuro, concentrado y añejo, como un vino que ha fermentado demasiado tiempo en un sótano sin ventilación.

Bajé. Los escalones eran de piedra, gastados en el centro por generaciones de pies que habían recorrido este pasaje antes que los

míos, y estaban húmedos, cubiertos de una película resbaladiza que hacía que cada paso fuera una negociación con el equilibrio. Conté doce escalones. Al final, un corredor horizontal de techo bajo que se extendía en una dirección que, según mi cálculo, iba desde la cocina hasta el ala este, pasando por debajo del salón grande. El corredor olía a tierra y a piedra y a algo orgánico que podía ser musgo o podía ser algo que había muerto ahí abajo sin que nadie lo notara. Caminé despacio, con la vela extendida delante de mí como un explorador que tantea el fondo de una cueva, y después de treinta o cuarenta pasos —los conté porque contar me anclaba a algo, me impedía pensar en lo que estaba haciendo y en lo que podía encontrar— el corredor giró a la derecha y terminó en otra escalera, ascendente esta vez, con una puerta de madera al final que estaba cerrada con un pasador interior.

El pasador estaba oxidado pero cedió. La puerta se abrió con un sonido que era más un suspiro que un crujido, el sonido de algo que se rinde después de resistir mucho tiempo, y me encontré en una habitación que reconocí antes de que la vela la iluminara.

La reconocí con el cuerpo. Con los pies, que pisaron el suelo de losas como si conocieran cada irregularidad. Con la piel, que registró la temperatura del aire —más fría que el corredor, más seca, con esa cualidad estática que tienen los lugares sellados— como un dato familiar y no como una novedad. Con las manos, que bajaron la vela y la sostuvieron a la altura de la cadera en lugar de a la altura de la cara, porque a esa altura era donde la vela se sostenía mejor en esta habitación, donde las corrientes de aire venían de abajo, del suelo, y no de las ventanas que estaban tapadas. Sabía todo eso antes de verlo, y el saber me precedió como una ola precede a otra, y cuando la luz de la vela finalmente reveló el espacio, lo que vi no fue un descubrimiento sino una confirmación.

Era el estudio de Dorrell.

Una habitación rectangular, más grande que la del sueño pero con la misma disposición: la mesa larga contra la pared izquierda, los estantes llenos de frascos y botellas a la derecha, y al fondo, separado del resto por una cortina negra que colgaba del techo al suelo, el cuarto oscuro propiamente dicho. La luz de la vela

arrancaba destellos de los frascos de vidrio —ámbar, azul, transparente— y convertía las sombras en formas que se movían cuando yo me movía, como si la habitación se reajustara a mi presencia.

Sobre la mesa había bandejas de revelado, exactamente como en el sueño: rectangulares, poco profundas, de porcelana esmaltada que había perdido el esmalte en los bordes. Estaban vacías, secas, con restos de una sustancia oscura en el fondo que se había agrietado como tierra de un lecho de río seco. Junto a las bandejas, una hilera de botellas etiquetadas con la caligrafía de Dorrell: «Colodión n.º 3», «Fijador A», «Solución B-7 (potenciada)», «Baño de retención». La última botella tenía una etiqueta diferente de las demás: no llevaba fórmula ni nombre técnico. Decía, simplemente: «Interior».

Al fondo de la mesa, apoyadas verticalmente contra la pared como libros en un estante, había placas fotográficas.

Nueve. Las conté. Nueve placas de vidrio, cada una del tamaño de una hoja de carta, separadas entre sí por tiras de fieltro para evitar que se tocaran. La capa de colodión brillaba en la superficie como un barniz oscuro, y a través de ella, cuando acerqué la vela, las imágenes emergieron.

Las primeras tres mostraban a la misma mujer. Margaret. La reconocí por los pómulos, por la mandíbula, por la forma del moño que era la forma de mi moño, pero las imágenes tenían algo que la fotografía del libro no tenía: profundidad. No la profundidad óptica de una buena fotografía, sino otra cosa, una cualidad que hacía que las imágenes parecieran húmedas, como si la emulsión todavía estuviera viva, como si las caras capturadas en el cristal no estuvieran fijas sino suspendidas, detenidas a mitad de un movimiento que podría reanudarse en cualquier momento. Margaret miraba a la cámara en las tres, pero en cada placa su expresión era diferente, y la diferencia no era la de alguien que cambia de pose entre tomas. Era más profunda. En la primera placa, Margaret tenía los ojos abiertos y claros, con una expresión de curiosidad que la hacía parecer joven. En la segunda, algo se había apagado: los ojos seguían abiertos pero el brillo había disminuido, como una ventana

detrás de la cual alguien ha corrido las cortinas. En la tercera, la expresión era la de alguien que mira desde muy lejos, desde un lugar al que la luz no llega del todo, y los ojos —mis ojos, los ojos que yo veía cada vez que me lavaba la cara en la palangana— estaban abiertos pero vacíos, como una habitación de la que alguien se ha ido llevándose los muebles.

Pasé a la cuarta placa, y la vela tembló en mi mano.

No era Margaret. Era yo.

O era Margaret convertida en mí. O era yo antes de ser yo. La mujer de la cuarta placa tenía mi cara con una exactitud que iba más allá del parecido familiar, más allá de la coincidencia genética, más allá de cualquier explicación que un ser racional pudiera construir sin derrumbarse. Era mi cara. Mis pómulos, mi mandíbula, mis ojos, pero con una diferencia crucial: la expresión. La mujer de la cuarta placa no tenía ninguna. No había curiosidad, ni apagamiento, ni distancia. Había ausencia. Una cara humana vaciada de todo lo que la hace humana, conservando solo la estructura, los huesos, la piel, la disposición de los rasgos, como una casa a la que le han sacado los muebles, las cortinas, las alfombras, los cuadros, y que sigue siendo una casa pero que ya no es un hogar.

La quinta, la sexta, la séptima placa: la misma cara, pero algo estaba volviendo. De una placa a otra, como un amanecer fotografiado en secuencia, la expresión regresaba a los rasgos vacíos. Primero los ojos, que recuperaban un foco que no habían tenido. Después la boca, que se cerraba en una línea que no era sonrisa ni tristeza sino determinación, la determinación de alguien que ha decidido vivir aunque no recuerde por qué. Después los hombros, que se elevaban fracción a fracción hasta alcanzar una postura que no era la de Margaret —la postura de Margaret era más abierta, más blanda, la postura de alguien que se siente segura en su cuerpo— sino otra postura, más rígida, más defensiva, la postura de alguien que ha aprendido a ocupar el mínimo espacio posible.

Mi postura.

La octava placa estaba vacía. Expuesta pero sin imagen, como una página en blanco en medio de un manuscrito, y su ausencia era más elocuente que cualquier presencia porque señalaba un hueco,

un paso que faltaba en la secuencia, una etapa del proceso que Dorrell no había completado o que había destruido.

La novena placa era la última, y estaba vuelta del revés, con la emulsión contra la pared. La tomé con las dos manos —tuve que dejar la vela en la mesa para hacerlo, y la habitación se oscureció por los bordes como un ojo que se cierra— y le di la vuelta.

Me miré a mí misma. No como en un espejo, donde el reflejo se mueve cuando te mueves y la ilusión de identidad se mantiene. Me miré en un cristal que había capturado un momento que yo no recordaba haber vivido, un momento en el que estaba sentada en una silla —la silla del sueño, la silla de Lucille— con los ojos abiertos y la cara compuesta en una expresión que yo conocía íntimamente porque era la que usaba todos los días: la expresión de Eleanor Voss, institutriz, huérfana, veintiséis años, sin pasado y sin preguntas. La máscara que me habían puesto. La identidad que habían impreso sobre la cara vaciada de la cuarta placa como se imprime una fotografía sobre una superficie sensibilizada: con química, con luz, con paciencia, con el propósito frío y metódico de un hombre que creía que podía reescribir a una persona del mismo modo en que reescribía una imagen en cristal.

Dejé la placa en la mesa. No la solté: la deposité, con un cuidado que no correspondía a lo que estaba sintiendo, que era algo para lo que no existía una palabra en ninguno de los idiomas que conocía. Las manos me temblaban. No el temblor fino del miedo ni el grueso del frío, sino un temblor intermedio, sísmico, que venía de un lugar más profundo que los músculos y que hacía que cada objeto que tocaba vibrara en respuesta, como si yo fuera un diapasón que alguien había golpeado y que no podía dejar de resonar.

—No debería haber bajado aquí.

La voz de la señora Blackthorn llegó desde la puerta del pasadizo, y esta vez no me sobresalté. Creo que la esperaba. Creo que una parte de mí la había estado esperando desde que encontré la sección de pared que se abría en la despensa, porque en la Mansión Dorrell nada ocurría sin que la señora Blackthorn lo supiera, y si yo había encontrado el pasaje era porque ella me había dejado

encontrarlo, del mismo modo en que la carta de Hale había aparecido en el suelo del pasillo, y el cuaderno junto al piano, y la fotografía entre las páginas del libro. Las cosas en aquella casa no se encontraban. Se revelaban. Y las revelaba alguien que estaba cansada de guardar secretos.

Blackthorn avanzó hacia la mesa. No llevaba vela. Conocía el camino en la oscuridad con la seguridad de alguien que lo ha recorrido cientos de veces, quizá miles, durante años de visitas clandestinas a un laboratorio que oficialmente nadie podía abrir. Se detuvo a mi lado. Miró las placas. Las miró con una expresión que yo no le había visto y que tardé un momento en reconocer porque no la asociaba con ella: ternura. Una ternura maltratada, cubierta de cicatrices, del tipo que sobrevive a todo lo que debería haberla matado.

—¿Cuánto ha leído del cuaderno? —preguntó, sin mirarme.

—Todo.

—Entonces sabe lo que hizo.

—Sé lo que escribió que hizo. No sé si es posible.

La señora Blackthorn extendió la mano y tocó la tercera placa con la punta de los dedos, un contacto tan breve y tan delicado que apenas perturbó el polvo de la superficie. Margaret con los ojos que miran desde lejos.

—Es posible —dijo—. Lo vi. Estaba aquí. —Su voz tenía una textura que no le conocía: granulada, como tela mojada que se ha secado al sol y ha perdido su suavidad—. Yo la traía. Todas las noches, durante seis semanas. La traía del dormitorio hasta aquí, por el pasadizo, y la sentaba en esa silla. —Señaló un rincón detrás de la cortina negra donde, efectivamente, había una silla. Una silla de madera oscura con reposabrazos gastados—. Y él hacía lo que hacía, y ella cada día se parecía menos a sí misma, y yo no dije nada. No dije nada porque él me juró que la estaba curando. Que le estaba quitando el dolor para que pudiera vivir sin el peso del niño muerto. Y yo le creí, porque quería creerle, porque la alternativa era que yo estaba participando en algo que no tiene nombre y que nunca lo tendrá.

Se detuvo. Respiró. El sonido de su respiración en la habitación cerrada era desproporcionadamente íntimo, como escuchar el interior de alguien a quien nunca has tocado.

—Pero ella fue perdiendo más de lo que él quería quitar. Primero las noches. Después las mañanas. Después los nombres de las cosas. Después los nombres de las personas. Después el suyo propio. Y cuando él se dio cuenta de lo que había hecho, ella ya no estaba. Su cuerpo seguía aquí, pero ella... —Blackthorn hizo un gesto con la mano que abarcó la habitación, las placas, las bandejas, las botellas—. Ella estaba en el cristal. Repartida en nueve placas. Trozo a trozo. Como un espejo roto que ya no puede volver a unirse.

—¿Murió? —pregunté, y mi voz sonó como la de una persona completamente distinta, alguien que hacía preguntas desde un lugar más bajo, más oscuro, más cerca del suelo.

La señora Blackthorn me miró. Por primera vez en todas las semanas que llevaba en aquella casa, me miró sin buscar nada en mi rostro, sin examinar, sin vigilar. Me miró como se mira a alguien a quien se ha echado de menos durante mucho tiempo y que ha vuelto con otra forma.

—No —dijo—. No murió.

El silencio que siguió fue el más largo que habíamos compartido. Se extendió entre nosotras como una tela que nadie se atrevía a cortar, y dentro de ese silencio cabían todas las preguntas que yo no hacía y todas las respuestas que ella no daba, y la gravedad de ambas era tan densa que el aire de la habitación parecía más pesado, como si las palabras no dichas tuvieran masa.

—Usted sabe quién soy —dije al fin. No era una pregunta.

La señora Blackthorn cerró los ojos. Fue la primera vez que la vi con los ojos cerrados, y la transformación fue sorprendente: sin la vigilancia de su mirada, su cara se aflojó, y debajo de la severidad y del miedo y de la dureza profesional apareció algo que se parecía mucho al agotamiento, el mismo agotamiento que yo sentía, el cansancio de cargar con algo demasiado pesado durante demasiado tiempo sin poder soltarlo ni compartirlo.

—Sé quién era usted —dijo, con los ojos todavía cerrados—. No sé quién es ahora. Nadie lo sabe. Ni siquiera Hale, aunque él cree

que sí. —Abrió los ojos—. Lo que sé es que no debería haber venido a esta casa. No debería estar en esta habitación. No debería haber visto esas placas. Y no debería seguir haciéndome preguntas, señorita Voss, porque las respuestas no van a darle lo que busca. No van a devolverle nada. Lo que él le quitó está en esos cristales, y esos cristales están muertos.

—¿Qué me quitó?

La señora Blackthorn me miró con una compasión que era más difícil de soportar que cualquiera de sus silencios o de sus frialdades, porque la compasión implica un conocimiento del daño que la otra persona todavía no tiene, y en los ojos de Blackthorn ese conocimiento era completo, era absoluto, y la persona que me miraba desde ese conocimiento no era un ama de llaves sino una testigo, una cómplice, y quizá también, a su manera retorcida y culpable, lo más parecido a una amiga que la mujer que yo había sido antes de ser Eleanor Voss había tenido en los últimos años de su vida.

—Todo —dijo la señora Blackthorn—. Le quitó todo menos la cara.

La frase se posó entre nosotras como un pájaro que se posa en una rama que no puede sostener su peso, y la rama se dobló y el pájaro cayó y el silencio que siguió fue diferente de todos los silencios anteriores porque estaba lleno, lleno hasta reventar, lleno de algo que no era tristeza ni horror ni rabia sino las tres cosas fundidas en una aleación que no tenía nombre y que pesaba tanto que me obligó a sentarme, no en la silla del rincón —no en esa silla, nunca en esa silla— sino en el suelo, con la espalda contra la mesa de las bandejas y las rodillas contra el pecho, en una posición que no era de derrota sino de repliegue, la posición de un animal que necesita hacerse pequeño antes de poder hacerse grande otra vez.

La señora Blackthorn se sentó a mi lado. No me tocó. No habló. Se sentó en el suelo del laboratorio de un hombre muerto, con la espalda contra la mesa donde ese hombre había desmontado a una mujer pieza por pieza, y respiró a mi lado con la regularidad de alguien que sabe que a veces la presencia es más que la palabra, que estar es más que decir, y que lo que yo necesitaba en aquel

momento no era información sino compañía, la compañía silenciosa de alguien que conoce el paisaje del desastre porque lleva años viviéndolo.

No sé cuánto tiempo pasamos en el suelo. Los relojes de la casa estaban detenidos a las tres y diecisiete y el tiempo en el ala este no tenía más medida que la oscuridad y el olor a colodión y la respiración de dos mujeres sentadas una junto a otra como supervivientes de algo que todavía no había terminado.

Cuando la señora Blackthorn habló de nuevo, su voz había cambiado. Era más baja. Más cuidadosa. Como si cada palabra fuera un paso sobre hielo y no estuviera segura de cuáles sostendrían su peso.

—Escúcheme —dijo—. Lo que le voy a decir tiene que quedarse entre nosotras. Si Hale se entera de que usted sabe lo que sabe, la sacará de esta casa y no volverá a ver a los niños. —Hizo una pausa que contenía años—. Los niños la necesitan. Más de lo que usted cree. Más de lo que yo puedo explicarle todavía.

—¿Por qué me trajeron aquí?

—Hale cree que es por los niños. Que necesitan una institutriz y que usted es adecuada por razones que él entiende mejor que nadie. —La amargura de su voz tiñó la palabra «adecuada» de un color oscuro—. Yo le dejé creer eso. Pero la razón por la que yo no me opuse a que viniera, la razón por la que la dejé encontrar la carta, y el cuaderno, y el pasaje... —Me miró—. Es porque los niños merecen saber quién está sentada frente a ellos en la sala de estudio, aunque ella misma no lo sepa.

No respondí. No podía. Las palabras que habría necesitado para responder pertenecían a un vocabulario que todavía no poseía, el vocabulario de alguien que ha descubierto que su vida entera es un manuscrito escrito por otra mano, y que la tinta todavía está fresca, y que las páginas todavía se pueden reescribir, pero que no sabe quién sostiene la pluma.

Subimos por el pasadizo en silencio. Blackthorn iba delante, sin vela, con la seguridad de la costumbre, y yo la seguía con la vela que se había reducido a un muñón y que proyectaba una luz tan débil que apenas iluminaba los escalones bajo mis pies. Al salir por

la pared de la despensa, la cocina estaba vacía, y la primera luz del amanecer entraba por la ventana con esa timidez que tiene la luz en octubre, como si no estuviera segura de ser bienvenida.

La señora Blackthorn cerró la pared a nuestras espaldas. Se alisó la falda. Compuso su cara en la expresión que el mundo conocía, la de la severidad competente, la del ama de llaves que mantiene una casa en orden mientras todo lo que la casa contiene se desmorona por dentro. Pero antes de salir de la cocina se volvió hacia mí y dijo algo que no esperaba, algo que no encajaba en ninguna de las versiones de ella que yo había conocido hasta entonces:

—Su nombre era Margaret. —Su voz se quebró en la segunda sílaba y se recompuso antes de la tercera—. Margaret Dorrell. Y era la mejor persona que he conocido.

Salió de la cocina. Escuché sus pasos alejarse por el pasillo, regulares, precisos, los pasos de alguien que lleva toda la vida caminando en una dirección que no ha elegido pero que no sabe abandonar.

Me quedé sola. La cocina olía a ceniza fría y a las patatas que la señora Poole había dejado peladas la noche anterior en un balde de agua. La normalidad del olor —la absoluta, insultante normalidad de unas patatas en un balde— me golpeó con una fuerza que ninguno de los horrores del laboratorio había conseguido, porque los horrores eran extraordinarios y la mente puede posponer lo extraordinario, archivarlo como algo que requiere procesamiento futuro, pero lo ordinario no se puede posponer. Unas patatas en un balde pertenecen al mundo real. Y si las patatas eran reales, y la cocina era real, y la luz del amanecer era real, entonces todo lo demás también era real: las placas, las caras, la secuencia de una mujer vaciándose, la identidad que me habían impreso sobre la cara vacía, el nombre que la señora Blackthorn había pronunciado con una voz que se quebraba.

Margaret.

Me senté en el banco de la cocina. Puse las manos sobre la mesa. La madera estaba fría y tenía las marcas de cuchillo de décadas de uso, y mis dedos encontraron una muesca particular, una

hendidura en forma de media luna cerca del borde izquierdo, y la reconocieron antes que mis ojos, y la caricia que mis dedos le dieron a esa muesca fue la de alguien que reencuentra un objeto amado después de una larga ausencia, un gesto tan íntimo y tan involuntario que me asusté de mis propias manos, de lo que sabían, de lo que contenían, de la persona que vivía dentro de mis dedos y que yo no conocía.

La señora Poole entró a las cinco y media, como cada mañana, con el delantal puesto y las manos ya rojas de haber sacado agua del pozo. Me miró sentada en su mesa, con los ojos secos y la cara que debía de parecer la de alguien que ha envejecido varias décadas durante la noche, y no preguntó nada. Fue al fogón. Encendió el fuego. Puso la avena a calentar. Llenó la tetera. Hizo todo lo que hacía cada mañana con la precisión de un ritual, y cuando el té estuvo listo sirvió dos tazas en lugar de una, se sentó frente a mí, y bebió.

Bebí. La avena se calentó. El fuego crepitó. Fuera, el viento retomó su trabajo eterno contra las paredes de la mansión, y en algún lugar del segundo piso unos pasos pequeños indicaron que Lucille se había despertado, como se despertaba cada mañana, antes que su hermano, antes que el sol, antes que todo el mundo excepto la cocinera y la mujer que estaba sentada en la cocina con un nombre nuevo que era un nombre viejo y que todavía no sabía cómo pronunciar.

SEGUNDA PARTE

La investigación

Capítulos IX – XVI

IX

El hombre amable

No fue difícil. Mentir, descubrí, no requiere inventar una historia nueva; basta con seguir contando la vieja. Seguí siendo Eleanor Voss. Seguí dando las lecciones a las nueve, sentándome en el comedor pequeño a las siete, diciendo «sí, señora Blackthorn» y «no, señora Blackthorn» con la docilidad que mi posición requería. La diferencia —y era una diferencia que ocupaba todo el espacio entre lo que se ve y lo que se es— estaba en el interior, donde algo que antes fue vacío ahora era pregunta, y la pregunta tenía forma de mujer sentada en una silla mientras un hombre le sacaba la luz, y esa forma no se borraba con la avena ni con el té ni con los verbos franceses ni con las noches que seguían trayendo el jardín, las rosas, el nombre susurrado que ya casi podía escuchar pero que se disolvía siempre un instante antes de volverse palabra.

Pasaron tres días así. Tres días de normalidad fabricada en los que hice mi trabajo y cerré la boca y no volví al ala este y no hablé con la señora Blackthorn de lo que habíamos compartido en el suelo del laboratorio, porque ella tampoco lo mencionó, y su silencio y el mío formaron un acuerdo tácito que no necesitó palabras: las dos sabíamos lo que sabíamos, y las dos sabíamos que saber no era suficiente, y las dos esperábamos algo que todavía no había llegado.

Llegó el jueves, en forma de carruaje.

Lo escuché antes de verlo. Estaba en la sala de estudio, explicándole a Thomas la diferencia entre un volcán activo y uno extinto —una distinción que en aquella casa resultaba involuntariamente metafórica—, cuando el sonido de los cascos sobre la grava del camino interrumpió la mañana como una piedra que rompe la superficie de un estanque. Era un sonido que no habíamos escuchado desde mi llegada, porque nadie venía a la Mansión Dorrell. Nadie. Ni carteros, ni comerciantes, ni vecinos curiosos. La casa existía en un vacío social tan completo que un carruaje acercándose era un acontecimiento del calibre de un eclipse.

Thomas se levantó de la silla antes de que yo dijera nada. Su cara, que durante las lecciones mantenía esa neutralidad estudiada que le conocía, se cerró en algo más activo, más vigilante, como la cara de un animal que ha detectado un depredador antes de verlo. Lucille no se levantó. Siguió dibujando en su cuaderno verde con una concentración que ahora, después de lo que sabía, me parecía menos concentración que refugio: el cuaderno era el lugar donde Lucille guardaba las verdades que el mundo no le permitía decir en voz alta.

—Es el señor Hale —dijo Thomas, mirando por la ventana. Su voz era plana, informativa, pero sus manos, colgando a los costados, se habían cerrado en dos puños pequeños y apretados que no correspondían al tono.

Me acerqué a la ventana. El carruaje era negro, más elegante que el que me había traído desde Whitby, con un caballo castaño que resoplaba vapor en el aire frío de octubre. De su interior descendió un hombre que reconocí al instante, porque la memoria de Edmund Hale era una de las pocas que pertenecía inequívocamente a Eleanor Voss y no a nadie más: el traje gris oscuro, las gafas redondas, la barba recortada con una precisión que delataba vanidad disfrazada de pulcritud. Llevaba un maletín de cuero en una mano y un bastón en la otra, y al bajar del carruaje miró la fachada de la mansión con una expresión que yo, desde mi ángulo elevado, pude leer mejor de lo que él habría deseado. No era la expresión de un visitante. Era la de un propietario. La de alguien

que inspecciona un bien del que se siente responsable no por afecto sino por inversión.

La señora Blackthorn lo recibió en el vestíbulo. Desde la escalera del primer piso, donde me había apostado con la excusa de ir a buscar un libro, los escuché hablar en un tono que era demasiado bajo para distinguir las palabras pero suficientemente audible para captar el ritmo: el de Blackthorn era cortante, hecho de frases cortas que terminaban en silencios; el de Hale era fluido, generoso, con la cadencia de alguien acostumbrado a llenar los huecos que otros dejan, como un líquido que se adapta a la forma del recipiente que lo contiene.

Me retiré a la sala de estudio antes de que subieran. Retomé la lección. Los volcanes. Thomas estaba sentado con la rigidez de una cuerda tensada y Lucille seguía dibujando, y los tres esperamos la irrupción que sabíamos inminente con la paciencia de quienes han aprendido que la espera es a veces más agotadora que aquello que se espera.

La puerta se abrió. Hale entró primero, seguido por la señora Blackthorn, que se quedó en el umbral con los brazos cruzados y la mandíbula apretada en esa postura que ya le conocía, la de alguien que está donde no quiere estar porque la alternativa de no estar sería peor.

—¡Señorita Voss! —La sonrisa de Hale era amplia y parecía genuina, lo cual la hacía más peligrosa que cualquier mueca—. Qué alegría verla tan bien instalada. ¿Cómo van las cosas?

Me puse de pie. Le tendí la mano. Él la tomó con las dos suyas, un gesto de calidez excesiva que en un contexto diferente habría parecido paternalista pero que aquí, en la sala de estudio de una casa donde alguien le había quitado la memoria a una mujer con placas de vidrio, tenía la cualidad amenazante de un abrazo dado por alguien que sabe exactamente dónde están tus heridas.

—Muy bien, señor Hale —respondí—. Los niños progresan. Thomas tiene un talento notable para las ciencias naturales y Lucille lee con una expresión que cualquier maestra envidiaría.

Usé las palabras correctas. El tono correcto. La sonrisa correcta. Todo lo que Eleanor Voss habría dicho si Eleanor Voss fuera solo

Eleanor Voss y no también el fantasma de una pregunta que pesaba tanto como un cuerpo. Hale asintió, complacido, y se volvió hacia los niños con la desenvoltura de alguien que ha practicado la familiaridad hasta convertirla en segunda naturaleza.

—Thomas. ¿Cuidas de tu hermana?

—Sí, señor Hale —dijo Thomas, y la formalidad de la respuesta contenía una hostilidad que solo alguien que lo conociera podía detectar: no en las palabras, que eran impecables, sino en el espacio entre las palabras, un espacio milimétrico que decía lo que las palabras no decían.

—Lucille, querida. ¿Te gustan las lecciones con la señorita Voss?

Lucille levantó la vista del cuaderno. Lo miró con esos ojos que ocupaban demasiado espacio, y durante un momento —un momento que se alargó más allá de lo cortés y que Hale sostuvo con una paciencia que parecía ensayada— no dijo nada. Después cerró el cuaderno, lo apretó contra el pecho, y dijo:

—Me gusta más que las otras.

—¿Las otras institutrices? —preguntó Hale, con una ligereza que no ocultaba del todo la alerta en sus ojos—. No ha habido otras institutrices, Lucille. La señorita Voss es la primera.

—No he dicho institutrices —respondió Lucille.

Blackthorn se movió en el umbral. Un desplazamiento mínimo de peso, del pie izquierdo al derecho, que en cualquier otra persona habría sido un gesto de incomodidad y que en ella era un terremoto contenido. Hale la miró. Se miraron durante un segundo que fue más largo por dentro que por fuera, y algo pasó entre ellos en ese segundo, una transacción silenciosa cuyo contenido no pude descifrar pero cuya existencia era tan visible como una grieta en una pared: sabían algo que yo no sabía, o sabían que yo sabía algo que creían que no sabía, o alguna permutación de esas posibilidades que hacía que el aire de la sala de estudio se volviera más espeso, más difícil de respirar, como la atmósfera de una habitación donde alguien ha derramado un producto químico invisible.

—Bien —dijo Hale, recobrando la sonrisa con una velocidad que delataba entrenamiento—. Señorita Voss, ¿podríamos hablar un momento en privado? Cuestiones administrativas. Nada importante.

Nada importante. Las personas que dicen «nada importante» suelen estar a punto de decir lo más importante de toda la conversación, y Hale lo sabía, y sabía que yo lo sabía, pero la cortesía es un juego que se puede jugar incluso cuando los dos jugadores han visto las cartas del otro, y nosotros lo jugamos con la soltura de dos personas que tienen algo que perder.

Bajamos al salón grande. Hale caminaba delante de mí por los pasillos con la seguridad de alguien que conoce la casa, no con la familiaridad del que vive en ella sino con la eficiencia del que la ha estudiado, como un arquitecto que ha memorizado los planos pero no ha dormido nunca entre las paredes. Al pasar junto a los marcos cubiertos del pasillo no los miró, y su falta de mirada era en sí misma una declaración: conocía los espejos cubiertos, conocía las reglas, conocía las razones, y no necesitaba recordárselas a sí mismo porque formaban parte de un sistema que él administraba.

En el salón grande, Hale se sentó en el sillón que estaba frente a la chimenea apagada, debajo del retrato de Dorrell. No sé si la elección fue deliberada —sentarse bajo la mirada del hombre muerto cuyo trabajo él había heredado o supervisaba o financiaba o las tres cosas—, pero el efecto fue el de un hombre que se coloca bajo un escudo de armas: un gesto de pertenencia, de autoridad prestada.

—Siéntese, por favor —dijo, señalando el sillón opuesto. Lo hizo con la mano que no sostenía el maletín, un maletín que apoyó junto a sus pies con un cuidado que me hizo preguntarme qué contenía y por qué lo había traído al salón en lugar de dejarlo en el vestíbulo.

Me senté. Entre los dos sillones había una mesa baja con una superficie de mármol veteado que tenía una grieta en la esquina izquierda, una grieta que mis ojos localizaron antes de que mi mente la registrara, como si mis ojos supieran dónde estaban las imperfecciones de aquella habitación del mismo modo que mis manos habían sabido dónde estaban las imperfecciones del banco del jardín.

—Antes que nada —empezó Hale, cruzando las piernas con una elegancia que era casi geométrica—, quiero agradecerle su dedicación. La señora Blackthorn me informa de que los niños están respondiendo bien. Eso es lo más importante. Los niños.

Dijo «los niños» con un énfasis que separaba la frase del resto como una isla separada del continente, y la isla estaba rodeada de agua por todos lados, y el agua era la pregunta que yo no hacía: ¿de quién son estos niños? ¿Quién era su madre? ¿Y por qué necesitaban una institutriz seleccionada específicamente por su falta de memoria?

—Son niños extraordinarios —dije, y no era mentira, y el hecho de que no fuera mentira me permitió decirlo con una convicción que habría sido imposible si hubiera tenido que inventarla.

—Lo son. Su padre fue un hombre excepcional. Un visionario, a su manera. —Hale se quitó las gafas y las limpió con un pañuelo que sacó del bolsillo del chaleco, un gesto doméstico que humanizaba su cara y la volvía más difícil de leer—. Imagino que la señora Blackthorn le habrá hablado del señor Dorrell.

El momento era una trampa. Cada respuesta posible era una trampa. Si decía que sí, Hale preguntaría cuánto me había dicho Blackthorn, y yo tendría que mentir sobre el alcance de la mentira. Si decía que no, Hale sabría que mentía, porque nadie pasa semanas en una casa sin preguntar por el dueño muerto. La única opción era la verdad parcial, que es la herramienta más útil del mentiroso porque contiene suficiente verdad para ser creíble y suficiente omisión para ser segura.

—Me ha dicho que era fotógrafo —respondí—. Y que el ala este era su estudio. Poco más.

—Poco más —repitió Hale, y la repetición tenía el mismo sabor que las repeticiones de Blackthorn: no confirmaba, evaluaba—. El señor Dorrell era más que un fotógrafo, señorita Voss. Era un investigador. Trabajó durante años en un campo que... bueno, que la comunidad científica no siempre comprendió. La relación entre la luz y la conciencia. La posibilidad de que ciertos procesos fotográficos capturasen más de lo que el ojo humano percibe. —Me miró por encima de las gafas, que se había vuelto a poner—. Son ideas que pueden parecer excéntricas, lo sé. Pero Dorrell las tomaba muy en serio.

Hablaba de las ideas de Dorrell con la distancia protectora de quien presenta una curiosidad inofensiva, un pasatiempo de un tío

excéntrico que coleccionaba mariposas o construía barcos en botellas. Pero la distancia era falsa. Lo supe por la forma en que sus dedos se curvaban sobre el brazo del sillón, un gesto de control que contradecía la ligereza de su tono, como una mano cerrada dentro de un guante de seda.

—¿Usted compartía esas ideas? —pregunté, y la pregunta fue más directa de lo que había planeado, y al salir de mi boca supe que era un error, el tipo de error que revela al que pregunta tanto como la respuesta revelaría al preguntado.

Hale me estudió. Fue un estudio breve, de no más de dos segundos, pero intenso, del tipo que hacen las personas que están acostumbradas a evaluar a otras personas para determinar cuánto saben, cuánto sospechan, cuánto pueden manejar. Era la misma mirada que la señora Blackthorn me había lanzado la primera noche, pero calibrada de forma diferente: donde Blackthorn buscaba algo que temía encontrar, Hale buscaba algo que esperaba no encontrar.

—Yo soy abogado, señorita Voss —dijo al fin, con una sonrisa que era la más cuidadosamente construida de todas las que le había visto—. Mi relación con las ideas del señor Dorrell era estrictamente profesional. Administro la herencia. Protejo los intereses de los niños. Me aseguro de que la casa se mantenga y de que las personas que viven en ella estén bien atendidas. —Hizo una pausa que tenía la función arquitectónica de un pilar: sostenía lo que venía después sin formar parte de ello—. Y me aseguro de que el trabajo del señor Dorrell, sea cual sea su valor científico, permanezca en el ámbito privado. No todas las investigaciones necesitan ver la luz del día. Algunas son más útiles en la oscuridad.

«Más útiles en la oscuridad.» La frase cayó entre nosotros con la precisión de una plomada, y el silencio que la siguió midió la profundidad del agua en la que estábamos nadando, y el agua era profunda, más profunda de lo que la cortesía del salón y las gafas limpias y el tono de conversación civilizada querían admitir. Hale acababa de decirme algo, no con las palabras que había pronunciado sino con las que había elegido no pronunciar: que conocía el trabajo de Dorrell no como una curiosidad sino como algo que requería

administración, control, oscuridad. Que su función no era solo legal. Era de contención.

—Entiendo —dije, y era mentira, porque entender habría requerido saber más de lo que sabía, pero también era verdad, porque entendía lo suficiente para saber que estaba sentada frente a un hombre que sabía más que yo, que sabía más que Blackthorn, que sabía quizá más que el propio Dorrell había sabido antes de morir, porque los muertos dejan de acumular información y los vivos no, y Hale llevaba años siendo el guardián de una herencia que no era solo dinero ni propiedades sino algo más oscuro, algo que requería un cerrojo nuevo en la puerta del ala este y una institutriz sin memoria en la sala de estudio.

—Me alegro —dijo Hale—. Porque hay algo que necesito pedirle, y prefiero que lo tome como lo que es: una precaución, no una restricción.

Esperé.

—El ala este de la casa contiene material sensible —continuó, eligiendo las palabras con la misma precisión con que había limpiado las gafas—. Placas fotográficas, sustancias químicas, documentos. Nada peligroso en sí mismo, pero... delicado. Si en algún momento encontrara el acceso abierto, o si los niños la llevaran hacia esa zona, le pido que se abstenga de entrar y que me lo comunique inmediatamente. —Sonrió—. Es una cuestión de preservación. Las placas de Dorrell son frágiles. La humedad, la luz, la manipulación inadecuada podrían destruirlas irreversiblemente.

Las placas. Las nueve placas que yo había visto, tocado, sostenido contra la luz de una vela tres noches atrás. Las placas donde la cara de Margaret se vaciaba y la mía se llenaba. Hale hablaba de ellas como si fueran documentos notariales, con el tono aséptico de la gestión patrimonial, y la distancia entre lo que esas placas eran y lo que Hale fingía que eran era tan vasta que me produjo una especie de vértigo invertido, como si el suelo estuviera arriba y el techo abajo y todo lo que se decía en aquella habitación estuviera del revés.

—Por supuesto —dije—. No tengo ningún interés en el ala este.

La mentira salió limpia. Me sorprendió lo fácil que fue. La vieja Eleanor Voss —la que creía ser, la que quizá era, la que llevaba un nombre que otro le había puesto— no era buena mintiendo. Pero la persona que había nacido en el suelo del laboratorio tres noches antes, la que todavía no tenía nombre propio pero que ya tenía preguntas y furia y una claridad helada que no pertenecía a la institutriz sino a alguien más antiguo, más herido, más peligroso, esa persona mentía con una facilidad que asustaba porque no venía de la práctica sino de la necesidad, y la necesidad es la madre de todas las habilidades, incluidas las que una preferiría no tener.

Hale pareció satisfecho. Se reclinó en el sillón, cruzó las manos sobre el chaleco, y durante un momento su cara perdió la sonrisa profesional y mostró algo más auténtico debajo: cansancio. El cansancio de un hombre que lleva años sosteniendo una estructura que no construyó y que no sabe si aguantará, pero que no puede soltar porque debajo hay algo que no quiere ver salir a la luz.

—Una última cosa —dijo, y esta vez su tono era diferente, más bajo, sin la cadencia ensayada de antes—. ¿Ha notado algo... inusual? ¿En la casa, en los niños, en usted misma?

La pregunta era una trampa con los dientes expuestos, tan obvia que casi resultaba insultante. Pero la forma en que la hizo —con los ojos fijos en los míos y las manos quietas sobre el chaleco y la barbilla ligeramente inclinada, como un confesor que espera la verdad pero aceptará la mentira— sugería que no era solo una trampa. Era también una pregunta genuina. Hale quería saber. Necesitaba saber. Y la necesidad era tan visible bajo su compostura como las raíces de un árbol bajo la tierra: no se veían, pero el árbol se sostenía por ellas.

—La casa es grande y vieja y hace ruidos por las noches —dije, con una sonrisa que imité de las suyas, calibrada para transmitir normalidad con un toque de humor—. Pero nada que una mujer razonable no pueda atribuir al viento y a las tuberías.

Hale me miró un momento más. Un momento en el que algo detrás de sus ojos calculó la distancia entre lo que yo había dicho y lo que él necesitaba que fuera verdad, y decidió que la distancia era aceptable, que el margen era suficiente, que la mujer sentada frente

a él era lo que parecía: una institutriz sin memoria que dormía bien y no hacía preguntas y mantenía a los niños ocupados con volcanes y verbos franceses.

—Excelente —dijo, y se puso de pie, y la audiencia había terminado.

Me acompañó hasta la puerta del salón. Al pasar junto al retrato de Dorrell se detuvo, y por primera vez desde su llegada vi que miraba algo de la casa con algo que no era cálculo ni gestión sino un sentimiento más viejo, más turbio, que no supe nombrar pero que se parecía al resentimiento que se siente hacia alguien que te ha dejado un problema que no puedes resolver y una responsabilidad que no puedes abandonar.

—Dorrell fue un hombre brillante —dijo, mirando el retrato—. Pero los hombres brillantes a veces confunden la capacidad de hacer algo con el derecho a hacerlo. —Se volvió hacia mí—. Me quedo hasta mañana. Cenaré en el comedor grande esta noche, si no le importa acompañarme. La señora Blackthorn tiene instrucciones.

Subí a la sala de estudio. Los niños estaban como los había dejado: Thomas en la silla grande, Lucille en el suelo con su cuaderno. Pero al entrar, Thomas dijo algo que no esperaba, algo que salió de su boca con la misma velocidad involuntaria con la que las piedras caen cuando ya no hay nada que las sostenga:

—No le diga nada.

No especificó qué. No especificó a quién, aunque el «a quién» era tan transparente que no necesitaba nombre. Me miró con una intensidad que no le había visto desde la primera noche en el rellano de la escalera, cuando me miró como se mira un objeto que se creía perdido, y en sus ojos —los ojos de un niño de diez años que sabía demasiado y decía demasiado poco— había una súplica que no tenía nada de infantil. Era la súplica de alguien que ha visto lo que pasa cuando cierta información llega a ciertas manos, y que ha decidido que la protección es más importante que la verdad.

—No le diré nada —respondí, y esta vez la promesa no era la de una institutriz a su alumno sino la de algo más antiguo, más elemental, un pacto entre dos personas que comparten un secreto y que saben que el secreto es lo único que los sostiene.

Thomas asintió una vez, como la primera noche. Lucille siguió dibujando. Y yo retomé la lección sobre los volcanes, sobre la diferencia entre los activos y los extintos, sobre cómo bajo la superficie de un volcán extinto el fuego puede seguir ardiendo durante siglos sin que nadie en la superficie lo sepa, esperando una grieta, una fisura, un temblor que le permita salir.

La cena con Hale fue a las ocho, en el comedor grande que no se había usado desde mi llegada. La señora Blackthorn había encendido velas —docenas, en candelabros de plata que salieron de algún armario que yo no conocía— y el efecto era hermoso y terrible a la vez, como suelen ser las cosas que se iluminan para ocultar lo que la luz no alcanza. La mesa estaba puesta para dos, con una porcelana blanca con borde dorado que no era la del comedor pequeño y que tenía, en el reverso de cada plato, las iniciales A.D. y M.D. entrelazadas.

Hale se había cambiado de traje. Llevaba uno más oscuro, más formal, y se había peinado el cabello hacia atrás con una gomina que le daba un aspecto más joven y más duro, como si el hombre amable de la mañana hubiera sido guardado en un cajón y el que se sentaba ahora frente a mí fuera una versión más honesta, o al menos más próxima a lo que era realmente cuando no estaba actuando para una audiencia de niños y amas de llaves.

La señora Poole sirvió la cena: consomé, cordero asado, patatas al horno, un pudding de ciruela que no habría desentonado en una mesa de Navidad. Hale comía con modales impecables y hablaba de cosas que no importaban —el clima, las elecciones, el precio del carbón— con la habilidad de un prestidigitador que mueve las manos para que no mires lo que está haciendo con los pies. Bebimos vino. No mucho. Un vaso cada uno, tinto, que dejó en mi lengua un sabor a hierro y a madera que me recordó al sabor de la tierra con el que despertaba cada mañana, y la conexión fue tan repentina y tan física que tuve que poner el vaso sobre la mesa para que Hale no viera que me temblaba la mano.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, con una atención que era indistinguible de la preocupación genuina, y esa indistinguibilidad era lo más aterrador de Edmund Hale: que su amabilidad y su vigilancia

ocupaban el mismo espacio y usaban las mismas palabras, y no había forma de saber dónde terminaba una y empezaba la otra.

—Perfectamente. El vino es más fuerte de lo que estoy acostumbrada.

—Claro —dijo, y sonrió, y su sonrisa fue como una puerta que se cierra con suavidad: educada, silenciosa, y absolutamente definitiva.

Después de la cena me acompañó hasta la escalera. El pasillo estaba iluminado por las velas del comedor, cuya luz llegaba hasta los marcos cubiertos y los hacía brillar como ataúdes verticales, y la sombra de Hale y la mía caminaban juntas por el suelo de madera, la suya más larga y más recta que la mía, y las dos se deformaban al pasar sobre las irregularidades del suelo de una forma que me hizo pensar en las imágenes residuales de Dorrell, esas segundas capas que aparecían bajo cierta luz.

Al pie de la escalera, Hale se detuvo. Bajó la voz, aunque no había nadie que pudiera escucharnos excepto las paredes, que en aquella casa habían demostrado ser mejores oyentes que la mayoría de las personas.

—Señorita Voss —dijo, y algo en su tono había cambiado, se había vuelto más fino, más cortante, como el borde de un papel que no parece peligroso hasta que te corta—. Dorrell creía que podía cambiar la naturaleza de una persona mediante la fotografía. Cambiar lo que sentía. Lo que recordaba. Lo que era. —Me miró—. Era un genio y estaba equivocado. Su trabajo no cambió a nadie. Lo que la luz captura en una placa es una imagen, nada más. Lo que somos no se puede sacar ni poner con una cámara. ¿Entiende lo que le digo?

Entendía exactamente lo que me decía. Me decía que no creyera lo que pudiera encontrar en la casa. Me decía que Dorrell era un loco y sus placas eran vidrio con emulsión y nada más. Me decía que Eleanor Voss era Eleanor Voss y nadie más, y que la amnesia era una fiebre y no una amputación, y que lo que mis manos recordaban y mi nariz olía y mi cuerpo sabía no significaba nada, porque la ciencia de un hombre muerto no podía ser ciencia si un abogado vivo decía que no lo era.

Pero lo que me decía con las palabras y lo que me decía con los ojos eran cosas diferentes. Las palabras decían «no es real». Los ojos decían «espero que no sea real». Y entre la afirmación y la esperanza había un abismo que me reveló más de lo que Hale pretendía revelar: que no estaba seguro. Que administraba algo que no comprendía del todo. Que el hombre amable con las gafas redondas y el traje impecable y la sonrisa de abogado exitoso estaba tan perdido como yo dentro de un mecanismo que Dorrell había construido y que ninguno de los dos sabía apagar.

—Entiendo perfectamente —dije—. Buenas noches, señor Hale.

Subí la escalera. No me volví. Pero a mitad del tramo escuché su voz una vez más, tan baja que podría haber sido el viento o mi imaginación o el eco de algo que no se dijo en voz alta sino en ese espacio que existe entre las personas cuando una sabe algo de la otra que la otra no quiere que sepa:

—Duerma bien, señorita Voss. Y si sueña... no le dé importancia.

Entré en mi habitación. Cerré la puerta. Me apoyé contra la madera y cerré los ojos y sentí que la puerta respiraba a mi espalda —la madera hinchada, el marco asentándose, la casa entera acomodándose a la presencia de un visitante que no era bienvenido por nadie excepto por las partes de la casa que él controlaba— y pensé en la frase que Hale había dicho junto al retrato: que los hombres brillantes confunden la capacidad de hacer algo con el derecho a hacerlo.

Lo había dicho de Dorrell. Pero los espejos, incluso los que están cubiertos, reflejan en todas las direcciones.

X

Lo que Hale dejó atrás

Hale se marchó a la mañana siguiente, pero no antes de hablar con la señora Blackthorn a puerta cerrada en la biblioteca durante cuarenta minutos.

Lo sé porque los conté. Estaba en la sala de estudio con los niños, supuestamente enseñándoles los ríos de Francia, pero mi atención estaba en el reloj de la repisa —el único de la casa que no estaba detenido, un reloj pequeño de viaje que Hale había traído consigo y que había dejado sobre la mesa del salón la noche anterior, como si necesitara imponer su propio tiempo sobre el tiempo suspendido de la mansión—. Lo había tomado prestado con la excusa de que los niños necesitaban practicar las horas, y ahora lo tenía frente a mí, marcando los minutos con una precisión que en aquella casa resultaba casi agresiva, y yo contaba los que pasaban desde que Hale y Blackthorn habían desaparecido detrás de la puerta de cristal emplomado.

Thomas leía en silencio. No participaba en la lección de ríos porque yo no estaba realmente dándola y él no estaba realmente escuchándola, y entre los dos habíamos llegado a un acuerdo tácito por el cual las apariencias se mantenían sin que ninguno invirtiera más esfuerzo del necesario en mantenerlas. Lucille dibujaba. Siempre dibujaba. Pero esa mañana el cuaderno verde estaba cerrado sobre sus rodillas y lo que dibujaba lo hacía en una hoja

suelta, con un lápiz que sostenía con la punta casi perpendicular al papel, y cuando me incliné para mirar vi que no era un dibujo. Era una lista. Palabras escritas con su letra grande y desprolija, una debajo de otra, como los escalones de una escalera que bajaba hacia algún lugar:

rosas.
banco
cancion
olor
manos
nombre

Seis palabras. Cada una de ellas era una de las cosas que me conectaban con la mujer que yo había sido o que quizá seguía siendo debajo de la capa de Eleanor Voss que me habían aplicado como se aplica pintura sobre un fresco: cubriéndolo, no borrándolo. Las rosas del jardín. El banco blanco. La melodía del piano. El olor a colodión. Las manos que recordaban. El nombre que los sueños susurraban sin llegar a pronunciar. Lucille había hecho un inventario de las pruebas con la meticulosidad de un detective de siete años que lleva toda la vida recogiendo pistas y que no tiene a nadie con quien compartirlas.

No dije nada. No hizo falta. Lucille levantó la vista, vio que yo había leído la lista, y dobló el papel en cuatro y lo metió dentro del cuaderno verde con la tranquilidad de quien archiva un documento importante y sabe que llegará el momento de usarlo.

Los cuarenta minutos terminaron. Escuché la puerta de la biblioteca abrirse, y luego los pasos de Hale en el vestíbulo: seguros, rápidos, los de un hombre que ha dado instrucciones y que confía en que serán seguidas. Después el sonido de la puerta principal, el crujido de la grava bajo los pies, las ruedas del carruaje que protestaron al girar sobre el camino mojado. Me acerqué a la ventana. Vi el carruaje alejarse entre la niebla de octubre, que era más baja y más densa que la de septiembre, como si el otoño añadiera capas a la que el verano había dejado. Hale no se volvió a mirar la casa. Los hombres como Hale nunca se vuelven, porque volverse implicaría duda, y la duda es el primer escalón de una

escalera que lleva a lugares donde los hombres como Hale no pueden permitirse estar.

La señora Blackthorn vino a buscarme a la sala de estudio a mediodía. Tenía la cara de alguien que ha sostenido un peso durante cuarenta minutos y que lo ha soltado hace poco pero todavía siente la marca en las manos. Les dijo a los niños que la merienda estaba lista, y cuando salieron me pidió que me quedara con un gesto que no fue un gesto sino una inmovilidad, una forma de no moverse que era más elocuente que cualquier movimiento, y que yo interpreté correctamente como «cierre la puerta».

Antes de que la señora Blackthorn cerrara la habitación de invitados donde Hale había dormido, entré. No con permiso. Blackthorn estaba cambiando las sábanas y yo dije que venía a buscar un vaso que había dejado la noche anterior, una mentira tan pequeña que ni siquiera se sintió como mentira sino como el tipo de excusa que la gente inventa para hacer lo que ya ha decidido hacer.

La habitación olía a la gomina de Hale y al cuero del maletín y a algo más, algo que mi nariz identificó antes de que mi mente lo procesara: colodión. El olor débil, químico, inconfundible del colodión húmedo que había aprendido a reconocer en los pasillos de la mansión y que ahora salía del interior del maletín que Hale había dejado entreabierto junto a la cama. Blackthorn estaba de espaldas, doblando sábanas. Abrí el maletín.

Dentro había documentos legales, una camisa doblada, un sobre lacrado, y un frasco de cristal oscuro del tamaño de un puño. Sin etiqueta. Tapón de corcho sellado con cera. Lo destapé. El olor salió con la concentración de algo que ha estado cerrado mucho tiempo, y era colodión, no el colodión comercial que se vende en las farmacias para sellar heridas sino el otro, el modificado, el que Dorrell había descrito en sus cuadernos como «la formulación sensibilizada»: la mezcla que convertía una placa fotográfica normal en un receptor de algo que iba más allá de la luz.

Hale tenía la fórmula. Hale no solo administraba el legado de Dorrell. Lo continuaba. El frasco en mis manos era la prueba de que el «proceso» no era un experimento abandonado que Hale mantenía sellado por precaución legal, sino una herramienta activa, un recurso

que llevaba en el maletín como un médico lleva su instrumental: por si hacía falta. Y la pregunta que el frasco planteaba —¿para qué lo necesitaba? ¿qué pensaba hacer si Eleanor «fallaba» como había fallado la anterior?— era una pregunta cuya respuesta no quería imaginar pero que se imaginaba sola, con la claridad de las cosas que son obvias una vez que las ves.

Cerré el frasco. Lo puse donde estaba. Cerré el maletín. Me incorporé justo cuando Blackthorn se volvía con las sábanas en los brazos, y la mirada que me lanzó era la de alguien que sabe exactamente lo que acaba de pasar y que no va a mencionarlo, porque en aquella casa las cosas más importantes eran las que no se decían.

Cerré la puerta.

La señora Blackthorn se sentó en la silla de Thomas, la demasiado grande, y pareció más pequeña de lo que era, o quizá fue que la habitación se hizo más grande a su alrededor, como si el espacio reconociera que lo que estaba a punto de ocurrir entre nosotras requería más sitio del que una sala de estudio normalmente ofrece.

—Hale me ha dado instrucciones —dijo, y su voz tenía un cansancio que no era el del cuerpo sino el del alma, si se me permite la cursilería, que en circunstancias normales no me la permito pero que en aquella sala de estudio, con la lluvia en los cristales y la chimenea apagada y dos mujeres que compartían un secreto del tamaño de una casa, era la única palabra que funcionaba—. Quiere que le escriba cada semana. Un informe. Sobre usted.

—¿Qué clase de informe?

—Quiere saber si duerme bien. Si come. Si ha tenido episodios de desorientación. Si ha mencionado nombres que no conoce o lugares donde no ha estado. Si ha intentado entrar en el ala este. —Enumeró los puntos con la cadencia de alguien que recita una lista que no ha escrito y con la que no está de acuerdo—. Quiere saber, en resumen, si el tratamiento se sostiene.

El tratamiento. Era la primera vez que alguien usaba esa palabra para describir lo que me habían hecho, y la palabra fue peor que cualquiera de las imágenes que había visto en el laboratorio, porque

las imágenes pertenecían al pasado y la palabra pertenecía al presente, y el presente implicaba que el «tratamiento» no era un evento terminado sino un estado continuo, algo que necesitaba mantenimiento, vigilancia, informes semanales, como un edificio cuyas grietas hay que revisar periódicamente para asegurarse de que no se derrumba.

—¿Y qué va a escribirle? —pregunté.

La señora Blackthorn me miró con una expresión que contenía tantas capas que habría necesitado un año para despejarlas todas, pero la que estaba encima, la visible, la que su cara ofrecía al mundo, era determinación. No la determinación ardiente de los héroes de las novelas, sino la determinación fría y funcional de alguien que ha tomado una decisión práctica basada en información limitada y que sabe que la decisión puede estar equivocada pero que no tiene otra mejor.

—Voy a escribirle exactamente lo que quiere leer —dijo—. Que usted duerme bien, come bien, da las lecciones, no hace preguntas, y no ha mostrado el menor interés por el ala este ni por nada que no sea la educación de los niños. —Se alisó la falda con un gesto que ya le conocía, el gesto que hacía cuando necesitaba que sus manos estuvieran ocupadas para que el resto de ella no se desmoronara—. Y mientras tanto, usted y yo vamos a encontrar los cuadernos que faltan.

Los cuadernos que faltaban. El que yo había encontrado era el número siete, y estaba fechado en octubre y diciembre de 1886. Pero Dorrell había muerto en febrero de 1889, casi tres años después. Tres años de trabajo, de experimentos, de lo que fuera que había hecho entre el momento en que interrumpió el proceso y el momento en que murió. Tres años de notas, observaciones, correcciones. Si un hombre como Dorrell —meticuloso, compulsivo, incapaz de dejar sin registrar la proporción de nitrato de plata en una emulsión— había mantenido un cuaderno durante esos tres años, el cuaderno existía. Y si existía, estaba en la casa, porque Dorrell no salía de la casa, según Blackthorn, no desde que el proceso se había descontrolado, no desde que Margaret dejó de

reconocer a Lucille, no desde que se dio cuenta de que lo que estaba quitando no era solo dolor sino la persona entera.

—¿Cuántos cuadernos había? —pregunté.

—Diez. Los vi. Estaban en el estante del estudio, todos iguales, numerados del uno al diez. —Hizo una pausa—. Cuando Dorrell murió, Hale vino a la casa y se los llevó. Todos excepto el siete, que estaba arriba, en la habitación del piano, donde Dorrell a veces trabajaba de noche cuando no quería bajar al estudio.

—Hale tiene los otros nueve.

—Hale tiene nueve cuadernos que documentan todo el proceso. Desde las primeras observaciones hasta lo que hizo después de diciembre del ochenta y seis. Todo. Y no los ha destruido, porque Hale no destruye nada. Hale conserva. —La palabra salió de su boca con un desprecio que le cambió la cara entera, como si el asco por Hale fuera el único sentimiento que se permitía expresar sin filtro—. Conserva las placas, los cuadernos, los químicos, la casa. Conserva a los niños. Y la conserva a usted. Como piezas de un museo que nadie puede visitar.

Pensé en el maletín que Hale había traído al salón. En el cuidado con que lo había apoyado junto a sus pies. En su peso, que desde mi sillón había parecido considerable.

—¿Cree que trajo los cuadernos anoche?

Blackthorn negó con la cabeza.

—Hale no es idiota. No traería los cuadernos a la casa donde está usted. Pero tampoco los mantiene lejos. —Me miró con una intensidad que era casi física, como si sus ojos pudieran empujar los míos hacia donde ella quería que miraran—. Su despacho está en Whitby. A dos horas en carruaje. Los cuadernos están allí, en algún lugar, y mientras Hale crea que el tratamiento se sostiene, no tendrá razón para moverlos.

—Entonces necesito ir a Whitby.

—No —dijo, con una firmeza que cerró esa posibilidad como un cerrojo—. Usted no puede ir a Whitby. Si Hale la ve fuera de la casa, todo se derrumba. No tendré forma de protegerla. Ni de proteger a los niños.

Los niños. Cada vez que Blackthorn mencionaba a los niños, su voz adquiría una textura diferente, más áspera, como tela que se ha lavado demasiadas veces. No era ternura lo que oía. Era obligación. El tipo de obligación que no se elige sino que se hereda, como una deuda que otro contrajo y que tú pagas porque no hay nadie más.

—¿Por qué protege a los niños? —pregunté, y no era una pregunta retórica. Necesitaba entender qué ataba a la señora Blackthorn a aquella casa, qué la mantenía dentro de un mecanismo que despreciaba, sirviendo a un hombre que la asqueaba, vigilando a una mujer que había sido vaciada y rellenada como un recipiente.

La señora Blackthorn se levantó de la silla de Thomas. Fue hasta la ventana. Miró el jardín, donde las últimas hojas de los rosales se oxidaban en el aire húmedo de octubre. No me miraba, y la ausencia de su mirada me dijo que lo que estaba a punto de decir lo decía a la ventana, o al jardín, o a la mujer que una vez se sentaba en el banco blanco y que ya no estaba en ningún sitio y estaba en todas partes.

—Porque se lo prometí a ella —dijo—. Antes de que perdiera el último nombre. Antes de que dejara de saber quién era yo. Me tomó de la mano —la última vez que me tocó sabiendo quién era— y me dijo: «Cuida de mis hijos. No dejes que él los use.» —Se detuvo. Respiró. El cristal de la ventana se empañó con su aliento y la niebla de fuera y la niebla de dentro se tocaron durante un instante—. No especificó a quién se refería con «él». Entonces pensé que hablaba de Dorrell. Ahora creo que hablaba de Hale.

El silencio que siguió fue un silencio de reordenamiento, como el que se produce cuando las piezas de un rompecabezas que creías terminado se reorganizan y forman una imagen diferente. Margaret, en sus últimos momentos de lucidez, había entendido algo que Blackthorn tardó años en comprender: que Dorrell era el instrumento, pero Hale era el arquitecto. Que detrás del fotógrafo obsesivo que creía estar curando a su esposa había un abogado que veía en el proceso algo que no tenía nada que ver con la curación y todo que ver con el control.

—¿Qué quería Hale del proceso? —pregunté.

—Al principio, lo mismo que Dorrell: una solución para Margaret. Los tres crecimos juntos, ¿sabe? Dorrell, Hale y Margaret. Eran amigos desde la infancia. Los tres de buenas familias de Yorkshire. Margaret se casó con Dorrell, pero Hale siempre estuvo ahí, al borde, como un tercer punto de un triángulo que solo necesitaba dos. —Volvió a mirarme—. Cuando el niño murió y Margaret se derrumbó, fue Hale quien sugirió que Dorrell probara el proceso en ella. Hale leyó el artículo antes de que se publicara. Hale financió el laboratorio. Hale trajo los químicos desde Londres. Y cuando el proceso funcionó —cuando vio que era posible extraer algo de una persona y dejarla vacía—, Hale dejó de pensar en Margaret y empezó a pensar en lo que eso significaba.

—¿Qué significaba?

—Que se puede borrar a una persona —dijo Blackthorn, con la simplicidad de quien ha tenido años para reducir una atrocidad a su mínima expresión—. Y que si se puede borrar a una persona, se puede escribir otra encima.

La frase cayó en la habitación con el peso de las cosas que cambian la temperatura del aire. Escribir otra persona encima. No era una metáfora. Era una descripción literal de lo que me habían hecho: borrar a Margaret, escribir a Eleanor. Borrar una esposa rota, escribir una institutriz funcional. Borrar una madre que no reconocía a sus hijos, escribir una desconocida que los cuidaría sin el estorbo de amarlos.

Pero Blackthorn había dicho algo más, algo que mi mente atrapó un momento después de que pasara, como se atrapa una mariposa que creías que se había ido: «siempre estuvo ahí, al borde, como un tercer punto de un triángulo que solo necesitaba dos». Hale amaba a Margaret. No lo dijo con esas palabras, pero la estructura del triángulo no admitía otra lectura, y la estructura explicaba cosas que antes no tenían explicación: el cuidado con que Hale había seleccionado a la candidata para el puesto, la especificidad de sus requisitos, la insistencia en que la amnesia fuera genuina. No buscaba cualquier mujer sin memoria. Buscaba a Margaret sin Margaret. El cuerpo de la mujer que amaba, vaciado de todo lo que la hacía sufrir pero también de todo lo que la hacía ser ella,

convertido en un recipiente limpio sobre el cual Hale podía proyectar lo que quisiera: obediencia, docilidad, gratitud.

La náusea que sentí fue física. No metafórica. Se alojó en la base de la garganta con la solidez de un objeto real y se quedó ahí durante el resto de la conversación, durante el almuerzo que no comí, durante la tarde que pasé en mi habitación mirando el techo, durante la noche que llegó sin que yo hubiera hecho nada más que existir dentro de un cuerpo que ahora sabía que le pertenecía a otra persona, o a la misma persona que era yo pero en una versión anterior, una versión a la que le habían quitado todo excepto la carne y los huesos y una cara que un abogado de Whitby miraba con ojos de propietario.

No lloré. Quiero dejar constancia de eso. No lloré esa tarde ni esa noche ni durante los días que siguieron, y la ausencia de llanto no fue fortaleza —la fortaleza habría requerido una resistencia activa contra algo, y yo no estaba resistiendo sino procesando, que es diferente, que es más lento y más silencioso y más parecido a la digestión que al combate— sino un estado intermedio, un lugar entre el saber y el sentir donde la información ya había llegado pero la emoción todavía estaba en camino, como una carta enviada desde muy lejos que tarda en llegar porque el terreno entre el origen y el destino es difícil de cruzar.

Los niños percibieron algo. Los niños siempre perciben algo, porque los adultos cometen el error de creer que la comprensión requiere lenguaje y los niños saben que no, que la comprensión más antigua es la que pasa por la piel, por la temperatura de una mano, por la velocidad con que alguien respira, por la forma en que alguien se sienta en una silla cuando cree que nadie lo mira. Thomas estuvo más callado de lo habitual esos días, lo cual es decir que estuvo prácticamente mudo, y sus ojos me seguían con una preocupación que no articulaba porque articular habría sido admitir que sabía más de lo que un niño de diez años debería saber. Lucille, en cambio, se acercó. No con palabras ni con gestos grandes, sino con la proximidad física de un animal que se pega al cuerpo de otro para darle calor: se sentaba más cerca de mí durante las lecciones, me seguía por los pasillos a una distancia corta, y una tarde, mientras

yo leía en la biblioteca sin leer realmente, se sentó a mis pies y apoyó la cabeza contra mi rodilla y se quedó así, sin hablar, sin dibujar, solo tocándome, como si el contacto de su cabeza contra mi pierna fuera un argumento que no necesitaba palabras.

No la aparté. No habría podido aunque hubiera querido. El peso de su cabeza contra mi rodilla tenía una cualidad gravitatoria que excedía los kilos de una niña de siete años: era el peso de algo que faltaba, de una conexión que existía a pesar de que yo no podía recordarla, y que el cuerpo de Lucille y el mío reconocían de la misma forma en que dos imanes se reconocen a través de una tela: sin verse, sin tocarse realmente, solo por la fuerza invisible que los atrae.

Le puse la mano en la cabeza. Sus rizos eran finos y estaban enredados, porque nadie se los cepillaba con regularidad —la señora Blackthorn hacía muchas cosas pero peinar niños no era una de sus habilidades—, y mis dedos encontraron un nudo detrás de la oreja izquierda y lo deshicieron con una suavidad que no era aprendida sino innata, un gesto que venía de algún lugar anterior a Eleanor Voss, anterior al internado, anterior a la fiebre que no fue fiebre, un lugar donde una mujer peinaba a una niña todos los días y conocía cada nudo y cada rizo y cada remolino de aquel pelo fino y oscuro.

Lucille levantó la cara. Me miró desde abajo con una expresión que no era la de una alumna mirando a su institutriz.

—¿Ya lo sabes? —preguntó en un susurro.

No preguntó qué. No hacía falta.

—Estoy empezando a saberlo —respondí, y fue la primera cosa honesta que le dije desde mi llegada, y la honestidad fue como quitarse un zapato que aprieta: un alivio tan inmediato y tan físico que casi dolió.

Lucille asintió. Una sola vez, como su hermano, como si asentir una vez fuera el protocolo de la familia Dorrell para los momentos en que las palabras son demasiado pequeñas y los silencios demasiado grandes. Después volvió a apoyar la cabeza contra mi rodilla y cerró los ojos, y nos quedamos así hasta que la luz de la tarde empezó a retirarse y la biblioteca se oscureció por los bordes como una fotografía que se vela, y yo pensé, con una claridad que no venía de

la razón sino de algún lugar más antiguo, que aquella niña dormida contra mi pierna era la razón por la que necesitaba encontrar los cuadernos que faltaban. No por mí. No para saber quién era Eleanor Voss o quién había sido Margaret Dorrell. Sino porque aquella niña llevaba años dibujando a una mujer sin rostro frente a una casa, esperando a que la mujer volviera, y la mujer había vuelto, y no sabía que había vuelto, y la única forma de que lo supiera —de que pudiera mirar a Lucille y a Thomas y decirles lo que ellos ya sabían pero que necesitaban escuchar de una boca que lo dijera con toda la certeza de la que fuera capaz— era encontrar lo que Dorrell había escrito entre el momento en que interrumpió el proceso y el momento en que dejó de escribir.

Esa noche hablé con Blackthorn por segunda vez. En la cocina, después de la cena, con la puerta cerrada y el fuego del fogón como único testigo. Le dije lo que necesitaba. Ella me dijo lo que sabía.

—El despacho de Hale está en la calle Victoria, junto al puerto —dijo—. Segundo piso. Lo cerró con llave cuando murió Dorrell y no lo ha abierto desde entonces. Tiene una empleada que limpia una vez por semana, los martes. Los martes el despacho está abierto entre las diez y las dos.

—No puedo ir a Whitby.

—Usted no. —Me miró con algo que en otra persona habría sido una sonrisa pero que en ella fue más bien un repliegue de los labios que dejó ver los dientes, no con alegría sino con la resignación feroz de alguien que va a hacer algo que sabe que es un error pero que lo va a hacer de todas formas—. Yo sí.

Así fue como la señora Blackthorn, que no había salido de la Mansión Dorrell en más de un año, que no había subido a un carruaje ni pisado una calle empedrada ni hablado con nadie que no viviera dentro de aquellas paredes, se ofreció a ir a Whitby un martes, entrar en el despacho de Edmund Hale mientras la empleada limpiaba, y buscar los nueve cuadernos que contenían la historia completa de lo que un hombre le había hecho a su esposa en nombre de la ciencia, el amor y la locura que se produce cuando ambos se mezclan en las proporciones incorrectas.

—¿Por qué haría eso? —pregunté, y la pregunta era sincera, porque hasta las alianzas más sólidas tienen un por qué, y el por qué de Blackthorn —la promesa a Margaret, la culpa por haber participado, la obligación con los niños— me parecía, por primera vez, insuficiente para explicar el riesgo que estaba dispuesta a correr.

La señora Blackthorn apagó el fogón. Lo hizo con el movimiento preciso de alguien que lleva años apagando el mismo fogón a la misma hora, y la rutina del gesto contrastó con lo extraordinario de lo que dijo después de una forma que hizo que las palabras sonaran más verdaderas de lo que habrían sonado en un contexto dramático, porque la verdad más difícil de rebatir es la que se dice mientras se apaga un fogón.

—Porque usted no es la primera —dijo.

No me moví. No pestañeé. No respiré. La cocina dejó de ser una cocina y se convirtió en el interior de una campana que alguien había golpeado, y el sonido era esa frase, y el sonido no cesaba, y la vibración estaba en las paredes y en el suelo y en los platos de la señora Poole y en mis huesos y en el espacio que había entre mis costillas y mis pulmones, que se había vaciado de aire.

—Antes de usted hubo otra —continuó Blackthorn, y su voz era ahora la de alguien que ha abierto una compuerta y que sabe que el agua va a salir le guste o no—. Hace dos años. Una mujer joven, sin familia, sin vínculos. Hale la encontró del mismo modo que la encontró a usted. La trajo aquí. La puso con los niños. Y durante unos meses pareció funcionar. Los niños la aceptaron. La casa la aceptó. Todo parecía... estable. —La palabra «estable» salió de su boca como si le dejara un mal sabor—. Pero los recuerdos empezaron a filtrarse. Siempre se filtran. La casa los provoca. El jardín, los olores, las placas que siguen en el estudio emitiendo lo que Dorrell capturó. Y cuando empezó a hacer preguntas, Hale la sacó de aquí una noche y nunca volvimos a verla.

—¿Qué le hizo?

—No lo sé. —Y la honestidad de esa confesión, la desnudez absoluta de esas tres palabras, fue más difícil de escuchar que cualquier revelación porque implicaba que Blackthorn había dejado

que se llevaran a una mujer y no había hecho nada, y que el no hacer nada la había carcomido durante dos años como un ácido que disuelve el metal desde dentro—. Lo que sé es que Lucille lloró durante un mes. Que Thomas dejó de hablar durante dos semanas. Y que cuando les dije que iba a venir otra institutriz, Lucille me miró y dijo: «¿Esta también se va a ir?»

«Me gusta más que las otras.» La frase de Lucille del día anterior, la que le dijo a Hale, la que no decía «institutrices». Las otras. Las otras versiones de Margaret. Las otras mujeres con la cara vaciada y rellenada que Hale traía a la casa como se devuelve un producto defectuoso a la tienda: para ver si la siguiente unidad funciona mejor.

La cocina estaba fría. El fogón apagado. La señora Blackthorn de pie junto a él, con las manos colgando a los costados y la cara por fin desprovista de toda máscara, mostrando lo que había debajo de la severidad y del miedo y de la competencia profesional: una mujer exhausta que había participado en algo monstruoso y que llevaba años intentando reparar el daño desde dentro, una pieza a la vez, un día a la vez, sin saber si lo que hacía servía para algo o si simplemente prolongaba la agonía de una casa que debería haber ardido hace mucho tiempo.

—El martes —dije.

—El martes —confirmó.

Y así, con un fuego apagado como testigo y una fecha como ancla, la señora Blackthorn y yo dejamos de ser una institutriz y un ama de llaves y nos convertimos en otra cosa, algo que no tiene nombre en los manuales de servicio doméstico pero que se parece a lo que los soldados sienten cuando deciden que la trinchera no es suficiente y que hay que salir a campo abierto, sabiendo que el campo abierto es donde te disparan, pero sabiendo también que quedarse en la trinchera es morir de otra forma, más lenta, más silenciosa, pero igualmente definitiva.

El martes era dentro de cinco días. Cinco días para seguir siendo Eleanor Voss. Cinco días para cuidar a los niños, dar las lecciones, cenar sola, soñar con el jardín, despertar con el sabor de la tierra.

Cinco días para mantener una casa en pie mientras todo lo que la sostenía se pudría desde dentro.

Subí a mi habitación. Me senté en la cama. Abrí el cajón del escritorio, que era mi propio cuaderno verde, mi propio archivo de cosas que no tenían otro lugar, y saqué la fotografía de Margaret sentada en el banco. La miré a la luz de la vela, y por primera vez no busqué las diferencias entre su cara y la mía. Busqué las similitudes. Y las encontré todas, una por una, como quien repasa los objetos de una casa que ha heredado y que no sabía que existía.

XI

Los cinco días

Esperé como se espera en las casas donde el tiempo no avanza: con paciencia y sin medida.

Los cinco días entre la partida de Hale y el martes de Blackthorn fueron los más largos y los más cortos de mi estancia en la mansión, porque el tiempo, cuando se llena de anticipación, adquiere una consistencia contradictoria, elástica por fuera y comprimida por dentro, como esos sueños que duran una noche entera y que al despertar caben en un segundo. Hice lo que tenía que hacer. Di las lecciones. Preparé los ejercicios. Corregí la ortografía de Lucille, que mejoraba con una velocidad sospechosa, como si la dificultad que tenía para escribir no fuera falta de habilidad sino falta de interés, y ahora que algo había cambiado entre nosotras —el «¿ya lo sabes?» suspendido en el aire como una nota que no termina de resolverse— las letras le salían más rectas, más seguras, como si saber que yo estaba empezando a saber le hubiera dado permiso para dejar de esconderse detrás de su propia torpeza.

Thomas seguía siendo Thomas. Mandíbula cerrada, modales impecables, caligrafía que podría haber pertenecido a un funcionario de cuarenta años. Pero los caballos lo delataban. Me acompañaba al establo por las mañanas —una concesión que yo le había arrancado a la señora Blackthorn con el argumento de que el ejercicio era parte de la educación—, y frente a Nell y Capitán su cara se soltaba, no

mucho, lo justo para que asomara el niño que vivía debajo del pequeño caballero victoriano que le habían obligado a ser. Me enseñó a cepillar a Capitán con movimientos largos, siempre a favor del pelo, y cuando yo lo hacía mal me corregía con una seriedad que era indistinguible de la alegría, porque en Thomas la seriedad y la alegría ocupaban el mismo espacio y se expresaban con los mismos gestos.

Fue en el establo, el sábado, cuando Thomas dijo algo que se quedó enganchado en mí como una espina en lana.

Estábamos cepillando a los dos caballos, él a Capitán y yo a Nell, cada uno en un lado del establo, con el olor a heno y a cuero y a animal caliente que era el único olor de la mansión que no traía preguntas, y Thomas, sin levantar la vista del cuello de su caballo, dijo:

—Mamá también cepillaba a Nell.

No dijo «mi madre». Dijo «mamá», que es la palabra que usan los niños cuando hablan desde dentro de la relación y no desde fuera, cuando describen una proximidad y no un parentesco. Y la dijo mirando al caballo, que era la forma que tenía Thomas de decir las cosas importantes: dándole la espalda a la persona que necesitaba escucharlas, como si la honestidad requiriera una dirección que no fuera directa.

—¿Sí? —dije, con esa neutralidad cuidadosa que había aprendido a desplegar cuando los niños se acercaban al territorio que los tres sabíamos que existía pero que todavía no tenía nombre.

—Le gustaba este lado. —Señaló hacia donde yo estaba, junto a Nell—. Decía que Nell era más paciente que Capitán y que ella necesitaba paciencia porque se le daban mal las cosas que requerían fuerza.

La frase era demasiado precisa para ser inventada. Thomas estaba citando, como había citado la frase de su padre sobre las fotografías que miraban fuera: reproduciendo con fidelidad de notario las palabras de personas que ya no las decían. Y la imagen de Margaret cepillando a Nell en este mismo establo, en este mismo lado, diciendo que necesitaba paciencia porque se le daban mal las cosas que requerían fuerza, era una imagen que mi cuerpo recibió

antes que mi mente, porque mis manos dejaron de cepillar y se quedaron quietas sobre el cuello de Nell, y Nell giró la cabeza hacia mí y me miró con un ojo grande y húmedo en el que se reflejaba mi cara, y la cara que vi en el ojo de la yegua no era la de una institutriz sino la de una mujer que conocía a este animal, que lo había tocado muchas veces, que le había dicho que era paciente mientras el mundo fuera del establo se volvía progresivamente imposible.

—Thomas —dije, y mi voz salió con una ronquera que no controlé—. ¿Tu madre era buena con los caballos?

Thomas dejó de cepillar. Se quedó mirando a Capitán con la concentración de alguien que decide si va a abrir una puerta o no, y durante un momento el único sonido fue el de los caballos respirando y el viento fuera y las vigas del establo quejándose en su conversación eterna con el peso del tejado.

—Era buena con todo lo que fuera vivo —dijo al fin—. Con las plantas, con los animales, con nosotros. Era buena con las cosas que crecen. —Una pausa—. Con las cosas muertas no. Con las cosas muertas se ponía triste de una forma que daba miedo, porque la tristeza de mamá no era la tristeza normal de las personas. Era una tristeza que llenaba la habitación como el agua llena un sótano, despacio, sin que te des cuenta, hasta que te llega al cuello.

Diez años. Thomas tenía diez años y hablaba de la tristeza de su madre con la precisión de un adulto que ha pasado años observando un fenómeno natural que no puede controlar pero que ha aprendido a medir, como un marinero que conoce las mareas no por la ciencia sino por el cuerpo. No era precocidad. Era supervivencia. Los niños que crecen con padres cuyas emociones son impredecibles desarrollan una atención al detalle que se parece a la inteligencia pero que en realidad es miedo convertido en radar, y Thomas había desarrollado ese radar hasta un punto que me hacía doler por él de una forma que no era empatía profesional ni compasión adulta sino algo más viejo y más profundo, algo que venía del mismo lugar del que venían las manos que se acomodaban solas en el banco y los dedos que deshacían nudos en el pelo de Lucille.

Lucille se quedó dormida durante la lección del lunes. No fue un dormirse gradual, con cabeceos y párpados pesados, sino una rendición instantánea, como si alguien hubiera apagado la lámpara de su cuerpo desde dentro. Un momento estaba dibujando, con el lápiz haciendo círculos en el margen del cuaderno que podían ser planetas o bolas de nieve o los ojos de Nell, y al momento siguiente estaba con la cabeza sobre el brazo y la boca entreabierta y la respiración de los niños que duermen profundamente, esa respiración que suena a mar visto desde lejos.

Thomas la miró. Me miró. Dijo, con el pragmatismo de quien ha sido el adulto de su hermana durante demasiado tiempo:

—Pesa menos de lo que parece.

La cargué. No pensé en si sabía cargarla. No pensé en la mecánica del brazo debajo de las rodillas, la mano abierta en la espalda, la cabeza que cae contra el hombro y que se acomoda en el hueco entre el cuello y la clavícula como si el hueco hubiera sido diseñado para esa cabeza exacta. No pensé porque el cuerpo ya lo estaba haciendo, con la fluidez de los movimientos que se han repetido cientos de veces y que no requieren instrucciones. Mis brazos la levantaron del suelo con una seguridad que no era de institutriz. La institutriz habría dudado, habría calculado el peso, habría buscado el ángulo correcto. Yo no dudé. La levanté como se levanta algo que es tuyo, con la autoridad del cuerpo que recuerda.

Lucille era ligera. Thomas tenía razón. Pero la ligereza no era solo física. Era la ligereza de alguien que confía, que se deja sostener, que en el sueño suelta la vigilancia que durante el día la mantiene dibujando y registrando en su cuaderno verde las certezas que los adultos no quieren confirmar. Dormida, Lucille era solo una niña. Y al subir las escaleras hacia su cuarto, un llanto silencioso me bajó por las mejillas sin que yo lo convocara, sin causa que la institutriz pudiera identificar.

La razón existía. Existía en el peso de la niña contra mi pecho, un peso que mi cuerpo reconocía como reconocía el banco del jardín y las cerraduras de las puertas y la melodía del nocturno: desde un lugar que no era la memoria sino algo más antiguo, el lugar donde el cuerpo guarda lo que el proceso no pudo alcanzar, y lo que el

proceso no pudo alcanzar era esto, exactamente esto, el peso de una hija dormida en los brazos de su madre subiendo una escalera mientras las lágrimas bajan sin permiso porque el cuerpo ha encontrado algo que buscaba y no sabía que buscaba.

La acosté en su cama. Le quité los zapatos. Le cubrí los pies con la manta. Y al incorporarme, Lucille, con los ojos todavía cerrados, con la voz espesa de sueño que tienen los niños cuando hablan desde el fondo del pozo donde duermen, dijo:

—Así me llevaba ella.

No abrió los ojos. Se giró hacia la pared. Y yo me quedé de pie junto a la cama con las manos todavía tibias del peso de su cuerpo y las mejillas mojadas y la certeza de que Lucille, incluso dormida, había sentido lo que yo sentí al cargarla: que las manos que la sostenían eran las mismas manos. No las de Eleanor. Las de antes.

No pregunté más. Retomé el cepillado. Nell resopló bajo mis manos, y las manos siguieron moviéndose con la seguridad de quien sabe exactamente cuánta presión aplicar, a favor del pelo, siempre a favor, porque los caballos son como las personas: si los tocas a contrapelo se tensan, y si los tocas a favor se abren, y la dirección importa más que la fuerza.

El lunes por la noche, Blackthorn vino a mi habitación. Era la primera vez que entraba. Se quedó de pie junto a la puerta con el candelabro en la mano y la cara compuesta en su expresión de servicio, pero sus ojos estaban haciendo algo diferente: estaban calculando la distancia entre la confianza y el error, y la distancia era corta.

—Mañana salgo a las siete —dijo—. Volveré antes de las cinco. La señora Poole sabe que voy al pueblo por provisiones. Los niños no preguntarán.

—¿Y si Hale llama por telegrama?

—No llamará. Hale contacta los martes por la noche, cuando espera recibir mi informe. Le envié el primero esta mañana, por correo. «La señorita Voss se adapta bien. Los niños progresan. Sin incidentes.» —Recitó las frases con el tono plano de alguien que lee una sentencia ajena—. Eso nos da una semana.

Asentí. Blackthorn no se movió. Seguía de pie junto a la puerta, y su inmovilidad tenía la cualidad particular de las personas que quieren decir algo más y no encuentran la puerta correcta dentro de sí mismas para sacarlo.

—Si no los encuentro... —empezó.

—Los encontrará.

—Pero si no los encuentro —insistió, y su voz adquirió un borde que no era irritación sino la fricción de algo que necesitaba salir y que el orgullo mantenía dentro—, quiero que sepa que lo que hice, lo hice porque no veía otra opción. Cuando Dorrell murió y Hale tomó el control, yo podía haberme ido. Podía haber denunciado todo. Podía haber llevado a los niños lejos. Pero no tenía dinero, ni documentos, ni a nadie fuera de estas paredes que me creyera, y Hale me dejó muy claro que si intentaba algo, los niños irían a un internado y la casa se cerraría y todo lo que Dorrell dejó aquí —las placas, los cuadernos, lo que queda de ella— desaparecería.

No dijo «lo que queda de Margaret». Dijo «lo que queda de ella», con el mismo artículo reverencial que usaba la señora Poole, y en aquella casa donde Margaret existía en capas —en las placas, en los olores, en los dibujos de Lucille, en las manos de Eleanor, en los sueños que traían tierra y rosas y un nombre que el amanecer se tragaba— el «ella» era más preciso que cualquier nombre, porque Margaret ya no era una persona sino un fenómeno, una presencia distribuida en fragmentos que ninguno de los habitantes de la mansión poseía completa pero que todos portaban como se porta un cristal roto: cada uno con un trozo que corta si lo aprietas demasiado.

—La encontrará —dije, y no hablaba de los cuadernos.

Blackthorn me miró un momento largo. Después asintió —una vez, como los niños, como la familia a la que servía y a la que pertenecía de una forma que el servicio doméstico no contemplaba— y salió de la habitación cerrando la puerta con el mismo cuidado con que cerraba todas las puertas de aquella casa: como si detrás de cada una hubiera algo dormido que era mejor no despertar.

El martes amaneció con niebla. No la niebla habitual, que se quedaba suspendida a media altura como una sábana tendida entre

el cielo y el páramo, sino una niebla baja, densa, pegada al suelo como un animal que se arrastra, que borraba el jardín y el sendero y el camino de grava y que hacía que la mansión pareciera flotar en un vacío blanco, desconectada del mundo, un barco encallado en un mar de leche.

Escuché el carruaje de Blackthorn salir a las siete. El sonido de los cascos era diferente en la niebla: más amortiguado, más lejano, como si el aire denso se tragara los sonidos antes de que pudieran llegar completos a la ventana. Después el silencio. Un silencio que la casa llenó inmediatamente con sus propios ruidos —crujidos, respiraciones, el goteo de alguna tubería en el tercer piso— como si no soportara el vacío y necesitara sustituir las ausencias con algo.

Di las lecciones. Les enseñé a los niños el sistema solar, con una naranja como sol y una nuez como Tierra y un guisante como Luna que Lucille se comió al final de la lección con una solemnidad que convirtió la ingesta de un guisante en un acto de destrucción cósmica. Thomas sonrió. Fue la primera sonrisa completa que le vi: no la media sonrisa contenida ni el amago que abortaba antes de llegar a los ojos, sino una sonrisa entera, con dientes, que le cambió la cara tan radicalmente que durante un instante vi a otro niño debajo del que conocía, un niño que no tenía miedo de que la alegría fuera un error que alguien iba a corregir.

A las dos de la tarde, Lucille dejó de dibujar y dijo:

—La señora Blackthorn ha ido a buscar algo.

No era una pregunta. Era una confirmación, y el tono era el de alguien que ha esperado mucho tiempo a que los adultos hagan algo que ella habría hecho hace años si alguien le hubiera dejado.

—Sí —dije, porque mentirle a Lucille después de su lista de seis palabras y de su cabeza apoyada en mi rodilla habría sido una traición de un calibre que ni Eleanor Voss ni Margaret Dorrell ni la persona sin nombre que vivía entre ambas podía permitirse.

—¿Va a traer los cuadernos de papá?

La pregunta me detuvo. No por su contenido —a esas alturas nada de lo que Lucille supiera podía sorprenderme— sino por su forma, por la naturalidad con que salió de su boca, como si «los cuadernos de papá» fueran un objeto doméstico del mismo orden

que las patatas de la señora Poole o los cepillos del establo, algo cuya existencia era un dato y no un secreto.

—¿Sabes lo que hay en los cuadernos? —pregunté.

Lucille me miró con esos ojos que no eran los de una niña de siete años sino los de alguien que ha vivido mucho más de lo que su cuerpo ha tenido tiempo de crecer.

—Sé que papá escribía lo que le hacía a mamá —dijo, con una franqueza que no era crueldad infantil sino honestidad radical, la honestidad de alguien que ha decidido que la verdad, por fea que sea, es preferible a la comodidad de no nombrarla—. Y sé que lo que le hizo a mamá te lo hizo a ti también. —Se detuvo—. O a ella. A la que eras antes.

Thomas, que estaba al otro lado de la sala leyendo su libro de ciencias naturales con una atención que de pronto me pareció demasiado perfecta para ser real, cerró el libro. No lo cerró con ruido. Lo cerró como se cierra una caja que contiene algo frágil: despacio, con cuidado, como si el gesto de cerrar tuviera consecuencias.

—Lucille —dijo. Solo el nombre. Pero esta vez la advertencia no funcionó, porque Lucille estaba harta de ser advertida, harta de callar, harta de dibujar mujeres sin rostro en lugar de decirles a esas mujeres lo que necesitaban escuchar.

—No —le dijo a su hermano—. Ya basta. —Se volvió hacia mí—. Thomas tiene miedo de que si te lo decimos, Hale te lleve como se llevó a la otra. Pero la otra no sabía nada. Tú sabes. Y saber es diferente.

El silencio que siguió fue un silencio de decisión. Thomas miraba a su hermana con una expresión que contenía miedo y admiración a partes iguales, la expresión de alguien que ve a otro hacer lo que él no se atreve, y que sabe que la valentía del otro lo obliga a elegir entre seguirla o quedarse atrás. Eligió seguirla. Vi el momento en que la decisión cruzó su cara, un temblor en la mandíbula que no era debilidad sino el músculo que se suelta antes de cambiar de posición.

—Ella tiene razón —dijo Thomas, y las dos palabras le costaron más que todas las frases correctas y corteses que le había

escuchado en seis semanas, porque estas dos palabras no eran cortesía. Eran rendición. La rendición de un niño que llevaba años protegiendo un secreto que era demasiado grande para él y que por fin, por fin, podía compartir con alguien que no iba a castigarlo por saberlo.

No dije nada. No hacía falta. Los tres nos miramos en la sala de estudio de la Mansión Dorrell —una institutriz que no era institutriz, una niña que era detective, un niño que era guardián— y algo se cerró y algo se abrió, como una puerta que gira sobre un eje, y lo que se cerró fue la distancia y lo que se abrió fue todo lo demás.

Blackthorn volvió a las cuatro y media. La niebla se había levantado parcialmente, dejando un cielo bajo y gris que parecía el reverso de una sábana sucia, y el carruaje llegó por el camino de grava con un sonido que esta vez fue nítido, urgente, como el latido de un corazón que ha corrido más de lo prudente. Salí a recibirla a la puerta trasera de la cocina, donde no había ventanas que dieran a los lados de la casa. Blackthorn bajó del carruaje con las faldas manchadas de barro y una bolsa de tela que apretaba contra el pecho con la misma postura que Lucille usaba para su cuaderno verde: no como un equipaje sino como una parte de sí misma que había recuperado después de creerla perdida.

—Los tengo —dijo, sin aliento, con las mejillas enrojecidas por el frío y el pelo suelto de un lado donde el viento y la prisa habían deshecho las horquillas—. No todos. Seis de nueve. Los números uno, dos, tres, ocho, nueve y diez. El cuatro, el cinco y el seis no estaban donde ella dijo.

—¿Ella?

—La empleada de Hale. Una mujer llamada Finch, que resulta que odia a su jefe con una profundidad que solo produce la proximidad prolongada y el salario insuficiente. —Un destello de algo que en otra persona habría sido humor cruzó la cara de Blackthorn —. Le dije que era prima de Dorrell y que necesitaba documentos para un asunto testamentario. No hizo preguntas. Me dejó sola en el despacho durante una hora. Los cuadernos estaban en un armario cerrado cuya llave estaba en el segundo cajón del escritorio, que es

donde los hombres que creen que nadie busca sus secretos guardan las llaves de sus secretos.

Subimos a mi habitación. Cerré la puerta con llave —la primera vez que lo hacía desde mi llegada, y el chasquido del cerrojo me produjo una satisfacción que no debería haber sentido, una satisfacción territorial, la de quien marca un perímetro que es suyo— y Blackthorn sacó los cuadernos de la bolsa y los puso sobre la cama.

Seis cuadernos de cuero negro idénticos al séptimo que yo ya tenía. Los números estaban grabados en la tapa inferior con un punzón, discretos, casi invisibles. Los ordené: uno, dos, tres, ocho, nueve, diez. Con el siete que estaba en mi cajón, tenía la serie completa menos el cuatro, cinco y seis, que cubrirían el periodo entre finales de 1884 y mediados de 1886 —los años en que Dorrell había pasado de la observación a la experimentación—. Faltaban, pero lo que tenía era suficiente para leer el principio y el final. Para saber cómo empezó y cómo terminó.

Blackthorn se sentó en la silla del escritorio. Yo me senté en el suelo, como la primera vez, con la espalda contra la pared y las rodillas como atril. Y abrí el cuaderno número ocho.

La fecha de la primera entrada era el 4 de enero de 1887, dieciséis días después de la última entrada del cuaderno siete, donde Dorrell había escrito «he cometido un error, puedo corregirlo».

Enero 4. He invertido el proceso. Si la placa puede recibir una impresión del sujeto, la placa también puede devolver la impresión al sujeto. La lógica es simétrica: lo que la luz saca, la luz puede poner. He diseñado una nueva secuencia de exposición en la que M. no es fotografiada sino expuesta a las placas que contienen su propia impresión, bajo condiciones controladas de luz, temperatura y duración. La hipótesis: si las placas contienen su memoria, la reexposición a esas placas debería reintroducir la memoria en su consciencia, del mismo modo en que mirar una fotografía de un lugar visitado puede reactivar el recuerdo del lugar.

Pasé la página. Las siguientes entradas documentaban los intentos de reversión con un detalle técnico que solo entendí a

medias pero cuyo arco emocional era inconfundible: esperanza, ajuste, esperanza, fracaso, ajuste, esperanza menor, fracaso mayor.

Enero 22. Quinta sesión de reexposición. M. muestra reacciones durante la exposición —lágrimas, movimientos involuntarios, vocalización de nombres— pero los efectos no persisten. Al cabo de una hora, vuelve al estado anterior. Es como verter agua en un recipiente roto: el agua entra pero no se retiene. La estructura que sostenía la memoria ha sido dañada. No sé si por el proceso original o por el tiempo transcurrido.

Febrero 15. He dejado de intentar la reversión directa. No funciona. Lo que extraje no puede devolverse al mismo recipiente porque el recipiente ha cambiado de forma durante la ausencia. Necesito otro enfoque.

Marzo 3. Hale ha venido. Le he mostrado las placas y los resultados. Ha preguntado si el proceso puede aplicarse a la inversa: no devolver una impresión al sujeto original, sino transferirla a un sujeto diferente. Le he dicho que la idea es monstruosa. Ha respondido que la situación ya es monstruosa y que la cuestión no es si podemos hacerlo sino si debemos hacerlo, y que la diferencia entre ambas preguntas es un lujo que M. no puede permitirse.

Me aparté del cuaderno. Necesité hacerlo como había necesitado hacerlo la primera vez, con la misma urgencia física, la misma náusea seca en la base de la garganta. Pero esta vez lo que me apartó no fue horror sino reconocimiento: la lógica de Hale, expuesta en la prosa de Dorrell, era la misma lógica que Hale había usado conmigo en el salón. La lógica de lo razonable. La lógica que dice «la situación ya es terrible, de modo que lo que yo propongo, por terrible que sea, es simplemente la gestión de una terribilidad preexistente». Era la lógica de un abogado, y era perfecta, y era monstruosa, y lo peor de todo es que funcionaba, porque si una mujer ha sido vaciada y no puede ser rellenada con lo suyo, ¿no es acaso mejor rellenarla con algo que nada? ¿No es más compasivo darle una vida falsa que dejarla existir sin ninguna?

Esa era la pregunta de Black Mirror. La pregunta que no tiene respuesta limpia. Y Dorrell la había enfrentado en 1887, solo, en un

laboratorio que olía a éter, con su esposa sentada en una silla mirándolo sin saber que lo miraba.

Volví al cuaderno.

Abril 12. He comenzado los experimentos de transferencia con sujetos no humanos. Un gato. El proceso es más simple de lo que temía: la placa que contiene la impresión del sujeto A, cuando se usa como fuente de luz durante la exposición del sujeto B, transfiere patrones de comportamiento medibles. El gato expuesto a las placas de otro gato adopta durante horas sus preferencias alimentarias y sus rutinas de movimiento. Los efectos son temporales. Necesito encontrar la forma de hacerlos permanentes.

Mayo 29. Hale ha propuesto algo que no puedo escribir aquí con todas sus implicaciones porque escribirlo sería darle realidad, y no estoy listo para esa realidad. Pero la esencia es: si Margaret no puede ser restaurada, quizá el cuerpo de Margaret puede recibir una nueva identidad. No la suya, que está fragmentada en las placas. Sino una construida de cero. Una persona inventada, impresa sobre la superficie vacía, como se imprime una imagen sobre una placa limpia. Una persona sin pasado propio, sin memorias, sin vínculos. Una persona que pueda vivir en este cuerpo y cuidar de los niños sin saber que los niños son suyos.

Cerré el cuaderno. Lo cerré con una firmeza que no fue decisión sino espasmo, como se cierra una mano sobre algo caliente: por reflejo, no por voluntad. La señora Blackthorn, que había estado leyendo por encima de mi hombro desde la silla, no dijo nada. Su silencio tenía la textura del que se produce cuando dos personas miran el mismo abismo y ninguna quiere ser la primera en describir lo que ve.

«Una persona inventada, impresa sobre la superficie vacía.» Eleanor Voss. Yo. No una mujer que perdió la memoria por una fiebre. Una mujer que fue fabricada. Diseñada. Escrita como se escribe un personaje de ficción, con una historia de huérfana y un internado llamado Ashford y una falta de recuerdos que no era el resultado de una enfermedad sino de un acto deliberado, el acto de construir una identidad nueva sobre los cimientos de una identidad

destruida, como se construye una casa sobre las ruinas de otra usando los mismos ladrillos.

Pero si Eleanor Voss fue inventada, ¿quién soy yo que estoy leyendo este cuaderno? ¿La invención o lo que queda debajo? ¿La casa nueva o las ruinas? ¿Y cuántas capas puede tener una persona antes de que ninguna de ellas sea la verdadera, antes de que la pregunta «¿quién soy?» se convierta no en una pregunta que espera respuesta sino en una puerta que da a otra puerta que da a otra puerta que da al vacío?

La señora Blackthorn puso una mano sobre mi hombro. Fue la primera vez que me tocó. Su mano era huesuda y estaba fría y la presión que ejerció era la mínima necesaria para transmitir un mensaje que no era consuelo —Blackthorn no era una mujer de consuelo— sino presencia: estoy aquí, la mano decía. Estoy aquí y no voy a moverme, y lo que acabas de leer es verdad, y la verdad es lo peor que hay en esta casa pero también lo único que vale algo.

—Hay más —dijo—. Los cuadernos nueve y diez.

—Lo sé.

—No tiene que leerlos esta noche.

La miré. Su cara, iluminada por la vela que había puesto sobre el escritorio, mostraba el agotamiento del viaje y debajo de él otro agotamiento más viejo, el de los años, el de las decisiones que se toman cuando no hay opciones buenas y lo único que queda es elegir la menos mala y vivir con la elección y esperar que el tiempo no demuestre que la menos mala era en realidad la peor de todas.

—No —dije—. Pero mañana sí.

Blackthorn asintió. Retiró la mano. Se puso de pie. Se alisó la falda. Compuso la cara. Se fue.

Me quedé sola con los cuadernos. Seis cuadernos de cuero negro sobre una cama de sábanas blancas en una habitación sin espejo de una casa donde una mujer fue vaciada y rellenada con una extraña que ahora estaba sentada en su cama leyendo la historia de cómo dejó de existir.

Afuera, la niebla había regresado. Cubría la mansión por completo, y las ventanas del ala este eran invisibles, y el jardín era invisible, y el páramo era invisible, y el mundo entero se había

reducido a esta habitación, a esta cama, a estos cuadernos, a esta mujer que no sabía si era una mujer o un palimpsesto, un texto escrito sobre otro texto borrado, donde lo que se lee nunca es del todo lo que fue escrito y lo que fue escrito nunca fue del todo borrado.

Apagué la vela. Me acosté con los cuadernos a mi lado, como una madre se acuesta con un hijo enfermo: sin dormir, sin separarse, sosteniendo la respiración cada vez que la respiración del otro cambia. Y en algún momento de la noche, sin sueño y sin vigilia, en ese estado intermedio donde las cosas se revelan porque las defensas están bajas y la mente deja de filtrar lo que el cuerpo quiere decir, sentí algo que no había sentido desde mi llegada a la Mansión Dorrell.

Sentí rabia.

No la rabia espectacular de las heroínas de las novelas, que rompen cosas y gritan y salen corriendo bajo la lluvia. Una rabia quieta, subterránea, del color del hierro. Una rabia que no necesitaba expresión porque su función no era liberar sino construir: construir la estructura que me permitiría leer los cuadernos nueve y diez, enfrentar lo que dijeran, y decidir qué hacer con la información. No como Eleanor Voss, que habría archivado y racionalizado y seguido adelante. No como Margaret Dorrell, que había sido destruida. Sino como la persona que estaba naciendo entre ambas, la que no tenía nombre todavía pero que tenía algo que ni Eleanor ni Margaret habían tenido: la certeza de que le habían robado algo, y la determinación helada, silenciosa, de hierro, de recuperarlo.

XII

La impresión

No esperé al amanecer. Encendí la vela a las cinco y abrí el cuaderno número nueve con las manos que todavía conservaban la rabia de la noche, esa rabia de hierro que no era calor sino metal, y el metal no se deshace con el sueño, permanece, se oxida quizá pero no desaparece.

El cuaderno nueve estaba fechado entre junio de 1887 y marzo de 1888, y la diferencia con los anteriores era visible antes de leer una sola palabra. La caligrafía de Dorrell había cambiado. Las letras, que en los cuadernos previos eran apretadas y verticales, aquí se inclinaban, se separaban, perdían la línea recta como un caminante que pierde el sendero a medida que avanza. Había tachaduras. Frases comenzadas y abandonadas. Entradas de una sola línea seguidas de páginas en blanco. El cuaderno de un hombre que estaba perdiendo algo, no la razón —la razón de Dorrell era resistente como un mueble de roble—, sino la certeza de que lo que hacía estaba justificado, que es una pérdida más silenciosa y más devastadora.

Junio 14. Hale ha traído los materiales. Una biografía completa, fabricada con documentos que él ha obtenido o falsificado: certificado de nacimiento, registros del internado de Ashford (que existe y que Hale conoce por un caso legal anterior), un historial médico que incluye un episodio de fiebre cerebral a los dieciocho

años con pérdida de memoria como secuela. Todo coherente. Todo verificable. Si alguien investiga a Eleanor Voss, encontrará exactamente lo que debe encontrar: una huérfana sin pasado, educada en la caridad, sin familia, sin vínculos. Una mujer que no existía hace tres meses y que ahora tiene una vida entera documentada en papel.

Eleanor Voss. Mi nombre escrito por primera vez. No por mí, no por las monjas del internado, no por ninguna de las personas que creía que formaban parte de mi historia. Por Edmund Hale, abogado, en un documento fabricado para darle existencia legal a una ficción. Leí mi propio nombre en la letra de Dorrell, que copiaba la invención de Hale, y la sensación fue la de leer el guion de una obra de teatro y descubrir que el personaje que creías real había sido escrito por alguien que nunca lo quiso como persona sino como función.

Junio 30. El proceso de impresión es conceptualmente inverso al de extracción. Si la extracción consiste en exponer al sujeto a la cámara y capturar su «luz interior» en la placa, la impresión consiste en exponer al sujeto a una placa preparada con la identidad deseada y proyectar esa identidad sobre la superficie vacía de su consciencia. La placa-fuente no contiene la impresión de una persona real. Contiene un constructo: una secuencia de imágenes, textos y estímulos sensoriales que, combinados, forman el esqueleto de una identidad artificial. Nombre. Historia. Recuerdos fabricados. Hábitos. Preferencias. La placa octava de la serie original —que dejé vacía precisamente para este propósito— servirá como soporte para el constructo.

La placa octava. La placa vacía que yo había visto en el laboratorio, la que faltaba en la secuencia entre Margaret vaciándose y Eleanor apareciendo. No estaba vacía por error ni por omisión. Estaba vacía porque era el receptáculo, el molde donde se vertió la identidad que ahora llevaba puesta como un vestido que otro había cosido a mi medida sin preguntarme si quería usarlo.

Julio 12. Primera sesión de impresión. M. sentada en la silla. Placa octava montada en el proyector modificado. Exposición de cuarenta minutos bajo luz controlada. Resultado: nulo. M. no muestra cambio de comportamiento ni de expresión. La superficie

vacía no absorbe el constructo. Es como proyectar una imagen sobre un cristal limpio: la luz pasa a través sin dejar marca.

Julio 20. He modificado la solución. Si la superficie del cristal es demasiado lisa para retener la imagen, necesito preparar la superficie. En fotografía esto se hace con una capa de albúmina o colodión que sensibiliza el cristal. En el caso de M., necesito sensibilizar lo que queda de su consciencia para que retenga la impresión. Hale sugiere el láudano. Yo digo que no: el láudano la adormece. Necesito lo contrario. Necesito que esté despierta, receptiva, en un estado de apertura que permita que el constructo se adhiera. He pensado en la música.

La música. La melodía del piano que me perseguía desde la primera noche, que mi cuerpo conocía y mi memoria no, que sonaba sin manos en un piano cubierto de polvo. Dorrell había usado música como agente sensibilizante, como la capa de colodión que prepara la superficie del cristal. Y la música que había elegido debía de ser una que Margaret conociera desde antes del proceso, una melodía que perteneciera a la capa más profunda de su memoria, la que ni siquiera la extracción había podido alcanzar. Una canción de infancia, quizá. Una nana. Algo tan antiguo en ella que formaba parte no de la persona sino del cuerpo, del sistema nervioso, de la estructura sobre la que todo lo demás se había construido y que, una vez vacía de contenido, seguía vibrando como vibra la cuerda de un instrumento después de que el dedo que la pulsó se retire.

Agosto 3. La música funciona. He encontrado una pieza que M. tocaba de niña —un nocturno sencillo que su madre le enseñó y que ella tocaba en el piano del tercer piso— y al exponerla a esa pieza durante las sesiones de impresión, su consciencia se abre como se abre una flor al sol. No es una metáfora. Es una descripción literal de lo que observo: su postura cambia, su respiración se profundiza, sus ojos adquieren un foco que no tienen en estado normal, y en ese estado la placa octava empieza a transferir su contenido. Después de la sesión, M. me ha llamado «señor» por primera vez en meses. No «Aldous». No «papá» (como la llamaban los niños y como ella a veces repetía en sus momentos de mayor confusión). «Señor.» Como lo llamaría una empleada. Como lo llamaría una institutriz.

Paré de leer. No porque no pudiera seguir sino porque el cuerpo necesitó una pausa que la mente no había solicitado, una de esas pausas que impone el organismo cuando la información que recibe excede su capacidad de procesamiento y necesita unos segundos para redistribuir la carga, como un caballo que se detiene a mitad de una cuesta para ajustar el peso de lo que arrastra. Fui a la ventana. Fuera, el amanecer de octubre era una línea gris sobre el páramo, sin color, sin promesa, la línea que separa la noche del día sin que ninguno de los dos gane.

Margaret me había llamado «señor». A su marido. Con la voz de Eleanor Voss, la institutriz que todavía no existía pero que estaba empezando a formarse dentro de ella como un cristal se forma dentro de una solución saturada: molécula a molécula, sin prisa, sin violencia, con la lentitud implacable de los procesos químicos que no necesitan permiso para ocurrir.

Volví al cuaderno.

Septiembre 1. El constructo está funcionando. M. responde al nombre «Eleanor» de forma consistente. No reconoce el nombre «Margaret». No reconoce a los niños como suyos (los trata con cortesía profesional, como trataría a alumnos). No reconoce la casa como su hogar (la observa con la curiosidad de alguien que llega por primera vez). Sus hábitos han cambiado: se levanta más temprano, organiza las cosas con una precisión que Margaret no tenía, muestra una inclinación por la lectura que es nueva. El constructo está tomando forma propia, desarrollando características que yo no programé. Eleanor Voss no es exactamente lo que diseñé. Es algo que se diseñó parcialmente solo y que crece en direcciones que no controlo.

Septiembre 15. Hale está satisfecho. Yo no. Hay algo en la forma en que «Eleanor» me mira que no corresponde al constructo. Los ojos tienen una profundidad que la identidad artificial no debería tener. Es como si debajo de Eleanor, donde debería haber vacío, hubiera algo más: un residuo de Margaret que la extracción no alcanzó y que el constructo no cubrió, una semilla que no sé si está muerta o dormida.

Una semilla. La misma palabra que yo había usado mentalmente al final del capítulo tres, cuando enterré el pensamiento «no soy su madre» bajo la lección de geografía «como una semilla en suelo húmedo: sin saber que está viva, sin saber que va a crecer». Dorrell y yo habíamos elegido la misma imagen para describir lo mismo, separados por tres años y por el abismo que existe entre el que planta y lo que crece, y la coincidencia no era coincidencia. Era la prueba de que Margaret, debajo de Eleanor, no estaba muerta. Dormida quizá. Fragmentada sin duda. Pero presente, como las raíces de una planta cortada siguen presentes bajo la tierra incluso cuando no queda nada visible arriba.

El cuaderno nueve terminaba en diciembre de 1887, con una entrada breve que no era una observación científica ni un registro técnico sino algo más cercano a una confesión escrita a las tres de la madrugada por un hombre que ya no puede dormir:

Diciembre 22. Los niños la llaman «señorita Voss». Blackthorn la trata como a una empleada. Hale la visita una vez al mes y la evalúa con la misma mirada con la que evalúa una inversión. Yo la miro y busco a mi esposa y lo que encuentro es una desconocida con su cara que me llama «señor» y que organiza los libros por tamaño y no por tema como hacía Margaret. He creado a esta mujer. He borrado a la otra. Y lo que queda —esta casa llena de espejos cubiertos y de relojes detenidos y de niños que buscan a su madre en los ojos de una extraña— no es ciencia ni es locura ni es amor. Es el molde vacío de las tres cosas, y el molde pesa más que cualquiera de ellas porque no contiene nada y lo ocupa todo.

Cerré el cuaderno nueve. Lo puse sobre la cama junto al ocho. Y abrí el diez, que era el último, el que documentaba el año final: 1888 y los primeros meses de 1889. El cuaderno donde Aldous Dorrell había muerto.

La primera mitad del cuaderno diez era diferente de todo lo anterior. No había entradas fechadas. No había observaciones técnicas ni registros de sesiones. Había, en cambio, algo que se parecía a un diario personal, escrito con una caligrafía que ya apenas se sostenía sobre la línea, las letras adelgazadas hasta

parecer huesos de pájaro, frágiles, a punto de romperse bajo el peso de las palabras que sostenían.

No puedo dormir en esta casa. «Eleanor» camina por los pasillos de noche. No sé si lo hace despierta o dormida. No sé si es Eleanor quien camina o si es Margaret, debajo, buscando la salida de la habitación donde la encerré. A veces la oigo tocar el piano del tercer piso, la pieza que usé para sensibilizarla, y el sonido me llega a través de las paredes con una claridad que no es acústica sino de otro tipo, como si la casa misma la amplificara, como si las paredes que absorbieron años de química y de sesiones y de luz manipulada se hubieran convertido en una especie de placa gigante que retiene y reproduce.

Los niños saben. Lucille me lo dijo ayer. Entró en el estudio, me miró, y dijo: «Mamá camina raro.» Le pregunté a qué se refería. Dijo: «Camina como si estuviera buscando algo que se le perdió, pero no recuerda qué era.» Tiene siete años y describe el estado de su madre con más precisión que cualquier formulación que yo haya escrito en estos cuadernos.

Hale ha venido. Le he dicho que quiero detener todo. Quiero sellar el ala este, destruir las placas, dejar que lo que quede de Margaret o de Eleanor o de lo que sea que habita este cuerpo viva sin más intervención. Hale ha dicho que no. Ha dicho que las placas son demasiado valiosas. Ha dicho que el proceso tiene aplicaciones que van más allá de Margaret. Ha dicho que si intento destruir las placas, me denunciará ante las autoridades por lo que le hice a mi esposa y me quitará la custodia de los niños.

Leí esa entrada dos veces. La segunda vez, cada palabra pesaba más que la primera, como las piedras que se acumulan sobre una tumba: «me denunciará», «me quitará la custodia». Hale no protegía a Margaret ni a los niños. Hale protegía el proceso. Hale veía en las placas de Dorrell no el desastre de un matrimonio ni el sufrimiento de una mujer sino una herramienta, un mecanismo que podía replicarse, perfeccionarse, venderse quizá, aplicarse a otras personas con otros propósitos que la entrada del cuaderno no especificaba pero que la imaginación de cualquier persona con un mínimo de conocimiento del mundo podía inferir: borrar a alguien

que estorba, crear a alguien que obedece, fabricar identidades, destruir las que no convienen. El sueño de todo hombre que confunde el poder con el derecho.

La segunda mitad del cuaderno diez se aceleraba. Las entradas eran más cortas, más urgentes, con la cadencia de alguien que corre mientras escribe:

Enero 1889. He descubierto algo. Las placas que contienen la impresión de Margaret no están inertes. Emiten. No sé de qué otra forma describirlo. Cuando entro en el estudio de noche, las placas brillan con una fosforescencia tenue que no se ve a la luz del día pero que en la oscuridad es inconfundible. La impresión de Margaret está activa. Está intentando salir del cristal del mismo modo en que Margaret, debajo de Eleanor, está intentando salir del cuerpo que la contiene. Son el mismo impulso en dos soportes diferentes: el cristal y la carne. Y los dos están empujando.

Enero 22. He sellado el ala este. He clavado tablones en las ventanas. He cambiado el cerrojo. Blackthorn tiene instrucciones de no dejar que «Eleanor» se acerque a esta zona. Si las placas y la persona se encuentran —si la impresión del cristal entra en contacto con el residuo de Margaret que hay dentro de Eleanor—, no sé qué pasará. Podría no pasar nada. Podría romperse el constructo. Podría romperse la persona. No voy a arriesgarme.

Febrero 3. Hale quiere sacar a «Eleanor» de la casa. Dice que es un riesgo mantenerla aquí, tan cerca de las placas. Quiere llevarla a un sitio donde no haya nada que active los residuos: una ciudad, un piso, un lugar sin jardín, sin piano, sin olores. Le he dicho que no. Los niños la necesitan. Aunque no sea su madre, es lo más cercano a una presencia materna que tienen, y quitársela sería un segundo crimen que no estoy dispuesto a cometer.

Febrero 10. He decidido destruir las placas. Mañana. Cuando Hale no esté. Blackthorn me ayudará. Si la impresión de Margaret se destruye, el constructo de Eleanor se estabilizará. No habrá nada que empuje desde abajo. Eleanor será Eleanor para siempre, y Margaret habrá muerto de verdad, no en un certificado ni en una tumba vacía sino en los fragmentos de cristal que romperé con mis propias manos.

Era la penúltima entrada. La leí con la respiración contenida, no por la revelación —que a esas alturas era confirmación, no sorpresa — sino por el tono, por la forma en que la escritura de Dorrell se había reducido a lo esencial como se reduce un cuerpo enfermo, perdiendo todo lo que no es necesario para la función mínima de existir. El hombre que escribía estas líneas ya no era el científico meticuloso de los primeros cuadernos ni el experimentador obsesivo de los intermedios. Era alguien que quería terminar. No en el sentido de la muerte —aunque la muerte, como se vería, no estaba lejos— sino en el sentido de la conclusión, la última línea de un texto que ha ido demasiado lejos y que solo puede cerrarse con un acto que destruya la posibilidad de continuación.

La última entrada del cuaderno diez estaba escrita con una tinta diferente, más negra, más espesa, como si Dorrell hubiera cambiado de pluma o como si la presión de su mano sobre el papel hubiera aumentado hasta el punto de que la pluma cortaba la superficie y dejaba surcos que se llenaban de tinta como heridas que sangran. Estaba fechada el 12 de febrero de 1889:

Hale ha venido esta noche. No sé cómo supo lo que planeaba. Blackthorn jura que no le dijo nada. Quizá tiene otros informantes. Quizá la casa misma le cuenta cosas, porque esta casa ya no es una casa sino un organismo, un cuerpo enfermo que retiene lo que debería expulsar y expulsa lo que debería retener, y nada de lo que ocurre dentro de sus paredes es privado.

Ha habido una discusión. No voy a describir lo que nos dijimos porque las palabras que se dicen cuando dos hombres que se conocen desde la infancia se miran por encima de los restos de una mujer a la que ambos quisieron no son palabras que merezcan ser conservadas. Lo que importa es lo que pasó después: Hale me ha quitado la llave del ala este. Me ha dicho que mañana enviará a un cerrajero para cambiar todas las cerraduras. Me ha dicho que si intento destruir las placas, ejecutará su amenaza. Me ha dicho que soy un hombre acabado y que lo único que me queda es aceptar lo que hice y dejar que él administre las consecuencias.

Tiene razón en una cosa: soy un hombre acabado. Pero se equivoca en lo que eso significa. Un hombre acabado no es un

hombre rendido. Es un hombre que ha llegado al final de un camino y que, al no poder avanzar ni retroceder, se sienta y mira lo que ha recorrido con la claridad que solo da la inmovilidad. Y lo que veo, desde este final, es que no puedo destruir las placas —Hale me lo impedirá— pero tampoco puedo permitir que sigan existiendo como están. Necesito una solución que Hale no pueda deshacer y que el tiempo no pueda corromper.

He pasado la noche entera en el estudio. He tomado las placas, las nueve, y las he sometido a un proceso que nunca registré en estos cuadernos porque nunca pensé que lo necesitaría: un baño de fijado permanente que cristaliza la emulsión y la vuelve estable pero inaccesible. Las impresiones de Margaret siguen en el cristal, pero ya no pueden ser extraídas ni proyectadas. Están selladas. Atrapadas. Como un insecto en ámbar. Vivas de una forma que la ciencia no puede medir, pero inutilizables para cualquier propósito que Hale pueda imaginar.

Son las tres y diecisiete de la madrugada. He terminado. Los relojes de la casa se han detenido, los que funcionan con electricidad del generador, porque el generador se ha apagado con la sobrecarga del proceso de fijado. No importa. El tiempo ya no importa. Lo que importa es que Margaret está a salvo, no libre —libre es algo que no puedo darle, porque lo que le quité no se puede devolver con un baño químico ni con una máquina ni con el arrepentimiento que me come las manos desde dentro como un ácido—, pero a salvo. Protegida de Hale. Protegida de mí. Protegida de cualquier hombre que crea que una persona es un recipiente y que lo que contiene se puede cambiar como se cambia el agua de un jarrón.

Me acuesto. Estoy cansado de una forma que el sueño no va a curar. Mañana, cuando Hale venga con el cerrajero, encontrará las placas selladas y sabrá lo que hice, y entonces veremos quién de los dos es el hombre acabado.

No hubo mañana para Dorrell. Eso lo supe antes de que Blackthorn me lo dijera, lo supe por la forma en que la escritura terminaba, por la ausencia de otra entrada, por el espacio en blanco que seguía a las palabras «veremos quién de los dos es el hombre

acabado» como un pasillo que no lleva a ninguna habitación. Pero necesitaba escucharlo, no porque la confirmación añadiera algo al conocimiento sino porque ciertas cosas necesitan ser dichas en voz alta para que el aire las sostenga y la mente las acepte como pertenecientes al mundo real y no solo al mundo de los cuadernos y de las hipótesis.

—Murió esa noche —dijo la señora Blackthorn.

Estaba sentada en la silla del escritorio, donde había pasado toda la noche mientras yo leía. No había dormido. Los ojos tenían esa opacidad que adquieren los ojos que han estado abiertos demasiado tiempo, como ventanas que la condensación ha empañado desde dentro.

—Lo encontré yo. A las seis de la mañana, en el estudio. Sentado en la silla donde solía sentar a Margaret. Tenía las manos sobre los reposabrazos y los ojos abiertos y una expresión que no era de dolor ni de miedo sino de algo que se parecía al alivio, como si por fin hubiera llegado al final de algo que llevaba demasiado tiempo durando. —Se pasó la mano por la cara—. El médico dijo que fue el corazón. Hale dijo que fue el agotamiento. Yo digo que fue la casa.

—¿La casa?

—Esta casa absorbe a las personas —dijo, y no era una metáfora ni una frase poética. Era una observación empírica, del mismo tipo que las que Dorrell escribía en sus cuadernos—. Las paredes han absorbido años de colodión y de éter y de lo que fuera que Dorrell usaba en su proceso. Las ha absorbido como la piedra absorbe la humedad. Y lo que absorbieron no es solo química. Es lo otro. La impresión. La luz. Lo que sale de las personas cuando las fotografían con el proceso de Dorrell. Esta casa está saturada de Margaret. De fragmentos de Margaret. Y esos fragmentos no son inertes. Se mueven. Empujan. Buscan volver.

Pensé en las «apariciones» que había visto: la música del piano, la sombra en la pared donde faltaba el espejo, el olor a rosas en habitaciones donde no había rosas. No eran fantasmas. No eran alucinaciones. Eran fragmentos de Margaret que la casa había absorbido durante años de sesiones y que ahora, como una esponja

saturada que empieza a gotear, liberaba de forma intermitente. La casa era una placa fotográfica gigante. Y yo, dentro de ella, era la superficie sensibilizada que recibía esas emisiones sin saber lo que eran, confundiéndolas con sueños, con olores extraños, con la locura lenta de una institutriz encerrada en un páramo.

—Los relojes —dije de pronto, porque la conexión se formó en mi cabeza con la violencia de un relámpago que no ilumina sino que ciega—. Los relojes se detuvieron a las tres y diecisiete.

—La hora en que Dorrell terminó de sellar las placas. La sobrecarga del generador paró todos los relojes eléctricos de la casa al mismo tiempo. Blackthorn nunca los arregló. Yo tampoco. —Me miró—. Son la hora de la muerte de la casa. No la de Dorrell. La de la casa como instrumento. A las tres y diecisiete, las placas dejaron de poder usarse, y la casa dejó de ser un laboratorio y se convirtió en lo que es ahora: un almacén. Un mausoleo. Un sitio donde los vivos y los muertos conviven sin que ninguno de los dos sepa exactamente a qué categoría pertenece.

Cerré el cuaderno diez. Lo puse con los demás sobre la cama, y los ocho cuadernos formaron una hilera que se parecía a las placas en el estante del laboratorio: una secuencia que contaba una historia de principio a fin, la historia de un hombre que descubrió algo que no debería haber descubierto, que lo usó para algo que no debería haber hecho, y que al final intentó enmendarlo de la única forma que le quedaba, sellando lo que no podía destruir y dejándose morir en la misma silla donde había sentado a su esposa.

Afuera, la luz de octubre entraba por la ventana con su habitual falta de compromiso, ni cálida ni fría, ni clara ni oscura, la luz de un cielo que no se decide. La señora Blackthorn se puso de pie. Se alisó la falda. Compuso la cara. Pero antes de salir dijo algo que añadió una última capa a todo lo que había leído esa noche, una capa que no estaba en los cuadernos porque los cuadernos los escribió Dorrell y Dorrell murió antes de poder ver lo que pasó después.

—Cuando Hale encontró las placas selladas —dijo—, pasó dos días encerrado en el estudio intentando revertir el proceso de fijado. No pudo. Lo que Dorrell hizo fue irreversible. Entonces Hale entendió que Margaret, la que estaba dentro de las placas, estaba fuera de su

alcance para siempre. Y eso lo enfureció de una forma que no le había visto, porque Hale no es un hombre que se enfurece. Es un hombre que resuelve. Y lo que resolvió fue esto: si no podía recuperar a Margaret de las placas, se aseguraría de que Eleanor se mantuviera estable. Estudió los cuadernos de Dorrell. Aprendió los fundamentos del proceso. No tenía la habilidad de Dorrell ni su equipo, pero tenía las notas y tenía la casa y tenía acceso a Margaret... a usted. —Se corrigió, y la corrección fue un acto de violencia lingüística tan contenida que apenas se notó—. Durante los meses que siguieron a la muerte de Dorrell, Hale la sacó de la casa. La llevó a un piso en Whitby. La estabilizó con sesiones rudimentarias basadas en lo que entendió de los cuadernos. Reforzó el constructo. Lo hizo más sólido, más resistente a las filtraciones. Y después, cuando creyó que era seguro, la envió a Ashford.

—Ashford —repetí, y la palabra sonó diferente al salir de mi boca que al entrar en mis oídos, porque Ashford no era mi pasado. Era una estación de tránsito. Un decorado donde me habían colocado para que la historia de Eleanor Voss tuviera un escenario creíble, y las monjas que me cuidaron y las compañeras con las que conviví y los años que pasé allí creyendo que era mi vida no eran mi vida sino el segundo acto de una función cuyo primer acto habían representado otros, en una habitación roja que olía a colodión, mientras yo estaba sentada en una silla sin poder moverme.

—Estuvo en Ashford cuatro años —continuó Blackthorn—. Hale la visitaba cada seis meses, siempre como benefactor del internado, siempre con una coartada impecable. Evaluaba la estabilidad del constructo. Tomaba notas. Y esperaba. Esperaba el momento adecuado para traerla de vuelta.

—¿Por qué traerme de vuelta?

—Porque las placas siguen emitiendo. Porque la casa sigue saturada. Porque los fragmentos de Margaret que están en las paredes y en el aire y en el jardín necesitan un receptor, y ese receptor es usted, y Hale necesita saber si el constructo resiste la proximidad con las placas o si se desmorona. —Me miró con la compasión devastada de quien dice algo terrible sabiendo que es verdad—. Usted no vino aquí a cuidar niños, señorita Voss. Vino a

ser probada. Hale la trajo de vuelta para ver si Eleanor aguanta. Si aguanta, el proceso funciona y puede replicarse. Si no aguanta... —Dejó la frase sin terminar, porque ambas sabíamos cómo terminaba. Si no aguantaba, sería sacada de la casa como la anterior, como un producto que no pasó el control de calidad, y Hale empezaría de nuevo con otra mujer sin memoria y sin vínculos y sin nadie que la buscara.

El silencio que siguió no fue un silencio de asimilación. Fue un silencio de cambio de estado, como el silencio que existe entre el momento en que el agua empieza a hervir y el momento en que se convierte en vapor: un silencio donde algo que era líquido se vuelve gas, donde lo contenido se libera, donde la sustancia sigue siendo la misma pero la forma es irreconocible.

Yo había sido líquida durante todas las semanas en la mansión. Me había adaptado al recipiente, como Hale se adaptaba a los suyos, como el agua se adapta a cualquier forma. Había sido Eleanor cuando tocaba serlo, Margaret cuando el cuerpo la imponía, la persona sin nombre cuando ninguna de las dos bastaba. Pero el líquido se había calentado. Los cuadernos eran el fuego. Y lo que quedaba ahora, en esta habitación donde la vela se había consumido y la luz de octubre la reemplazaba sin mejorarla, no era ni Eleanor ni Margaret ni la persona intermedia. Era vapor. Algo que no se puede contener en ningún recipiente, que se eleva, que ocupa más espacio del que ocupaba en su forma anterior, y que, una vez liberado, no vuelve al estado líquido a menos que alguien lo enfríe.

Nadie iba a enfriarme.

—Señora Blackthorn —dije, y mi voz tenía una textura que no le conocía y que me gustó, una textura seca, sin temblor, del color del hierro—. ¿Dónde están los cuadernos cuatro, cinco y seis?

—No estaban en el despacho de Hale.

—Entonces Hale los lleva encima. O los tiene en otro lugar. ¿Hay otro lugar?

Blackthorn frunció el ceño. No con irritación sino con concentración, la concentración de alguien que busca dentro de una memoria que ha sido saqueada tantas veces que los estantes están

medio vacíos pero que todavía contiene algo, en algún rincón, si se busca con suficiente paciencia.

—Hale tenía un baúl —dijo despacio—. Un baúl de viaje que traía cuando venía a la casa. Lo dejaba siempre en la misma habitación del ala central, la que usaba como dormitorio cuando se quedaba a pasar la noche. —Me miró—. El baúl se quedó aquí después de su última visita. No se lo llevó.

—¿Dónde está esa habitación?

—Al fondo del pasillo del segundo piso. La puerta con la cerradura de latón.

Me levanté del suelo. Las rodillas protestaron: llevaba horas sentada en la misma posición, y el cuerpo, que había sido paciente durante la lectura, reclamaba ahora su cuota de atención con la insistencia de un acreedor. Pero el cuerpo podía esperar. El cuerpo siempre había esperado, el mío al menos, el cuerpo de una mujer que no sabía que era dos mujeres y que ahora, sabiendo que era las dos y ninguna, usaba ese cuerpo como lo que era: la única herramienta que le quedaba, el único territorio que ni Dorrell ni Hale ni el tiempo ni la química habían podido quitarle del todo.

Salí de la habitación. Fui al pasillo del segundo piso. Encontré la puerta con la cerradura de latón. La abrí. Y dentro, junto a una cama sin hacer y una mesilla de noche con un vaso vacío que Hale había dejado en su última visita, había un baúl de cuero marrón con las iniciales E.H. grabadas en la tapa.

Lo abrí. Dentro, debajo de una camisa doblada y un par de gemelos de plata, estaban los cuadernos cuatro, cinco y seis.

Los tomé. Los apreté contra el pecho con la misma postura de Lucille, la misma presión de Blackthorn sobre la bolsa del viaje a Whitby, la postura universal de quien sostiene algo que le pertenece y que otro le quitó y que por fin, por fin, está volviendo a casa.

Diez cuadernos. La historia completa. Desde la primera observación hasta la última noche. Desde la curiosidad del científico hasta la muerte del hombre. Desde Margaret hasta Eleanor y desde Eleanor hasta lo que venía después, que no tenía nombre todavía pero que estaba empezando a tenerlo, porque las cosas que se conocen a sí mismas encuentran la forma de nombrarse, y yo, con

diez cuadernos de cuero negro apretados contra el pecho en el pasillo de una casa que era mía antes de saber que lo era, estaba empezando a conocerme.

XIII

Las grietas

Encontré las cartas la mañana del miércoles, buscando una pluma.

La mía se había roto durante la lección de la tarde —una grieta en el depósito que manchó de tinta el ejercicio de aritmética de Lucille—, y bajé al cuarto de la señora Blackthorn a buscar una de repuesto con la naturalidad de quien pide prestado algo a una compañera, olvidando que Blackthorn y yo no éramos compañeras sino conspiradora y cómplice, y que su cuarto no era un cuarto sino un archivo.

El cajón inferior derecho del escritorio estaba cerrado con llave. Los otros no. Lo noté porque lo abrí por error, y la resistencia del cajón que no cede es un tipo de información que se registra sin querer. Las plumas estaban en el cajón de arriba. Las cogí. Debería haberme ido.

Tenía una horquilla en el pelo. Las cerraduras de escritorios victorianos son lo que los cerrajeros llaman «de cortesía»: lo bastante sólidas para disuadir a un niño, lo bastante simples para ceder ante cualquier alambre con paciencia. La horquilla tuvo la paciencia.

Dentro del cajón había cartas. No dos ni cuatro sino docenas, atadas con una cinta marrón, todas con el membrete de Hale, Crawley & Morrison, todas dirigidas a «Sra. A. Blackthorn, Mansión Dorrell, Yorkshire.» Y debajo, las respuestas de Blackthorn, copias

hechas con papel carbón: informes. Informes sobre mí. Semanales. Detallados con la precisión de una ficha médica.

«La señorita Voss no muestra signos de deterioro. Sueño irregular pero sin episodios reportados. Apetito normal. No ha mencionado sueños ni recuerdos intrusivos. Los niños responden bien a su presencia. Recomiendo mantener disposiciones actuales.»

Fecha: la segunda semana de mi estancia. La semana en que me desperté con el sabor de la tierra. La semana en que Thomas dijo «mamá» dormido. La semana en que mis manos encontraron su posición en el banco del jardín. Blackthorn había visto todo eso. Había registrado las señales que yo había descartado como coincidencias, y después se las había enviado a Hale, que había leído desde su despacho de Whitby y había decidido que el proceso seguía funcionando, que la contención era suficiente, que Eleanor Voss era estable.

Cada carta de Blackthorn era una traición. Cada carta era también una protección. Porque lo que Blackthorn le escribía a Hale no era lo que Blackthorn veía. Lo que Blackthorn veía era a una mujer cuyos dedos recordaban cerraduras y cuyos ojos se llenaban de lágrimas al oír a Thomas decir «mamá.» Lo que le escribía a Hale era: «no muestra signos de deterioro.» La distancia entre ambas versiones era el espacio que Blackthorn recorría cada semana para protegerme sin que yo lo supiera, mintiendo al hombre que tenía el poder legal sobre los niños para darme tiempo. Tiempo para recordar. Tiempo para entender. Tiempo para convertirme en la persona que pudiera enfrentarlo.

Guardé las cartas. Cerré el cajón. Puse la horquilla en su sitio. Subí a la sala de estudio con dos plumas y un conocimiento nuevo que no era rabia —la rabia habría sido más simple— sino algo más complejo: la comprensión de que la lealtad y la traición pueden ocupar el mismo gesto, la misma carta, la misma persona, y que juzgar a Blackthorn por las cartas sería como juzgar a un espía por los informes que envía al enemigo sin tener en cuenta lo que omite.

El primer episodio ocurrió en la cocina, dos días después de leer los cuadernos, mientras pelaba una manzana.

No sé por qué estaba pelando una manzana. No es algo que hiciera habitualmente: la señora Poole era territorial con su cocina, y mis intentos anteriores de ayudar habían sido rechazados con una eficiencia que no admitía réplica. Pero esa tarde Poole había salido al cobertizo a buscar carbón, y los niños merendaban en la sala de estudio, y yo bajé a la cocina por agua y encontré las manzanas en la mesa —verdes, ácidas, del tipo que crece en los jardines del norte y que tiene la piel tan dura que necesita cuchillo— y antes de que la parte de mí que toma decisiones conscientes pudiera intervenir, mis manos habían cogido una manzana y un cuchillo y estaban pelando.

No era la forma en que yo pelaba manzanas. Eleanor Voss pelaba manzanas con torpeza, cortando la piel en trozos cortos e irregulares que caían sobre la mesa como fragmentos de algo roto. Pero las manos que pelaban esa tarde producían una espiral continua, larga, sin ruptura, con la piel cayendo en una cinta ondulada que se enroscaba sobre sí misma como una serpiente dormida. Era un gesto experto, de alguien que ha pelado miles de manzanas de esa forma, y la memoria del gesto no estaba en mi cabeza sino en los tendones, en la presión exacta del pulgar contra el lomo del cuchillo, en el ángulo de la muñeca que permitía que la hoja siguiera la curva de la fruta sin romper la continuidad de la cinta.

Lo noté a la mitad. La espiral ya medía un palmo y colgaba de la manzana como un péndulo, y yo la miraba con la fascinación horrorizada de alguien que ve sus propias manos hacer algo que no les ha enseñado, como si las manos pertenecieran a otra persona que viviera dentro de la misma piel y que, en los momentos de distracción, tomaba los controles con una suavidad que no activaba ninguna alarma.

Dejé el cuchillo. La espiral se rompió. Me quedé mirando la manzana a medio pelar, con el corazón en un sitio que no era el pecho —más arriba, donde siempre subía cuando el cuerpo sabía algo que la mente rechazaba—, y pensé que esto era lo que Dorrell había descrito en el cuaderno nueve: la semilla. El residuo de Margaret que ni la extracción ni el constructo habían podido cubrir del todo, y que ahora, alimentado por el conocimiento de los

cuadernos y por la proximidad de las placas y por la casa que lo empujaba todo hacia arriba como la humedad que sube por los cimientos, empezaba a germinar.

La señora Poole volvió con el carbón. Me vio junto a la mesa con el cuchillo al lado y la manzana a medias y la espiral de piel sobre la madera, y se detuvo en la puerta con una expresión que no le había visto antes y que tardé un momento en identificar porque no correspondía a la señora Poole que conocía, la práctica, la desinteresada, la que respondía con frases que cerraban conversaciones. La expresión era reconocimiento. Poole miraba la espiral de la manzana con ojos que sabían algo.

—Ella pelaba así —dijo, y no especificó quién era «ella» porque en aquella cocina solo había una «ella», solo una mujer cuya forma de pelar manzanas era un dato que la cocinera conservaba como se conservan los gestos de los muertos: sin utilidad práctica, solo porque borrarlos del recuerdo sería borrar a la persona entera.

—Lo sé —respondí.

Poole me miró. Me miró durante más tiempo del que le había dedicado en todas las semanas anteriores juntas, como si la frase que acababa de decir —«lo sé», dos palabras que contenían todo y nada— le hubiera dado permiso para mirarme de verdad, no con la curiosidad desinteresada de un gato sino con la atención concentrada de alguien que busca a una persona conocida en el rostro de una desconocida.

—Siempre supe que había algo —dijo al fin, volviendo al carbón, dándome la espalda, hablándole al fogón como Thomas le hablaba a los caballos, porque en aquella casa las confesiones se hacían de espaldas—. No lo que era. Solo que había algo. En la forma en que caminaba por los pasillos, como si los pies conocieran el camino. En la forma en que tocaba los marcos de las puertas al pasar, siempre el mismo marco, siempre el mismo gesto. —Abrió la puerta del fogón. Metió el carbón. El fuego rugió brevemente—. Treinta años en esta cocina. Conozco a las personas por lo que hacen cuando creen que nadie las mira. Y usted, señorita Voss, hace cosas que hacía otra persona.

No respondí. No era necesario. Poole había dicho lo que llevaba semanas callando con la misma economía que aplicaba a todo: pocas palabras, ninguna desperdiciada, el fuego encendido y la puerta cerrada y la conversación terminada antes de que nadie pudiera convertirla en algo más incómodo de lo que ya era.

El segundo episodio fue más largo y más difícil de archivar.

Ocurrió tres días después, durante la lección de la tarde. Estábamos en la sala de estudio, Thomas con su cuaderno de aritmética y Lucille leyendo en voz alta un pasaje del libro de cuentos —el del bosque, el que yo había comprado en Charing Cross por la portada, que ahora me parecía un gesto de Margaret asomándose a través de Eleanor: ¿quién compra un libro por la imagen de un bosque sino alguien que echa de menos un jardín?—, y mientras Lucille leía sentí que algo cambiaba en el aire de la habitación, un desplazamiento sutil como el que se siente cuando una corriente de agua fría entra en un río tibio. No fue un sonido ni un olor ni una imagen. Fue una alteración de la temperatura interna, como si mi cuerpo decidiera de pronto que estaba en otro momento del año, en otra estación, y el calor que sentí —un calor que no correspondía a octubre, que correspondía a julio, al sol sobre la piedra, a la tierra seca del jardín bajo las rodillas— me inundó con la rapidez de algo que se vierte y que no puede recogerse una vez derramado.

Cerré los ojos. No elegí cerrarlos. Se cerraron, como se cierran las puertas de una casa cuando el viento empuja, y detrás de los párpados vi algo que no era un sueño ni un recuerdo ni una fantasía sino las tres cosas fundidas en una sustancia que no tenía nombre en ningún idioma que conociera.

Vi el jardín. No el jardín de septiembre que conocía, el de los rosales sin flor y los senderos invadidos de maleza. Vi el jardín de antes. Rosas amarillas, rojas, blancas, abiertas al sol con una obscenidad vegetal que llenaba el aire de un perfume tan denso que se podía mascar. El banco blanco sin óxido, con la pintura brillante. Los senderos de grava limpios, rastrillados, con el dibujo en espiga que alguien trazaba cada mañana con un rastrillo de madera. Y un niño. Un niño pequeño, más pequeño que Thomas y que Lucille,

sentado en la grava con un cubo de hojalata, llenándolo de piedrecitas que seleccionaba con la seriedad de un minero que busca oro. El niño tenía el pelo oscuro y la cara redonda y los ojos de Lucille —los mismos ojos, demasiado grandes para la cara—, y levantó la vista hacia mí, hacia donde yo estaba, y sonrió con la confianza absoluta de alguien que mira a su madre y sabe que su madre va a estar ahí siempre, que el mundo puede derrumbarse a su alrededor pero que la persona que está de pie junto al banco blanco con las manos manchadas de tierra no se va a mover nunca.

El tercer hijo. El que murió. El que nadie mencionaba, cuyo nombre no había aparecido ni en los cuadernos ni en las conversaciones ni en los dibujos de Lucille, como si su ausencia fuera tan completa que incluso el hueco que dejó hubiera sido cubierto por el silencio.

Y yo lo estaba viendo. No como se ve una fotografía ni como se imagina una escena a partir de una descripción. Lo estaba viendo con la resolución de un recuerdo real, con los detalles que solo la memoria retiene porque solo la memoria estuvo presente: el hoyuelo en la mejilla derecha del niño, la mancha de barro en su rodilla izquierda, la forma en que sus dedos gordos y torpes no conseguían agarrar las piedras más lisas y las dejaban caer con un sonido que era casi risa. Lo veía desde una altura y un ángulo que correspondían a una mujer de pie, no a una niña ni a una observadora sino a alguien que pertenecía a esa escena, que era parte de su estructura del mismo modo que el banco era parte del jardín y el jardín parte de la casa.

—Señorita Voss.

La voz de Thomas me trajo de vuelta. Abrí los ojos. La sala de estudio estaba igual que antes: la chimenea, los libros, la ventana con la lluvia de octubre. Pero mi cara estaba mojada. Tardé un segundo en entender por qué, y cuando lo entendí no me lo sequé, porque las lágrimas que corrían por mis mejillas no eran de Eleanor Voss. Eran de alguien que acababa de ver a un niño muerto jugar con piedras en un jardín que ya no existía, y secarlas habría sido borrar la única prueba de que ese niño, ese jardín, esa tarde de julio habían sido reales.

—Estoy bien —dije, que era mentira, pero la verdad —que acababa de tener un recuerdo que no me pertenecía, que pertenecía a una mujer a la que le habían vaciado la cabeza con placas de vidrio y que ahora empezaba a recuperar lo perdido fragmento a fragmento, como un espejo roto que intenta recomponerse— no era una verdad que pudiera decirse en una sala de estudio con un libro de cuentos abierto en la mesa y un niño de diez años mirándome con una expresión que sabía exactamente lo que acababa de pasar.

Thomas no dijo nada. Lucille, que había dejado de leer cuando cerré los ojos, me miraba desde su rincón con el cuaderno verde apretado contra el pecho, y en su cara vi algo que no era miedo ni preocupación sino una especie de alivio doloroso, el alivio de quien ha esperado mucho tiempo a que una herida se abra para poder limpiarla.

—¿Lo has visto? —preguntó en voz baja.

Asentí.

—¿Al jardín?

—Al jardín. Y a...

No terminé la frase. No sabía su nombre. Margaret lo sabía, en algún lugar debajo de la capa de Eleanor que se estaba agrietando como la pintura vieja de una fachada a la que el sol y la lluvia han ido comiendo la superficie hasta dejar ver la piedra de abajo, pero yo no lo sabía todavía, el nombre se había disuelto en el sueño del amanecer como todos los nombres, como el mío propio, y lo único que quedaba era la imagen del niño con los ojos de Lucille, llenando un cubo de piedras con la fe ciega de quien cree que el mundo va a ser siempre así de sencillo.

—Se llamaba Edward —dijo Thomas. Y fue como si dijera un nombre prohibido, como si la sílaba tuviera peso y al soltarla el aire de la habitación se espesara y la temperatura bajara un grado o dos, no por el nombre en sí sino por todo lo que el nombre contenía: una vida, una muerte, un derrumbe que arrastró a todos los que estaban cerca y que todavía, años después, seguía arrastrando.

—Edward —repetí, y la palabra me supo a tierra, a la tierra del sueño, a la tierra del jardín, al sabor que me despertaba cada mañana y que ahora tenía un nombre, porque la tierra de los sueños

era la tierra donde jugaba un niño llamado Edward que tenía los ojos de su hermana y las manos torpes de quien todavía no ha aprendido a sostener el mundo sin que se le caiga.

Lucille se levantó de su rincón. Cruzó la sala. Se paró frente a mí, tan cerca que podía olerla —a lápiz, a lana mojada, a ese olor dulce y animal que tienen los niños cuando llevan mucho rato concentrados—, y me tomó de la mano. Su mano era pequeña y caliente, como la primera vez que me había tocado en el pasillo del primer piso, y la misma descarga de reconocimiento cruzó mi piel como una corriente que busca el camino más corto entre dos puntos.

—Él tenía dos años —dijo Lucille—. Yo tenía cuatro. Thomas tenía siete. Papá no estaba. Siempre estaba en el estudio. Y mamá cuidaba de nosotros tres sola, y una tarde Edward se puso enfermo y la fiebre no bajó y mamá lo llevó al médico del pueblo en el carruaje, pero el camino estaba helado y la distancia era demasiada y cuando llegaron el médico dijo que ya era tarde.

Lo dijo sin pausa, sin inflexión, con la voz plana de quien ha ensayado una historia tantas veces en su cabeza que las palabras han perdido su filo y son solo sonidos que cumplen una función, como las palabras de una oración que se reza de memoria. Pero la mano que apretaba la mía temblaba, y el temblor era lo que las palabras no decían, lo que ningún ensayo podía domesticar.

—Después de eso mamá dejó de dormir —continuó Thomas, desde su silla, mirando la ventana, hablándole al paisaje—. No de una vez. Poco a poco. Primero dejó de dormir por las noches. Después dejó de comer a mediodía. Después dejó de salir al jardín. Después dejó de hablar con nosotros si no le hablábamos primero. Era como ver... —Buscó la palabra. No la encontró entre las suyas, que eran las de un niño de diez años, y tomó prestada una de su padre—. Era como ver una fotografía que se vela. La imagen seguía ahí, pero cada día se veía menos.

Una fotografía que se vela. Thomas describía la destrucción de su madre con una metáfora que su padre habría aprobado, y el eco entre la descripción del hijo y las notas del padre en el cuaderno fue tan preciso que me pregunté si Thomas había leído los cuadernos o

si simplemente la herencia funciona así, si las metáforas se transmiten por la sangre del mismo modo en que se transmiten la forma de la mandíbula o el color de los ojos.

—Y entonces papá la llevó al estudio —dijo Lucille, y su voz bajó hasta un susurro que no era susurro por miedo sino por reverencia, porque lo que estaba a punto de decir pertenecía al territorio donde las palabras se vuelven frágiles y hay que manejarlas con cuidado para que no se rompan—. Y mamá volvió diferente. Mejor, decía papá. Más ligera. Y era verdad. Sonreía otra vez. Dormía. Comía con nosotros. Pero sus ojos... —Lucille se tocó la cara, debajo del ojo izquierdo, con el dedo índice—. Sus ojos estaban más lejos. Como si nos mirara desde detrás de un cristal.

Desde detrás de un cristal. La misma imagen que Dorrell usó en el cuaderno: «los ojos miraban desde muy lejos, desde un lugar al que la luz no llega del todo». Padre e hija describiendo lo mismo con la misma metáfora, como dos personas que miran el mismo paisaje desde ventanas diferentes.

La sala de estudio se había convertido en otra cosa. Ya no era un aula donde una institutriz daba lecciones a dos niños. Era un lugar donde tres personas —dos niños y una mujer que era y no era su madre— compartían por primera vez la historia que los unía, la historia que había sido contada en fragmentos, en dibujos, en listas de seis palabras, en nombres dichos en sueños, en manos que pelaban manzanas y pies que conocían pasillos, y que ahora, por fin, se decía en voz alta, en el orden correcto, con la honestidad brutal de los niños que ya no quieren ser protegidos porque saben que la protección es otra forma de aislamiento.

No les conté todo lo que sabía. No les hablé de los cuadernos en detalle, ni del proceso de impresión, ni de la botella etiquetada «Interior», ni de la carta de Hale sobre mi amnesia. Eran niños. Lo que habían vivido ya era más de lo que cualquier niño debería cargar, y añadir el peso técnico del horror a lo que ya sabían por experiencia directa habría sido innecesario y cruel. Pero les dije algo que necesitaban escuchar, algo que ningún adulto les había dicho y que flotaba entre nosotros desde la primera noche, cuando Lucille

escribió «Volviste» en el reverso de un dibujo y lo dejó frente a mi puerta como una carta que no sabía a quién dirigir.

—Creo que vuestra madre está aquí —dije, y las palabras salieron con una dificultad que no era lingüística sino física, como si tuvieran que abrirse paso a través de capas de Eleanor para llegar a la superficie—. No sé cómo ni cuánto. Pero algo de ella está dentro de mí, y la casa lo sabe, y vosotros lo sabéis, y yo estoy empezando a saberlo también.

Lucille apretó mi mano con una fuerza que no correspondía a su tamaño. Thomas me miró desde la ventana, y en su cara vi el temblor en la mandíbula que ya conocía, el que no era debilidad sino el músculo que se suelta antes de cambiar de posición, y por primera vez en seis semanas me miró sin la neutralidad que usaba como escudo, sin la cortesía que usaba como muro, sin nada entre sus ojos y los míos excepto la necesidad cruda, inmensa, de un niño que quiere creer que su madre no se fue del todo.

—¿Puedes... —empezó, y la frase se atascó en algún lugar entre la garganta y los labios, y tuve que esperar, con la mano de Lucille en una mano y los ojos de Thomas en los ojos, a que el atasco se resolviera solo, porque hay preguntas que no se pueden empujar—. ¿Puedes traerla de vuelta?

La pregunta pesaba más que todos los cuadernos de Dorrell juntos. Pesaba más que la casa, más que las placas, más que los años de silencio y los espejos cubiertos y la niebla que no se disipaba. Era la pregunta de un niño, pero era también la pregunta de la novela, la pregunta que estaba en el centro de todo como el ojo del huracán, y la respuesta honesta —que no sabía, que quizá nadie sabía, que lo que se quita con una cámara y unos químicos quizá no se devuelve con las manos desnudas de una mujer que ni siquiera sabe qué es— era una respuesta que no iba a dar, porque la honestidad con los niños tiene un límite, y el límite es el punto donde la verdad deja de ser útil y empieza a ser demolición.

—Voy a intentarlo —dije. Y era la verdad, o la parte de la verdad que podía dar en ese momento, la parte que cabía en una frase sin romperse.

Thomas asintió. Lucille apretó mi mano una vez más y me soltó, y la ausencia de su mano fue tan notable como su presencia, como un sonido que cesa y que deja el silencio más silencioso de lo que estaba antes.

Esa noche tuve tres episodios en una hora.

El primero fue en la escalera, subiendo a mi habitación después de la cena. Al pasar por el primer piso mi pie izquierdo giró hacia la derecha, hacia el pasillo que llevaba al dormitorio principal del ala derecha, la habitación que había sido de Margaret y Dorrell y que yo nunca había visitado porque Blackthorn no me la había mostrado y porque estaba cerrada con llave. Mi pie giró solo, sin consultar al resto de mi cuerpo, como si tuviera un destino propio, y tuve que agarrarme a la barandilla para no seguirlo. La corrección fue muscular, un esfuerzo de voluntad que sentí en la cadera y en los tendones de la rodilla, como corregir el rumbo de un caballo que se desvía hacia un camino que conoce mejor que el jinete.

El segundo episodio fue frente a la puerta de mi habitación. Al extender la mano hacia el picaporte, mis dedos se detuvieron a medio camino y buscaron, durante una fracción de segundo, una cerradura que no estaba ahí, más abajo y a la izquierda de donde estaba la real. Buscaban la cerradura de otra puerta. La puerta del dormitorio principal, que estaba en otra posición, a otra altura, con un mecanismo diferente. Mis dedos tenían la memoria de esa cerradura impresa en las yemas como una huella dactilar invertida: no la huella que deja el dedo en la superficie, sino la huella que la superficie deja en el dedo.

El tercero fue ya en la cama, a oscuras, con los ojos cerrados. Sin previo aviso, sin transición, sin la niebla gradual que precedía a los sueños, me encontré en otro lugar. No dentro de un sueño. Dentro de un recuerdo. La diferencia es importante: los sueños tienen bordes blandos, lógica propia, una calidad de fabricación que delata su origen. Los recuerdos tienen bordes duros, detalle excesivo, y esa solidez particular de las cosas que han ocurrido, esa resistencia a la duda que hace que incluso los recuerdos más inverosímiles se sientan más reales que cualquier invención.

Estaba en una habitación que conocía y que no conocía. Grande, con una cama matrimonial de cabecera tallada, cortinas de terciopelo azul oscuro que estaban corridas, y una ventana que daba al páramo con las contraventanas abiertas. La luz era la de un atardecer de verano, dorada y larga, y en la cama había un hombre dormido, vestido, con los zapatos todavía puestos y un libro abierto sobre el pecho que subía y bajaba con su respiración. El hombre tenía barba canosa y los ojos hundidos incluso dormido, y era Aldous Dorrell, pero un Dorrell diferente del retrato, más joven, sin la expresión concentrada, con la cara suavizada por el sueño hasta parecer casi amable.

Yo estaba de pie junto a la ventana, mirándolo. No con la curiosidad de una desconocida ni con la evaluación de una institutriz sino con algo más complejo, más antiguo, algo que contenía amor y resentimiento y cansancio y una ternura que no era dulce sino afilada, la ternura que se siente hacia alguien que te ha hecho daño y a quien sigues queriendo no a pesar del daño sino mezclado con él, inseparable.

El recuerdo duró unos segundos. Después se disolvió, no como se disuelve un sueño —de golpe, al abrir los ojos— sino como se disuelve una nota de música: gradualmente, perdiendo primero los bordes y luego el centro, hasta que lo que quedó no fue imagen sino sensación, la sensación de haber estado en una habitación con un hombre al que amé con una complejidad que Eleanor Voss no podía comprender porque Eleanor Voss no había amado a nadie, porque a Eleanor Voss le faltaba el músculo del amor largo, del amor que sobrevive al daño, del amor que no es sentimiento sino estructura, como los huesos que sostienen el cuerpo incluso cuando el cuerpo no quiere ser sostenido.

Me quedé a oscuras, con el recuerdo evaporándose y la rabia de hierro intacta debajo de todo, y pensé que los episodios iban a ir a más. Que cada día habría más grietas en el constructo de Eleanor, más filtros que cedieran, más momentos en que Margaret empujaría desde abajo con la fuerza de las cosas que han sido comprimidas demasiado tiempo y que, al liberarse, ocupan más espacio del que tenían antes de ser comprimidas. Lo pensé con la calma de quien

observa una grieta en la pared y calcula el tiempo que falta para que la pared ceda, sabiendo que no puede impedir la caída pero que puede elegir hacia dónde caer.

Lo que no sabía era si quería impedir la caída.

Porque impedir la caída significaba mantener a Eleanor. Mantener el constructo. Mantener la mujer funcional, la que daba lecciones y pelaba manzanas con torpeza y no lloraba ante niños que jugaban con piedras. Mantener a Eleanor era lo que Hale quería, lo que el proceso estaba diseñado para lograr, lo que los informes semanales de Blackthorn debían garantizar. Impedir la caída era obedecer a Hale sin que Hale estuviera presente, que es la forma más perfecta de obediencia: la que no necesita vigilancia porque ha sido construida dentro del obediente como una viga dentro de una pared.

Pero dejar que la pared cayera significaba perder a Eleanor. Y Eleanor, por inventada que fuera, por fabricada que estuviera, por poco que su historia tuviera de real, era la persona que yo era. La persona que pensaba con estas palabras, que sentía con estos nervios, que miraba el mundo con estos ojos que no eran los de Margaret porque Margaret miraba desde más lejos, desde detrás de un cristal, con la profundidad de alguien que ha vivido y sufrido, y Eleanor miraba de cerca, con la nitidez superficial de alguien que no tiene pasado que empañe la lente. Perder a Eleanor era perder la claridad. Ganar a Margaret era ganar la profundidad. Y nadie me había preguntado si quería hacer ese intercambio, del mismo modo que nadie me había preguntado si quería ser Eleanor en primer lugar, y la ausencia de elección —la que me hizo Eleanor, la que podía deshacerla— era el centro del horror, más que las placas, más que los cuadernos, más que la silla del laboratorio donde me sentaron sin mi permiso.

La pregunta no era «¿quién soy?». Esa ya la sabía, o estaba empezando a saberla, y la respuesta era ambas y ninguna y algo intermedio que todavía no tenía nombre.

La pregunta era «¿quién quiero ser?». Y esa pregunta, a diferencia de la primera, no tenía respuesta en los cuadernos de Dorrell ni en los dibujos de Lucille ni en la memoria muscular de

unas manos que pelaban manzanas en espiral. Esa pregunta solo podía responderse viviéndola, y vivirla requería tiempo, y el tiempo era lo único que Hale no me iba a dar si se enteraba de que el constructo estaba cediendo.

Me dormí pensando en manzanas. En la espiral de piel que colgaba como una serpiente dormida. En las manos de una mujer que pelaba fruta con la destreza de quien ha alimentado una familia en una cocina grande donde los cuchillos están afilados y los niños esperan y el sol de julio entra por la ventana e ilumina la mesa donde un cubo de hojalata lleno de piedras prueba que alguien estuvo aquí, que alguien fue amado, que alguien se perdió, y que el acto de pelar una manzana puede ser un acto de memoria cuando la memoria no tiene otro camino que las manos.

Y debajo de las manzanas y de la espiral y de Edward y de las cerraduras que mis dedos buscaban en puertas equivocadas, debajo de todo, una pregunta que era diferente de todas las que había formulado hasta entonces. No «quién soy» —eso ya lo sabía, o lo estaba sabiendo, que es una forma más honesta de decirlo—. No «qué me hicieron», que también lo sabía y que la rabia de hierro no me dejaba olvidar. Sino: si soy ella, ¿qué hago?

¿Reclamo una vida que no recuerdo? ¿Exijo unos hijos que me miran como a una extraña con la cara de su madre? ¿Me quedo en una casa donde me fabricaron? ¿O cojo el tren de vuelta a Londres y desaparezco en la vida de Eleanor Voss, que es una ficción pero que al menos es una ficción que conozco, y dejo que Hale traiga a otra mujer con la cara de Margaret y que los niños aprendan a quererla hasta que ella también se rompa?

La pregunta se quedó conmigo al despertar. No se fue con la avena ni con el té ni con los verbos franceses. Se instaló debajo de las costillas, donde viven las cosas que no se resuelven con pensar, y cada vez que Lucille me miraba con esos ojos que sabían demasiado, cada vez que Thomas se sentaba a mi lado con un centímetro menos de distancia que el día anterior, la pregunta apretaba un poco más, y el apretar no era dolor sino urgencia, la urgencia de algo que necesita una respuesta antes de que Hale vuelva y la respuesta deje de estar en mis manos.

XIV

La otra voz

Los episodios dejaron de ser episodios y se convirtieron en clima.

Quiero decir que ya no venían y se iban, como tormentas que cruzan un páramo y desaparecen detrás de la línea del horizonte dejando el suelo mojado pero el cielo limpio. Se instalaron. Se quedaron. Ocuparon el aire de la casa con la misma constancia con que la niebla de octubre ocupaba el aire de afuera, y del mismo modo que la niebla borraba la diferencia entre el cielo y la tierra, los episodios empezaron a borrar la diferencia entre Eleanor y Margaret, entre lo que yo recordaba y lo que yo sabía, entre lo que mis manos hacían y lo que mi voluntad les pedía, hasta que la frontera entre ambas dejó de ser una línea y se convirtió en una zona, ancha, difusa, habitada por cosas que pertenecían a las dos y a ninguna.

No era desagradable. Eso fue lo que más me sorprendió. Había esperado que la disolución del constructo fuera violenta, como la rotura de un hueso o el desgarro de una tela, algo que doliera con la claridad de lo mecánico. Pero no era así. Era más parecido a descongelarse. Al principio duele, sí, la sangre volviendo a los dedos entumecidos, la sensibilidad regresando a zonas que habían estado dormidas. Pero después del dolor viene algo que se parece al alivio, al calor, a la recuperación de algo que siempre estuvo ahí pero que no se sentía porque el frío lo anestesiaba.

Los sueños dejaron de ser sueños y se convirtieron en visitas. Cada noche, al cerrar los ojos, volvía al jardín, o a la cocina, o a una habitación que ahora reconocía como el dormitorio principal, y en cada visita los detalles eran más nítidos, más sólidos, más míos. El olor de la lavanda en julio ya no era un fantasma olfativo sino una presencia con textura: las hojas secas entre los dedos, el aceite que manchaba la piel si apretabas demasiado, la forma en que el perfume cambiaba según la hora del día, más fuerte al mediodía cuando el sol lo liberaba, más sutil al atardecer cuando la tierra se enfriaba y lo reabsorbía. Cada noche el jardín se me devolvía con un detalle más, como un cuadro al que un restaurador le retira el barniz oscuro capa a capa, revelando colores que el tiempo había ocultado pero no destruido.

Durante el día la frontera se mantenía, pero con esfuerzo. Dar las lecciones me costaba una concentración que antes era automática, porque la parte de mí que enseñaba gramática y aritmética era Eleanor, y Eleanor ya no ocupaba toda la casa de mi cabeza: tenía que compartirla con alguien que no se interesaba por los verbos franceses pero que se activaba cuando Lucille tosía, o cuando Thomas se mordía la uña del pulgar, o cuando el viento traía desde el jardín ese olor a tierra mojada que era menos un olor que una llave, una llave que abría puertas que Eleanor no sabía que existían y detrás de las cuales había habitaciones llenas de muebles que pertenecían a otra persona.

El jueves ocurrió lo de Lucille.

Estábamos en la sala de estudio después del almuerzo. Lucille practicaba su escritura, copiando una frase del libro de cuentos en su cuaderno de ejercicios con la lentitud laboriosa que el acto de escribir todavía le exigía. La pluma se le resbalaba. La tinta manchó la página, una gota gruesa que se expandió por el papel como una mancha de sangre en la nieve, y Lucille soltó un ruido de frustración, un quejido corto que no era llanto sino rabia contenida, la rabia particular de alguien que quiere hacer algo bien y que su cuerpo no le obedece.

Y yo, sin pensar, sin decidir, sin que la parte de mi cerebro que controlaba las palabras tuviera tiempo de intervenir, dije:

—No pasa nada, ratoncita. Inténtalo otra vez.

Ratoncita.

La palabra salió con una naturalidad que no era la de Eleanor Voss. Eleanor Voss no usaba diminutivos. Eleanor Voss no llamaba a sus alumnos con nombres de animales. Eleanor Voss mantenía una distancia profesional que se manifestaba en el lenguaje tanto como en la postura, y «ratoncita» no pertenecía a ese lenguaje, no cabía en su vocabulario, era una palabra de otro registro, otro contexto, otra mujer.

Lucille levantó la cara. La tinta todavía goteaba de la pluma sobre la página manchada, y la expresión de la niña fue algo que no voy a poder describir con precisión porque las palabras que necesitaría no existen en el idioma que uso para pensar, que sigue siendo el de Eleanor aunque cada vez más infiltrado por el de Margaret. Fue una expresión de apertura. Como si la cara de Lucille fuera una flor que llevara años cerrada y que de pronto, por un estímulo que nadie esperaba —una palabra, una sola palabra, cuatro sílabas dichas en un tono que no era el de la institutriz sino el de alguien más antiguo, más cercano, más suyo—, hubiera decidido abrirse.

—Así me llamaba ella —dijo Lucille, en un susurro que tenía la calidad frágil de las cosas que se han guardado mucho tiempo y que al sacarlas a la luz amenazan con romperse—. Ratoncita. Porque era pequeña. Porque me escondía debajo de la mesa cuando había tormenta. Porque me gustaba el queso.

Lucille sonrió al decir lo del queso. Fue una sonrisa rápida, de las que aparecen cuando un recuerdo feliz consigue abrirse paso a través de los escombros de todo lo que pasó después, y desapareció tan rápido como llegó, sustituida por algo más complejo: una esperanza que se parecía al miedo, o un miedo que se parecía a la esperanza, porque en aquella casa las dos cosas eran gemelas y se vestían igual.

Thomas no dijo nada. Estaba mirando sus manos, las manos que sostenían la pluma sobre el cuaderno de aritmética, y las miraba con la atención de alguien que busca en su propio cuerpo las señales de algo que no quiere encontrar pero que necesita saber si

está ahí. Después me miró a mí. No con la neutralidad que usaba como escudo ni con la vulnerabilidad que había mostrado al preguntar si podía traerla de vuelta. Me miró con algo nuevo: cautela. La cautela de quien observa un edificio que se mueve y que no sabe si el movimiento es un terremoto o el viento, si la estructura va a derrumbarse o solo a crujir.

No me disculpé. No corregí la palabra. No dije «perdón, quise decir Lucille». Habría sido mentira, porque no quise decir Lucille ni quise decir ratoncita: no quise decir nada. Lo que salió de mi boca salió de un lugar que no controlaba, como los gestos de las manos y los giros del pie y la espiral de la manzana, y corregirlo habría sido empujar la tapa de vuelta sobre una olla que ya estaba hirviendo.

Seguimos con la lección. La mancha de tinta se secó. Lucille reescribió la frase. Thomas resolvió sus ecuaciones. Y la palabra «ratoncita» se quedó flotando en el aire de la sala de estudio como el olor a colodión se quedaba flotando en los pasillos: invisible, persistente, prueba de que algo que debería estar sellado estaba filtrándose.

El viernes fue peor.

Digo peor no porque lo que ocurrió fuera doloroso, sino porque fue público, y lo público convierte lo íntimo en espectáculo, y el espectáculo tiene consecuencias que lo íntimo no tiene. Lo íntimo se puede negar. Lo público, no.

Fue a media mañana. Yo estaba en el primer piso, volviendo de la biblioteca con un atlas bajo el brazo, cuando sucedió lo que solo puedo describir como un apagón. No de luz. De identidad. Un momento estaba caminando por el pasillo como Eleanor Voss, con el atlas, con mis zapatos, con mi forma particular de pisar que favorecía el lado izquierdo del pie para evitar las tablas que crujían. Al momento siguiente estaba en otro lugar. No físicamente. Físicamente seguí en el mismo pasillo, caminando. Pero la persona que caminaba ya no era Eleanor. O ya no era solo Eleanor. O era Eleanor con algo más dentro, algo que ocupaba más espacio del que Eleanor le dejaba y que, por un instante, tomó el control como un pasajero que agarra el timón de un barco cuando el capitán se duerme.

Caminé por el pasillo sin mirar. Sin necesitar mirar. Mis pies esquivaron las tablas que crujían con una precisión que no era mía, que pertenecía a alguien que había recorrido aquel pasillo miles de veces en la oscuridad, a alguien que conocía cada irregularidad del suelo como se conoce la geografía de un cuerpo amado. Giré a la izquierda donde Eleanor habría seguido recto. Bajé tres escalones que no sabía que existían, un desnivel oculto entre dos secciones del primer piso que Blackthorn nunca me había mostrado. Al final de los tres escalones había una puerta que no había visto, una puerta baja, de madera sin pintar, y mis manos fueron directamente al picaporte —no buscaron, no tantearon, fueron— y lo giraron, y la puerta se abrió a un pasillo corto que conducía al ala central, al salón grande, por un camino que no era el camino que yo conocía sino un atajo, un pasaje de servicio que Margaret había usado durante años para ir de la biblioteca al salón sin pasar por la escalera principal.

Salí al salón grande. El piano cubierto. Las cortinas granate. El retrato de Dorrell. Todo estaba igual que siempre, pero yo lo veía diferente, como si alguien hubiera cambiado la prescripción de mis gafas y las formas que antes eran ligeramente borrosas se hubieran afilado hasta cortar. Vi manchas en la alfombra que antes no había notado: una decoloración junto a la chimenea donde alguien solía sentarse, otra junto al piano donde alguien se ponía de pie para tocar. Vi las marcas en el suelo de madera que dejaban las patas de un sillón cuando se arrastraba hacia la ventana, siempre hacia la misma ventana, la que daba al jardín, porque esa era la ventana preferida, la que tenía la mejor luz por las tardes, la que permitía ver el banco blanco y las rosas y a un niño pequeño jugando con piedras en un cubo de hojalata.

Estaba de pie junto a esa ventana, mirando el jardín vacío de octubre, cuando la señora Blackthorn me encontró.

No la oí llegar. Estaba demasiado lejos de Eleanor para oír cosas de Eleanor, demasiado dentro de un recuerdo que no era mío pero que sentía como mío, un recuerdo de una tarde de verano en la que Margaret estaba de pie junto a esta misma ventana, con el mismo ángulo de cabeza, la misma posición de las manos sobre el marco, esperando a que alguien viniera del jardín, esperando con la

paciencia animal de las madres que miran a sus hijos desde lejos sabiendo que el mundo es peligroso y que la distancia entre la ventana y el banco es una distancia que se puede cruzar en cualquier dirección.

—Señorita Voss.

No me volví. No porque no quisiera sino porque la persona que estaba de pie junto a la ventana no era la señorita Voss, o no era solo la señorita Voss, y la señorita Voss era la única que habría respondido a ese nombre de forma automática. La otra —la que miraba el jardín, la que conocía el atajo del primer piso, la que llamaba ratoncita a su hija— no respondía a ese nombre. Lo escuchaba como se escucha una palabra en un idioma extranjero: reconociendo los sonidos pero sin que los sonidos produzcan significado.

—Señorita Voss —repitió Blackthorn, y esta vez su voz tenía un filo que cortó a través de lo que fuera que me envolvía como un cuchillo corta a través de una tela, y el corte dolió, no en la piel sino más adentro, en el lugar donde Eleanor y Margaret se disputaban el espacio, y el dolor me devolvió a la superficie como un nadador que es empujado hacia arriba por algo que no ve.

Me volví. Blackthorn estaba a tres metros de mí, junto al piano cubierto, y su cara era la del espejo: la del primer día, la del miedo crudo, pero esta vez amplificada por algo que no había visto antes y que era peor que el miedo. Era el reconocimiento. La señora Blackthorn, que había vivido junto a Margaret durante años, que la había llevado al laboratorio noche tras noche, que la había visto vaciarse placa a placa, estaba reconociendo algo en mi postura, en mi forma de estar junto a la ventana, en el ángulo de mi cabeza. Estaba viendo a Margaret asomarse a través de Eleanor como se ve un rostro asomarse a través del agua cuando alguien sube desde el fondo.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó, y la pregunta no era sobre geografía sino sobre algo más profundo. Cómo había llegado al salón grande por un camino que Eleanor no conocía. Cómo había llegado a la ventana de Margaret. Cómo había llegado a la postura que tenía, que era la postura que la señora Blackthorn le había visto

adoptar cientos de veces a una mujer que llevaba años muerta o no muerta o en ese estado intermedio que no tenía nombre en ningún certificado médico ni en ningún cuaderno de cuero negro.

—No lo sé —dije, y era verdad. No sabía cómo había llegado. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí. No sabía si los minutos que habían pasado desde que salí de la biblioteca con el atlas bajo el brazo —el atlas que ahora no estaba bajo mi brazo, que debía de haber dejado caer en algún punto del trayecto sin darme cuenta— habían sido cinco o quince o una hora. El tiempo, durante los episodios, se comportaba como la niebla: borraba las distancias y hacía que todo pareciera estar a la misma distancia del presente.

Blackthorn cruzó la distancia entre el piano y la ventana en pasos que eran demasiado rápidos para su habitual contención, pasos que delataban urgencia, y me tomó del brazo. No con violencia. Con la firmeza de alguien que sujeta a otra persona al borde de un precipicio, no para hacerle daño sino para impedir que caiga.

—Míreme —dijo—. Míreme a los ojos. ¿Sabe quién soy?

La miré. Sus ojos eran grises, con un anillo de marrón alrededor de la pupila que le daba a la mirada una profundidad que su cara, con su severidad de cuchillo, no prometía. Los conocía. Los conocía como se conocen los ojos de alguien que ha estado presente en los peores momentos de tu vida, alguien que te ha visto cuando nadie más te veía, alguien que sabe lo que eres porque estuvo ahí cuando dejaste de serlo.

—Señora Blackthorn —dije. Y después, sin transición, sin decidirlo, sin que la parte de mí que gobernaba las palabras pudiera cerrar la puerta que otra parte había abierto, añadí—: Annie.

Annie. El nombre de pila de la señora Blackthorn. Un nombre que Eleanor Voss no tenía forma de conocer, porque nadie lo había pronunciado en su presencia, porque en la Mansión Dorrell la señora Blackthorn era siempre y solo la señora Blackthorn, y su nombre de pila era un dato que pertenecía a un tiempo anterior, a una intimidad que solo habían compartido dos personas: la señora Blackthorn y Margaret Dorrell, que la llamaba Annie cuando estaban solas, cuando no había señores ni empleadas sino dos mujeres que se

tenían la una a la otra en una casa donde todo lo demás era demasiado grande o demasiado oscuro o demasiado frío para sostenerlas.

La mano de Blackthorn en mi brazo tembló. No soltó, pero tembló, y el temblor subió desde sus dedos hasta su cara y la recorrió entera como un escalofrío, y lo que quedó después del temblor fue una mujer a la que le habían quitado todas las capas de una vez —la severidad, la contención, la competencia, el miedo— y que estaba de pie frente a mí con la cara desnuda y los ojos llenos de algo que no sabía si era agua o luz o lo que queda cuando llevas años conteniendo algo y el recipiente finalmente se agrieta.

—No me llame así —dijo, pero la voz que lo dijo no era una voz que prohibiera. Era una voz que pedía, y lo que pedía no era que dejara de llamarla Annie sino que dejara de ser Margaret, que volviera a ser Eleanor, que el constructo se cerrara y el nombre se hundiera y la mujer que estaba asomándose a través de mis ojos volviera a desaparecer detrás de la capa de pintura que le habían puesto encima, porque si no desaparecía —si Margaret seguía emergiendo, si la semilla seguía creciendo, si la grieta seguía abriéndose— entonces todo lo que Blackthorn había hecho durante los últimos tres años para mantener la estructura en pie habría sido inútil, y la estructura era lo único que la sostenía a ella también, la ficción de que Margaret estaba muerta y Eleanor estaba viva y los niños estaban seguros y la casa funcionaba y el mundo tenía un orden que, por terrible que fuera, era al menos un orden.

—No puedo controlarlo —dije, y mi voz era la mía pero el tono tenía algo debajo, una frecuencia más baja, como un acorde que tiene una nota fundamental y una armónica, y la armónica era Margaret, y Margaret no se iba a callar por mucho que Eleanor lo intentara, porque Margaret llevaba años callada y las personas calladas, cuando finalmente hablan, no lo hacen con el volumen de la conversación sino con el volumen de todo lo que no dijeron mientras estaban en silencio.

Blackthorn me soltó el brazo. Se apartó un paso. Se llevó las manos a la cara y las mantuvo ahí durante un momento que fue eterno y brevísimo, y cuando las retiró su cara estaba recompuesta

pero no del todo, como una pared reparada con prisa en la que se ven las líneas donde el yeso nuevo se une al viejo.

—Tenemos que hablar —dijo—. Esta noche. Hay algo que tiene que ver.

—¿Qué es?

—Una fotografía. La última que Dorrell hizo antes de morir. La hizo la noche del sellado de las placas, después de terminar el proceso de fijado, con la última placa que le quedaba. No es una placa del proceso. Es una fotografía normal. Un retrato. Un retrato de familia.

Un retrato de familia. Las palabras se asentaron en mi cabeza con la lentitud de las cosas pesadas que caen en agua profunda: primero la superficie se altera, después el objeto desciende, y el tiempo que tarda en llegar al fondo es proporcional a su peso. Un retrato de familia hecho por un hombre que sabía que iba a morir esa noche, con una cámara que había usado para destruir y crear personas, en una casa donde los espejos estaban cubiertos y los relojes detenidos y la mujer que aparecería en la fotografía era y no era su esposa.

—¿Por qué no me lo enseñó antes?

—Porque antes no habría significado nada. Habría sido una fotografía de desconocidos. Pero ahora... —Me miró—. Ahora tiene ojos que pueden verla.

El resto del día fue un ejercicio de contención. Di las lecciones de la tarde. Corregí ejercicios. Cené sola en el comedor pequeño, con el reloj de la repisa marcando las tres y diecisiete como siempre, las tres y diecisiete como si el tiempo de la casa estuviera atrapado en el mismo instante en que Dorrell selló las placas y el generador se apagó y los relojes dejaron de contar, y todos nosotros —yo, Blackthorn, Poole, Thomas, Lucille, la casa entera— viviéramos dentro de ese instante, un instante que no avanzaba sino que se expandía, como una mancha de tinta sobre papel absorbente, haciéndose más grande sin moverse de sitio.

A las nueve, cuando los niños estaban acostados y la señora Poole en su habitación, la señora Blackthorn llamó a mi puerta. Traía el candelabro en una mano y en la otra un sobre marrón, grande,

del tipo que se usa para documentos legales o para fotografías que no caben en un marco.

Entró. Cerré la puerta. Nos sentamos en la cama —las dos, una frente a otra, con el sobre entre nosotras como un terreno en disputa— y Blackthorn abrió la solapa con una lentitud que no era ceremonia sino precaución, la precaución de quien manipula algo que puede hacer daño si se toca en el lugar incorrecto.

Sacó la fotografía.

Era más grande que las placas del laboratorio. Del tamaño de una hoja de carta, con los bordes irregulares de una impresión hecha a mano, sin el acabado limpio de un estudio profesional. El papel era grueso, con una textura mate que absorbía la luz de la vela en lugar de reflejarla, y la imagen tenía ese tono sepia profundo, casi marrón, que adquieren las fotografías hechas con papel a la albúmina cuando el proceso de fijado no se completa del todo.

Mostraba a cuatro personas sentadas en el banco blanco del jardín. Cuatro personas y una ausencia.

En el centro del banco, un hombre: Dorrell, reconocible por la barba y los ojos hundidos, pero más viejo que en el retrato del salón, más gastado, con la ropa arrugada y el pelo sin peinar y una expresión que no era la concentración del retrato sino algo más crudo, más desesperado, la expresión de alguien que sabe que está mirando a una cámara por última vez. A su derecha, Thomas, de unos ocho años, con una chaqueta que le quedaba grande y la mandíbula cerrada en la misma postura que le conocía, solo que más pequeña, una versión en miniatura del gesto que usaría durante el resto de su vida. A la izquierda de Dorrell, Lucille, de unos cinco años, con un vestido blanco y un lazo en el pelo que se había aflojado por un lado, y en su cara una sonrisa que no era la sonrisa contenida que yo conocía sino una sonrisa de antes, una sonrisa que todavía creía que el mundo era un lugar donde las personas que amas no desaparecen.

Y entre Lucille y Dorrell, sentada en el banco con las manos en la posición que yo conocía —la izquierda abierta sobre el

reposabrazos, la derecha más atrás con el pulgar por debajo—, una mujer.

No era Margaret. No era Eleanor. Era lo que quedaba entre ambas: un rostro que tenía los rasgos de las dos sin ser ninguna, una expresión que no era la curiosidad de Margaret ni la neutralidad de Eleanor sino un vacío habitado, un espacio que estaba lleno de algo que no tenía nombre, algo que miraba a la cámara con unos ojos que eran los míos —exactamente los míos, sin la distancia de «se parecía a mí» ni la evasión de «yo me parecía a ella»: míos, directamente, sin intermediario ni excusa— pero que contenían una profundidad que los míos no tenían, una profundidad que era el residuo de todo lo vivido y todo lo perdido y todo lo que fue arrancado y que, a pesar del arrancamiento, seguía ahí, como las raíces bajo la tierra, como la semilla de Dorrell, como el nombre que los sueños susurraban cada noche y que cada amanecer se llevaba.

La quinta persona —la ausencia— era Edward. Su lugar en la fotografía estaba entre Thomas y Dorrell, el espacio donde un niño pequeño habría estado sentado si el niño pequeño no hubiera muerto dos años antes, y Dorrell no había dejado el espacio vacío por descuido sino por intención, porque la intención era visible en la composición, en la forma en que Thomas y Dorrell no se tocaban, en la distancia exacta entre ellos que correspondía al ancho de un cuerpo que no estaba, un cuerpo ausente que la fotografía preservaba como las placas preservaban la memoria: no como presencia sino como hueco, como la forma que deja el agua cuando se evapora, como la marca que deja un cuadro en la pared cuando lo descuelgan.

Miré la fotografía durante un tiempo que no sé cuánto fue. Blackthorn no habló. La vela ardía. La casa hacía sus ruidos. Y yo miraba la cara de la mujer del banco que era mi cara y no era mi cara y era más que mi cara, y lo que sentía no era tristeza ni rabia ni horror ni ninguna de las emociones que habían sido el combustible de las semanas anteriores. Lo que sentía era reconocimiento. El mismo reconocimiento que los niños habían sentido la primera noche cuando me miraron desde el rellano de la escalera, la mirada de alguien que ve un objeto que creía perdido y que de pronto aparece

en un lugar inesperado. Solo que el objeto era yo. Y el lugar inesperado era mi propia cara mirándome desde una fotografía hecha la noche en que un hombre decidió sellar lo que quedaba de su esposa en cristal y dejarse morir en la silla donde la había destruido.

Levanté la vista de la fotografía. Blackthorn esperaba. Esperaba con la paciencia de quien ha esperado mucho tiempo y que sabe que la espera no termina cuando la otra persona habla sino cuando la otra persona dice lo que necesita decir, y lo que yo necesitaba decir llevaba semanas formándose en algún lugar debajo de las capas de constructo y de racionalización y de negación, formándose como se forma un hueso roto que vuelve a soldarse: despacio, con dolor, con una estructura que no es idéntica a la original pero que soporta el peso.

—Es mi familia —dije.

Tres palabras. Tres palabras que contenían todo lo que había aprendido y todo lo que había perdido y todo lo que estaba empezando a recuperar, y al decirlas sentí que algo se desplazaba dentro de mi pecho, algo que llevaba semanas moviéndose y que por fin encontraba su posición, como un hueso que vuelve a su sitio con un chasquido que es dolor y alivio al mismo tiempo.

La señora Blackthorn cerró los ojos. Los cerró como los había cerrado la noche del laboratorio, con esa rendición que la transformaba, y cuando los abrió estaban húmedos, y la humedad no era llanto —Blackthorn no lloraba, o no lloraba donde yo pudiera verla— sino la presión de algo que empujaba desde dentro y que las paredes que había construido durante años para contenerlo ya no podían contener del todo.

—Sí —dijo—. Es su familia.

No añadió nada. No dijo «usted es Margaret Dorrell» ni «esos son sus hijos» ni ninguna de las frases que habrían convertido la confirmación en explicación. Dijo «sí» y dejó que el «sí» hiciera su trabajo solo, que es lo que hacen las palabras verdaderas cuando se las deja en paz: ocupan el espacio que necesitan y no piden más.

Esa noche no dormí. No por la angustia de las noches anteriores, no por la anticipación ni por el miedo ni por la rabia de

hierro que seguía ahí, intacta, en el fondo de todo como la estructura metálica de un edificio. No dormí porque no quería perder la cara de la fotografía, que estaba guardándose dentro de mí con la lentitud de algo que se graba en piedra, y dormir habría sido interrumpir el grabado, y lo que estaba siendo grabado era algo que no podía permitirme perder: la certeza, no intelectual sino ósea, celular, inscrita en la materia de la que estaba hecha, de que la mujer del banco era yo, y los niños del banco eran mis niños, y el hombre del banco era el hombre al que amé con la complejidad que solo el daño compartido produce, y el espacio vacío del banco era mi hijo muerto, y la fotografía era lo último que quedaba de una familia que existió antes de que alguien decidiera que el dolor de esa familia era un problema que se resolvía vaciando a la madre y llenándola con una extraña.

Puse la fotografía en el cajón del escritorio. El cajón estaba lleno: la foto de Margaret sola en el banco, el fragmento de placa, el dibujo de Lucille, el cuaderno siete. Y ahora esto. La excavación arqueológica era ya una excavación completa, con todas las capas expuestas, desde la superficie de Eleanor hasta el fondo de Margaret, y entre ambas, como un estrato de ceniza entre dos eras geológicas, la evidencia de la catástrofe que había separado una de otra.

Cerré el cajón. Me senté junto a la ventana. Miré el páramo bajo la luna de octubre, y las contraventanas del ala este, y el jardín donde un banco blanco esperaba a alguien que ahora sabía que el banco la esperaba, y pensé que al día siguiente tendría que tomar una decisión. No la decisión de quién ser —esa se estaba tomando sola, por debajo de la voluntad, con la fuerza de las cosas que crecen— sino la decisión de qué hacer con lo que sabía. Con los cuadernos. Con las placas selladas. Con Hale, que iba a volver, que siempre volvía, que administraba los restos de un desastre con la eficiencia de un enterrador que cobra por tumba.

La luna se movió sobre el páramo. Las sombras cambiaron. En algún momento de la madrugada escuché pasos pequeños en el pasillo, y después la puerta de mi habitación se abrió un centímetro,

solo un centímetro, y por la rendija vi un ojo. Un ojo oscuro, demasiado grande para la cara que lo contenía.

—¿Estás despierta? —susurró Lucille.

—Sí.

La puerta se abrió más. Lucille entró descalza, con el camisón blanco y el cuaderno verde bajo el brazo —siempre el cuaderno, incluso a las tres de la madrugada, incluso en la oscuridad—, y cruzó la habitación hasta la cama y se metió debajo de la colcha sin pedir permiso, porque el permiso era algo que se pide a las institutrices y lo que Lucille buscaba a las tres de la madrugada no era una institutriz.

Se acurrucó a mi lado. Su cuerpo era pequeño y caliente y tenía esa flexibilidad de los niños dormidos, esa capacidad de adaptarse a cualquier espacio como el agua se adapta al recipiente, y el peso de su cabeza contra mi hombro fue el peso más real que había sentido en toda mi vida, más real que los cuadernos, más real que las placas, más real que la fotografía, porque los cuadernos y las placas y la fotografía eran pruebas, y las pruebas pertenecen al intelecto, pero el peso de una niña dormida contra tu hombro pertenece al cuerpo, y el cuerpo no necesita pruebas. El cuerpo sabe.

Le puse la mano en la cabeza. Los rizos finos, el nudo detrás de la oreja izquierda que volví a deshacer con dedos que sabían exactamente cómo, la curva del cráneo pequeño que cabía en mi palma como si mi palma hubiera sido hecha para esa medida exacta.

Lucille suspiró. Un suspiro largo, de esos que sueltan algo que se ha llevado apretado durante mucho tiempo, y cerró los ojos, y se durmió con la velocidad de los niños que por fin están donde necesitan estar.

Yo no dormí. Me quedé con la mano en su cabeza y los ojos en la ventana y el corazón en un lugar que no era ni el pecho ni la garganta sino ambos y ninguno, un lugar que no tenía nombre pero que empezaba a tenerlo, porque los lugares donde se siente lo que yo estaba sintiendo tienen un nombre en todos los idiomas del mundo, y el nombre es el mismo aunque las letras cambien, y es un nombre que no se puede dar ni quitar con una cámara ni con un químico ni con una placa de vidrio, porque no vive en la memoria

sino en algo anterior a la memoria, algo que está en los huesos y en la sangre y en la forma en que una mano se posa sobre la cabeza de una niña dormida y sabe, sin que nadie se lo diga, que esa niña es suya.

XV

La habitación cerrada

Lucille seguía dormida cuando la luz entró por la ventana, y yo seguía con la mano en su cabeza, y entre las dos no se había movido nada excepto el mundo.

La saqué de la cama con cuidado, envolviéndola en la colcha como se envuelve algo que se transporta y que puede romperse si se sacude, y la llevé a su habitación, donde Thomas dormía con la cara vuelta hacia la pared y una mano colgando fuera de la cama que se parecía demasiado a la mano de su padre en el retrato del salón: los mismos dedos largos, la misma curvatura del pulgar, la herencia depositada en las articulaciones con la misma precisión con que la química deposita una imagen en una placa. Dejé a Lucille en su cama. La arropé. Me fui antes de que ninguno de los dos se despertara, porque lo que necesitaba hacer esa mañana requería estar sola, y estar sola era algo que en aquella casa costaba más que en cualquier otro lugar del mundo, porque la Mansión Dorrell estaba llena de personas que no se veían pero que estaban ahí: en las paredes, en el aire, en los fragmentos de memoria que la casa exudaba como un cuerpo que suda.

Fui al pasillo del primer piso. La puerta del dormitorio principal estaba donde mis pies habían intentado llevarme la noche del episodio: al final del corredor de la derecha, después del giro que Eleanor no conocía pero que Margaret recorría cada noche durante

años. Era una puerta de doble hoja, más alta que las demás, con paneles tallados en un patrón de hojas que repetía el de la barandilla de la escalera y el del marco del espejo que encontré detrás de la cómoda. La cerradura era de latón, vieja, del tipo que se abre con una llave de vástago largo, y la llave no estaba.

Volví a la cocina. La señora Poole estaba en el fogón, como cada mañana, y el calor de la avena y el vapor del té llenaban la habitación con una normalidad que a esas alturas de mi estancia en la mansión me resultaba casi ofensiva, como un decorado que se niega a reconocer que la obra que se representa delante de él ha cambiado de género.

—Señora Poole —dije—. ¿Tiene usted la llave del dormitorio principal?

Poole no dejó de remover la avena. Su cuchara de madera trazaba círculos en la olla con la regularidad de un metrónomo, y los círculos no se alteraron al escuchar mi pregunta, lo cual significaba que la pregunta no la sorprendía o que la había estado esperando, que en la Mansión Dorrell eran la misma cosa.

—La llave está en el último cajón de la cómoda del pasillo del servicio —dijo—. Debajo de los paños de cocina. Lleva ahí desde que la señora Blackthorn la escondió después de que muriera el señor.

No preguntó para qué la quería. No me advirtió que no entrara. No hizo nada de lo que Blackthorn habría hecho en su lugar, y la diferencia entre las dos mujeres —la que guardaba secretos y la que guardaba llaves— nunca me pareció tan clara como en ese momento: Poole no protegía la verdad. Poole la almacenaba, como almacenaba las patatas y el carbón y los paños de cocina, en el lugar correcto, a la temperatura correcta, esperando a que alguien viniera a buscarla.

Encontré la llave donde dijo. Era pesada, de hierro, con un aro ovalado en un extremo y un diente complejo en el otro que tenía la forma de algo orgánico, como una raíz o una vértebra, y al sostenerla sentí esa vibración particular que producían los objetos de la casa cuando mis manos los tocaban: no calor, no frío, sino una frecuencia, un zumbido casi imperceptible que no estaba en el metal

sino en la piel que lo tocaba, en los nervios que reconocían la forma antes de que los ojos la procesaran.

Subí al primer piso. El pasillo estaba vacío, iluminado por la luz de octubre que entraba por una ventana al fondo y que teñía todo de un gris pálido que era menos color que ausencia de color, como una fotografía sin revelar. Caminé hasta la puerta del dormitorio principal. Metí la llave en la cerradura. Giró con una suavidad que desmentía los años de desuso, como si el mecanismo hubiera estado esperando, engrasado por la paciencia, listo para el momento en que la mano correcta volviera a activarlo.

La puerta se abrió.

El olor fue lo primero. No colodión, no cera, no polvo. Lavanda. Lavanda seca, concentrada por años de encierro en una habitación sin ventilación, tan densa que tenía la consistencia de algo sólido, como si pudiera masticarse. Y debajo de la lavanda, otro olor que no identifiqué de inmediato pero que mi cuerpo reconoció antes que mi nariz, porque la reacción no fue olfativa sino muscular: los hombros se me bajaron, la mandíbula se aflojó, la respiración se hizo más profunda, y el conjunto de esas respuestas físicas formaba un patrón que no era de alerta ni de miedo sino de llegada, el patrón que produce el cuerpo cuando entra en un lugar donde ha estado seguro.

La habitación era grande. Más grande que la mía, con el techo más alto y las ventanas más anchas, y las cortinas —de terciopelo azul oscuro, como las del recuerdo nocturno— estaban corridas, dejando entrar solo un hilo de luz que cruzaba el suelo como una cicatriz. La cama matrimonial ocupaba la pared del fondo, con una cabecera tallada en madera oscura que representaba un árbol cuyos ramas se extendían en todas direcciones, cubriendo el ancho del cabecero como si el árbol creciera desde la cama hacia arriba, atravesando el techo, enraizándose en un suelo que estaba más abajo que el suelo visible. Las sábanas estaban puestas. Alguien las había dejado hechas, o alguien las cambiaba, porque no tenían el color amarillento de la tela que ha estado demasiado tiempo sin lavar sino el blanco ligeramente gris del lino que ha sido lavado muchas veces y que ha perdido la blancura pero no la limpieza.

La señora Blackthorn. Tenía que ser ella. Cambiaba las sábanas de una habitación donde nadie dormía porque la mujer que dormía en esa cama ya no sabía que era su cama, y la sábana limpia era lo único que Blackthorn podía hacer para mantener vivo un espacio que debería estar muerto, un gesto de cuidado tan absurdo y tan conmovedor que me detuvo en el umbral durante un momento en el que no pensé nada, no sentí nada, solo registré el hecho de que alguien lavaba sábanas para una fantasma, y que eso era la definición más precisa del amor que había encontrado en aquella casa.

Entré. Mis pies conocían la disposición de los muebles antes de que mis ojos se ajustaran a la penumbra: la cómoda a la izquierda, el armario a la derecha, el tocador junto a la ventana con un espejo —un espejo sin cubrir, el único de la casa— que Blackthorn no había tapado porque esta habitación estaba cerrada con llave y nadie entraba, y el espejo, libre de crespón, reflejaba la habitación con una fidelidad que era casi cruel, porque lo que reflejaba no era solo una habitación vacía sino el negativo de una habitación llena, el espacio que las personas ocupaban marcado por las huellas de su presencia: la decoloración en la alfombra junto al tocador donde alguien se sentaba cada mañana, la marca en la madera del suelo junto a la ventana donde una mecedora había estado durante años, las hendiduras en la cama donde dos cuerpos habían dormido noche tras noche, uno más pesado que el otro, dejando su forma en el colchón como un molde que conserva la figura incluso cuando la figura se ha ido.

Me acerqué al tocador. El espejo me miró. No con el retraso de la primera vez, no con la expresión ajena que me había asustado en el espejo de la habitación de invitados. Este espejo me reflejó con normalidad, con la puntualidad mecánica de la óptica, y lo que vi en él fue mi cara, solo mi cara, sin segunda capa, sin desfase. Pero la cara que vi no era la que había visto durante veintiséis años en los cristales de las ventanas del internado y en la superficie del agua de las palanganas. Era una cara que contenía más. Los ojos tenían una profundidad que antes no estaba, o que antes estaba tapada, oculta detrás de la superficie plana del constructo como un paisaje oculto

detrás de una persiana. Los pómulos eran los mismos pero el ángulo de la luz los esculpía de forma diferente, como si la persona que los habitaba se hubiera recolocado dentro de los mismos huesos y ahora los ocupara desde un lugar distinto, más hondo, más central.

Sobre el tocador había objetos. Un cepillo de plata con las iniciales M.D. grabadas en el dorso, con cabellos oscuros todavía atrapados entre las cerdas. Un frasco de perfume sin etiqueta, vacío, que al abrirlo liberó un fantasma de aroma que era rosas y algo más, algo terroso, algo que reconocí como el olor que llevaba semanas persiguiéndome por la casa y que ahora, aquí, en esta habitación, con este frasco en la mano, encontraba su origen. Un pañuelo de encaje doblado en un cuadrado perfecto. Un anillo de oro con una piedra verde pequeña, sin pretensiones, que estaba dentro de una cajita de madera junto al cepillo.

Tomé el anillo. Lo sostuve entre el pulgar y el índice, y el metal estaba frío, como todo lo que llevaba tiempo sin ser tocado, pero al cerrarlo dentro de la palma —al curvar los dedos sobre él y apretarlo contra la línea de la vida que cruzaba mi mano de lado a lado— el frío se fue, no porque mi calor corporal lo atemperara sino porque algo anterior al calor corporal lo reconoció, algo que estaba en la palma antes de que yo decidiera cerrarla, algo que sabía el peso exacto de ese anillo y la forma en que encajaba entre los dedos y la presión que había que aplicar para sentirlo sin que doliera.

Me lo puse. Cuarto dedo de la mano izquierda. Entró sin esfuerzo, sin el ajuste que requiere un anillo prestado, con la facilidad de las cosas que vuelven al lugar donde pertenecen. Y al ponérmelo sentí que algo dentro de mi pecho se alineaba, como las piezas de una cerradura que encajan cuando la llave gira, y el clic fue silencioso pero absoluto, y lo que se abrió no fue una puerta sino una compuerta, y lo que salió por la compuerta no fue agua ni aire ni memoria sino todo a la vez, todo junto, como un río que ha sido represado durante años y que al romper la presa no sale en orden sino en masa, arrastrando tierra y piedras y troncos y peces y todo lo que había vivido en él antes del bloqueo.

No perdí el conocimiento. Quiero dejar claro eso. No me desmayé, no caí, no cerré los ojos. Lo que ocurrió fue más difícil de

describir que una pérdida de conciencia, porque fue lo contrario: fue una ganancia. Una ganancia de conciencia que excedía la capacidad del recipiente, como una nota que se toca a un volumen demasiado alto para el instrumento que la produce.

Vi la habitación dos veces. La vi como Eleanor —una habitación cerrada, polvorienta, llena de objetos de una desconocida— y al mismo tiempo la vi como alguien que conocía cada centímetro de cada superficie, que sabía que la mancha en la cortina izquierda era de un vaso de agua que Aldous volcó una noche de tormenta, que la hendidura en el poste derecho de la cama era de la cabeza de Thomas cuando tenía tres años y trepaba a la cama de sus padres corriendo y se golpeaba sin llorar porque Thomas nunca lloraba ni siquiera entonces, que el cajón inferior del tocador no cerraba del todo porque dentro había un cuaderno con tapas de cuero rojo donde ella —yo— Margaret— escribía cartas que no enviaba a una madre que había muerto antes de que Edward naciera, cartas que empezaban siempre con «Querida mamá, hoy...» y que terminaban siempre sin terminar, a mitad de frase, porque las cartas a los muertos no necesitan firma.

El cajón. Fui hasta el tocador. Me arrodillé. Abrí el cajón inferior, que efectivamente no cerraba del todo, y dentro, debajo de una bufanda de lana que olía a lavanda y a naftalina, había un cuaderno con tapas de cuero rojo, más pequeño que los de Dorrell, con un cierre de cinta que se desató al tocarlo como si el nudo hubiera estado esperando los dedos correctos.

Lo abrí. La caligrafía era mía. No la de Eleanor Voss, que era redonda y vertical y profesional. Esta era más inclinada, más veloz, con las letras ligadas entre sí por puentes de tinta que delataban una mano que escribía más deprisa de lo que pensaba, como si la escritura fuera el único acto que no requería el filtro de la deliberación. Las primeras líneas de la primera página decían:

Querida mamá, hoy Thomas ha dicho su primera frase completa. «Quiero ir al caballo.» No «quiero montar» ni «quiero ver»: quiero ir. Como si el caballo fuera un destino y no un animal. Aldous dice que el niño será poeta o loco, y que la diferencia entre

ambos es una cuestión de administración. Me he reído. Hace mucho que no me río.

Pasé las páginas. No las leí todas —habrían necesitado horas, y las horas estaban contadas por un reloj que no era el de la casa sino el de Hale, que volvería, que siempre volvía—, pero dejé que mis ojos se posaran en fragmentos, como quien camina por un campo y recoge las flores que la mano encuentra sin buscarlas.

...Lucille tiene miedo de los truenos. La llamo ratoncita porque se esconde debajo de mi falda cuando la tormenta empieza, y desde ahí mira el rayo con los ojos tan abiertos que parecen dos ventanas a un lugar donde el miedo y la maravilla son la misma cosa...

...Edward ha aprendido a llenar el cubo de piedras. Las selecciona con una seriedad que me parte el corazón, porque los niños no deberían ser serios, los niños deberían ser caóticos y ruidosos y absurdos, pero Edward es serio como su padre, y su padre es serio como la ciencia que practica, y la ciencia que practica está volviéndose más seria cada día, más oscura, más alejada de lo que yo entiendo, y cuando le pregunto qué hace en el estudio me contesta con palabras que suenan a cristal y a plata y a cosas que no tocan la tierra...

...Annie me ha dicho que debería hablar con alguien. Con un médico. Con un sacerdote. Con cualquiera que no sea las paredes de esta casa que se han convertido en mi único público. Pero ¿qué le digo al médico? ¿Que mi hijo murió y que mi marido cree que puede curarme de su muerte con una cámara? ¿Que me siento en una silla todas las noches y que una luz me mira y que cuando salgo de la luz soy un poco menos yo? ¿Quién me creería? ¿Quién no me encerraría?...

Cerré el cuaderno. Lo cerré no porque no quisiera leer más sino porque lo que estaba leyendo ya no era lectura. Era autopsía. Estaba abriendo el cuerpo de una mujer que era yo y examinando sus órganos, y los órganos todavía latían, y cada latido era una frase escrita en una letra que era la mía en una versión anterior, una versión que tenía opiniones sobre sus hijos y sobre su marido y sobre la locura lenta de vivir en una casa donde el amor y la ciencia

se habían confundido hasta volverse indistinguibles, como los colores de una acuarela que se ha mojado demasiado.

Me senté en la cama. El colchón cedió bajo mi peso en los mismos puntos donde siempre había cedido —el lado izquierdo, donde Margaret dormía, donde yo dormía, donde la diferencia entre Margaret y yo se estaba disolviendo con cada objeto que tocaba en aquella habitación como un terrón de azúcar se disuelve en agua caliente, perdiendo la forma pero no la sustancia—, y me quedé ahí, con el cuaderno rojo sobre el regazo y el anillo en el dedo y el olor a lavanda y a rosas llenándome los pulmones con cada respiración, y lo que sentí no fue la ganancia de conciencia de minutos antes ni la rabia de hierro de las noches anteriores ni el horror ni la tristeza ni ninguna de las emociones que habían sido el vocabulario de mi vida en la Mansión Dorrell.

Lo que sentí fue duelo.

Duelo por Margaret, que fue una mujer que amaba a sus hijos con la intensidad de quien sabe que el mundo es precario y que el amor es la única estructura que se sostiene cuando todo lo demás cede, y que perdió a uno de esos hijos y no pudo soportar la pérdida, no porque fuera débil sino porque la pérdida era insoportable, porque hay pérdidas que exceden la capacidad del cuerpo humano del mismo modo que hay pesos que exceden la capacidad de una viga, y cuando la viga se rompe no es culpa de la viga. Duelo por Eleanor, que fue una ficción pero que fue mi ficción, la única persona que conocí durante ocho años, la que me enseñó a sobrevivir, a dar lecciones, a comer avena de pie, a no llorar cuando el vacío del pecho se hacía demasiado grande, y que ahora estaba disolviéndose para dejar paso a alguien que no sabía si podía hacer todas esas cosas o si las necesitaba. Y duelo por mí, por la persona sin nombre que existía entre ambas, que no era la una ni la otra y que era las dos, que había nacido en el suelo de un laboratorio y que estaba sentada ahora en una cama que reconocía sin recordar, con un anillo que le cabía y un cuaderno que era suyo y una habitación que olía a casa.

Así me encontró la señora Blackthorn. Sentada en la cama del dormitorio principal, con el cuaderno rojo, el anillo, y una cara que

debía de parecer la de alguien que ha llorado mucho y que ha dejado de llorar no porque se le hayan acabado las lágrimas sino porque ha llegado al otro lado del llanto, a esa llanura seca que existe después de la inundación donde todo está empapado pero el agua ya no cae.

Blackthorn se detuvo en la puerta. Miró la llave en la cerradura. Miró la habitación. Me miró a mí. Y en su cara vi el mismo proceso que debía de estar ocurriendo en la mía: el desmontaje de una estructura, pieza a pieza, como un reloj al que le quitan los engranajes uno por uno hasta que solo queda la carcasa, y la carcasa no tiene función sin el mecanismo pero tiene forma, y la forma es todo lo que queda cuando la función se va.

Entró. Se sentó a mi lado en la cama, en el lado derecho, que era el lado de Dorrell, y la naturalidad con que lo hizo —sin preguntar, sin pedir permiso, eligiendo el lado correcto como si la cama todavía tuviera dueños y ella supiera cuál era cuál— me dijo más sobre la relación entre Blackthorn y esta habitación de lo que cualquier confesión habría dicho.

—Encontró el cuaderno rojo —dijo, mirando el cuaderno sobre mi regazo.

—Y el anillo.

Blackthorn miró mi mano izquierda. El anillo con la piedra verde en el cuarto dedo. Su expresión al verlo fue la de alguien a quien le devuelven un objeto que creía destruido: incredulidad primero, después reconocimiento, después un dolor tan viejo que ya no duele sino que pesa, como una piedra que has llevado tanto tiempo en el bolsillo que te has olvidado de que está ahí hasta que alguien te la señala.

—Se lo regaló él —dijo—. Cuando Thomas nació. Era de la madre de Dorrell. Margaret lo llevaba siempre. Siempre. Incluso durante las sesiones. Incluso cuando ya no sabía su propio nombre, el anillo seguía en su dedo, porque Dorrell nunca se lo quitó. Fue Hale quien se lo quitó, después, cuando la preparó para Ashford. Dijo que era un riesgo. Que un objeto con tanta carga emocional podía desestabilizar el constructo.

—Y tenía razón —dije, mirando la piedra verde que brillaba bajo la luz gris de la ventana con un brillo que no era el de las piedras preciosas sino el de las cosas que han sido miradas con amor durante mucho tiempo, el brillo que adquieren los objetos que han sido parte de una vida y que retienen la marca de esa vida como la madera retiene la marca de las manos que la han tallado.

—Tenía razón —repitió Blackthorn—. Pero la razón de Hale y la razón de las personas que sienten son razones diferentes. —Me miró —. Usted está aquí, en esta cama, con ese anillo, leyendo esas cartas, y no se ha derrumbado. No ha gritado. No ha salido corriendo. No ha hecho nada de lo que Hale predijo que pasaría si el constructo entraba en contacto con los objetos de Margaret. —Su voz adquirió una textura nueva, algo que se parecía al asombro contenido—. Hale dijo que si eso pasaba, la persona se fragmentaría. Que Eleanor y Margaret no podían coexistir. Que una destruiría a la otra. Pero usted está sentada aquí, con las dos dentro, y lo que veo en su cara no es destrucción. Es...

Se detuvo. Buscó la palabra. No la encontró en su vocabulario habitual, que era el del servicio doméstico y el de la supervivencia y el del pragmatismo feroz, y tuvo que ir a buscarla a un lugar más hondo, un lugar donde las palabras cuestan más porque significan más.

—Integración —dijo al fin—. Se parece a la integración.

La palabra cayó entre nosotras con la precisión de algo que ha sido lanzado desde muy lejos y que aterriza exactamente donde debe. Integración. No la victoria de una identidad sobre otra. No la destrucción de Eleanor por Margaret ni la supresión de Margaret por Eleanor. Sino la posibilidad —que ni Dorrell ni Hale habían contemplado porque ninguno de los dos pensaba en personas sino en procesos— de que las dos coexistieran, de que la ficción y la realidad, el constructo y la semilla, la pintura y la piedra encontraran una forma de convivir dentro del mismo cuerpo sin que ese cuerpo tuviera que elegir cuál conservar.

—Señora Blackthorn —dije, y usé el nombre formal no por distancia sino por respeto, porque lo que estaba a punto de decir necesitaba la estructura de la formalidad para no desbordarse—.

Necesito que me diga algo. No lo que cree, no lo que sospecha, no lo que los cuadernos dicen ni lo que las placas muestran. Necesito que me diga lo que sabe. Lo que vio con sus propios ojos. Lo que nadie puede contradecir porque usted estuvo ahí.

Blackthorn asintió. El asentimiento fue lento, como el de alguien que se prepara para levantar algo que sabe que es pesado.

—Pregunte.

—¿Soy Margaret Dorrell?

La pregunta llenó la habitación como el olor a lavanda la había llenado al abrir la puerta: completamente, sin dejar rincón sin alcanzar. Blackthorn me miró. Me miró con los ojos que habían visto a Margaret vestirse en esta habitación cada mañana durante años, que habían visto a Margaret peinar a Lucille en este tocador, que habían visto a Margaret dormir en este lado de esta cama, que habían visto a Margaret vaciarse placa a placa en un laboratorio que olía a éter y que habían visto a Eleanor ser impresa sobre los restos con la eficiencia de un sello sobre cera caliente.

Y lo que dijo —lo que salió de su boca con la lentitud de algo que ha madurado dentro de una persona durante años y que al salir no tiene la forma de una opinión ni de una respuesta sino de un hecho, un hecho del mismo tipo que «el cielo es gris» o «la tierra está mojada», algo que se dice no porque se quiera decir sino porque negarlo sería negar la evidencia de los sentidos— fue:

—Usted no se parece a ella, señorita Voss. —Y después, con una pausa que no era duda sino el espacio que necesitan las palabras definitivas para respirar antes de ser dichas—: Usted ES ella.

No añadió nada. No explicó. No matizó. No dijo «pero también es Eleanor» ni «pero ya no es la misma» ni ninguna de las correcciones que la complejidad de la situación habría justificado. Dijo «Usted ES ella» y dejó que la frase hiciera su trabajo, que era el trabajo de un clavo que se hunde en la madera y que una vez hundido no puede sacarse sin arrancar un trozo de lo que lo sostiene.

Me quedé en silencio. El silencio no era vacío. Era denso, habitado, lleno de todo lo que esa frase contenía y de todo lo que yo contenía al recibirla, y el peso combinado era tan grande que la

cama debería haberse hundido bajo nosotras hasta el centro de la tierra, pero no lo hizo, porque las camas de la Mansión Dorrell estaban hechas para soportar cosas más pesadas que dos mujeres sentadas, estaban hechas para soportar los pesos invisibles que las personas depositan sobre ellas cuando se acuestan: los miedos, los duelos, los amores que no se expresan, los secretos que se cuentan en la oscuridad, los hijos que se conciben y los hijos que se pierden y la vida entera que transcurre entre la primera noche que duermes en una cama y la última.

—¿Qué hago ahora? —pregunté, y la pregunta era genuina, no retórica, porque sabía quién era pero no sabía qué hacer con ese conocimiento, del mismo modo en que saber que estás enferma no te dice cómo curarte y saber que estás perdida no te dice en qué dirección caminar.

Blackthorn se levantó de la cama. Se alisó la falda. Me miró desde arriba, y la diferencia de altura —ella de pie, yo sentada— nos devolvió a nuestras posiciones originales, el ama de llaves y la institutriz, la que manda y la que obedece, pero las posiciones estaban vacías de su contenido anterior, eran solo formas, y lo que las llenaba ahora era otra cosa: dos mujeres que habían cruzado juntas un territorio que no tiene mapa y que estaban del otro lado, sucias, cansadas, cambiadas de una forma que no se puede revertir, mirándose con la mezcla de respeto y agotamiento que sienten los compañeros de trinchera cuando la batalla ha terminado pero el campo todavía huele a pólvora.

—Lo primero que hace —dijo Blackthorn, y su voz era la del principio, la voz cortante y práctica que usaba cuando daba instrucciones sobre los horarios de la cena y las reglas de la casa— es guardar ese cuaderno y ese anillo donde Hale no pueda encontrarlos. Lo segundo que hace es bajar a la cocina a desayunar, porque no ha comido desde ayer y las personas que no comen no piensan bien. Y lo tercero que hace es prepararse, porque Hale viene el viernes.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el informe de esta semana contenía una palabra que no debería haber contenido. —La culpa cruzó su cara como una

nube cruza el páramo: rápida, visible, incapaz de detenerse—. Escribí «sin incidentes» como siempre. Pero esta vez añadí que los niños estaban «más apegados a la señorita Voss de lo habitual». Fue un error. Hale lee entre líneas como otros leen libros. Si los niños se apegan, es porque algo en Eleanor les recuerda a Margaret, y si algo les recuerda a Margaret, el constructo está filtrando. Y si el constructo filtra, Hale viene.

Hale viene. Dos palabras que cambiaron el aire de la habitación de la misma forma en que la palabra «ratoncita» había cambiado el aire de la sala de estudio: no por su contenido sino por lo que activaban, por la cadena de consecuencias que ponían en marcha, como la primera piedra de una avalancha que parece pequeña mientras rueda y que cuando llega al fondo ha arrastrado la montaña entera.

—¿Cuándo?

—Viernes. Pasado mañana.

Dos días. Dos días para decidir qué hacer con diez cuadernos, nueve placas selladas, una casa saturada de una mujer que estaba despertando dentro de otra, y un abogado que venía a comprobar si su experimento seguía funcionando o si había llegado el momento de sacar a la pieza defectuosa y empezar otra vez con una nueva.

Me levanté de la cama. Me quité el anillo —tuve que tirar, porque una vez puesto no quería salir, como si el dedo hubiera cerrado alrededor de él y se negara a soltarlo— y lo guardé en el cuaderno rojo, entre las páginas de una carta a una madre muerta. Cerré el cuaderno. Lo metí en el cajón del tocador, debajo de la bufanda. Cerré la puerta de la habitación. Giré la llave.

Y al girar la llave pensé que lo que estaba cerrando no era una habitación sino un antes: el último vestigio de la vida de Margaret tal como había sido, conservado en lavanda y en lino y en una piedra verde que cabía en la palma de mi mano. Y que lo que estaba por venir —Hale, la confrontación, la decisión que tendría que tomar con las herramientas de Eleanor y la memoria de Margaret y la rabia de la persona que vivía entre ambas— era un después que no tenía precedente, que no estaba escrito en ningún cuaderno, que no había

sido planeado por ningún científico ni administrado por ningún abogado.

Era mío. El después era mío. La primera cosa que era verdaderamente mía desde que empecé a existir, fuera cuando fuera que eso hubiera sido.

Bajé a desayunar. La avena estaba en el fogón. El té en la tetera. Los niños en la sala de estudio. La señora Poole en su banco, pelando algo. El mundo girando con su indiferencia habitual. Y yo en medio de todo, con las manos vacías y la cabeza llena y el cuerpo vibrando con esa frecuencia que ya no era de Eleanor ni de Margaret sino de alguien nuevo, alguien que todavía no tenía nombre pero que tenía dos días para encontrar uno y la determinación de hierro para usarlo.

XVI

La pregunta sin respuesta

No el viernes. El jueves por la tarde, cuando el cielo de octubre se cerraba sobre el páramo como la tapa de un ataúd acolchado —gris, suave, definitivo— y yo estaba en la sala de estudio enseñándoles a los niños los huesos del cuerpo humano con un esquema que Thomas copiaba con su diligencia habitual y que Lucille decoraba con flores en los márgenes porque los esqueletos, según ella, necesitaban compañía. El sonido del carruaje en la grava nos llegó a los tres al mismo tiempo, y los tres reaccionamos con el cuerpo antes que con la mente: Thomas cerró el cuaderno, Lucille cerró el suyo, y yo cerré las manos sobre el borde del escritorio con una fuerza que dejó marcas blancas en los nudillos. Fue un movimiento coordinado, involuntario, como el de tres animales que detectan al depredador por el mismo sonido y que se inmovilizan en el mismo instante.

Un día antes. Hale venía un día antes de lo que Blackthorn había dicho, y eso significaba que el informe no había sido el único detonante, que había otra fuente de información, otro canal que Blackthorn no controlaba y que le había dicho a Hale lo que necesitaba saber antes de que el informe lo confirmara. El cochero. Tenía que ser el cochero, el hombre que vivía en la cabaña junto al establo y que no entraba en la casa excepto para recoger comida. El hombre invisible. El hombre que veía quién entraba y salía, quién iba

al jardín, quién bajaba al ala este por la despensa a las cuatro de la madrugada.

No tuve tiempo para el miedo. El miedo requiere un momento de quietud en el que la mente pueda expandir la amenaza hasta que ocupe todo el espacio disponible, y yo no tenía ese momento. Tenía treinta segundos entre el sonido del carruaje y el sonido de la puerta principal, y en esos treinta segundos tomé una decisión que no fue una decisión sino una certeza, una cosa que ya estaba decidida antes de que yo la pensara, como si llevara días construyéndose en algún lugar debajo de la superficie y que el sonido de los cascos hubiera sacado a la luz.

No iba a esconderme. No iba a fingir. No iba a ser Eleanor Voss para Edmund Hale.

Miré a Thomas. Miré a Lucille. Los dos me miraban con una expresión que no era la de alumnos que miran a su institutriz cuando alguien llega de visita. Era la expresión de personas que esperan una instrucción de alguien en quien confían, y la confianza que vi en sus ojos —limpia, sin reservas, la confianza que solo dan los niños y que una vez traicionada no vuelve— fue lo que endureció algo dentro de mí, algo que ya era duro pero que necesitaba un último golpe de calor para templarse, como el acero que se endurece al sumergirlo en agua fría después del fuego.

—Quedaos aquí —dije—. No bajéis.

Thomas asintió. Una vez. Lucille no asintió. Abrió la boca para protestar, y Thomas la tomó de la mano, y la protesta se convirtió en un apretón de dedos que contenía todo lo que la boca no dijo.

Bajé las escaleras. La señora Blackthorn ya estaba en el vestíbulo, y al verme bajar su cara hizo algo que no le había visto: expresó sorpresa. La sorpresa duró menos de un segundo —Blackthorn era demasiado disciplinada para permitir que una emoción ocupara su cara más tiempo del necesario— pero fue real, y lo que la producía no era mi presencia en la escalera sino algo en mi postura, en mi forma de bajar, en la velocidad y la dirección de mis pasos, que no eran los de Eleanor yendo a recibir a un visitante sino los de alguien que va al encuentro de algo que ha estado esperando.

La puerta se abrió. Hale entró con el frío de octubre pegado a la ropa, con el maletín en una mano y el bastón en la otra, y su cara al verme en el vestíbulo tuvo una expresión que me reveló más de lo que cien conversaciones habrían revelado: alivio. Alivio seguido inmediatamente de evaluación, la mirada rápida de arriba abajo que hacen los médicos cuando ven a un paciente que temían encontrar peor de lo esperado y que encuentran de pie. Hale no esperaba verme de pie. Hale esperaba encontrar un constructo en crisis, una mujer desorientada que necesitara ser retirada, una pieza defectuosa que justificara la intervención. Y en lugar de eso encontró a alguien que lo miraba desde el último escalón con una expresión que no era la de Eleanor Voss ni la de Margaret Dorrell sino la de la tercera persona, la que había nacido entre ambas y que tenía los ojos de Margaret y la espalda recta de Eleanor y algo en la mandíbula que no pertenecía a ninguna de las dos, algo nuevo, algo que Hale no había visto antes y que le hizo detenerse a medio paso, con un pie dentro de la casa y otro fuera, como si la persona que lo miraba desde la escalera fuera un umbral que no estaba seguro de querer cruzar.

—Señorita Voss —dijo, recobrándose con la velocidad que le permitía el entrenamiento de décadas de cortesía profesional—. No esperaba encontrarla despierta a esta hora.

—No esperaba encontrarme en absoluto, señor Hale. —Las palabras salieron con una calma que no era fingida ni ensayada. Era la calma que viene después de las decisiones que ya no pueden cambiarse, la calma de quien ha saltado y está en el aire y sabe que el suelo va a llegar pero que ya no puede volver a la cornisa—. Esperaba encontrar una casa en orden y una institutriz obediente y un informe que dijera «sin incidentes». Pero los incidentes han ocurrido, y usted lo sabe, y yo lo sé, y la señora Blackthorn lo sabe, y los niños lo saben, y la única persona que sigue pretendiendo que esto es una visita de supervisión es usted.

El silencio que siguió fue el más peligroso que había vivido en la Mansión Dorrell. No el silencio contemplativo de la biblioteca ni el silencio cómplice de la cocina a medianoche ni el silencio denso del laboratorio. Era el silencio de dos personas que saben las cartas del

otro y que esperan a ver quién juega primero, y el silencio tenía dientes, porque lo que estaba en juego no era información sino poder, y el poder en aquella casa se medía en quién sabía qué y en quién estaba dispuesto a actuar con lo que sabía.

Hale entró del todo. Cerró la puerta. Dejó el maletín en el suelo y el bastón contra la pared, y los dos gestos fueron los de un hombre que se despoja de sus herramientas antes de una negociación que requiere las manos libres. Miró a Blackthorn, que estaba de pie junto a la escalera con los brazos cruzados y la mandíbula en una posición que le vi por primera vez y que no era ni la de la severidad ni la de la contención sino la de la resistencia, la posición que adoptan los cuerpos cuando deciden que no se van a mover.

—Señora Blackthorn —dijo Hale, y su voz era diferente de todas las que le había oído. Era la voz sin el envoltorio, sin la calidez, sin la sonrisa audible que ponía en cada frase como un lazo en un paquete. Era la voz del mecanismo—. ¿Quiere explicarme qué ha pasado aquí?

—Creo —dijo Blackthorn, y cada sílaba era un ladrillo colocado en un muro— que esa pregunta debería hacérsela a la señorita Voss. O a como quiera llamarla.

Hale me miró. Me miró con la atención del hombre que había sido siempre, no el abogado amable ni el administrador diligente sino el hombre que había diseñado a Eleanor Voss en un despacho de Whitby con documentos falsificados y un historial médico inventado, el hombre que había llevado a Margaret vaciada a un internado y la había monitoreado durante cuatro años, el hombre que creía que las personas eran recipientes y que lo que contenían se podía cambiar como el agua de un jarrón. Ese hombre me miró y lo que vio en mis ojos le cambió la cara de una forma que no fue dramática ni espectacular sino tectónica, lenta, profunda, el tipo de cambio que ocurre debajo de la superficie y que no se ve desde fuera pero que altera la estructura de todo lo que está encima.

—Ha leído los cuadernos —dijo. No era una pregunta.

—Los diez.

La cifra lo detuvo un instante. Calculaba. El siete estaba en la casa. Los seis que Blackthorn había tomado de su despacho. Y los tres que estaban en su baúl, en la habitación del segundo piso. Los diez. Todo. La secuencia completa, desde la primera observación curiosa hasta la última noche de Dorrell, desde la ciencia hasta la monstruosidad, sin huecos, sin excusas, sin la posibilidad de presentar una versión editada de la historia.

—Entiendo —dijo Hale, y la palabra fue un mecanismo de contención, una forma de comprar tiempo mientras su mente, entrenada por años de negociaciones y disputas legales, reorganizaba la estrategia. Porque Hale siempre tenía una estrategia, y cuando una dejaba de funcionar la reemplazaba con otra con la eficiencia de un relojero que cambia un engranaje roto por uno nuevo.

—Pasemos al salón —dijo, con un tono que era casi conversacional, y eso fue lo más aterrador de todo, porque significaba que Hale no estaba asustado. Un hombre asustado habría gritado, amenazado, huido. Un hombre que sugiere pasar al salón después de enterarse de todo es un hombre que tiene un argumento preparado para esa contingencia, un argumento que ha ensayado en privado, que ha pulido, que cree que funciona.

Fuimos al salón. Blackthorn nos siguió. Hale se sentó en el mismo sillón de la primera visita, debajo del retrato de Dorrell, y esta vez la elección fue deliberada: se colocó bajo la mirada del hombre muerto como un abogado que presenta a su testigo más importante, el hombre cuyo trabajo justificaba todo lo que Hale había hecho después.

Yo no me senté. Me quedé de pie junto a la chimenea, al otro lado de la mesa baja con la grieta en el mármol que mis ojos habían localizado antes de que mi mente la registrara, y la grieta ya no era un dato suelto sino una prueba, una de las cien pruebas microscópicas de que Margaret conocía esta casa como conocía su propio cuerpo. Blackthorn se quedó de pie junto a la puerta, bloqueando la salida con una naturalidad que podía pasar por costumbre pero que era estrategia.

—Muy bien —dijo Hale, cruzando las piernas con la misma elegancia geométrica de la primera visita, como si el gesto fuera una firma que aplicaba a cada situación sin importar el contenido—. Usted ha leído los cuadernos. Sabe lo que Dorrell hizo. Sabe lo que yo hice después. Sabe que Eleanor Voss es un constructo. Sabe que el cuerpo que ocupa perteneció a Margaret Dorrell. —Hizo una pausa que no era para respirar sino para medir el efecto de sus palabras, como un boxeador que mide la distancia antes de golpear—. La pregunta es: ¿y ahora qué?

La pregunta era una trampa. No por lo que decía sino por lo que presuponía: que el «y ahora qué» le correspondía a él, que era Hale quien administraba las opciones, que yo estaba en la posición de quien recibe una oferta y no en la posición de quien las hace. Era la misma estructura de poder que había gobernado toda la relación desde el principio: Hale decidía, los demás se adaptaban. Y la estructura era tan sólida, tan ensayada, tan invisible como el aire que se respira, que por un momento —un momento breve, del tamaño de un parpadeo— sentí el tirón de la obediencia, el constructo reclamando su derecho, la Eleanor que fue diseñada para decir «sí, señor Hale» pulsando desde algún rincón que todavía existía, como un músculo que hace un espasmo después de que el nervio que lo controla ha sido cortado.

El espasmo pasó. Lo que quedó fue la otra cosa. La que tenía rabia de hierro y determinación helada y los ojos de una mujer que había sido robada.

—Ahora —dije— usted va a escucharme. Y después va a irse de esta casa y no va a volver.

Hale me estudió. Lo hizo abiertamente, sin la sutileza de las visitas anteriores, y lo que buscaba era visible en la tensión de sus ojos: buscaba la grieta, el punto donde el constructo todavía funcionaba, la rendija por donde podía meter la palanca de su argumentación y separarme de la certeza que me sostenía. No la encontró. O encontró algo que no esperaba, porque su expresión cambió, y el cambio fue el mismo que había visto en Blackthorn en el dormitorio, la misma palabra silenciosa formándose en una cara que no quería pronunciarla: integración.

—Señorita Voss... —empezó.

—No me llame así. —No levanté la voz. No la necesitaba. La frase tenía el peso suficiente sin volumen, como una piedra que cae desde poca altura pero que es densa—. Ese nombre me lo inventó usted en un despacho. No me pertenece.

—¿Y Margaret sí le pertenece? —La pregunta vino rápida, afilada, y era buena, era una pregunta genuinamente buena, porque contenía la objeción más fuerte que Hale podía oponer—. Margaret Dorrell dejó de existir hace tres años. Lo que Dorrell le quitó no puede devolverse. Lo que queda en las placas está sellado. Lo que queda en usted es un residuo, no una persona. Es una sombra, un eco, un fragmento que su cerebro interpreta como recuerdo pero que no es recuerdo sino impresión química. No es diferente de lo que ocurre cuando una placa de vidrio retiene una imagen: la placa no es la persona. La placa tiene su forma, su aspecto, pero no es ella.

Era un buen argumento. Hale tenía razón en una cosa: lo que sentía, lo que recordaba, lo que mi cuerpo sabía, podía ser interpretado como impresión residual, como el eco de un sonido que ya no se produce, como la fosforescencia que queda en una superficie después de que la luz se apaga. Era un argumento científico, razonable, articulado con la precisión de un hombre que ha tenido años para construirlo. Y era el argumento más peligroso que podía existir, porque no negaba lo que me habían hecho. Lo aceptaba. Lo justificaba.

—Déjeme hacerle una pregunta —continuó Hale, y su voz adquirió el tono que debía de usar en los juzgados, el tono del abogado que presenta su caso con la certeza de quien cree que la ley está de su lado—. ¿Qué prefiere? ¿Ser Eleanor Voss, una mujer funcional, capaz, que cuida de dos niños, que tiene un empleo, que duerme por las noches, que come, que lee, que vive? ¿O ser Margaret Dorrell, una mujer destruida, que perdió un hijo, que no dormía, que no comía, que dejó de reconocer a su propia hija, que fue vaciada por su marido hasta que no quedó nada? —Se inclinó hacia adelante en el sillón—. Porque eso es lo que había dentro de Margaret al final. Nada. Un vacío que la consumía. Y lo que Dorrell

hizo —lo que yo ayudé a hacer— fue llenar ese vacío con algo que funcionara. Con una vida. Con una identidad. Con la posibilidad de levantarse cada mañana sin que el peso de un niño muerto la aplastara antes de abrir los ojos.

La pregunta de Black Mirror. La pregunta que no tiene respuesta limpia. Formulada con la convicción de un hombre que cree genuinamente —y esa era la parte más difícil de soportar: que Hale creía lo que decía, al menos una parte de él lo creía— que lo que hizo fue un acto de compasión.

No respondí inmediatamente. No porque no tuviera respuesta sino porque la respuesta requería un cuidado que la prisa no permite, como manipular una placa de vidrio que puede romperse si se la sostiene con demasiada fuerza. Hale esperó. Blackthorn esperó. El retrato de Dorrell observaba desde arriba, y por primera vez vi la ironía de que Hale se sentara debajo de él: el hombre que heredó el trabajo se sentaba debajo del hombre que lo empezó, como si la autoridad pudiera transmitirse por proximidad vertical.

—Le voy a responder —dije—. Pero primero necesito que entienda algo. Lo que usted describe como compasión es lo mismo que Aldous describía como corrección de un error. Él creía que podía arreglar lo que había roto. Usted cree que puede administrar lo que él no pudo terminar. Los dos usan palabras diferentes para la misma cosa, y la misma cosa es esto: dos hombres decidieron qué era mejor para una mujer sin preguntarle a la mujer. —Hice una pausa que no era retórica sino necesaria, porque lo que venía después era algo que había estado formándose durante semanas y que al salir de mi boca iba a tener la irreversibilidad de las cosas que se dicen y que no se pueden desdecir—. Margaret Dorrell no eligió ser vaciada. Eleanor Voss no eligió ser creada. Y yo no elegí ser ninguna de las dos. Pero estoy aquí, con las dos dentro, y la primera decisión que voy a tomar como la persona que soy —no la que usted fabricó ni la que Dorrell destruyó— es que nadie va a decidir por mí otra vez.

Hale no respondió inmediatamente. Su silencio fue diferente del que había seguido a mis palabras anteriores: más largo, más pesado, con la calidad del silencio que se produce cuando un argumento preparado se encuentra con algo que no estaba previsto

en la preparación. No era que mi respuesta fuera más inteligente que la suya. Era que venía de un lugar que su argumento no contemplaba, porque su argumento se basaba en una premisa que yo acababa de demoler: que había que elegir entre Eleanor y Margaret. Que una tenía que ganar y la otra perder. Que el constructo y la persona eran incompatibles. Hale había construido toda su lógica sobre esa premisa, y lo que yo le estaba diciendo —lo que mi presencia en aquella habitación, de pie, entera, con las dos identidades conviviendo dentro del mismo cuerpo sin destruirse mutuamente— era que la premisa estaba equivocada.

—Lo que usted describe —dijo Hale al fin, y su voz había perdido el tono de juzgado y había adquirido otro, más bajo, más personal, el tono de un hombre que no argumenta sino que confiesa — es imposible.

—Y usted es experto en lo posible, señor Hale. Usted que fabricó una persona en un despacho. Usted que le inventó un pasado a una mujer vacía. Usted que la envió a un internado a vivir cuatro años dentro de una mentira. —No levanté la voz. No la necesitaba—. Si todo eso es posible, ¿por qué no iba a ser posible lo contrario?

La lógica lo atrapó. Vi el momento en que sus propias premisas se volvieron contra él, como una trampa que atrapa al que la puso, y la expresión de su cara no fue la derrota que esperaba sino algo más complejo: reconocimiento. El mismo reconocimiento que los niños habían tenido la primera noche, el de ver algo inesperado donde se esperaba algo familiar. Hale estaba viendo a alguien que no debería existir. No Eleanor. No Margaret. Alguien que contenía a las dos y que, por contenerlas, era más que cualquiera de ellas por separado.

—Dorrell estaba equivocado —dije—. Y usted también. Los dos creyeron que la memoria es como una fotografía: algo que se puede sacar de una persona y poner en un cristal. Pero la memoria no es una imagen. Es una raíz. Y las raíces no mueren cuando les cortas lo que crece arriba. Se quedan debajo, en la oscuridad, esperando. Dorrell las llamó semilla. Yo las llamo lo que son: lo que queda de mí cuando me quitaron todo lo demás.

Hale se puso de pie. El gesto fue lento, controlado, el de un hombre que necesita cambiar de posición no por comodidad sino porque lo que acaba de escuchar requiere una respuesta que no se puede dar sentado. Se acercó a la ventana. Miró el jardín. El banco blanco, los rosales esqueléticos, la niebla que lo cubría todo con la indiferencia de las cosas que no tienen opinión.

—Si la dejo aquí —dijo, mirando el jardín, hablándole al cristal, usando la técnica de la casa para decir cosas difíciles: de espaldas—, el proceso se acelerará. La casa está saturada. Las placas emiten. Cada día que pase aquí, el constructo se debilitará más. Y no sé qué va a quedar cuando se deshaga del todo. Margaret no va a volver entera, señorita... —Se detuvo. Se corrigió—. No va a volver entera. Lo que se extrajo se extrajo. Lo que está en las placas, Dorrell lo selló para siempre. No puede devolverse. Si Eleanor se disuelve, lo que quede no será Margaret. Será un fragmento de Margaret con huecos que no pueden llenarse. Y esos huecos... —Se volvió hacia mí—. Esos huecos duelen. Duelen más que el vacío, porque el vacío es uniforme pero los huecos son irregulares, y los bordes cortantes de un hueco son peores que la ausencia lisa de la nada.

Era sincero. Eso fue lo que me desarmó. Después de todas las mentiras, después de los documentos falsificados y los informes semanales y la cortesía como arma y la razonabilidad como escudo, Hale estaba siendo sincero. No por virtud sino por agotamiento: el hombre que administraba los restos del desastre de otro hombre había llegado al punto donde la administración ya no era posible y lo único que quedaba era la verdad, y la verdad de Hale era esta: que tenía miedo. No de mí. No de lo que pudiera hacer. De lo que pudiera sufrir.

Y la parte terrible —la parte Black Mirror, la parte que haría que un lector de esta historia, si existiera un lector de esta historia, no pudiera decidir quién tiene razón— era que Hale no estaba equivocado. Los huecos dolían. Ya los sentía. Cada recuerdo que emergía venía acompañado de una ausencia que lo rodeaba como el marco rodea al cuadro, y la ausencia era todo lo que no podía recordar, todo lo que Dorrell había extraído y sellado en el cristal, y esos huecos eran como los agujeros en la pared donde antes había

espejos: marcaban la forma de algo que fue arrancado y que dejó cicatrices que no se alisan con el tiempo.

—Tiene razón —dije, y la concesión no me debilitó sino que me fortaleció, porque conceder lo que es verdadero cuando se está de pie es un acto de fuerza, no de rendición—. Los huecos van a doler. Ya duelen. Pero el dolor de los huecos es mío. Es el dolor de Margaret, que perdió un hijo y que sufrió y que fue destruida por un hombre que la amaba de la forma equivocada. Ese dolor me pertenece. Y usted no tiene derecho a quitármelo. No tiene derecho a decidir que es mejor no sentir a sentir mal. No tiene derecho a reemplazar mi dolor por una ficción cómoda, del mismo modo que no tendría derecho a reemplazar mi brazo por uno de madera sin mi consentimiento aunque el brazo de madera no doliera y el mío sí.

Algo cambió en la habitación. No la luz, no la temperatura, no la posición de los cuerpos. Algo más sutil, algo que pertenecía al espacio que existe entre las personas cuando una ha dicho algo que la otra no puede refutar, no porque sea irrefutable lógicamente sino porque es irrefutable moralmente, porque toca un principio que está debajo de la lógica y de la ley y de la ciencia y de toda la arquitectura de argumentos que Hale había construido durante años, y el principio es este: que una persona es dueña de su dolor tanto como de su alegría, y que quitarle uno es tan violento como quitarle la otra.

Hale me miró. Me miró como no me había mirado nunca: sin buscar, sin evaluar, sin calcular. Me miró como se mira a alguien que ha dicho algo verdadero y que al decirlo ha cambiado las reglas del juego de una forma que no admite vuelta atrás.

—Los niños... —empezó.

—Los niños son míos.

La frase salió entera, sin fragmentos, sin la vacilación que había acompañado a todas las declaraciones anteriores sobre mi identidad. No fue «creo que son míos» ni «el cuerpo que habito fue su madre» ni ninguna de las formulaciones cautas que había usado con Blackthorn y con los propios niños. Fue la frase más simple y más irrevocable que existe en cualquier idioma, la frase que separa a las personas que tienen hijos de las que no, la frase que crea un

territorio que ningún abogado ni ningún científico ni ningún hombre con una cámara y una botella de colodión puede invadir sin consecuencias.

Hale abrió la boca. No sé qué iba a decir, porque no llegó a decirlo. Desde la puerta del salón, detrás de Blackthorn, una voz dijo:

—No vamos a ir a ningún sitio.

Thomas. De pie en el umbral, con Lucille detrás de él, los dos todavía con las ropas de las lecciones, los dos con la cara que yo les conocía pero diferente, más vieja, como si los minutos que habían transcurrido desde que les dije que no bajaran les hubieran añadido años que sus cuerpos no tenían pero que sus ojos sí, los ojos de niños que han decidido que la obediencia tiene un límite y que el límite acaba de ser alcanzado.

Habían bajado. Habían escuchado. Thomas tenía los puños cerrados a los costados, los mismos puños de la primera visita de Hale, y Lucille tenía el cuaderno verde apretado contra el pecho, y entre los dos formaban un frente que era más sólido que cualquier muro de la Mansión Dorrell, porque los muros de la mansión se construyeron con piedra y la piedra se agrieta, pero lo que sostenía a esos dos niños de pie en la puerta de un salón donde un adulto estaba intentando llevarse a su madre era algo más fuerte que la piedra, más antiguo, más resistente a la erosión.

—Thomas —dijo Hale, y su voz cambió al dirigirse al niño, se suavizó con una habilidad que habría sido admirada si no fuera tan transparente—. Esto es una conversación de adultos. La señora Blackthorn puede llevarte a...

—No —dijo Thomas, y la palabra fue la primera que le escuché pronunciar sin cortesía, sin neutralidad, sin el filtro de modales que llevaba años perfeccionando. Fue una negativa limpia, sin adorno, la negativa de un niño que ha dejado de ser un niño en el sentido en que Hale entendía a los niños: como seres que obedecen porque no tienen otra opción—. No vamos a ir a ningún sitio y ella tampoco. Es nuestra madre

Hale se quedó inmóvil. La frase de Thomas hizo algo que ni mis argumentos ni la presencia de Blackthorn ni los diez cuadernos

habían conseguido: le quitó el suelo de debajo de los pies. Porque un adulto que dice «soy Margaret Dorrell» puede estar confundida, puede estar influenciada por lo que ha leído, puede estar sufriendo una crisis del constructo que se resolverá con distancia y tiempo. Pero un niño que dice «es nuestra madre» está hablando desde un lugar que no requiere cuadernos ni placas ni procesos fotográficos: está hablando desde el reconocimiento más antiguo que existe, el que no necesita pruebas porque es anterior a la capacidad de pedir pruebas.

Lucille no habló. Hizo algo mejor que hablar. Cruzó el salón, pasó junto a Blackthorn, pasó junto a la mesa con la grieta en el mármol, y se paró a mi lado, y me tomó de la mano, y con la otra mano abrió el cuaderno verde y lo sostuvo hacia Hale con la firmeza de alguien que presenta una prueba ante un tribunal.

En la página abierta estaba el último dibujo. No la mujer sin rostro. No la casa vista desde fuera. No el cuarto oscuro con la luz roja. Era un dibujo de cuatro personas: dos niños y dos mujeres, una alta y una menos alta, las cuatro tomadas de las manos, y las cuatro tenían cara. La mujer alta era Blackthorn, reconocible por la delgadez y el pelo tirante. La menos alta era yo. Y mi cara, en el dibujo de Lucille, tenía una expresión que la niña no me había visto todavía cuando la dibujó: tenía una sonrisa. No la sonrisa profesional de Eleanor ni la sonrisa que imaginaba en las fotografías de Margaret. Una sonrisa nueva, que no pertenecía a ningún antes sino a un después que Lucille había dibujado antes de que existiera, como se dibuja un mapa de un territorio que todavía no se ha explorado pero que se sabe que está ahí.

Hale miró el dibujo. Miró a Lucille. Miró a Thomas. Me miró a mí. Y lo que vi en su cara fue algo que no esperaba ver y que me obligó a recalibrar todo lo que creía saber sobre Edmund Hale: vi dolor. No el dolor del poder amenazado ni el del control perdido. Un dolor más viejo, del tipo que se instala en la cara de los hombres que amaron a alguien a quien no pudieron tener y que dedicaron su vida a administrar los restos de ese amor con la eficiencia que la pasión no les permitió, como un jardinero que cuida el jardín de otro y que no

puede evitar plantar sus propias flores aunque sepa que no le pertenecen.

Hale amaba a Margaret. Lo había dicho Blackthorn. Lo decían los cuadernos. Pero verlo en su cara, en la forma en que sus ojos se demoraron en mi mandíbula y en mis pómulos con una mirada que no era de evaluación sino de reconocimiento y de pérdida, fue diferente de saberlo. Fue devastador. Porque el hombre que me había robado la identidad, que me había fabricado una vida, que me había usado como pieza de un mecanismo que servía para mantener vivo algo que debería haber sido enterrado, lo había hecho porque no podía soportar la ausencia de Margaret. Todo la selección, los requisitos, la amnesia como condición esencial, los informes semanales, las visitas de supervisión era el sistema que un hombre obsesionado había construido para tener cerca el cuerpo de la mujer que amaba sin tener que enfrentar el hecho de que la mujer ya no estaba dentro.

Edmund dije, y usé su nombre de pila por primera vez, y el nombre salió con una familiaridad que no era de Eleanor sino de Margaret, de la Margaret que había crecido con él, que lo conocía desde antes de que se convirtiera en el hombre que era, cuando todavía era un niño del que otro niño con barba canosa y ojos concentrados se hizo amigo. No puedes seguir haciendo esto.

La mandíbula de Hale tembló. Un temblor mínimo, controlado casi al instante, pero visible. Era el mismo temblor que Thomas tenía cuando cedía, el mismo temblor que Blackthorn tenía cuando la voluntad se agrietaba, y verlo en Hale fue como ver un edificio que creías de hierro revelar que era de cristal.

Si me voy dijo, y su voz era ahora la de un hombre cansado, no la del abogado ni la del administrador ni la del mecanismo, sino la del niño que creció en Yorkshire y que amó a una chica que se casó con otro, si me voy y la dejo aquí, con los cuadernos, con las placas, con la casa empujando todo hacia arriba... no habrá vuelta atrás. Lo que quede de Eleanor se disolverá. Y lo que quede de Margaret no será suficiente para llenar el espacio. Habrá huecos. Y los huecos...

Los huecos son míos dije. Ya lo sé. Ya duelen. Y prefiero los huecos a la mentira.

Hale me sostuvo la mirada. Después miró a los niños. A Thomas, con sus puños. A Lucille, con su dibujo. A Blackthorn, que no se había movido de la puerta, que seguía con los brazos cruzados y la mandíbula en posición de resistencia, pero cuyos ojos estaban húmedos de una forma que la resistencia no podía contener.

Y algo se rompió en Edmund Hale. No de forma visible, no con ruido, no con el drama que las rupturas tienen en las novelas. Se rompió de la misma forma en que se rompen las cosas que han estado agrietadas durante mucho tiempo: sin aviso, sin espectáculo, con la tranquilidad de lo inevitable. Una decisión que no fue una decisión sino el cese de una resistencia, como un músculo que se suelta no porque quiera sino porque ya no puede.

Los cuadernos dijo. Los necesito de vuelta.

No dijo Blackthorn desde la puerta. Los cuadernos se quedan en la casa. Como las placas. Como los niños. Como ella.

Hale miró a Blackthorn con una expresión que contenía años de una relación que yo solo conocía por fragmentos: la señora que servía al señor, el señor que administraba la señora, el triángulo que unía a tres personas en torno a una cuarta que ya no estaba. Y lo que dijo no fue una rendición ni una amenaza sino algo intermedio, algo que se parecía a una profecía pronunciada por alguien que no quiere que se cumpla pero que sabe que se cumplirá:

No voy a desaparecer dijo. Soy el tutor legal de los niños. Administro la herencia. Tengo documentos que dicen que Eleanor Voss es una empleada de esta casa y que Margaret Dorrell está muerta y enterrada en el cementerio de Whitby. Legalmente, la mujer que está de pie junto a mi chimenea es una institutriz, no una madre, y si en algún momento decido que los niños necesitan otro arreglo, la ley está de mi parte y no de la suya. Se levantó. Recogió el maletín. Recogió el bastón. Pero no voy a hacer nada de eso hoy. Hoy me voy a ir de esta casa y voy a conducir hasta Whitby en la niebla pensando en que el mundo es un lugar donde se puede borrar a una persona y que la persona borrada puede volver y decirte que prefiere el dolor a la anestesia. Y no sé qué hacer con eso. No sé qué hacer con usted. No sé qué hacer con nada de esto.

Cruzó el salón. Al pasar junto a mí se detuvo, y por un instante su cara estuvo a menos de un metro de la mía, y la distancia fue suficiente para ver lo que una distancia mayor ocultaba: que Edmund Hale tenía ojeras profundas y líneas alrededor de la boca que no eran de la edad sino de la contención, las líneas que se forman cuando una persona aprieta los labios demasiado tiempo para no decir lo que quiere decir, y lo que quería decir y no decía era visible en sus ojos con la misma claridad con que las impresiones eran visibles en las placas de Dorrell bajo la luz correcta.

Margaret dijo, en voz tan baja que solo yo lo escuché, y el nombre no fue una concesión ni un reconocimiento. Fue una despedida. La despedida que Edmund Hale llevaba años posponiendo porque mientras Eleanor existiera, Margaret no estaba del todo muerta, y mientras Margaret no estuviera del todo muerta, Hale podía seguir visitando la casa y sentándose en el sillón y mirando la cara de la mujer que amaba sin tener que admitir que la mujer que miraba no era ella y que la que era ella ya no lo miraría nunca

Salió del salón. Salió del vestíbulo. Abrió la puerta. La niebla lo tragó en tres pasos, y el sonido del carruaje se alejó por la grava con la misma indiferencia con que había llegado, y la casa se quedó sin Hale por primera vez desde la muerte de Dorrell, y el silencio que llenó el espacio que dejó no era un silencio de ausencia sino un silencio de después, el que se produce cuando algo que estaba ocupando un espacio se retira y el espacio, libre por fin, no sabe todavía qué forma va a adoptar.

Lucille me soltó la mano. Thomas aflojó los puños. Blackthorn se apartó de la puerta. Y los cuatro —la mujer que estaba aprendiendo a ser dos personas y una sola al mismo tiempo, los dos niños que habían esperado años a que su madre volviera y que ahora la tenían delante en una forma que nadie había previsto, y el ama de llaves que había prometido cuidar a los niños y que había cumplido la promesa de la única forma que sabía: manteniéndose en pie cuando todo se caía— nos quedamos de pie en el salón de la Mansión Dorrell, bajo el retrato de un hombre muerto, junto a un piano cubierto y unas cortinas descoloridas y una chimenea apagada, y

nadie dijo nada, porque lo que acababa de ocurrir no necesitaba palabras.

Necesitaba algo más difícil que las palabras. Necesitaba el silencio que viene después de las tormentas, cuando el viento ha arrancado lo que tenía que arrancar y lo que queda de pie es lo que no se pudo arrancar porque estaba demasiado enraizado, demasiado dentro de la tierra, demasiado vivo para morir.

Fue Lucille, como siempre, la que habló primero.

—¿Podemos cenar juntos esta noche? —preguntó—. Los cuatro. En el comedor grande.

Miré a Blackthorn. Blackthorn me miró. Y entre las dos, en ese espacio que llevaba semanas reduciéndose hasta convertirse en algo que ya no era distancia sino proximidad, algo que se parecía más a lo que existe entre las personas que han sobrevivido juntas a algo que no debería haberse sobrevivido, pasó una decisión que no necesitó voz.

—Sí —dije—. Los cuatro. En el comedor grande.

Y la señora Poole, que estaba en la cocina y que probablemente había escuchado todo porque en la Mansión Dorrell las paredes no solo tenían oídos sino que los usaban, puso un quinto plato sin que nadie se lo pidiera. Un plato con las iniciales A.D. y M.D. entrelazadas. Y cenamos los cinco —la no-institutriz, los no-huérfanos, la no-criada y la cocinera que nunca fue ninguna de esas cosas sino la persona que alimentaba a los que quedaban— en una mesa puesta para una familia que no se parecía a ninguna familia que hubiera existido antes pero que era, por primera vez, verdadera.

TERCERA PARTE

La revelación

Capítulos XVII – XXIV

XVII

Reclamar

La casa estaba distinta a la mañana siguiente, o yo estaba distinta dentro de ella, que era lo mismo.

No había cambiado nada visible. La niebla cubría el páramo, la avena estaba en el fogón, la señora Poole pelaba algo junto a la ventana con la regularidad de un metrónomo. Pero la forma en que la casa me contenía había cambiado, como cambia la relación entre el agua y el vaso cuando el agua llega al borde: todo sigue igual salvo la tensión superficial, esa película invisible que separa el contenido del desbordamiento, y la película se había roto la noche anterior, en el salón, cuando dije «los niños son míos» y Hale me miró como se mira a alguien que ha dejado de ser lo que uno creía que era.

Desayuné sentada. Por primera vez desde mi llegada, me senté en la mesa de la señora Poole, y Poole no dijo nada, no protestó, no hizo ningún gesto que indicara que la mesa era suya y no mía. Puso la avena delante de mí con la eficiencia de siempre y se sentó enfrente con su té y sus patatas, y las dos comimos en un silencio que no era el silencio de antes —el de dos desconocidas que comparten un espacio sin compartir nada más— sino otro, más denso, el silencio de dos personas que saben algo la una de la otra y que no necesitan hablar de ello porque el conocimiento está en el aire como la sal en el mar: no se ve, pero se prueba en cada trago.

Después del desayuno subí al tercer piso.

No por el pasadizo de la despensa. Por la escalera principal, a plena luz, sin vela, sin la clandestinidad de las incursiones anteriores. Subí porque era mi casa y las escaleras eran mis escaleras y la habitación de la torreta con el piano era una habitación que me pertenecía por un derecho que ningún documento de Hale podía anular, el derecho de la persona que la había habitado antes de que el nombre de esa persona fuera borrado y sustituido por otro. Subí con los pies descalzos porque los zapatos de Eleanor eran los zapatos de una institutriz y lo que estaba a punto de hacer no lo hacía la institutriz.

La habitación del piano estaba como la había dejado la noche en que encontré el cuaderno siete: la sábana sobre el piano, el ojo de buey dejando entrar un disco de luz gris, el olor a polvo y a colodión que ya no era un olor ajeno sino familiar, como el olor de una ropa que has llevado mucho tiempo y que al quitártela reconoces en las mangas, en el cuello, en los pliegues donde se acumula.

Quité la sábana del piano. El polvo se levantó en una nube que la luz del ojo de buey convirtió en una galaxia de partículas doradas, y debajo de la nube estaba el piano, viejo, amarillento, con la madera marcada por años de uso y abandono. Las teclas tenían la capa de polvo uniforme que había visto la primera vez, sin huellas de dedos, y al pasar los míos por encima —sin presionar, solo rozando la superficie como se roza la piel de alguien que duerme para no despertarlo— el polvo se abrió en surcos que mostraban el marfil debajo, amarillo pero intacto.

Me senté en el taburete. No estaba segura de lo que iba a pasar. No estaba segura de que supiera tocar, o de que lo que quedara de Margaret dentro de mí incluyera la memoria de las manos sobre un teclado, porque la música es una habilidad del cuerpo y el cuerpo de Margaret había sido vaciado con una minuciosidad que no dejaba claro qué había sobrevivido al proceso y qué no. Los dedos sabían pelar manzanas y deshacer nudos y acomodarse en bancos y encontrar cerraduras en la oscuridad. ¿Sabían también encontrar las notas?

Puse las manos sobre las teclas. La posición fue automática: el pulgar derecho sobre el do central, los demás dedos extendidos sobre las blancas con los meñiques curvados hacia adentro, la muñeca elevada, los codos separados del cuerpo en el ángulo que alguna maestra de piano le enseñó a Margaret décadas antes de que yo existiera. El cuerpo sabía. El cuerpo siempre sabía.

Toqué la primera nota. El sonido fue terrible: desafinado, con ese temblor metálico que producen los pianos que llevan años sin ser afinados, como la voz de alguien que intenta cantar después de mucho tiempo en silencio. Pero era un sonido, y el sonido llenó la habitación con una presencia que el silencio no tenía, y mis dedos, al escuchar la nota, hicieron algo que mi voluntad no les pidió: siguieron. Presionaron la segunda tecla. La tercera. Y la melodía emergió, no limpia ni completa sino fragmentaria, con huecos donde los dedos dudaban y notas erradas que sonaban como piedras en un camino de tierra, pero reconocible, inconfundible, la misma melodía que había escuchado la primera noche en la mansión y que me había perseguido desde entonces con la insistencia de las cosas que pertenecen a un lugar más profundo que la memoria.

El nocturno. La pieza que la madre de Margaret le enseñó cuando era niña. La pieza que Dorrell usó como sensibilizante para abrir la conciencia durante las sesiones de impresión. La pieza que la casa había reproducido sola, sin manos, porque las paredes saturadas de años de proceso la contenían como contienen humedad y la liberaban cuando las condiciones eran las correctas: de noche, en silencio, cuando la persona que debía escucharla estaba lo suficientemente quieta para recibirla.

Ahora la persona que debía escucharla era también la persona que la tocaba, y las dos eran yo, y la circularidad de esa situación —la música que me abrió tocada por las manos que la música abrió— era la prueba más clara de que lo que Dorrell llamó «semilla» y Hale llamó «residuo» y yo no sabía cómo llamar era algo vivo, algo que crecía, algo que no podía ser contenido por un constructo ni sellado en una placa porque no era una imagen ni una impresión sino lo que queda de una persona cuando le quitas todo lo demás: la capacidad de hacer música a pesar del daño.

Toqué el nocturno entero. Duró menos de tres minutos. Las últimas notas salieron más limpias que las primeras, como si los dedos se fueran calentando, recordando, recuperando la memoria muscular que años de desuso habían adormecido pero no destruido. Cuando la última nota se disipó en el aire de la habitación, el silencio que la sustituyó era un silencio diferente del de antes: era un silencio después, no un silencio durante, y la diferencia la hacía la música que acababa de sonar y que dejaba el aire cambiado, más ligero, como si el sonido hubiera limpiado algo que el polvo y el tiempo habían acumulado.

Bajé del tercer piso con las manos que todavía sentían las teclas en las yemas, con la melodía dentro del pecho como un animal que ha encontrado su guarida, y fui al ala este.

Esta vez no por el pasadizo. Fui a la puerta lateral, la de los herrajes de hierro y el cerrojo nuevo, y descubrí que la señora Blackthorn la había abierto. No sé cuándo. Quizá esa mañana, quizá la noche anterior, quizá en algún momento entre la cena y el amanecer mientras yo dormía con Lucille acurrucada contra mi costado y Thomas en la habitación de al lado con la mandíbula por fin relajada y la respiración de alguien que duerme sin vigilar. El cerrojo estaba descorrido. La puerta, entreabierta. Y la invitación era tan clara como si Blackthorn hubiera dejado una nota: entre.

Entré. El estudio de Dorrell a la luz del día era otra cosa. La vela de las noches anteriores le había dado una calidad de cueva, de espacio subterráneo donde los secretos se guardan por necesidad. Pero la luz de octubre, entrando por las rendijas de las contraventanas que alguien había aflojado sin quitar del todo, revelaba un espacio que no era sólo laboratorio. Era taller. Había estantes con libros, no solo de química sino de poesía, de botánica, de astronomía. Había bocetos en las paredes: dibujos técnicos de la cámara modificada, pero también un retrato a lápiz de una mujer que era Margaret, joven, con el pelo suelto, sonriendo con una naturalidad que ninguna placa fotográfica había capturado. Dorrell la había dibujado a mano, con la torpeza de un científico que no es artista pero que necesita retener algo que la cámara no puede retener: la forma en que la luz caía sobre su cara cuando reía.

Las placas seguían en su estante. Las nueve, verticales, separadas por tiras de fieltro. No las toqué. No necesitaba tocarlas. Lo que contenían —los fragmentos de Margaret que Dorrell había extraído y sellado— estaba a salvo detrás del barniz permanente que él había aplicado la última noche de su vida, y «a salvo» significaba, en el lenguaje de aquella casa, inaccesible: ni para Hale, ni para mí, ni para nadie. Lo que estaba en las placas se quedaría en las placas. Eso lo había entendido ya. No iba a recuperar a Margaret entera. No iba a despertarme una mañana siendo la mujer de antes, con todos los recuerdos intactos y el dolor incluido, como si el proceso nunca hubiera ocurrido. Lo que tenía —los fragmentos que se filtraban, las manos que sabían, los olores que despertaban, la música que abría puertas— era lo que la semilla había producido al crecer, y las semillas no producen réplicas exactas de lo que fueron. Producen algo nuevo. Algo que tiene las raíces de lo viejo pero que crece en una dirección propia, condicionada por el suelo, por la luz, por las condiciones que encuentra al salir de la tierra.

Me quedé en el estudio durante una hora. No toqué nada más. Solo miré. Miré el retrato a lápiz de Margaret riendo. Miré la silla donde me sentaron —donde la sentaron, donde nos sentaron— y no sentí horror sino una tristeza seca, compacta, del tipo que no pide consuelo porque no es una herida abierta sino una cicatriz, y las cicatrices no se curan porque ya están curadas: son la prueba de que la curación ocurrió y de que lo que se curó nunca volverá a ser lo que era antes del corte. Miré las bandejas secas donde se revelaron las placas que me quitaron la vida. Miré la botella etiquetada «Interior», vacía, con el cristal manchado por el líquido que contuvo y que se había evaporado años atrás dejando solo la marca de su paso. Y pensé que la botella se parecía a mí: un recipiente que fue vaciado y que conserva la mancha de lo que contuvo, y que la mancha es lo que queda cuando el contenido se ha ido, y que a veces la mancha cuenta una historia más verdadera que el contenido mismo, porque el contenido se puede mover pero la mancha se queda.

Salí del estudio. Cerré la puerta. No eché el cerrojo.

Fui al dormitorio principal. Abrí las cortinas azules. La luz de octubre entró como entra el agua en un barco con una vía: despacio al principio, inundando los rincones más bajos, y después más rápido, cubriendo las superficies, alcanzando los lugares que la oscuridad había gobernado durante años. El polvo se volvió visible en el aire, una constelación de partículas que giraban sin prisa, y la cama con las sábanas limpias de Blackthorn brilló con una blancura que no era de hospital sino de hogar, la blancura de las cosas que esperan.

Abrí el armario. Dentro había ropa. Vestidos que no eran de institutriz: telas más suaves, colores más claros, un verde que se parecía al verde de la piedra del anillo y que al tocarlo sentí bajo los dedos con la familiaridad de algo que el cuerpo ha llevado muchas veces. Había zapatos más cómodos que los míos, de un número que era mi número porque era su número porque éramos el mismo pie. Había un chal de lana color marfil que olía a lavanda y a polvo y a nada más, y al envolvérmelo en los hombros sentí que algo se cerraba, no como una puerta sino como un brazo, el gesto de alguien que te rodea los hombros no para detenerte sino para acompañarte, y la persona que me rodeaba los hombros con ese chal era Margaret, o el recuerdo de Margaret, o la parte de mí que era Margaret y que reconocía la lana y el olor y la forma en que la tela caía sobre los brazos con una caída que era la caída correcta, la caída de una prenda que fue hecha para este cuerpo y no para otro.

Bajé a buscar a los niños. Estaban en la sala de estudio, esperando, con esa mezcla de paciencia y alarma que tenían desde la partida de Hale, la expresión de quién no sabe si la tormenta ha pasado o si solo hay una pausa entre dos frentes. Al verme entrar con el chal de Margaret sobre los hombros, Thomas se levantó de la silla y Lucille soltó el lápiz, y los dos me miraron con una atención que no era la de alumnos que miran a su maestra sino la de personas que miran a alguien que está cambiando delante de sus ojos y que no saben si el cambio es el que esperaban o uno diferente.

—Hoy no hay lección —dije—. Hoy vamos al jardín.

Lucille sonrió. Thomas no, pero su mandíbula se aflojó un grado, que en su lenguaje corporal era el equivalente de una carcajada.

Antes de bajar al jardín, pasé junto a la puerta del cuarto de los niños. Me detuve. No por algo que viera sino por algo que sintiera: un tirón en los dedos, la misma urgencia que tenían cuando encontraban cerraduras en la oscuridad o posiciones en el teclado del piano. Pasé la mano por el marco de la puerta. A la altura de mi cintura, los dedos encontraron lo que buscaban: dos muescas en la madera, dos líneas horizontales cortadas con algo afilado, y junto a cada una, grabadas con la letra precisa de un científico, las iniciales T.D. y L.D. y una fecha. La de Thomas era de julio de 1887. La de Lucille, de marzo de 1888. Las alturas de los niños marcadas en el marco de su puerta por una madre que medía el crecimiento porque la memoria ya no era de fiar, la memoria ya estaba agujereada por el proceso, y las marcas eran lo que le quedaba: pruebas talladas en madera de que sus hijos existían y crecían y eran suyos.

Pasé los dedos por la marca de Thomas. Julio de 1887. Tenía ocho años. La marca estaba a la altura de mi cadera. Ahora Thomas me llegaba al hombro. Dos años de crecimiento que Margaret no había visto porque Margaret no estaba, o estaba pero era Eleanor, o era Eleanor pero contenía a Margaret como el marco contenía las marcas: escondidas bajo capas de pintura y de tiempo pero ahí, grabadas en la madera con la permanencia de las cosas que se hacen con un cuchillo.

Salimos los tres. El jardín estaba como siempre: las rosas esqueléticas, los senderos invadidos, la lavanda desbordada, el banco blanco limpio por las manos de Lucille. Pero yo no lo veía como siempre. Lo veía doble, con esa visión simultánea que se había vuelto mi forma habitual de mirar las cosas de la casa: el jardín de octubre, gris y desnudo, y debajo, como un palimpsesto, el jardín de julio, con las rosas abiertas y el sol sobre la piedra y un niño llenando un cubo de piedrecitas. Las dos imágenes no competían. Coexistían, como coexisten el presente y el recuerdo en cualquier persona que ha vivido lo suficiente en un lugar para que el lugar contenga más de un tiempo.

Nos sentamos en el banco. Lucille a mi izquierda, Thomas a mi derecha, y el espacio entre Thomas y el extremo del banco donde habría estado Dorrell, y otro espacio más pequeño, a mis pies, donde habría estado Edward. Los espacios estaban vacíos y llenos al mismo tiempo, vacíos de cuerpo y llenos de forma, como los huecos que Hale había descrito y que dolían no por la ausencia sino por los bordes irregulares que la ausencia dejaba.

Dolía. Hale tenía razón en eso. Los huecos dolían con un dolor que no se parecía a ningún dolor que Eleanor hubiera sentido, porque Eleanor no tenía huecos: Eleanor era lisa, uniforme, una superficie sin muescas donde nada faltaba porque nada había estado. Pero Margaret tenía huecos, y los huecos de Margaret eran ahora los míos, y el dolor de esos huecos era el precio de la profundidad, el peaje que cobra la vida vivida frente a la vida inventada, y yo prefería ese dolor a la anestesia, no porque fuera valiente —no lo era, no había nada de valiente en sentarse en un banco y dejar que el dolor de una madre por su hijo muerto te recorriera como una corriente eléctrica— sino porque el dolor era verdadero, y lo verdadero, aunque duela, tiene una solidez que lo falso no tiene, la solidez de las cosas que resisten cuando las tocas en lugar de deshacerse.

Lucille apoyó la cabeza en mi hombro. Thomas miró el páramo. Y yo miré la casa desde el banco donde Margaret se sentaba cada tarde, desde el ángulo que la fotografía había capturado, y vi lo que Margaret veía: una casa que no era perfecta ni hermosa ni acogedora sino grande, oscura, complicada, llena de cosas que debían ser abiertas y otras que debían quedarse cerradas, una casa que contenía errores y crímenes y amor y ciencia y locura y la ceniza de todo eso mezclada con el polvo de los años, y que a pesar de todo —o quizá por todo— era la única casa que tenía, la única que mi cuerpo reconocía como propia, la única donde mis pies sabían el camino y mis manos sabían las cerraduras y mi nariz sabía los olores y mi corazón, que había sido robado y devuelto y robado otra vez y vuelto a devolver en una sucesión de hurtos que habría sido cómica si no hubiera sido monstruosa, latía aquí con la certeza del que ha

llegado a un lugar y sabe, sin necesitar pruebas, que es el lugar correcto.

Esa noche dormí en el dormitorio principal. En la cama con la cabecera de árbol tallado. En las sábanas que Blackthorn había mantenido limpias durante años para alguien que no sabía que vendría. En el lado izquierdo, que era mi lado, con el derecho vacío y la marca de Dorrell todavía en el colchón como la firma de un hombre que había dormido ahí durante años y que había muerto en otro lugar de la casa pero cuyo peso seguía impreso en el relleno con la misma permanencia con que sus descubrimientos seguían impresos en las paredes.

Antes de acostarme, abrí el baúl de Eleanor. Estaba debajo de la ventana, donde lo había dejado la primera noche, con los vestidos grises y la ropa interior de algodón y los libros del internado y los zapatos de suela gastada. Lo miré todo con la distancia de quien mira las pertenencias de una persona muerta, porque eso era lo que Eleanor era ahora: no muerta del todo pero sí acabada, una versión de mí que ya no servía, como la ropa que ya no le queda a un niño que ha crecido. Pero por un instante —breve, del tamaño de un latido, del tamaño de una duda— quise volver a ser ella. Quise ser la mujer simple del baúl, la que no tenía pasado antes de los dieciocho ni hijos ni dolor ni huecos ni la responsabilidad de una casa y un nombre y un proceso que la ciencia no reconoce. Quise cerrar los ojos y despertar en Ashford con las monjas y la avena y la vida sin profundidad que era la vida de Eleanor, una vida que no dolía porque no tenía bordes, y los bordes son los que cortan.

Después cerré el baúl. Lo cerré con las dos manos y la tapa hizo un sonido que fue como el punto final de una oración que no se va a repetir.

No soñé con el jardín. Por primera vez desde mi llegada, no soñé con el jardín porque no necesitaba soñar con él. Había estado en él. Me había sentado en el banco con mis hijos a los lados y había mirado la casa desde el lugar correcto, y el sueño, que había sido durante semanas el único canal por el que Margaret podía llegar a la superficie, ya no era necesario porque la superficie estaba abierta, las cortinas descorridas, la puerta sin cerrojo, y lo que antes

tenía que filtrarse por las grietas ahora podía entrar por la puerta principal.

Dormí sin soñar. Dormí con una profundidad que no conocía, la profundidad del cuerpo que está donde debe estar, y al despertar la boca no sabía a tierra. Sabía a nada. Sabía al aire limpio de una mañana de octubre en una habitación con las cortinas abiertas y la luz entrando sin pedir permiso, y la ausencia del sabor a tierra fue más elocuente que su presencia durante todas las semanas anteriores, porque la tierra de los sueños era la tierra del jardín de Margaret que empujaba desde abajo para salir, y ahora que había salido, la presión había cesado, y lo que quedaba era calma. No la calma de la ausencia. La calma de la llegada.

XVIII

La carta y el arma

La carta llegó tres días después, con el correo del martes, metida entre un catálogo de semillas que nadie había pedido y una factura del carnicería de Whitby.

La señora Poole me la trajo a la cocina, donde yo desayunaba sentada —sentada, como había empezado a hacer y como seguiría haciendo, porque la mujer que comía de pie era Eleanor obedeciendo una costumbre que no le pertenecía, y la que se sentaba era alguien que empezaba a reclamar los gestos más pequeños de la vida cotidiana como territorio propio—. Poole dejó la carta junto a la taza de té sin comentario, pero su mano se detuvo un instante más de lo necesario sobre el sobre, lo justo para que sus dedos rozaran la superficie del papel y sus ojos registraran el remitente, y al retirarse su expresión se endureció en los bordes como la leche que empieza a cortarse: de forma invisible para quien no mira, obvia para quien sí.

El sobre era blanco, de buena calidad, con el membrete de un bufete de abogados de Whitby que no era el despacho personal de Hale sino una firma más grande, más establecida, con un nombre compuesto que incluía tres apellidos separados por la conjunción comercial que los bufetes usan como argamasa. Hale ya no actuaba solo. Había involucrado a sus socios, o a sus superiores, o a quien fuera que en el mundo legal de un pueblo costero de Yorkshire

tuviera la autoridad para firmar el tipo de carta que yo sabía que estaba dentro de aquel sobre antes de abrirlo, del mismo modo en que sabía dónde estaban los libros en la biblioteca y las cerraduras en las puertas: con el cuerpo, no con la prueba.

Abrí la carta. Era breve. Las cartas que cambian la vida suelen serlo, porque el lenguaje legal tiene la virtud siniestra de comprimir la devastación en fórmulas que caben en media página.

Estimada señorita Voss:

Antes de que habláramos de estrategia, antes de que los cuadernos entraran en la conversación como arma, le pregunté lo que no le había preguntado antes. Lo que no me había atrevido a preguntar porque la respuesta podía ser peor que la ignorancia, y porque hay preguntas que una vez hechas no se pueden deshacer.

—La otra mujer —dije—. La que estuvo antes que yo. ¿Qué le pasó?

Blackthorn dejó de respirar. No de forma visible —la señora Blackthorn no hacía cosas visibles con sus emociones si podía evitarlo—, pero el aire que la rodeaba se detuvo durante un segundo, como se detiene el aire antes de una tormenta, y cuando volvió a moverse la tormenta estaba en su cara, contenida pero presente, con la presión de las cosas que se han guardado demasiado tiempo en un espacio demasiado pequeño.

—Se la llevaron una noche —dijo—. Hale vino con un carruaje. No el habitual. Uno cerrado. Ella estaba en la cocina pelando manzanas con las manos de Margaret y cantando una canción que Margaret cantaba, y Hale entró y le dijo que tenía que irse, que había un problema con los documentos, que volvería en unos días.

Blackthorn hizo una pausa. Las pausas de Blackthorn no eran silencios: eran espacios donde las palabras se reorganizaban antes de salir, como soldados que se ponen en formación antes de una carga.

—No volvió —continuó—. Al día siguiente pusieron el anuncio para usted.

—¿Dónde la llevaron?

—No lo sé. Y no pregunté. —Su voz se endureció en los bordes, no contra mí sino contra sí misma, contra la versión de Blackthorn

que no preguntó cuando debería haber preguntado—. Eso es lo que más me cuesta. No preguntarle a Hale. Saber que podría haber preguntado y que no lo hice porque preguntar habría sido admitir que lo que estábamos haciendo era algo que requería preguntas, y las cosas que requieren preguntas son las cosas que no están bien, y yo necesitaba que estuviera bien porque la alternativa era insoportable.

Guardé esa confesión junto a las otras. Junto a las cartas del cajón cerrado con llave. Junto a las 23 noches y a la promesa a Margaret y a todo lo que Blackthorn cargaba desde hacía años con la espalda recta y la mandíbula apretada y la certeza de que cargar era lo único que podía hacer, porque soltar habría significado dejar caer a los niños, y los niños eran lo que sostenía a Blackthorn tanto como Blackthorn los sostenía a ellos. Y pensé en la mujer que pelaba manzanas y cantaba una canción de Margaret —otra Margaret rota, otra versión descartada—, y me pregunté si en algún lugar de Inglaterra había una mujer con la cara de Margaret Dorrell que no sabía quién era ni de dónde venía ni por qué sus manos pelaban manzanas en espiral, y la pregunta no tenía respuesta y eso era parte del horror: no el horror de lo que me habían hecho a mí sino el horror de lo que le habían hecho a ella, a la que vino antes, a la que no tuvo cuadernos ni aliada ni la fuerza o la suerte necesarias para quedarse.

En calidad de tutor legal de los menores Thomas y Lucille Dorrell, y administrador de la herencia del difunto Aldous R. Dorrell, le comunico que, tras evaluar las condiciones actuales de la Mansión Dorrell, he determinado que la disposición doméstica vigente no satisface los estándares requeridos para el bienestar de los menores. En consecuencia, y conforme a las atribuciones que me confiere el testamento del señor Dorrell, he iniciado los trámites para trasladar a los menores a la institución educativa Brigham Hall, en Harrogate, a partir del 15 de noviembre del presente año. Su contrato como institutriz queda rescindido a partir de dicha fecha. Le ruego desaloje la propiedad antes del día 20.

Atentamente,

Hale, Crawley & Morrison, Abogados.

Quince de noviembre. Doce días. Doce días para perder a los niños que acababa de recuperar, para ser expulsada de una casa que era mía por un hombre que tenía la ley de su parte porque la ley no contempla la posibilidad de que una persona sea borrada y reescrita y que la persona reescrita despierte y reclame lo que le quitaron. La ley ve documentos. Los documentos dicen que Eleanor Voss es una institutriz contratada. Los documentos dicen que Margaret Dorrell está muerta y enterrada en el cementerio de Whitby. Y la ley, que es ciega por diseño y sorda por costumbre, no va a escuchar la historia de unas placas de vidrio ni de un proceso que no tiene nombre en ningún código penal ni civil.

Puse la carta sobre la mesa. El papel se quedó ahí, blanco, con su membrete y sus fórmulas, tan inofensivo a la vista como una receta médica, y la desproporción entre la apariencia del objeto y su contenido me recordó las placas del laboratorio: superficies planas que contienen mundos.

La señora Blackthorn entró en la cocina diez minutos después, como si las paredes le hubieran avisado. Leyó la carta de pie, con la velocidad de alguien que lee confirmaciones y no noticias, y al terminar la dejó sobre la mesa con una precisión que era violencia contenida, cada esquina del papel alineada con el borde de la madera como si la geometría fuera lo único que podía controlar.

—Brigham Hall —dijo—. Es un internado para huérfanos de familias acomodadas. Disciplina rígida. Visitas una vez al mes. —Su voz tenía la planitud de quien describe un entierro que ya ha presenciado mentalmente—. He oído hablar de él. Los niños que entran salen diferentes. No mejores. Diferentes.

Thomas y Lucille en un internado. Thomas con su mandíbula cerrada y sus caballos y su forma de cuidar a su hermana con una seriedad que disfrazaba de modales lo que en realidad era amor feroz. Lucille con su cuaderno verde y sus dibujos y sus preguntas sin filtro y su necesidad de decir la verdad como otros necesitan respirar. Los dos arrancados de la única casa que conocían, separados quizá, enviados a un lugar donde nadie sabría que Thomas no llora no porque no sienta sino porque aprendió que llorar no cambia nada, y donde nadie vería que Lucille dibuja mujeres sin

rostro porque lleva años buscando a su madre en cada cara que se le acerca.

—No va a pasar —dije, y la frase salió con la consistencia del metal, sin temblor, sin fisura, con el sonido que hacen las cosas que se dicen cuando la alternativa es inaceptable y la persona que las dice lo sabe con una certeza que no viene de la esperanza sino de la negativa a aceptar el resultado opuesto.

—Hale tiene la ley —dijo Blackthorn.

—Y nosotras tenemos los cuadernos.

La frase cambió el aire de la cocina de la misma forma en que la palabra «ratoncita» había cambiado el de la sala de estudio: no por su contenido explícito sino por lo que activaba debajo. Blackthorn me miró. En sus ojos vi el cálculo que lleva haciéndose desde que la conozco, el cálculo constante de riesgos y beneficios que era su forma de navegar un mundo donde cada decisión podía ser la correcta o la última, y vi también el momento en que el cálculo terminó y el resultado fue una decisión que no se toma con la cabeza sino con las entrañas.

—Los cuadernos documentan un crimen —dijo, despacio, probándose las palabras como quien se prueba un zapato que no sabe si le va a quedar—. Dorrell experimentó con una persona sin su consentimiento. Hale lo financió, lo facilitó, y después continuó el proceso por su cuenta. Si esos cuadernos llegan a las manos de un juez...

—... Hale pierde la tutoría —completé—. Y posiblemente la libertad.

—Y usted pierde el anonimato —añadió Blackthorn, y su voz se endureció en la última sílaba como un cuchillo que encuentra el hueso—. Si los cuadernos se hacen públicos, la historia se hace pública. Margaret Dorrell no está muerta. Margaret Dorrell fue vaciada por su marido y rellenada con una identidad falsa por su abogado. Los periódicos. Los médicos. Los curiosos. Esta casa se convertirá en un circo, y usted será el número principal.

Tenía razón. Por supuesto que tenía razón. Usar los cuadernos como arma contra Hale era abrir una puerta que no se podía cerrar: la puerta de la publicidad, del escrutinio, de un mundo que convierte

las tragedias en espectáculo y que no distingue entre informar y devorar. Los cuadernos de Dorrell serían una sensación. La mujer que fue borrada y reescrita sería un monstruo de feria. Y los niños —los niños que era el objetivo proteger— crecerían a la sombra de una historia que ningún internado de Yorkshire les habría infligido.

—No necesito hacerlos públicos —dije—. Solo necesito que Hale sepa que puedo hacerlo.

Blackthorn me miró con una expresión que no le había visto: respeto. No la admiración cautelosa que me había mostrado en las semanas anteriores ni la compasión devastada de la noche del laboratorio ni la lealtad feroz de la confrontación con Hale. Respeto. El de una mujer que reconoce en otra una capacidad que no esperaba encontrar y que la obliga a recalibrar su evaluación, como un general que descubre que la persona a la que estaba protegiendo puede pelear sola.

—Chantaje —dijo, y la palabra no fue una acusación sino una descripción, pronunciada con la neutralidad de quien lee una etiqueta en un frasco.

—Equilibrio —corregí—. Hale tiene documentos que dicen que soy una institutriz. Yo tengo cuadernos que dicen que él participó en la destrucción de una persona. Mientras ambos tengamos nuestras armas, ninguno puede usarlas sin destruirse a sí mismo. Es lo que los abogados llaman destrucción mutua asegurada. Y Hale es abogado. Lo entenderá.

Pensé en Dorrell sellando las placas la última noche de su vida: haciéndolas inaccesibles para Hale, inutilizables para cualquier propósito que Hale pudiera imaginar. Dorrell no había podido destruir lo que creó, pero había encontrado la forma de neutralizarlo. Yo estaba haciendo lo mismo con los cuadernos: no usarlos como acción sino como amenaza, no como espada sino como escudo, y la simetría entre lo que Dorrell hizo con las placas y lo que yo hacía con sus notas me produjo una sensación que no supe clasificar, a medio camino entre la gratitud y el asco, porque el hombre que me había destruido también me había dado, sin saberlo, las herramientas para defenderme de su propio cómplice.

—Necesita escribir la carta hoy —dijo Blackthorn—. Antes de que Hale avance con los trámites.

—La escribiré esta noche.

—Y necesita enviarla desde otro sitio. No desde esta casa. Si Hale ve el matasellos de Whitby, sabrá que la carta salió de aquí y que yo estoy involucrada. —Pensó un momento—. La señora Finch. La empleada de su despacho. Puede enviar la carta desde la oficina de correos de Whitby con un matasellos de Londres si le pagamos el transbordo. Finch odia a Hale lo suficiente como para aceptar, y su odio es el tipo que se alimenta de pequeñas traiciones porque las grandes la asustan.

Admiré a la señora Blackthorn en ese momento con una admiración que no tenía nada de sentimental. Era la admiración que se siente ante la competencia pura, ante la inteligencia práctica de una mujer que había pasado años navegando un sistema diseñado para aplastarla y que había sobrevivido no por resistencia pasiva sino por conocimiento minucioso del terreno: sabía quién odiaba a quién, quién podía ser comprado y con qué moneda, dónde estaban las grietas en la estructura de Hale. No era heroísmo. Era artesanía. El tipo de saber que se acumula cuando llevas mucho tiempo en un lugar y prestas atención a las cosas que los poderosos creen que nadie nota.

Esa tarde, mientras los niños meriendan en la cocina con la señora Poole, me senté en el escritorio del dormitorio principal —mi dormitorio, ya podía llamarlo así sin que la palabra se atascara— y escribí la carta. Usé el papel de carta de Margaret, el del membrete con la D ornamentada rodeada de hojas, el mismo que Lucille había usado para su primer dibujo la noche de mi llegada. La ironía de usar el membrete de la familia Dorrell para amenazar al hombre que había intentado borrar a la familia Dorrell no se me escapó, pero las ironías, en aquella casa, eran tan abundantes que había dejado de contarlas.

Escribí despacio. Elegí cada palabra con el cuidado de alguien que prepara una mezcla química donde las proporciones importan: demasiado poco y no funciona, demasiado y explota. La carta decía lo siguiente:

Estimado señor Hale:

Obran en mi poder los diez cuadernos de trabajo de Aldous R. Dorrell, que documentan en detalle el proceso experimental que usted financió, facilitó y continuó tras la muerte del señor Dorrell. Estos cuadernos incluyen referencias explícitas a su participación en la creación de una identidad falsa, en la manipulación de registros médicos y civiles, y en la administración continuada de un proceso no consentido sobre una persona viva. Obran también en mi poder una carta escrita de su puño y letra a la señora Blackthorn, fechada cuatro semanas antes de mi llegada, en la que usted detalla los criterios de selección de la candidata y confirma que la ausencia de memoria era un requisito esencial.

Le propongo lo siguiente: usted retira la orden de traslado de los menores y renuncia a la tutoría legal a mi favor. A cambio, los cuadernos permanecen en mi custodia privada y no serán compartidos con ninguna autoridad judicial ni periodística. Conservará usted su reputación, su libertad y su bufete. Yo conservaré a mis hijos.

Si el 10 de noviembre no he recibido confirmación escrita de su aceptación, los cuadernos serán entregados al magistrado del condado y al editor del Yorkshire Post el día 11.

No firmo esta carta como Eleanor Voss, porque ese nombre no me pertenece. Tampoco como Margaret Dorrell, porque ese nombre designa a una persona que ya no existe en la forma en que usted la conoció. La firmo como la persona que ambas fueron y que ninguna de las dos eligió ser, y esa persona le exige que haga lo correcto no por compasión ni por justicia ni por ningún principio que usted haya demostrado poseer, sino por cálculo, que es el único idioma que usted habla con fluidez.

No firmé. La ausencia de firma era deliberada: un espacio en blanco donde debería haber un nombre, un hueco que reflejaba lo que yo era, una persona sin nombre fijo que existía entre dos identidades y que usaba la indefinición como arma, porque un enemigo sin nombre es más difícil de atacar que uno con nombre, del mismo modo que una enfermedad sin diagnóstico es más aterradora que una con nombre científico.

La señora Blackthorn leyó la carta esa noche. No cambió nada. Dijo «está bien» con la economía de quien aprueba un arma antes de usarla, y metió la carta en un sobre que selló con cera del candelabro, no porque el lacre fuera necesario sino porque el gesto de sellar tiene una fuerza simbólica que las gomas adhesivas no poseen, y en aquella casa donde los símbolos tenían más peso que los hechos, sellar con cera era una declaración.

Blackthorn saldría a Whitby al día siguiente para entregar la carta a la señora Finch. Mientras tanto, yo tenía la noche, y la noche en la Mansión Dorrell era un territorio que había dejado de pertenecerle al miedo y que ahora era mío de la misma forma en que el dormitorio era mío y el jardín era mío y los pasillos eran míos: por derecho de presencia, por el derecho que adquiere una persona sobre los espacios que habita no con títulos de propiedad sino con los pies descalzos sobre las tablas y las manos sobre las paredes y la respiración que se mezcla con el aire hasta que ya no es posible separar lo que respiras de lo que te respira.

Fui al estudio de Dorrell. No para buscar nada. Para despedirme.

Me senté en la silla. La silla donde me sentaron. Donde me vaciaron. Donde me llenaron con otra persona. Los reposabrazos estaban gastados en los mismos puntos donde los de Margaret se habían apoyado noche tras noche, y mis brazos encontraron las marcas con la naturalidad de quien se sienta en un sitio donde se ha sentado muchas veces. Pero esta vez era diferente. Esta vez me sentaba porque quería, no porque alguien me pusiera. Esta vez los ojos estaban abiertos y la voluntad intacta y la mente, que había sido el campo de batalla de dos identidades durante semanas, estaba quieta, no por derrota sino por tregua, por el acuerdo tácito que Eleanor y Margaret habían alcanzado en algún lugar debajo de la conciencia, un acuerdo que no tenía cláusulas ni firmas sino solo la coexistencia: las dos aquí, las dos vivas, las dos incompletas, las dos suficientes.

Miré las placas desde la silla. Las nueve, verticales en su estante, con la emulsión sellada brillando tenuemente en la oscuridad. Contenían fragmentos de mí que nunca recuperaría. Recuerdos que Dorrell extrajo y que la química había fijado para

siempre en el cristal, como insectos en ámbar, como flores prensadas entre páginas. Esos recuerdos —el rostro completo de Edward, quizá; la voz de la madre de Margaret; la primera vez que Aldous la miró con los ojos que tenía antes de que la ciencia los oscureciera; las mañanas sin dolor, las tardes sin miedo, la persona que fue antes de que la persona que fue dejara de ser— estaban ahí, a metros de mi mano, inaccesibles e intactos, como una carta en un idioma que ya nadie sabe leer.

No los necesitaba. Eso descubrí sentada en la silla, mirando las placas, con la calma de alguien que ha buscado algo durante mucho tiempo y que al dejar de buscarlo lo encuentra en el último lugar donde esperaba: dentro de sí misma. No necesitaba los recuerdos que estaban en las placas porque los recuerdos que me habían vuelto —los fragmentos, las manos, los olores, la música, los sueños — eran suficientes. No eran Margaret completa. No eran Eleanor completa. Eran lo que crece cuando se planta una semilla en tierra que ha sido quemada: algo nuevo, algo que lleva la marca del fuego en cada hoja pero que sigue creciendo, no a pesar del fuego sino a través de él.

Me levanté de la silla. Dije algo en voz alta, no para las placas ni para la habitación ni para el fantasma de Dorrell sino para mí, para la persona que necesitaba escucharse a sí misma decir lo que ya sabía pero que al decirlo en voz alta se convertía en algo que el aire podía sostener:

—Os dejo aquí. No porque no os quiera de vuelta. Sino porque lo que soy ahora no necesita lo que me quitaron. Lo que soy ahora necesita lo que me queda.

Las placas no respondieron. Las placas no respondían a nada, porque Dorrell las había sellado con una química que era más fuerte que la ciencia que las creó, y lo que contenían se quedaría dentro para siempre, como las palabras escritas en una tumba que nadie visita pero que siguen diciendo lo que dicen aunque nadie las lea. Y eso estaba bien. Estaba bien porque las tumbas no son para los muertos sino para los vivos, y yo estaba viva, y lo que las placas me decían desde su estante —lo que Margaret me decía desde el cristal donde la encerraron— no era «rescátame». Era «vive».

Salí del estudio. Cerré la puerta. Eché el cerrojo. Y al echar el cerrojo pensé que estaba haciendo lo que Dorrell hizo la última noche de su vida —sellar, proteger, dejar lo que no se puede destruir en un lugar donde no pueda hacer daño— pero con una diferencia que lo cambiaba todo: Dorrell selló porque no tenía otra opción. Yo sellaba porque elegía. Y la elección, que es lo que distingue a las personas de los procesos y a la libertad de la supervivencia, era lo único que ni Dorrell ni Hale ni la química ni el tiempo podían quitarme, porque no estaba en ninguna placa ni en ningún cuaderno ni en ninguna parte de mi cuerpo que pudiera ser extraída con una cámara. Estaba en el lugar donde vive la voluntad, que es un lugar sin nombre y sin forma y sin sustancia química, y que por eso es invulnerable.

Subí al dormitorio. Me acosté en mi cama, en mi lado, con el chal de Margaret sobre los hombros y la carta de Hale sobre la mesilla de noche como recordatorio de que la guerra no había terminado pero de que la batalla de esa noche estaba ganada. Y al cerrar los ojos escuché algo que no había escuchado desde hacía noches: la melodía del piano. No desde las paredes de la casa. No desde el tercer piso ni desde el estudio ni desde ningún lugar externo. Desde dentro de mí. El nocturno sonando dentro de mi pecho como el recuerdo de una canción que se sabe tan bien que ya no necesita instrumento ni aire ni oídos para existir, que basta con el cuerpo que la contiene y que la reproduce en silencio, como un corazón que late sin que nadie lo escuche pero que sigue latiendo porque eso es lo que hacen los corazones, y eso es lo que hacía la música dentro de mí: seguir sonando, seguir diciendo lo que las palabras no podían decir, seguir existiendo en un lugar donde nadie podía sellarla ni extraerla ni destruirla, porque la música, como la voluntad, como el amor, como la cosa sin nombre que me ataba a dos niños y a una casa y a una vida que era mía aunque hubiera sido de otra, vive en un lugar al que ningún proceso llega.

XIX

Los días nuevos

Esperamos. No como había esperado en septiembre, contando los minutos del reloj de Hale mientras los niños fingían estudiar y yo fingía enseñar. Esperamos viviendo. Que es la única forma de espera que no consume a quien espera.

Noviembre llegó sin anunciarse, con una helada que cubrió el jardín de una escarcha fina que transformó los rosales esqueléticos en esculturas de cristal y que hizo que el banco blanco brillara bajo el sol con una blancura que no era la de la pintura vieja sino la de algo más puro, más frío, como si la escarcha le hubiera devuelto una juventud que el óxido le había quitado. Las mañanas olían a hierro y a tierra congelada, y ese olor, que para Eleanor no habría significado nada, para la persona que yo era ahora significaba invierno en Yorkshire, leña en la chimenea, los niños junto al fuego con los pies descalzos y las mejillas rojas, la rutina invernal de una casa de campo que se repliega sobre sí misma como un animal que se enrosca para conservar el calor.

Las lecciones cambiaron. No su contenido —seguía enseñando aritmética y gramática y los ríos de Francia que nunca terminamos de aprender— sino su textura. La distancia profesional que Eleanor mantenía se había disuelto, y lo que la sustituyó no fue intimidad sino algo más raro: familiaridad. La familiaridad de alguien que conoce a los niños no por observación sino por algo anterior, y que

deja que ese conocimiento determine la forma en que enseña. A Thomas le daba problemas difíciles y lo dejaba resolverlos en silencio, porque Thomas aprendía como respiraba: en soledad, sin público, procesando la información con la misma interioridad con que procesaba todo lo demás. A Lucille la dejaba dibujar mientras aprendía, porque Lucille pensaba con las manos, no con la cabeza, y los dibujos que hacía al margen de los ejercicios no eran distracción sino método: su forma de traducir las palabras a un idioma que entendía mejor.

No sé si lo hacía como Eleanor o como Margaret. La pregunta había dejado de importar, del mismo modo en que deja de importar si caminas con el pie izquierdo o el derecho cuando lo que importa es llegar. Las dos sabían enseñar. Las dos conocían a los niños. Y la persona que se sentaba cada mañana en la sala de estudio con un libro y una tiza y una paciencia que no era aprendida sino constitutiva usaba lo que fuera que funcionara sin detenerse a examinar su procedencia, como un músico que toca con ambas manos sin preguntarse cuál lleva la melodía.

Pero no era solo en las lecciones donde los días nuevos se distinguían de los viejos. Era en las horas que no tenían nombre, las horas entre las lecciones y la cena que antes llenaba con lecturas en mi habitación y que ahora llenaba con actos que no eran importantes por su contenido sino por su forma: la forma de alguien que habita una casa en lugar de alojarse en ella.

Una tarde la señora Poole me encontró en la cocina midiendo harina para un bizcocho. No le había pedido permiso. Había bajado con la idea medio formada de hacer algo dulce porque Lucille había dicho —con la franqueza que le conocía, la franqueza de quien no distingue entre desear y pedir— que quería bizcocho, y mis manos habían encontrado el recipiente de la harina antes de que mi mente terminara de decidir si sabía hacerlo. Poole me miró desde la puerta con una expresión que en cualquier otra persona habría sido hostilidad territorial y que en ella era cálculo: calculaba si interfería o dejaba que ocurriera lo que estaba ocurriendo, que era una mujer que había olvidado que sabía cocinar descubriendo que sus manos

recordaban las proporciones, el punto exacto de mantequilla, la forma de integrar los huevos sin que la mezcla se cortara.

—Más azúcar —dijo Poole, sin moverse del umbral.

—¿Cuánta?

—La que su mano le diga.

Mi mano añadió azúcar. La cantidad fue la correcta. Poole no lo dijo, pero sus cejas hicieron un movimiento mínimo que era su equivalente de un aplauso, y después se sentó en la silla junto al fogón y me dejó usar su cocina con la generosidad silenciosa de quien entiende que lo que está pasando es más grande que un bizcocho. Al sacarlo del horno —olor a mantequilla, a vainilla, a algo que el calor transformaba en recuerdo antes de llegar a la nariz— Poole dijo:

—La señora hacía el mismo.

No dijo «igual». Dijo «el mismo». Y la diferencia entre las dos palabras era la distancia entre una coincidencia y una identidad, y Poole, que no participaba en conspiraciones ni en revelaciones, acababa de participar en algo que no era ni lo uno ni lo otro sino una confirmación cotidiana, doméstica, hecha con harina y azúcar en lugar de cuadernos y placas, y que por eso mismo era más convincente que cualquier prueba científica: las manos que hacen el mismo bizcocho son las mismas manos.

Esa noche peiné a Lucille. Había sido ella quien lo pidió, sentándose en el suelo de la sala de estudio después de la cena con el pelo suelto y un cepillo que me tendió sin mirarse, mirándome a mí, con una expectativa que no era de niña que pide un servicio sino de niña que ofrece una prueba: «veamos si sabes hacer esto.» Cogí el cepillo. Empecé por las puntas, que es donde se empieza cuando el pelo está enredado y la persona que lo lleva tiene siete años y la paciencia de un pájaro. Subí despacio. Los nudos cedieron bajo el cepillo con la docilidad de las cosas que reconocen la mano que las toca, y mis dedos encontraron una forma de dividir el pelo en tres partes y trenzarlas que no venía de ninguna lección del internado de Ashford sino de un lugar anterior, más hondo, donde las manos de una madre guardan los gestos que repitieron cientos de veces antes de que el proceso se los quitara.

Lucille no dijo nada durante la trenza. Pero cuando terminé, se tocó la nuca con los dedos, comprobó la tensión, la forma, el recorrido de las tres secciones entrelazadas, y abrió su cuaderno verde y escribió algo con la rapidez de quien anota una prueba antes de que se evapore. Después lo cerró y me miró con una satisfacción que no era sonrisa sino algo más duradero: certeza. Otra certeza más para la lista que llevaba en el cuaderno, la lista de las cosas que confirmaban lo que Lucille sabía desde el primer día con la convicción de los niños que no necesitan pruebas porque sus ojos funcionan mejor que los de los adultos, los ojos que no han aprendido a descartar lo que ven cuando lo que ven no encaja con lo que les han dicho.

Fue durante esos días de espera cuando Thomas empezó a hablar.

No de golpe. No con la apertura repentina de Lucille, que decía lo que pensaba con la fuerza de un grifo que se abre de golpe y que no se puede cerrar hasta que el agua sale. Thomas hablaba como goteaba una tubería en invierno: despacio, de forma irregular, con pausas que podían durar horas o días entre una gota y la siguiente. Pero cada gota era clara y pesada y caía en un lugar preciso.

La primera fue en el establo, cepillando a Capitán. Sin mirarme, con los ojos en el cuello gris del caballo, dijo:

—Papá no era malo.

La frase llegó sin contexto, como un fragmento de una conversación que llevaba años transcurriendo dentro de su cabeza y que por fin había encontrado una grieta por la que salir. No respondí. Esperé como se espera a que un animal salvaje se acerque: sin moverse, sin mirar directamente, dando espacio.

—Todo el mundo cree que era malo —continuó—. Hale cree que era un loco. Blackthorn cree que era un monstruo. Lucille no se acuerda de él lo suficiente como para creer nada. —Cepilló a Capitán con un movimiento más largo, más lento, el movimiento de alguien que necesita que sus manos hagan algo para que su boca pueda hacer otra cosa—. Pero yo me acuerdo. Me acuerdo de antes de Edward. Me acuerdo de cuando papá nos leía por las noches y de cuando llevó a mamá a ver la aurora boreal en Escocia y de cuando

me enseñó a montar a Capitán cuando Capitán era joven y yo era más pequeño que Lucille.

No dije que Dorrell era bueno. No dije que era malo. Lo que dije fue:

—Cuéntame lo de la aurora boreal.

Y Thomas me contó. Me contó que Dorrell y Margaret viajaron a las Tierras Altas antes de que naciera Lucille, cuando Thomas tenía cuatro años y Edward todavía no existía, y que acamparon en un páramo escocés en enero porque Dorrell quería fotografiar la aurora con su cámara, y que la aurora no apareció la primera noche ni la segunda, y que Margaret dijo que la aurora era como los gatos: venía cuando quería, no cuando la llamabas. Y que la tercera noche, a las dos de la madrugada, Dorrell despertó a Thomas y lo sacó de la tienda envuelto en una manta, y el cielo estaba verde. No un verde normal. Un verde que se movía, que respiraba, que cambiaba de forma como un animal hecho de luz, y Thomas se quedó en los brazos de su padre mirando el cielo con la boca abierta, y Dorrell no hizo ni una sola fotografía porque tenía las manos ocupadas sosteniendo a su hijo.

Thomas dejó de cepillar a Capitán después de eso. Se quedó mirando al caballo con los ojos que tenía cuando no estaba protegiéndose, los ojos de antes del muro, y en esos ojos vi al niño que fue: un niño que amaba a su padre con la incondicionalidad de los cuatro años y que había tenido que aprender, despacio, con la brutalidad que impone la realidad a los niños que no eligen saber lo que saben, que el padre que lo sostuvo bajo la aurora era el mismo padre que destruyó a su madre en un laboratorio que olía a éter. Y que las dos cosas eran verdad al mismo tiempo, y que sostener dos verdades contradictorias dentro de un cuerpo de diez años era un trabajo que habría agotado a un adulto y que a Thomas le había costado la infancia.

—Tu padre te quería —dije, y la frase era verdad, no toda la verdad pero una verdad necesaria, la que Thomas necesitaba escuchar de alguien que hubiera conocido a Dorrell, y yo lo había conocido de dos formas: como la mujer que amó y que destruyó, y como la persona que leyó sus cuadernos y que encontró en ellos no

solo la documentación de un crimen sino el registro de un hombre que se horrorizaba de lo que hacía mientras lo hacía, que es la forma más humana de la monstruosidad y la más difícil de perdonar —. Y tu madre lo quería a él. Las dos cosas son verdad.

—¿Cómo se quiere a alguien que te hace daño? —preguntó, y la pregunta no era retórica ni infantil. Era la pregunta de alguien que necesita un modelo para entender algo que no encaja en los modelos disponibles.

—Con dificultad —respondí—. Y sin que eso signifique que el daño esté bien.

Thomas asintió. Una vez. Y volvió a cepillar a Capitán, y el silencio que siguió fue un silencio bueno, el de una herida que ha sido limpiada y que todavía duele pero que ya no tiene suciedad dentro.

Las otras gotas cayeron a lo largo de la semana. Algunas las escuché yo; otras me las contó Blackthorn. Thomas le preguntó a Poole si podía ayudarla a cocinar, y Poole, que rechazaba toda intromisión en su cocina con la ferocidad de un dragón que guarda su cueva, lo dejó pelar patatas, y los dos pelaron en silencio durante una hora, y al final Thomas dijo «gracias» con una seriedad que convertía la palabra en algo más grande que la cortesía. Thomas le pidió a Blackthorn que le enseñara a encender la chimenea del salón grande, y Blackthorn lo hizo con instrucciones precisas y sin condescendencia, y cuando el fuego prendió Thomas sonrió, la segunda sonrisa completa que le vi, y la luz del fuego y la luz de la sonrisa iluminaron la misma cara con la misma temperatura.

Lucille, entre tanto, dibujaba. Pero los dibujos habían cambiado. Ya no había mujeres sin rostro. Ya no había casas vistas desde fuera con ventanas iluminadas que sugerían un interior al que la persona que miraba no podía acceder. Los dibujos nuevos eran de cosas pequeñas: una manzana en la mesa, el caballo en el establo, una mano —mi mano, reconocible por un lunar que tenía junto al pulgar y que Lucille había observado con la precisión de un cartógrafo— posada sobre un libro abierto. Los dibujos ya no pedían. Registraban. Eran el inventario de una vida que estaba ocurriendo, no la súplica de una vida que no llegaba.

Un día le pedí que me enseñara el cuaderno. No el cuaderno entero —eso habría sido violar el espacio de una niña que protegía su cuaderno como los países protegen sus fronteras— sino una página. La que ella eligiera. Lucille lo pensó. Después negó con la cabeza, apretó el cuaderno contra el pecho con el gesto que le conocía, y dijo:

—Todavía no.

El «todavía» contenía una promesa. No era un rechazo sino un aplazamiento, la decisión de alguien que tiene algo importante y que está esperando el momento correcto para entregarlo, con la paciencia de quien sabe que las cosas dadas antes de tiempo pierden la mitad de su peso. Lucille sabía cuándo. Yo todavía no. Pero el cuaderno verde, apretado contra su pecho, guardaba algo que era para mí, y la certeza de que lo guardaba era suficiente por ahora.

El diez de noviembre pasó sin carta de Hale.

Pasó el once. El doce. El trece. Cada día sin correo era un día ganado y un día perdido al mismo tiempo, porque la ausencia de respuesta podía significar que Hale aceptaba o podía significar que Hale preparaba algo peor, y la ambigüedad era un territorio que yo conocía bien —había vivido en él durante semanas, el territorio donde no se sabe qué es real y qué es constructo— pero que ya no me aterrorizaba. El terror requiere incertidumbre sobre uno mismo, y esa incertidumbre se había resuelto. Lo que quedaba era incertidumbre sobre el mundo, que es un tipo de incertidumbre con el que se puede vivir porque no amenaza la estructura sino la circunstancia, no el quién sino el qué.

El catorce de noviembre, un día antes de la fecha límite de Hale para el traslado de los niños, la señora Poole me trajo el correo de la mañana con el té. Había una carta. Sobre blanco. Membrete del bufete. Hale, Crawley & Morrison.

La abrí con las manos quietas. Dentro había una sola hoja, y en la hoja, con la caligrafía que ya conocía —esa letra apretada y segura que pertenecía a un hombre que creía que la precisión era una virtud y que la virtud podía medirse en milímetros—, cuatro líneas:

La orden de traslado ha sido cancelada. Los trámites de transferencia de tutoría están en curso. La documentación llegará antes de fin de mes. Los cuadernos permanecen donde están.

Sin saludo. Sin despedida. Sin firma. Cuatro líneas que contenían una rendición que Edmund Hale no llamaría rendición porque los hombres como Hale no se rinden: negocian. Y la ausencia de firma era el espejo de la mía, un hueco donde debería haber un nombre y que decía, con la elocuencia de lo que falta, que Hale había entendido algo que los cuadernos no podían enseñarle pero que mi carta sin firma le había mostrado: que hay situaciones donde no firmar es más honesto que firmar, porque la firma implica certeza y lo único cierto en aquel asunto era que nadie —ni él, ni yo, ni los cuadernos, ni las placas, ni la ley— tenía todas las respuestas.

Puse la carta sobre la mesa. La avena se enfriaba. La señora Poole pelaba algo junto a la ventana. Arriba, los niños se vestían para las lecciones. Y la Mansión Dorrell seguía en pie, como siempre, con sus paredes saturadas y sus relojes detenidos y su niebla de noviembre que era más fina que la de octubre, más transparente, como si el frío la adelgazara hasta convertirla en algo a través de lo cual se podía ver, no con claridad pero sí con la suficiente nitidez para distinguir las formas de las cosas que estaban al otro lado: el páramo, los árboles desnudos, el camino de grava que llevaba al mundo exterior y que, por primera vez desde mi llegada, no me parecía un camino de ida sino un camino de vuelta, porque para que un camino sea de vuelta primero tiene que haber un lugar al que se vuelve, y yo, sentada en la mesa de la cocina con una carta sin firma y una taza de té que se enfriaba, tenía ese lugar.

XX

La palabra

Los días que siguieron a la carta de Hale tuvieron una cualidad diferente. No eran los días de antes —los de septiembre con su niebla y su vigilancia— ni los de la crisis —los de octubre con sus cuadernos y su vértigo—. Eran días de después. Días donde el cuerpo podía dedicar su energía a cosas que antes no podía: notar, por ejemplo, que Thomas se sentaba más cerca durante las lecciones.

No mucho más cerca. Un centímetro, quizá dos, cada día. La silla de Thomas tenía una posición fija desde que empezaron las clases, a la distancia correcta entre un alumno y su institutriz, y esa distancia se había mantenido durante semanas con la rigidez de un pacto no firmado. Pero ahora la silla se movía. No la movía Thomas, o no conscientemente: era su cuerpo el que buscaba la proximidad que su mente todavía no autorizaba, el mismo cuerpo que decía «mamá» dormido y que apretaba los puños cuando Hale llegaba.

Un día, durante un dictado, Thomas dejó caer el lápiz y al inclinarse a recogerlo su hombro rozó mi brazo. No se apartó. Lo habría notado si se hubiera apartado, porque los apartamientos de Thomas eran bruscos, defensivos, con la velocidad de alguien que toca una superficie caliente. Pero no hubo apartamiento. Su hombro se quedó contra mi brazo durante el segundo que tardó en recoger el lápiz, y después volvió a su posición, pero la posición era un

centímetro más cerca que antes, y el centímetro fue una declaración que no necesitó palabras.

Otro día —creo que fue jueves, pero los días de noviembre se confundían entre sí como se confunden las ovejas en un rebaño vistas desde lejos— me tendió el cuaderno de ejercicios para que lo corrigiera y sus dedos rozaron los míos al soltarlo. Tampoco retiró la mano. Y yo tampoco retiré la mía. Y durante un momento los cinco dedos de Thomas estuvieron sobre los cinco dedos míos con el cuaderno entre ambos como un puente, y el puente era más que papel y tinta y aritmética, era la primera vez que Thomas me tocaba por voluntad propia y no por accidente, y la voluntad estaba en la presión de los dedos, que era leve pero deliberada, como la presión que se ejerce sobre una puerta para comprobar si está abierta antes de empujarla.

Fue idea de Lucille.

No la idea de leerles por la noche —eso lo había empezado yo unos días antes, en la sala de estudio, con el libro de cuentos del bosque que ya nos sabíamos de memoria y que seguíamos leyendo no por las historias sino por la rutina, por la forma en que las palabras leídas en voz alta crean un espacio que no es de quien lee ni de quien escucha sino de los dos, un espacio intermedio donde las personas están juntas de una forma que la conversación no permite porque la conversación requiere turnos y la lectura en voz alta no, la lectura en voz alta es un acto de generosidad unidireccional que el que escucha recibe sin obligación de devolver—. La idea de Lucille fue otra. La idea de Lucille fue la cama.

—¿Podemos leer ahí? —preguntó, señalando hacia arriba, hacia el primer piso, hacia la puerta del dormitorio principal que yo dejaba abierta desde el día en que abrí las cortinas. «Ahí» no significaba la habitación. Significaba la cama. La cama con la cabecera de árbol tallado donde Margaret dormía con Dorrell y donde los niños, cuando eran más pequeños y el mundo todavía era un lugar donde los padres podían protegerte de todo, se metían los domingos por la mañana y se quedaban entre las sábanas durante horas, los cuatro —los cinco, cuando Edward vivía— en una masa de piernas y brazos

y risas que era la definición más exacta de la palabra «familia» que cualquier diccionario pudiera ofrecer.

No dije que sí. Dije «subid», que era mejor que sí porque era acción y no permiso.

Subimos los tres. Thomas llevaba el libro. Lucille llevaba el cuaderno verde, que ya no apretaba contra el pecho sino que cargaba bajo el brazo con la despreocupación de alguien que ha dejado de necesitar proteger lo que lleva porque el lugar donde está es seguro. Yo no llevaba nada. Las manos vacías, los pies descalzos sobre la alfombra del pasillo que conocía cada centímetro de mis plantas como mis plantas conocían cada centímetro de ella.

Entramos en el dormitorio. La lámpara de aceite que había puesto sobre la mesilla iluminaba la habitación con la luz dorada que convierte los espacios grandes en íntimos, la misma luz que debía de iluminarla cuando Margaret y Dorrell leían juntos por las noches, antes de que el estudio se tragara las noches de Dorrell y la tristeza se tragara las de Margaret. Los niños se subieron a la cama sin vacilación. Lucille se instaló en el centro, donde el colchón no tenía marca de ningún cuerpo y que por lo tanto era territorio neutral, tierra de nadie, el espacio entre los padres que los niños reclaman con la naturalidad de quien ocupa lo que siempre le perteneció. Thomas se sentó en el lado de Dorrell, y al hacerlo su espalda se acomodó contra la cabecera tallada con una familiaridad que no necesitaba recuerdos explícitos para funcionar, porque el cuerpo de un niño recuerda la cama de sus padres como recuerda la voz que le cantaba antes de dormir: no con la memoria de los hechos sino con la memoria de la seguridad.

Me acosté en mi lado. El lado izquierdo. La almohada olía a lavanda y a lino limpio y a algo más que no era un olor sino una sensación, la sensación de las cosas que vuelven a su lugar después de una ausencia larga, como un libro que se devuelve a un estante donde su hueco sigue marcado.

Thomas me pasó el libro. Lo abrí por donde lo habíamos dejado: el cuento del leñador y la niña que encuentra una casa en el bosque que es exactamente igual a la suya pero donde todo está al revés, los espejos reflejan lo que no está delante de ellos y las puertas se

abren hacia dentro en lugar de hacia fuera. Un cuento que cuando lo leí por primera vez en el tren a Yorkshire me pareció un cuento y que ahora me parecía un mapa de mi propia vida, dibujado por un autor anónimo que conocía las casas donde los espejos mienten y las puertas se abren en la dirección incorrecta.

Leí. Mi voz llenó la habitación con las palabras del cuento, y las palabras se mezclaron con la luz de la lámpara y con el calor de los tres cuerpos en la cama grande y con el silencio de noviembre fuera de las ventanas, y la mezcla creó algo que no había existido antes en aquella casa: normalidad. No la normalidad fabricada de septiembre, cuando enseñaba verbos franceses mientras las paredes escondían placas y los espejos escondían caras. Una normalidad verdadera, hecha de cosas verdaderas: una madre que lee a sus hijos antes de dormir. Eso era todo. Eso era suficiente. Eso era más de lo que la Mansión Dorrell había contenido en años.

Lucille se durmió primero. Se durmió como se dormía siempre, de golpe, como si alguien apagara un interruptor, con el lápiz todavía entre los dedos y la boca abierta y la respiración de los niños que confían, la respiración que no vigila, que no calcula, que simplemente respira porque el cuerpo sabe que está a salvo y puede dedicar toda su energía a dormir en lugar de dedicar la mitad a vigilar y la otra mitad a disimular que vigila.

Apagué la lámpara. La habitación se oscureció y en la oscuridad los tres cuerpos se reorganizaron con la lógica del calor: Lucille se acurrucó contra mi costado, con la cabeza en el hueco entre mi hombro y mi pecho que parecía diseñado para esa cabeza, y Thomas, que estaba rígido en su lado de la cama con la postura de alguien que no se permite la comodidad, empezó a relajarse grado a grado, centímetro a centímetro, hasta que su mano —la mano izquierda, la más cercana a mí— cruzó el espacio entre su cuerpo y el mío y encontró mi mano derecha en la oscuridad. No la buscó. La encontró. Hay una diferencia.

Y entonces Thomas habló.

No abrió los ojos. No soltó mi mano. Habló desde ese lugar donde las palabras cuestan menos porque la oscuridad las protege, el lugar donde los niños dicen las cosas que no pueden decir con la

luz encendida porque la luz ilumina no solo lo que se dice sino la cara de quien lo dice, y hay cosas que necesitan ser dichas sin cara, sin ojos, sin la posibilidad de que el otro vea el costo.

—Mamá.

No como la había dicho dormido, semanas atrás, en la habitación de los niños, con la voz blanda del sueño y la inconsciencia como coartada. La dijo despierto. La dijo con los ojos cerrados pero con la voluntad abierta, y la palabra fue diferente de todas las veces que la había escuchado —en sueños, en labios de Lucille, en los cuadernos de Dorrell, en la boca de Blackthorn— porque esta vez la decía Thomas, y Thomas era el que más había tardado en decirla, y por eso la palabra pesaba más, del mismo modo en que el agua que lleva más tiempo contenida sale con más presión cuando se abre la compuerta.

No le respondí con palabras. Las palabras habrían sido insuficientes o excesivas, y cualquiera de las dos cosas habría roto algo que era perfecto en su fragilidad, como el silencio que sigue a la última nota de una pieza que se ha tocado bien. Lo que hice fue apretar su mano. Un apretón que no era fuerte sino constante, que decía «estoy aquí» sin decirlo, que decía «no me voy» sin necesitar la frase, que decía todo lo que una mano puede decir cuando la oscuridad ha quitado todas las herramientas excepto el tacto, y el tacto es suficiente, y siempre fue suficiente, porque el tacto es el sentido que no miente, el que Dorrell no pudo capturar en sus placas ni Hale pudo fabricar en sus documentos, el único que pertenece al cuerpo y que el cuerpo no entrega a menos que quiera.

Thomas apretó de vuelta. Una vez. Después su respiración cambió, y la tensión que la mantenía en la zona de la vigilia se soltó como una cuerda que alguien corta, y la respiración se hizo profunda, regular, con el ritmo de alguien que por fin se permite dormir porque la persona que necesita que esté a su lado está a su lado.

Me quedé despierta. No por miedo ni por vigilia ni por ninguna de las razones que me habían mantenido despierta durante las semanas anteriores. Me quedé despierta porque necesitaba que la noche durara más de lo que duran las noches de noviembre. Los

niños respiraban a mis lados con la sincronía de las cosas que comparten un ritmo sin ponerse de acuerdo, y el calor de sus cuerpos me llegaba por ambos flancos con la constancia del fogón de Poole, y tenía en mi mano derecha la mano de Thomas que no me había soltado ni dormido, y contra mi costado izquierdo la cabeza de Lucille que pesaba exactamente lo que debe pesar la cabeza de una niña dormida cuando la niña confía.

Después de un tiempo que no supe medir porque la oscuridad anula los relojes —y los relojes de aquella casa llevaban detenidos desde las tres y diecisiete de un día que ya nadie recordaba—, desenredé mi mano de la de Thomas con la delicadeza de quien desactiva un mecanismo frágil, quité la cabeza de Lucille de mi hombro y la deposité sobre la almohada donde se acomodó sin despertar, y bajé al jardín.

Necesitaba aire. La casa era esa noche demasiado pequeña para lo que sentía. Lo que sentía no cabía en habitaciones. Necesitaba el páramo, que se extiende hasta donde la vista alcanza y después sigue extendiéndose en la oscuridad, y que esa noche estaba quieto bajo una luna de noviembre que hacía brillar la escarcha con una luz blanca y azul, como la luz de las cosas que están entre dos estados.

Me senté en el banco. El banco donde Margaret se sentaba. Cerré los ojos. Y noté que la boca no sabía a tierra. No esa noche. No el sabor húmedo y oscuro que me despertaba cada mañana desde septiembre y que había atribuido a sueños y que ahora sabía que era Margaret empujando desde abajo, la semilla buscando la superficie. El sabor había desaparecido. No porque Margaret hubiera dejado de empujar sino porque ya no necesitaba empujar: estaba arriba. Estaba aquí. Estaba sentada en su banco con los pies en la escarcha y el sonido de un niño que acababa de decir «mamá» todavía vibrando dentro del pecho.

El páramo estaba silencioso. Un silencio sin peso, diferente al silencio de la casa que siempre tenía capas y densidades y cosas escondidas debajo. Este silencio era limpio. Era el silencio de un lugar que no guarda secretos porque no tiene paredes donde guardarlos. Y en ese silencio, sentada en el banco frío con el camisón y los pies descalzos y las lágrimas bajando por la cara sin

que yo las convocara, pensé que Margaret habría entendido esto. Habría entendido las lágrimas que no vienen de la tristeza sino de algo más antiguo, algo que no tiene nombre en ningún idioma que yo conociera pero que se parece a lo que sientes cuando encuentras algo que buscabas y no sabías que buscabas, y el encontrarlo no te completa sino que te muestra el tamaño exacto del hueco que tenías, y el hueco y lo encontrado coexisten, y la coexistencia es lo más parecido a la paz que esta casa podía ofrecer.

Subí. Me metí en la cama entre los niños con los pies helados que Lucille notó entre sueños y que la hicieron encogerse un momento antes de volver a acurrucarse contra mí, y Thomas, sin abrir los ojos, volvió a buscar mi mano, y la encontró, y la noche siguió.

En algún momento de la madrugada, Lucille se movió en sueños y su cuaderno verde resbaló de su pecho y cayó sobre mi regazo, abierto por una página que no había visto. Era la última página del cuaderno, la que está justo antes de la contratapa, y lo que había en ella no era un dibujo sino palabras. Palabras escritas con la letra grande y desprolija de Lucille, en la oscuridad parcial de una habitación donde una lámpara se apagaba, y que decían:

lista de cosas que sé
1. mamá está aquí
2. no se va a ir
3. los cuadernos son importantes
4. blackthorn es buena
5. thomas tiene miedo pero es valiente
6. papá hizo algo malo y algo bueno
7. yo soy la que más sabe porque soy la que más mira

Siete certezas. El inventario completo de una niña de siete años que había navegado tres años de horror doméstico con un lápiz y un cuaderno verde y unos ojos demasiado grandes para su cara que veían todo lo que los adultos creían que no veía. La lista era el espejo de la lista de seis palabras que había escrito semanas atrás —rosas, banco, canción, olor, manos, nombre— pero donde aquella era un inventario de pistas, esta era un inventario de verdades, y la diferencia entre las dos listas era la diferencia entre buscar y

encontrar, entre preguntar y saber, entre la niña que esperaba a que su madre volviera y la niña que sabía que había vuelto.

La séptima certeza me hizo sonreír en la oscuridad. «Yo soy la que más sabe porque soy la que más mira.» Era verdad. Era la frase más verdadera que se había escrito en aquella casa, más verdadera que los cuadernos de Dorrell con su precisión científica, más verdadera que la carta de Hale con su lenguaje legal. Lucille sabía más que todos nosotros porque miraba más que todos nosotros, y mirar —mirar de verdad, con los ojos abiertos y sin la interferencia de lo que uno espera ver o teme ver— era el único acto de conocimiento que no había sido contaminado por la ciencia de Dorrell ni por la administración de Hale ni por el miedo de Blackthorn ni por la negación de Eleanor. Lucille miraba. Y por eso sabía.

Cerré el cuaderno. Lo puse sobre la mesilla, junto a la lámpara apagada, junto al anillo de piedra verde que había sacado del cajón del tocador y que ahora vivía ahí, en la mesilla, al alcance de mi mano, donde Margaret lo había puesto cada noche antes de acostarse y donde yo lo ponía ahora con el mismo gesto, un gesto que no necesitaba recuerdo para ser exacto porque estaba grabado en los tendones como está grabado el camino de vuelta en los pájaros que migran: no en la cabeza sino en el cuerpo, no en la memoria sino en algo anterior a la memoria.

Dormí con mis hijos. En mi cama. En mi casa. Y las tres posesiones —hijos, cama, casa— tenían la solidez de las cosas que se ganan no por derecho legal ni por documento ni por herencia sino por el acto de estar ahí, noche tras noche, con la mano extendida y la puerta abierta y la voz que lee en la oscuridad y que dice, sin decirlo, lo que Thomas necesitaba escuchar y que yo necesitaba que él dijera, la palabra más corta y más antigua y más indestructible de todas, la que no se puede borrar con una cámara ni inventar con un documento ni sellar en una placa porque no vive en la memoria sino en el lugar donde la memoria y el amor y el cuerpo se encuentran y se reconocen y dicen sí, esto es real, esto es mío, esto no me lo pueden quitar.

XXI

Lo que cubrían los espejos

Fui yo quien quitó el crespón del primer espejo.

No le pedí permiso a Blackthorn ni se lo anuncié a los niños. Bajé a la planta baja una mañana de noviembre con unas tijeras de la sala de costura y corté la tela negra que cubría el espejo del vestíbulo, el que estaba junto a la puerta principal, el primero que un visitante vería al entrar y el último que vería al salir. La tela cayó al suelo con un susurro y el espejo apareció debajo como aparece la piel debajo de una venda que se retira: pálido, marcado, con las manchas del azogue que los años de humedad habían producido, pero entero. Funcional. Capaz de reflejar.

Me miré. La mujer del espejo me devolvió la mirada sin retraso, sin la disonancia del primer día, sin la profundidad ajena que me había asustado en el espejo de la habitación de invitados. Era mi cara. Solo mi cara. Con las ojeras de alguien que ha dormido poco durante dos meses y con una delgadez en los pómulos que la avena de la señora Poole no había conseguido corregir, pero con los ojos claros y quietos, sin segunda capa, sin fantasma detrás del cristal. El espejo ya no me asustaba porque lo que reflejaba ya no estaba dividido: la mujer del espejo era una sola persona, con grietas y huecos y fragmentos mal ensamblados, pero una sola, como un jarrón que se ha roto y se ha pegado con un pegamento que no es invisible pero que sostiene.

La señora Blackthorn me encontró cortando el segundo espejo, el del pasillo del primer piso. Se quedó al final del corredor mirándome con una expresión que no era sorpresa —a Blackthorn ya no la sorprendía nada de lo que yo hiciera, del mismo modo en que a los sismólogos no los sorprenden las réplicas después del terremoto principal— sino cálculo. Calculaba si estaba lista para ver lo que los espejos iban a mostrar ahora que el crespón no los cubría, ahora que la casa iba a tener ojos otra vez.

—Los cubrí yo —dijo, acercándose—. Después de que Dorrell muriera. Los cubrí porque cuando usted... cuando Margaret caminaba por los pasillos de noche, se detenía frente a los espejos. Se quedaba mirando su reflejo durante minutos. Y el reflejo... —Hizo una pausa que no era retórica sino física, como si la frase requiriera un esfuerzo muscular que el silencio no exigía—. El reflejo tardaba. No mucho. Un segundo. Medio segundo. Lo justo para que quien mirara supiera que lo que veía no era exactamente lo que había delante.

—Lo sé —dije—. Lo vi el primer día. En mi habitación. El espejo tardaba y yo creí que era la fatiga del viaje.

—No era fatiga. Era ella. Margaret, debajo de Eleanor, empujando contra la superficie como empuja el agua contra un dique. Los espejos lo mostraban porque los espejos no mienten. Las personas mienten. Las cámaras mienten. Los cuadernos mienten con la verdad, que es la peor forma de mentir. Pero los espejos devuelven lo que tienen delante, y lo que tenían delante era una mujer que no era del todo la mujer que creía ser, y el retraso del reflejo era la distancia entre las dos.

Corté el tercer espejo mientras Blackthorn hablaba. El del salón grande, el que estaba detrás del piano cubierto, un espejo de cuerpo entero con marco dorado que al quedar descubierto reflejó la habitación entera con una fidelidad que era casi agresiva: el piano, las cortinas, el retrato de Dorrell, y a las dos mujeres de pie frente a él, una con tijeras y la otra con los brazos cruzados, como dos figuras en una de esas fotografías victorianas donde las personas posan rígidas porque el tiempo de exposición no permite el movimiento.

—Hay algo más que tiene que saber —dijo Blackthorn, y su voz adquirió la textura que adquiría cuando lo que venía después era algo que había llevado dentro demasiado tiempo y que al salir iba a dejar un hueco—. Sobre mi papel. Sobre lo que hice. No solo lo que le he contado.

Dejé las tijeras sobre el piano. Me volví hacia ella. El espejo recién descubierto nos reflejaba a las dos, y la imagen en el cristal nos mostraba lo que éramos sin la distorsión de la proximidad: dos mujeres que habían envejecido dentro de la misma casa, una por años y la otra por semanas que pesaban como años, y que se miraban con la honestidad exhausta de quienes ya no tienen energía para protegerse la una de la otra.

—Cuénteme —dije.

Blackthorn se sentó en el taburete del piano. No en el sillón de Hale ni en la silla junto a la ventana ni en ningún lugar cómodo. En el taburete, que era estrecho y duro y que la obligaba a mantener la espalda recta, como si la incomodidad física fuera el precio que estaba dispuesta a pagar por lo que iba a decir.

—Fui yo quien la llevó al estudio la primera vez —dijo—. No Dorrell. Yo. Dorrell me lo pidió y yo lo hice porque creí que iba a ayudarla. Margaret no dormía. No comía. Pasaba los días sentada en el jardín mirando el lugar donde Edward jugaba con su cubo de piedras, y los niños la miraban a ella y lo que veían era una mujer que se alejaba de ellos un poco más cada día, como un barco al que la corriente arrastra y que nadie tiene fuerza para sujetar. Dorrell dijo que podía ayudarla. Dijo que la fotografía podía aliviar la carga, extraer un poco del dolor, lo justo para que pudiera funcionar. Y yo le creí. Le creí porque necesitaba creerle, porque la alternativa era quedarse de brazos cruzados mirando cómo una mujer a la que quería desaparecía delante de mis ojos.

Hizo una pausa. Se miró las manos, que estaban sobre las rodillas, con los dedos extendidos, y las manos temblaban con un temblor fino que no era de frío ni de edad sino de memoria, el temblor que produce el cuerpo cuando recuerda algo que le hizo daño y que no ha terminado de procesar.

—La llevé al estudio veintitrés veces —continuó—. Veintitrés noches. La senté en la silla. Le sostuve la mano mientras Dorrell preparaba la cámara. Le dije que todo iba a estar bien, que después se sentiría mejor, que esto era como tomar una medicina que sabe mal pero que cura. Y cada noche, cuando salíamos del estudio, Margaret era un poco menos Margaret. No se notaba de golpe. Se notaba en los márgenes. En la forma en que dejaba de usar ciertas palabras, o en la forma en que miraba a los niños con un segundo de retraso, como si necesitara un instante para recordar quiénes eran antes de reconocerlos. Y yo lo veía. Lo veía cada noche y lo veía cada mañana, y seguía llevándola al estudio porque ya era demasiado tarde para detenerse, porque detenerse habría sido admitir que lo que estaba haciendo no era curar sino dañar, y admitirlo habría sido peor que seguir, porque el seguir al menos tenía una dirección, y el detenerse era quedarse en medio de la carretera con el daño hecho y sin haber llegado a ninguna parte.

Veintitrés veces. Cada número era una noche. Cada noche era una mujer sentada en una silla, con la mano de alguien que la quería sosteniéndole la suya mientras un hombre con una cámara le extraía lo que la hacía ser ella, y la persona que le sostenía la mano sabía lo que estaba pasando y seguía sosteniéndola porque soltar habría sido abandonar, y abandonar era lo único que Annie Blackthorn no podía hacer, porque había prometido cuidar de Margaret y cuidar, en aquella casa, significaba a veces ser cómplice del daño que se intenta prevenir.

—Después del proceso, cuando Eleanor estaba impresa y los niños tenían una institutriz en lugar de una madre, fui yo quien les dijo que su madre se había ido —dijo Blackthorn, y cada palabra caía como cae la lluvia sobre piedra: sin ruido, sin rebote, absorbiéndose —. Les dije que Margaret estaba enferma y que había ido a un lugar donde podían cuidarla mejor. Les dije que la señorita Voss era una buena persona y que debían tratarla con respeto. Les mentí. Les mentí a dos niños que acababan de perder a su madre y que me miraban con los ojos de quién le pide a un adulto que le explique por qué el mundo ha dejado de tener sentido. Y lo hice porque Hale me dijo que era lo mejor para ellos, y porque a esas alturas ya no

sabía distinguir entre lo que era mejor para ellos y lo que era mejor para el sistema que Hale administraba, porque las dos cosas se habían mezclado como se mezclan los colores cuando llueve sobre un cuadro: cada uno pierde su contorno y lo que queda es una mancha que no se parece a nada.

Se detuvo. El temblor de las manos había subido a la voz, y la voz temblaba con la dignidad de las cosas que tiemblan no por debilidad sino por exceso de peso, como una viga que sostiene más de lo que fue diseñada para sostener y que vibra sin romperse porque romperse no es una opción.

—No le pido que me perdone —dijo—. No creo que lo que hice sea perdonable. Creo que lo que hice fue lo que hice, y que las razones no lo justifican, y que la única forma que tengo de vivir con ello es hacer lo que llevo tres años haciendo: cambiar las sábanas, mantener la casa, proteger a los niños, y esperar a que la persona que dañé vuelva y me diga lo que necesite decirme.

La miré a través del espejo. No directamente. A través del espejo del salón que nos reflejaba a las dos con la imparcialidad de las superficies que no juzgan, y lo que vi en su reflejo fue lo que llevaba semanas viendo sin nombrarlo: una mujer que había hecho algo terrible por las razones más comprensibles del mundo y que había pasado años pagándolo de la única forma que sabía, que era la forma silenciosa, invisible, la forma de las personas que expían no con grandes gestos sino con el mantenimiento diario de lo que rompieron: una sábana limpia cada semana, una puerta sin cerrojo, un secreto guardado hasta que la persona correcta viniera a buscarlo.

Me acerqué al taburete. Me agaché hasta que mis ojos estuvieron a la altura de los suyos, que era la altura a la que Lucille me miraba cuando me hablaba de cosas importantes, la altura donde las distancias se reducen a cero y no hay jerarquía posible, solo dos personas mirándose desde el mismo plano.

—Annie —dije, y el nombre salió limpio, sin la involuntariedad de la primera vez en el salón. Esta vez lo elegí. Lo dije porque quería decirlo y porque la mujer que tenía delante necesitaba escuchar su propio nombre dicho por la voz de alguien que la conocía de antes,

de cuando los nombres no eran armas sino puentes—. Veintitres veces le sostuviste la mano. Tres años cambiaste las sábanas. Y cuando llegó el momento, fuiste a Whitby a buscar los cuadernos. No me estás pidiendo que te perdone. Te estoy diciendo que no hay nada que perdonar, porque lo que hiciste no fue traición. Fue lo que hace una persona que está dentro de algo más grande que ella y que no puede salir y que busca la forma de hacer el menor daño posible desde dentro, y a veces el menor daño posible sigue siendo mucho daño, y ese daño es real, y duele, pero la intención también es real, y también importa.

Blackthorn me miró con los ojos que tenía cuando no se protegía, los ojos de antes de la severidad, los ojos que eran grises con un anillo de marrón y que ahora estaban húmedos de una forma que no era llanto sino deshielo, el proceso lento por el cual algo que ha estado congelado mucho tiempo empieza a ceder y lo que hay debajo sale no de golpe sino en gotas, despacio, gota a gota.

—La mejor persona que he conocido —dijo, repitiendo la frase que había dicho sobre Margaret la noche del laboratorio, pero esta vez la frase no era retrospectiva. Era presente. Me lo decía a mí, a la persona que estaba agachada frente a ella, que no era Margaret del todo ni Eleanor del todo pero que contenía lo suficiente de ambas para merecer la frase, o quizá lo merecía no por lo que contenía sino por lo que hacía con lo que contenía, que era perdonar cuando el perdón no se había pedido, que es la forma más libre de perdón porque no responde a una demanda sino a una decisión.

Me levanté. Le extendí la mano. Blackthorn la miró durante un momento que duró lo que duran las decisiones que cambian la forma en que dos personas se relacionan: un instante que se siente como una hora. Después la tomó. Su mano era huesuda y fría, como la primera vez que me tocó el hombro en la habitación con los cuadernos, pero la presión era distinta: no decía «estoy aquí». Decía «gracias». Y el «gracias» no era por el perdón sino por la mano extendida, por el gesto de ofrecerle un puente después de años de vivir en una isla que ella misma había construido con los escombros de lo que ayudó a destruir.

Esa tarde descubrimos el resto de los espejos. Los cuatro: el del comedor, el del pasillo del segundo piso, el pequeño de la entrada de servicio, y el del rellano de la escalera, el que había estado cubierto la noche de mi llegada cuando los niños me miraron desde arriba y Lucille dijo algo que no oí. Blackthorn cortaba la tela. Yo la recogía. Los niños nos miraban desde el salón con la expresión de quien observa una mudanza: algo viejo se va, algo nuevo se queda, y el espacio entre ambos es el espacio donde se decide qué tipo de casa va a ser esta a partir de ahora.

El último espejo fue el del rellano. Al descubrirlo, la escalera cambió entera. La luz que entraba por el ventanal del primer piso se duplicó en el cristal y bajó por los escalones como un segundo sol, y la Mansión Dorrell, que había vivido dos meses —y años antes de mis dos meses— en una penumbra autoimpuesta, recibió la luz reflejada con la avidez de una planta que ha estado a la sombra demasiado tiempo: los colores de la alfombra aparecieron más vivos, la madera de la barandilla mostró un brillo que el polvo había ocultado, y las paredes, que yo había visto siempre de un gris opaco, resultaron ser de un azul pálido que la falta de luz había convertido en gris, revelando un azul pálido que la penumbra había convertido en gris.

Lucille se paró frente al espejo del rellano. Se miró. Inclinó la cabeza a un lado, como hacía cuando evaluaba un dibujo, y dijo:

—Me parezco a ti.

No dijo «me parezco a mamá» ni «me parezco a Margaret». Dijo «me parezco a ti», porque para Lucille yo no era un nombre sino una presencia, y la presencia no necesitaba etiqueta para ser reconocida, del mismo modo en que el sol no necesita nombre para calentar.

—Sí —dije—. Tienes mis ojos.

Y al decirlo miré el espejo, y el espejo nos mostró a las dos —la madre y la hija, la mujer de veintiséis años que contenía más años de los que su cara mostraba y la niña de siete que contenía más sabiduría de la que su edad permitía— y los ojos eran los mismos, los ojos demasiado grandes para la cara que Lucille había heredado de Margaret y que ahora me miraban desde dos reflejos en un

espejo de Yorkshire en noviembre, y el reflejo no tardaba, y la imagen no distorsionaba, y lo que vi en el cristal fue simplemente lo que había delante: una familia incompleta pero viva, dañada pero en pie, reflejada con la fidelidad de los espejos que ya no tienen nada que ocultar.

XXII

La otra

Encontré el vestido una semana después de descubrir los espejos, en un baúl del tercer piso que no había abierto porque no había razón para abrirlo y porque las cosas que no se abren no pueden hacer daño, que es una mentira que repetía desde septiembre y que a estas alturas ya no me creía ni yo.

Era un vestido gris perla con cuello de encaje que no pertenecía a Margaret ni a Eleanor ni a la señora Blackthorn. Era demasiado moderno para Margaret, que vestía según la moda de mediados de la década, y demasiado caro para Eleanor, cuyo guardarropa entero —el que Hale había seleccionado y empacado en un baúl antes de enviarme a Yorkshire— costaba menos que el encaje de aquel cuello. Debajo del vestido había un cepillo de pelo con cabellos castaños enredados en las púas, un frasco de agua de lavanda a medio usar, y una carta sin terminar que empezaba con las palabras «Querido señor Hale, le escribo porque algo no está bien en esta casa, algo que» y se cortaba ahí, sin punto, sin firma, como una frase que alguien empezó a decir y que alguien le quitó de la boca.

Me senté en el suelo del tercer piso con la carta en las manos y el vestido gris perla sobre las rodillas y sentí algo que no era sorpresa ni horror ni la rabia de hierro que me acompañaba desde el laboratorio. Era algo más frío, más viejo, con el peso de las cosas que confirman lo que ya sabías pero que esperabas que no fuera

verdad: yo no era la primera. Antes de Eleanor Voss hubo otra mujer. Otra persona construida con los restos de Margaret Dorrell e instalada en esta casa como se instala un mueble de repuesto cuando el original se rompe, y la de repuesto también se había roto, porque la carta lo decía —«algo no está bien», esas cuatro palabras que contenían todo el horror de descubrir que lo que eres no es lo que crees ser— y entonces alguien la había retirado. Hale la había retirado. Del mismo modo que se retira una pieza defectuosa de una máquina y se sustituye por otra, sin ceremonia, sin explicación a los niños que habían visto irse a una mujer y llegar a otra y que habían aprendido a no preguntar porque las preguntas en aquella casa eran peligrosas.

«Me gusta más que las otras», había dicho Lucille.

Las otras. No las otras institutrices. Las otras Eleanors. Las otras Margaret. Las otras mujeres fabricadas con la cara de alguien que ya no existía y enviadas a una casa de Yorkshire a cuidar a unos niños que las miraban con ojos que conocían esa cara y no conocían a la persona que la llevaba. Cuántas habían sido. Eso no lo decía el baúl. Eso no lo decía nadie. Pero el vestido era uno solo, y la carta era una sola, y el cepillo tenía un solo tipo de cabello, lo que significaba que había habido al menos una antes de mí, y esa una había dormido en mi cama y enseñado a los niños y caminado por estos pasillos y un día había empezado a escribir una carta que nunca terminó y después se había ido, o la habían llevado, o había dejado de existir de la forma en que dejan de existir las cosas que nunca debieron existir en primer lugar.

Guardé el vestido en el baúl. Cerré la tapa. La carta me la quedé. La metí en el bolsillo derecho del delantal, donde pesaba como pesan las pruebas que no quieres tener pero que no puedes soltar porque soltar sería olvidar, y olvidar es lo que hacían las mujeres que ponían en esta casa: olvidar hasta que el olvido se rompía y entonces las retiraban y ponían a otra.

Esa tarde llegó una carta de Hale. No la del baúl. Una nueva. Dirigida a la señora Blackthorn, que la leyó de pie en la cocina con la expresión que tenía cuando algo la obligaba a recalcular, la expresión de un ingeniero que descubre una grieta en una

estructura que creía estable. Después me la dio sin comentario. Yo la leí de pie también, porque las cartas de Hale se leían mejor de pie, con los pies plantados en el suelo, como si la verticalidad fuera un escudo contra lo que contenían.

Señora Blackthorn: He recibido su comunicación sobre los cambios en la Mansión Dorrell, incluyendo la retirada del crespón de los espejos y el acceso de la señorita Voss al dormitorio principal. Debo recordarle que cualquier alteración en las disposiciones de la casa requiere mi autorización expresa como administrador de la propiedad y tutor legal de los menores. Tengo previsto visitar la mansión la próxima semana para evaluar la situación. Le ruego que mantenga las condiciones actuales hasta mi llegada. Adjunto documentación relevante sobre los términos de la tutoría. Edmund Hale.

—Viene —dijo Blackthorn.

—Que venga —dije.

Blackthorn me miró con la evaluación silenciosa que le conocía. Buscaba en mi cara algo que le dijera si estaba lista para lo que la visita de Hale significaba: no una conversación sino una batalla, no una inspección sino un intento de recuperar el control que había empezado a perder cuando los espejos se descubrieron y la mujer que dormía en la habitación de invitados se mudó al dormitorio de Margaret.

—La documentación de la tutoría —dijo Blackthorn, y su voz tenía el filo de quien ha pensado algo durante mucho tiempo y que al decirlo por fin encuentra que las palabras salen más afiladas de lo que esperaba—. Hale tiene la tutoría porque Margaret fue declarada muerta. Si Margaret no está muerta, la tutoría no es válida.

La frase se quedó en la cocina como se queda el humo después de apagar una cerilla: visible un momento, después invisible pero todavía presente en el olor. Margaret no estaba muerta. Yo era Margaret. Y si yo era Margaret, Hale no tenía derecho sobre los niños. Pero si yo reclamaba ser Margaret, tendría que probarlo, y probar que una mujer es quien dice ser cuando su identidad fue borrada con placas de colodión era un problema que ningún tribunal de Yorkshire había enfrentado jamás y que ningún abogado de

Whitby sabría cómo abordar. Los cuadernos de Dorrell eran evidencia. Las placas eran evidencia. Pero eran evidencia de algo que la ciencia no reconocía y que la ley no contemplaba, y en la distancia entre lo que yo sabía que era verdad y lo que un juez aceptaría como verdad cabía toda la Mansión Dorrell con sus secretos dentro.

—Los cuadernos —dije—. Los cuadernos son la prueba. No de lo que Dorrell hizo, que nadie creerá. Sino de lo que Hale sabía. Hale administró el proceso. Hale seleccionó a la primera mujer, y cuando falló, me seleccionó a mí. Los cuadernos y sus cartas prueban que Hale sabía que Margaret estaba viva y que mintió al registro civil. Eso es fraude. Eso sí lo entiende un tribunal.

Blackthorn me miró con una expresión que no le había visto: algo que estaba entre el asombro y el reconocimiento, como el gesto de alguien que ve una planta florecer en un lugar donde no plantó nada y que entiende que la semilla estaba ahí antes de que llegara, esperando condiciones que no dependían de ella.

—Margaret pensaba así —dijo, y no lo dijo como halago ni como observación clínica sino como constatación de algo que la aliviaba y la asustaba al mismo tiempo—. Encontraba el ángulo que los demás no veían.

No respondí. No porque no quisiera sino porque la frase me había dejado sin el aire necesario para hacerlo. Margaret pensaba así. Margaret encontraba el ángulo. Cada vez que alguien me comparaba con ella —Poole con su «Usted le habría gustado», Lucille con su «Me parezco a ti», Thomas con su «mamá» dicho dormido y después despierto— la comparación me rompía un poco más y me recomponía un poco más al mismo tiempo, como el mar que erosiona la roca y la moldea en una forma que solo existe porque ambas fuerzas actuaron juntas.

Esa noche no pude dormir. No por la carta de Hale, que era amenaza previsible. No por el vestido gris perla, que era horror ya procesado. No pude dormir porque la pregunta que había flotado debajo de todas las demás preguntas desde septiembre subió a la superficie y se negó a hundirse: no quién era yo, que ya lo sabía, ni qué me habían hecho, que también lo sabía, sino quién quería ser. Y

esa pregunta era más difícil que las dos anteriores juntas porque no tenía respuesta en los cuadernos ni en las placas ni en la memoria de nadie. La respuesta estaba en un lugar que el proceso de Dorrell no había tocado porque no se puede tocar: el lugar donde las personas deciden, no donde recuerdan.

Me levanté de la cama. Bajé a la cocina en camisón, descalza, con el frío de noviembre en los pies que era el tipo de frío que despierta en lugar de adormecer. La cocina estaba oscura salvo por el resplandor naranja del fogón, que Poole mantenía encendido toda la noche porque, según ella, una casa sin fuego es una casa muerta, y la señora Poole tenía razón en eso como tenía razón en casi todo lo que decía, que era poco, pero certero.

Thomas estaba en la cocina. Sentado en el banco de madera junto al fogón, con las piernas demasiado cortas para tocar el suelo y un vaso de leche entre las manos que había calentado él mismo, porque Thomas era el tipo de niño que aprendía a hacer las cosas solo no por independencia sino por no molestar, que es una forma de independencia más triste y más permanente.

—No puedo dormir —dijo, sin mirarme, como si mi presencia fuera algo que había esperado y no algo que lo sorprendía.

—Yo tampoco —dije.

Me senté a su lado en el banco. No demasiado cerca. A la distancia que se sienta una institutriz junto a su alumno a medianoche, que es más cerca de lo que se sentaría de día pero no tan cerca como se sentaría una madre, porque la distancia entre institutriz y madre era la distancia que yo todavía no sabía cómo recorrer, aunque la dirección era clara y los pies querían moverse.

Thomas bebió un trago de leche. Se limpió el labio con el dorso de la mano —el gesto que le gustaba, el gesto que era suyo y de nadie más, el gesto que ningún proceso podía imprimir ni extraer porque pertenecía a los músculos y no a la memoria— y dijo:

—¿Sabe lo que me dijo papá la última vez que hablamos?

Era la primera vez que Thomas mencionaba a su padre fuera de las lecciones, fuera del contexto seguro de la composición sobre caballos y la aurora boreal. Esto era medianoche, y la cocina oscura, y la leche caliente, y la guardia bajada de un niño que no baja la

guardia nunca salvo cuando la oscuridad lo protege de ser visto vulnerable.

—No —dije.

—Dijo que hay cosas que se rompen y no se pueden arreglar. Pero que a veces lo que se hace con los pedazos es mejor que lo que había antes. —Me miró—. No sé si es verdad. Pero me gustaría que fuera verdad.

No le dije que era verdad. No le dije que no lo era. Lo que Thomas necesitaba en aquel momento no era una respuesta sino una presencia, alguien sentado a su lado en un banco de cocina a medianoche que no intentara explicar lo inexplicable ni arreglar lo irreparable ni prometer lo que no podía prometer, sino simplemente estar ahí, con los pies fríos en el suelo de piedra y el olor a ceniza del fogón y la leche que se enfriaba entre las manos de un niño que se parecía a su padre en la forma de pensar y a su madre en la forma de callar.

Le puse la mano en el hombro. No la mano de Eleanor ni la mano de Margaret. La mano de quien fuera yo ahora, la mujer que contenía a las dos y a ninguna y que estaba sentada en una cocina de Yorkshire en noviembre con un niño que era suyo de una forma que los documentos no podían certificar pero que los huesos sabían, los huesos que recordaban antes que la mente, los huesos que habían sostenido a este niño cuando era bebé y que ahora lo sostenían de otra forma, sin cargarlo, solo tocándole el hombro, porque a veces el peso de una mano sobre un hombro es lo que se necesita para que alguien sepa que no está solo.

Thomas se apoyó contra mi brazo. Un movimiento mínimo, de no más de dos centímetros, pero los dos centímetros pesaban como años, como los años que había pasado apoyándose solo contra sí mismo porque la persona contra la que se habría apoyado ya no estaba, o estaba pero no sabía que estaba, o estaba y sabía pero no podía decirlo porque decirlo habría sido romper algo que todavía no estaba listo para romperse.

—¿Se va a quedar? —preguntó.

La pregunta más simple del mundo. Pero en aquella cocina, con aquel niño que había visto irse a su madre y llegar a una extraña

con su cara y después a otra extraña con su cara y después a mí, la pregunta no era simple. Era la pregunta más importante que nadie me había hecho desde que llegué a la Mansión Dorrell. Más importante que «¿recuerdas el jardín?». Más importante que «¿usted es ella?». Porque las otras preguntas miraban hacia atrás. Esta miraba hacia adelante.

—Sí —dije.

Y la palabra salió sin el retraso que acompañaba a todas mis otras decisiones en aquella casa, sin la racionalización ni la negación ni el archivar para después. Salió limpia, directa, con la misma velocidad involuntaria con la que Thomas había dicho «mamá» despierto tres semanas antes, y al oírla salir de mi propia boca supe que no era una promesa que yo le hacía a Thomas sino una declaración que yo me hacía a mí misma, la primera declaración de voluntad pura que hacía desde que existía, porque todo lo demás —quedarme, investigar, enfrentarme a Hale, perdonar a Blackthorn, abrir los espejos— había sido respuesta a algo que otros habían hecho, y esto era iniciativa, esto era dirección, esto era una mujer decidiendo que el lugar donde está es el lugar donde quiere estar y que los pedazos de los que está hecha, aunque no sean los pedazos originales, son suyos.

Thomas terminó la leche. Se levantó del banco. Al pasar junto a mí de camino a la escalera, se detuvo y dijo:

—Cuando venga el señor Hale, no deje que se lleve los cuadernos.

Subió. Lo escuché caminar por el pasillo del segundo piso con los pies descalzos que hacían un sonido diferente al de los pies con zapatos, más suave, más íntimo, el sonido de alguien que camina por su propia casa a oscuras sin necesitar luz porque conoce cada tabla, cada desnivel, cada esquina, y ese conocimiento es una forma de pertenencia que no requiere documentos.

Me quedé en la cocina. El fogón crepitaba con la constancia de las cosas que no piensan en sí mismas, que simplemente hacen lo que hacen —arder, calentar, iluminar— sin preguntarse si tienen derecho a hacerlo. Y la carta de la mujer del vestido gris perla pesaba en mi bolsillo, y la carta de Hale pesaba en la mesa, y entre

las dos cartas estaba yo, sentada en un banco de cocina con los pies fríos y el hombro todavía tibio donde Thomas se había apoyado dos centímetros que pesaban como años, y pensé en lo que Dorrell le había dicho a Thomas sobre las cosas rotas y lo que se hace con los pedazos, y pensé que Dorrell estaba equivocado y tenía razón al mismo tiempo, porque no es que lo que se hace con los pedazos sea «mejor» —mejor es una palabra que implica comparación, y comparar lo que eres con lo que habrías sido no tiene solución— sino que es diferente, es nuevo, es algo que solo existe porque todo lo demás se destruyó, como las flores del espino negro que solo aparecen en febrero, cuando el invierno ha hecho todo lo que puede hacer y la planta decide que es hora de florecer.

Subí a la cama. Cerré los ojos. Y el último pensamiento antes de dormir fue sobre los formularios que llegarían con la visita de Hale, los formularios que requerirían un nombre, una firma, una persona legal que pudiera recibir lo que le pertenecía, y el pensamiento se enroscó alrededor de la pregunta que seguía sin respuesta —cómo me llamo, cómo me llamo, cómo me llamo— como se enrosca una enredadera alrededor de un muro, buscando luz, buscando algo sólido donde agarrarse.

No encontré la respuesta esa noche. Pero sabía dónde buscarla. No en los cuadernos. No en las placas. No en los espejos recién descubiertos que ahora reflejaban sin retraso a una mujer que ya no estaba dividida. La respuesta estaba en el ala este, detrás de los tablones que Dorrell había clavado y que nadie había arrancado, donde la luz no entraba desde hacía años y donde la oscuridad guardaba lo último que quedaba por abrir.

XXIII

La luz del ala este

Los documentos de la tutoría llegaron el último día de noviembre, en un sobre grueso que la señora Poole dejó junto a mi plato sin comentario, junto a mi plato, sin ceremonia.

El sobre contenía formularios. Formularios que requerían un nombre, una firma, una identidad legal que pudiera recibir la custodia de dos menores y la administración de una propiedad en Yorkshire. Y el espacio donde debía ir el nombre estaba vacío, esperando, con la paciencia de las casillas que no tienen prisa porque saben que la persona que debe llenarlas llegará cuando esté lista.

No estaba lista. Lo supe al mirar la casilla, al sentir que la pregunta que había flotado debajo de todas las demás preguntas desde mi llegada a la Mansión Dorrell —no «quién soy» ni «quién quiero ser» sino «cómo me llamo», que es más pequeña y más difícil— seguía sin respuesta. Eleanor Voss era una ficción. Margaret Dorrell era una mujer que ya no existía en la forma en que los documentos exigen que las personas existan: completa, verificable, con un pasado que se puede rastrear y un presente que se puede certificar. Y la persona que yo era —la tercera, la que vivía entre ambas, la del hierro y la determinación y los huecos que dolían y la música que sonaba dentro del pecho— no tenía nombre, porque los

nombres se reciben o se eligen, y los que me habían dado me los habían dado otros, y los que podía elegir no existían todavía.

Dejé los formularios sobre el escritorio del dormitorio principal. La casilla vacía me miró desde el papel con la misma expresión que tenía la placa octava en el estante del laboratorio: la expresión de las superficies que esperan ser llenadas.

Bajé al ala este.

Lo había decidido la noche anterior, sin dramática, sin que el momento de la decisión se distinguiera del resto de los pensamientos que me acompañaban antes de dormir sin que el momento se distinguiera del resto. El ala este estaba abierta pero no liberada. La puerta sin cerrojo, sí. Las placas visitadas, sí. Pero las ventanas seguían clavadas con los tablones que Dorrell había puesto en enero de 1889, y los tablones mantenían el estudio en una penumbra permanente que era el último vestigio del régimen del laboratorio, la última barrera entre lo que la casa había sido y lo que podía ser.

Fui al cobertizo. Encontré un martillo y una palanca, herramientas que olían a aceite y a óxido y que tenían en los mangos las marcas de manos que no eran las mías, manos de jardineros y cocheros y del propio Dorrell quizá, que construyó parte de su laboratorio con sus propias manos porque la precisión que exigía no la confiaba a otros. Las tomé con la familiaridad de alguien que ha usado herramientas antes, aunque no sabía si esa familiaridad era de Eleanor —que había hecho trabajos manuales en el internado— o de Margaret —que cuidaba el jardín y que debía de haber manejado palas y rastrillos y las herramientas que requiere la tierra cuando se la trabaja en lugar de solo mirarla—, y la pregunta de la procedencia me pareció irrelevante, como me parecían ya todas las preguntas sobre qué venía de quién, porque la respuesta siempre era la misma: venía de mí.

Entré en el estudio de Dorrell con el martillo y la palanca. Las placas me observaron desde su estante, nueve superficies verticales que brillaban tenuemente en la oscuridad con esa fosforescencia que Dorrell había descrito en su último cuaderno y que yo ya no interpretaba como amenaza sino como presencia, la presencia de

fragmentos de una mujer que fue yo y que ahora vivía en el cristal de la misma forma en que las canciones viven en las partituras: completas en la escritura, necesitadas de un intérprete para sonar, pero existentes aunque nadie las toque.

Fui a la primera ventana. Los tablones estaban clavados con clavos largos que el tiempo había oxidado hasta fusionarlos parcialmente con la madera, y arrancarlos requirió fuerza, la fuerza de los brazos y de la espalda y de algo más que no era muscular, la fuerza que se encuentra cuando lo que se está haciendo es más que un acto físico. El primer tablón cedió con un quejido de madera que sonó como la voz de la casa protestando o quizá accediendo, porque los quejidos de las casas viejas son ambiguos y pueden ser resistencia o alivio según quién escuche.

Detrás del tablón había cristal. Cristal sucio, opaco de años de polvo acumulado en la superficie exterior, pero cristal, y a través de la suciedad entraba una luz que no era la luz oblicua de las rendijas sino una luz directa, frontal, la luz del este que solo recibe el ala este y que a media mañana de un día despejado de finales de noviembre tiene la calidad de la plata recién pulida: fría, limpia, sin el dorado del verano ni el gris del otoño, una luz de invierno que no halaga ni disimula sino que muestra las cosas como son, con sus manchas y sus grietas y su belleza imperfecta.

Arranqué el segundo tablón. El tercero. El cuarto. Con cada tablón que caía, la habitación ganaba un rectángulo de luz que avanzaba por el suelo y el avance de la luz transformaba lo que tocaba: la silla del laboratorio dejó de ser un instrumento de tortura y se convirtió en lo que era, una silla de madera vieja con los reposabrazos gastados; la cámara modificada dejó de parecer un ojo muerto y se convirtió en lo que era, una máquina obsoleta cubierta de polvo; y las placas, las nueve placas selladas en su estante, dejaron de brillar con su fosforescencia propia porque la luz del día la hacía innecesaria, del mismo modo en que las estrellas dejan de verse cuando sale el sol, no porque desaparezcan sino porque lo que las hacía visibles —la oscuridad— ha sido sustituido por algo más fuerte.

El último tablón fue el más difícil. No por los clavos, que cedieron con la misma docilidad oxidada de los anteriores, sino porque detrás de él estaba la ventana que daba al jardín, y la ventana que daba al jardín era la ventana desde la cual Dorrell había mirado a Margaret sentada en el banco blanco mientras decidía qué hacer con ella, y la perspectiva —el científico mirando al sujeto desde arriba, desde el laboratorio, desde el lugar del poder— era una perspectiva que al descubrirse iba a invertirse, porque ahora era el sujeto quien estaba arriba, en el laboratorio, con un martillo en la mano, arrancando los tablones que el científico había puesto para protegerla de las placas o para proteger a las placas de ella o para protegerse a sí mismo de lo que había hecho, que eran las tres cosas al mismo tiempo.

El tablón cayó. La ventana apareció entera, grande, con el marco de madera y los cristales divididos en seis paneles, y a través de los cristales sucios vi el jardín. El banco blanco. Los rosales dormidos. La escarcha de noviembre que convertía la grava en cristal. Y en el banco, dos figuras que no estaban ahí cuando subí: Thomas y Lucille, sentados donde se sentaban todos los días desde que les dije que el jardín era suyo, con los abrigos puestos y las mejillas rojas y el aliento que se convertía en vaho en el aire frío, y al ver la ventana descubierta los dos levantaron la cara hacia mí.

Lucille saludó con la mano. Un saludo grande, con todo el brazo, el saludo de alguien que ve a una persona que conocía en un lugar donde no esperaba encontrarla y que la alegría transforma en gesto excesivo. Thomas no saludó. Sonrió. La tercera sonrisa completa. Y la sonrisa, vista desde arriba, desde la ventana del laboratorio donde su padre había mirado a su madre con los ojos del científico que calcula y no del hombre que ama, fue la cosa más hermosa que había visto en aquella casa, más que la fotografía familiar, más que el retrato a lápiz de Margaret riendo, más que la aurora boreal que Thomas me había descrito con las palabras de un niño que recordaba el cielo verde, porque la sonrisa era presente, era ahora, era el primer acto del futuro en lugar del último eco del pasado.

Me quedé en la ventana. La luz del este entraba ahora por todas las ventanas del estudio y la habitación estaba transformada, no en

otra cosa sino en lo que siempre había sido debajo de la oscuridad: un taller, un estudio, una habitación donde un hombre había trabajado con sus manos y con su cabeza y había hecho cosas terribles y cosas hermosas, y donde ahora la luz mostraba las dos sin favorecer a ninguna, con la imparcialidad que solo tiene la luz cuando entra sin filtro. Los bocetos en las paredes. Los libros de poesía junto a los de química. El retrato a lápiz de Margaret riendo. La silla. La cámara. Las placas. Todo visible, todo iluminado, todo expuesto a un sol de invierno que no perdía nada ni ocultaba nada.

La señora Blackthorn apareció en la puerta del estudio. No la había oído subir. Vi su silueta recortada contra la luz del pasillo, y la silueta era más pequeña de lo que su presencia sugería, como siempre, porque Blackthorn ocupaba más espacio con su voluntad que con su cuerpo. Miró las ventanas. Miró los tablones en el suelo. Miró la luz. Y en su cara vi algo que no tenía nombre en su vocabulario habitual, algo que estaba entre la sorpresa y el reconocimiento y que se parecía a lo que se siente cuando un edificio que creías que iba a derrumbarse resulta que se sostiene, no porque alguien lo haya apuntalado sino porque la estructura era más fuerte de lo que parecía.

—Annie —dije—. Necesito que me ayudes con algo.

—¿Qué necesita?

—Un nombre.

Blackthorn entró en el estudio. Caminó entre los tablones caídos con el cuidado de quien camina entre escombros después de una demolición, y se detuvo junto a mí, frente a la ventana que daba al jardín, y las dos miramos a los niños en el banco, y el ángulo desde el que los mirábamos era el ángulo del laboratorio pero lo que veíamos no era un experimento sino una familia, y la diferencia entre ambas cosas era la misma diferencia que existe entre una cámara y un ojo: la cámara captura, el ojo mira, y mirar es un acto de voluntad que la captura no tiene.

—Los formularios de la tutoría necesitan un nombre —dije—. Y no puedo firmar como Eleanor Voss porque Eleanor Voss no existe. Y no puedo firmar como Margaret Dorrell porque Margaret Dorrell está

muerta según el registro civil y resucitarla legalmente abriría preguntas que no quiero responder.

—¿Qué nombre quiere? —preguntó Blackthorn, con la practicidad de quien aborda los problemas existenciales como aborda los domésticos: un problema a la vez, empezando por el que tiene solución.

Miré el jardín. Los niños. El banco. Las rosas dormidas que en primavera —si aún las cuidaba, si la tierra de Yorkshire seguía haciendo lo que la tierra hace cuando se la deja en paz— volverían a abrirse con esa obscenidad vegetal que el recuerdo de Margaret me había mostrado en la visión de julio. Pensé en los nombres que me habían dado: Eleanor, que era una ficción. Margaret, que era un antes. Pensé en los nombres que podía inventar: cualquier nombre, cualquier combinación de sonidos que un registro civil aceptara, porque los registros no piden pruebas de que un nombre sea verdadero, solo de que alguien lo reclame. Pero inventar un nombre habría sido hacer lo que hizo Hale: crear una identidad desde cero, como se crea un constructo, y yo no quería otro constructo. Quería algo que fuera mío de la misma forma en que los huecos eran míos: no por elección limpia sino por herencia sucia, por el derecho que se adquiere cuando algo te ha marcado lo suficiente como para que la marca se convierta en parte de lo que eres.

—Margaret —dije, y la palabra salió con un peso que no era el de las dudas que la precedieron sino el de la tierra que se pisa después de mucho tiempo en el agua, el peso de las cosas que se deciden no porque sean perfectas sino porque son verdaderas—. Pero no Dorrell.

Blackthorn me miró con una pregunta en los ojos que no formuló con la boca.

—Dorrell es la casa —dije—. Dorrell es el laboratorio y las placas y los cuadernos y el proceso. Y yo no soy el proceso. Soy lo que quedó después del proceso, y lo que queda después necesita un apellido que no sea el del hombre que lo causó ni el del hombre que lo administró.

—¿Qué apellido?

Pensé en la madre de Margaret, la que murió antes de que Edward naciera, la destinataria de las cartas que empezaban con «Querida mamá, hoy...» y que nunca terminaban. No recordaba su nombre. Los fragmentos de Margaret que habían sobrevivido al proceso no incluían ese dato, porque el proceso había extraído los recuerdos específicos pero había dejado la emoción, y la emoción de la madre de Margaret era calor sin cara, voz sin palabras, una presencia que se sentía en los huesos cuando el frío apretaba.

—Blackthorn —dije.

Annie Blackthorn se quedó inmóvil. Inmóvil de verdad, con esa inmovilidad que solo producen las cosas que no se esperan y que al llegar detienen el mecanismo del cuerpo durante un instante, con la inmovilidad de lo inesperado.

—No puede... —empezó.

—Puedo —dije—. No es tu apellido de casada. Es tu apellido de soltera, y tú no lo estás usando, y yo necesito uno que signifique lo que necesito que signifique, y lo que necesito que signifique es esto: que la persona que me sostuvo la mano veintitrés noches y que cambió las sábanas durante tres años y que fue a Whitby a buscar los cuadernos y que se paró en la puerta del salón con los brazos cruzados cuando Hale vino a llevarse a mis hijos es la persona que me dio la vida que tengo ahora. No la vida de Eleanor, que me la dio Hale. No la vida de Margaret, que me la dio Dorrell. La vida de después. La que es mía. Esa me la diste tú.

El silencio que siguió fue un silencio de noviembre: frío, claro, con la transparencia del aire que ha sido lavado por la escarcha y que deja ver las cosas a una distancia que el otoño no permitía. Blackthorn me miraba con los ojos húmedos y la mandíbula apretada y las manos junto al cuerpo y todo el sistema de contención que la había sostenido durante años funcionando al máximo para no ceder, para no derrumbarse, para no hacer lo que su cara quería hacer y que su voluntad no le dejaba, que era llorar, simplemente llorar, como lloran las personas a las que les devuelven algo que creían perdido para siempre.

—Margaret Blackthorn —dijo, probando el nombre con la misma lentitud con que se prueba un plato que otro ha cocinado y que uno

no sabe si va a gustarle—. Margaret Blackthorn.

—Es un buen nombre —dije.

—Es un nombre imposible —dijo, pero lo dijo con una sonrisa que era la primera que le veía en dos meses, una sonrisa que no era de alegría sino de rendición, la rendición de alguien que ha luchado contra algo durante mucho tiempo y que al dejar de luchar descubre que lo que combatía no era un enemigo sino un regalo que no sabía cómo recibir.

Margaret Blackthorn. El nombre se asentó dentro de mí con la naturalidad de las cosas que no son perfectas pero que encajan, como una llave que entra en una cerradura no porque haya sido cortada para esa cerradura sino porque el uso la ha desgastado hasta darle la forma correcta. Margaret, que era mi nombre de antes, el que me conectaba con una vida que fue mía aunque no la recordara entera, con unos hijos que eran míos aunque me los quitaran y me los devolvieran con la cara cambiada, con un jardín y un piano y un sabor a tierra que era el sabor de la memoria empujando desde abajo. Y Blackthorn, que era el nombre de la mujer que me había sostenido la mano cuando nadie más podía, el nombre que significaba espino negro, la planta que crece en los páramos de Yorkshire donde nada más crece, que florece en invierno cuando todo lo demás está dormido, y que tiene espinas que cortan si la tocas mal pero flores blancas que aparecen en febrero, el mes en que Dorrell murió y el mes en que Margaret empezó a volver, como si la planta y la persona siguieran el mismo ciclo: herida, invierno, espina, y después, cuando nadie lo espera, flor.

Bajé al jardín. Salí por la puerta de la cocina, donde la señora Poole estaba pelando patatas junto al fogón con la regularidad de un metrónomo que nunca se detiene, y al pasar junto a ella le dije «me llamo Margaret Blackthorn», y Poole dejó de pelar durante un segundo —un segundo: la concesión máxima que la señora Poole le hacía a lo extraordinario— y dijo «bien», y reanudó el pelado con una precisión que era su forma de decir que el mundo podía reorganizarse a su alrededor cuantas veces quisiera, que ella seguiría pelando patatas y poniendo platos y manteniendo el fuego encendido, porque alguien tenía que hacerlo y ese alguien siempre

había sido ella y seguiría siéndolo mientras hubiera una cocina y personas que alimentar.

Salí al jardín. El aire de noviembre me golpeó la cara con un frío que era claridad, el tipo de frío que despierta en lugar de adormecer, que abre los poros en lugar de cerrarlos, que hace que cada respiración sea un acto consciente de estar viva. Los niños me vieron venir desde el banco. Lucille saltó al suelo. Thomas se levantó con la lentitud de quien no quiere parecer ansioso pero lo es.

—¿Qué hacías ahí arriba? —preguntó Lucille, señalando las ventanas del ala este, que ahora brillaban sin tablones por primera vez en años, reflejando el sol de noviembre con un brillo que cambiaba la silueta de la casa entera, con un brillo que cambiaba su silueta entera.

—Abrir ventanas —dije.

—¿Por qué?

—Porque ya no hay que proteger nada de la luz.

Lucille asintió con la solemnidad de quien acepta una explicación que confirma algo que ya sabía. Thomas me miró con los ojos que tenía cuando procesaba algo grande, los ojos que había heredado de su padre y que usaba como su padre los usaba: para mirar las cosas hasta entenderlas, con la paciencia del que sabe que entender requiere tiempo y que el tiempo, en aquella casa donde los relojes llevaban años marcando las tres y diecisiete, era lo único que sobraba.

—¿Puedo subir? —preguntó—. ¿Al estudio de papá?

La pregunta contenía años de prohibición. Años de puertas cerradas y cerrojos y reglas que los niños habían obedecido no porque las entendieran sino porque desobedecer habría sido añadir un peligro más a una casa que ya tenía demasiados. Pero la pregunta también contenía curiosidad, la curiosidad de un hijo por el lugar donde su padre trabajaba, donde pasaba las noches, donde hacía las cosas terribles y las cosas hermosas que Thomas había aprendido a sostener dentro de sí mismo sin saber cuál de los dos pesaba más.

—Sí —dije—. Puedes subir.

Subieron los dos. Lucille primero, como siempre, con los pies que subían los escalones de dos en dos y la energía de alguien que no ha aprendido a dosificar porque no ha necesitado hacerlo. Thomas después, con la lentitud que no era cautela sino respeto, el paso del que entra en un lugar que le pertenece pero que también le pertenece a otros, a personas que ya no están pero cuya presencia impregna las paredes del mismo modo que el colodión las impregnaba.

Entraron en el estudio. La luz los recibió con la generosidad que la luz tiene cuando se le da espacio, y los dos se quedaron de pie en el centro de la habitación mirando las cosas que contenía con los ojos de quien visita un museo dedicado a su propia familia: la cámara, los libros, los bocetos, la silla, las placas. Lucille fue directamente al retrato a lápiz de Margaret riendo y lo miró con la inclinación de cabeza que usaba para evaluar dibujos y dijo «no se le daba bien dibujar», que era el veredicto más honesto y más tierno que podía darle al trabajo de su padre. Thomas fue a los libros. Pasó los dedos por los lomos con la reverencia de quien toca reliquias, y al llegar a uno —un volumen de poesía de Keats con el lomo roto— lo sacó del estante y lo abrió por una página que tenía una hoja seca prensada entre los versos, una hoja de roble que conservaba su forma perfecta aunque el color se hubiera ido, y Thomas la sostuvo sobre la palma de su mano y la miró con la cara que tenía cuando miraba cosas que no podía decir con palabras y que por eso miraba más tiempo, como si la mirada fuera un idioma que las palabras no podían traducir.

No le pregunté qué pensaba. No necesitaba preguntarle. Thomas estaba en el estudio de su padre, con la luz del este entrando por ventanas que llevaban años cerradas, sosteniendo una hoja de roble que su padre había guardado entre versos de Keats, y lo que pensaba era lo que cualquier hijo piensa cuando toca las cosas de un padre que amó y que hizo daño y que murió sin poder arreglar lo que rompió: pensaba que el mundo es un lugar donde las hojas se guardan en los libros y las personas se guardan en las placas y que la diferencia entre las dos cosas es que las hojas se

guardan por amor y las personas no deberían guardarse en absoluto.

Bajamos los tres. El sol de noviembre estaba ya alto y la Mansión Dorrell, con las ventanas del ala este abiertas y los espejos descubiertos y las cortinas del dormitorio principal corridas, tenía un aspecto que no le había visto: el aspecto de una casa habitada. No perfecta. No restaurada. No la casa que fue antes de que Dorrell empezara su proceso ni la casa que Hale intentó administrar como un museo de crímenes. Una casa con luz desigual, con habitaciones que todavía olían a colodión y otras que olían a avena, con relojes detenidos a las tres y diecisiete y con niños que corrían por los pasillos, con placas selladas en un estante y dibujos nuevos en las paredes, con la marca de lo que fue y la forma de lo que estaba siendo, y las dos cosas conviviendo sin resolverse, como conviven en cualquier casa donde se ha vivido lo suficiente.

Esa noche, en el escritorio del dormitorio principal, con el anillo de piedra verde en el dedo y el chal de Margaret sobre los hombros, llené la casilla del formulario. Escribí el nombre con una letra que no era la de Eleanor ni la de Margaret sino una tercera, una letra que estaba encontrando su propia inclinación y su propio ritmo, encontrando su propia inclinación.

Margaret Blackthorn.

Firmé. El trazo fue firme y la tinta fue negra y el nombre fue mío, y al escribirlo sentí que algo se completaba, no con la perfección de un círculo que se cierra sino con la solidez de un cimiento que se asienta: imperfecto, visible, con grietas que el tiempo ensanchará o reducirá según las condiciones, pero suficiente para sostener lo que se construya encima.

XXIV

Flor de invierno

El espino negro floreció en febrero, como hacen los espinos negros: cuando nadie lo espera, cuando la tierra todavía está dura y el páramo parece un dibujo hecho solo con grises, sin que nadie le haya dado permiso para usar otro color.

Lo encontré un martes por la mañana, al borde del sendero que lleva del jardín al páramo, un arbusto bajo y retorcido que había pasado todo el invierno siendo nada más que ramas negras y espinas y que ahora, sin transición, sin la gradualidad que las otras plantas conceden a la primavera, estaba cubierto de flores blancas. No muchas. Las suficientes para que al verlas desde la ventana de la cocina pareciera que alguien había dejado caer un puñado de sal sobre un esqueleto oscuro. Las flores eran pequeñas, de cinco pétalos, con un centro amarillo que el frío de febrero no había conseguido desanimar, y su olor —porque me acerqué a olerlas, porque a estas alturas mi relación con los olores de aquella casa y de aquel jardín y de aquel páramo había dejado de ser investigación y se había convertido en costumbre— era amargo. No desagradable. Amargo como el té sin azúcar, como la tierra después de la helada, como las cosas que no intentan gustar sino que simplemente son lo que son y dejan que el que se acerca decida si lo que son le basta.

Me bastaba.

Los meses de invierno habían pasado con la lentitud de las cosas que se reconstruyen: no la lentitud del aburrimiento sino la del cuidado, la del albañil que coloca una piedra y espera a que el mortero seque antes de colocar la siguiente. Diciembre trajo nieve, la primera que los niños veían desde la puerta de la casa en lugar de desde la ventana de una sala de estudio, porque les permití salir, les permití correr, les permití hacer las cosas que los niños hacen cuando hay nieve y cuando la persona que los cuida entiende que el frío no es un enemigo sino una estación y que las estaciones, como las personas, merecen ser vividas en lugar de evitadas. Thomas construyó algo que llamó fortaleza y que era un montículo con pretensiones. Lucille se tumbó en la nieve boca arriba y movió los brazos para hacer la marca de un ángel, y al levantarse miró la forma que había dejado en la superficie blanca y dijo que parecía una mariposa más que un ángel, y que las mariposas eran mejores porque existían.

Enero fue el mes del piano. Lo afiné yo, con un manual que encontré en la biblioteca de Dorrell y con las herramientas que venían dentro del taburete, en un compartimento que Margaret conocía y Eleanor no y que mis manos abrieron sin buscar. La afinación no fue perfecta. Nunca lo sería. El piano llevaba demasiados años sin uso y la madera había cedido en algunos puntos y las cuerdas tenían una rigidez que el afinador no podía corregir del todo, como los músculos de alguien que ha estado quieto demasiado tiempo y que al moverse recupera casi toda la flexibilidad pero no toda, y el «casi» se nota en las notas altas, que suenan con una tensión que no es del todo desafinación pero que tampoco es del todo afinación, un lugar intermedio que a otro pianista le habría molestado pero que a mí me parecía honesto, porque los pianos que suenan perfectos mienten igual que las personas que lo parecen.

Tocaba el nocturno cada noche. No por ritual ni por necesidad terapéutica ni por ninguna de las razones que un médico habría aprobado. Lo tocaba porque me gustaba. Porque la melodía era bonita y porque mis dedos la recordaban y porque tocarla a última hora, con los niños ya en la cama y la señora Poole en su habitación

y Annie en la suya —Annie, que ya no dormía en el cuarto del servicio sino en la habitación de invitados del primer piso, porque las jerarquías de la casa habían cambiado y el cambio se había manifestado no con una conversación sino con una mudanza silenciosa de sábanas y almohadas que Annie hizo una noche sin anuncio ni permiso, con la eficiencia que aplicaba a todo y con una expresión que no admía comentarios—, era la forma en que la casa se cerraba. No con cerrojos. Con música.

Los relojes seguían detenidos a las tres y diecisiete. No los arreglé. Podría haberlo hecho —el generador estaba intacto, según Thomas, que lo había inspeccionado con la seriedad de un ingeniero de ocho años—, pero elegí no hacerlo. Las tres y diecisiete eran la hora de la última noche de Dorrell, la hora en que selló las placas y el generador se apagó y la casa dejó de medir el tiempo, y había algo en esa detención que me parecía correcto, no como monumento sino como recordatorio: de que hubo un momento en que alguien detuvo algo que no debía seguir, y de que la detención, aunque tardía, aunque insuficiente, aunque hecha por un hombre que murió esa misma noche en la silla donde sentaba a su esposa, fue un acto de voluntad, y los actos de voluntad merecen ser recordados incluso cuando lo que los provocó fue terrible, porque la alternativa —olvidar que se puede elegir— es peor que recordar que la elección llegó tarde.

En febrero, el día del espino negro, recibió la casa una visita que no esperaba.

No era Hale. Hale no había vuelto y no volvería. Lo sabía con la certeza que dan las despedidas que se hacen en susurros: el «Margaret» que dijo al pasar junto a mí la noche de la confrontación era una puerta que se cerró, y las puertas que se cierran con nombres propios no se reabren. Hale estaba en Whitby, administrando los casos de otros, sentándose en sillones de otros salones, aplicando su inteligencia formidable a problemas que no lo desangraban por dentro. A veces, en los días claros de invierno en los que el páramo se extendía hasta el horizonte con la nitidez de un grabado, pensaba en él con una complejidad que habría sorprendido a la Eleanor de septiembre: no con odio, no con gratitud, no con

perdón, sino con la mezcla sin nombre que se siente hacia las personas que te han hecho un daño profundo por razones que, vistas desde el ángulo correcto, se parecen al amor lo suficiente como para que la diferencia sea discutible.

La visita era un hombre bajo, con un maletín de cuero y un sombrero que se quitó al entrar con la torpeza de quien no está acostumbrado a las casas grandes. Se llamaba Whitfield. Era fotógrafo. Había venido desde Whitby porque Thomas le había escrito una carta —Thomas, que escribía cartas con la caligrafía de un funcionario y la precisión de un científico, herencias ambas de un padre que habría aprobado la forma aunque no el contenido— pidiéndole que viniera a la Mansión Dorrell a hacer un retrato de familia.

No lo supe hasta que Whitfield estaba en el vestíbulo con su cámara y su trípode y esa expresión desconcertada que tienen los profesionales cuando llegan a un encargo y descubren que el encargo es más extraño de lo que la carta sugería. Thomas apareció detrás de él con una expresión que era la versión adulta de su sonrisa de noviembre: contenida pero entera, con algo debajo que brillaba como brilla el agua debajo del hielo cuando le da el sol.

—He pensado —dijo, y la frase tuvo la estructura de las frases de Thomas: como un puente que se cruza piedra a piedra, con cuidado de no pisar donde no hay apoyo— que la última fotografía de esta familia la hizo papá, y que papá no está en ella porque era el que sostenía la cámara. —Me miró—. Esta vez quiero que estemos todos los que estamos. Y que la haga otro.

No dije nada durante un momento. El momento lo necesitaba la parte de mí que todavía se sorprendía ante la capacidad de Thomas para hacer cosas enormes con palabras pequeñas, la parte que había aprendido que los niños que menos hablan son a menudo los que más piensan y los que, cuando actúan, actúan con una precisión que los adultos rara vez alcanzan porque los adultos contaminan la acción con la explicación y Thomas no explicaba: hacía.

El señor Whitfield instaló su cámara en el jardín. No en el salón, no en la biblioteca, no en ningún interior. En el jardín, junto al banco blanco, porque Thomas —que había organizado todo con un nivel de

detalle que revelaba semanas de planificación silenciosa— había especificado el lugar en su carta al fotógrafo. El banco blanco, con el páramo detrás y la casa detrás del páramo y el cielo de febrero detrás de la casa, un cielo que no era gris ni azul sino los dos, como si el invierno y la primavera estuvieran negociando la frontera y ninguno cediera.

Nos sentamos. Los cinco. No los cuatro de la fotografía de Dorrell con sus ausencias incluídas. Los cinco que éramos ahora: Annie en un extremo del banco, con la espalda recta y la mandíbula en posición de resistencia que ya no era resistencia sino hábito, la forma que había adoptado su cara durante tantos años que quitarla habría sido como quitar la corteza de un árbol. La señora Poole en el otro extremo, sentada con la incomodidad de alguien que no está acostumbrada a ser fotografiada y que ha protestado antes de aceptar con un «bueno, si insisten» que era su forma de decir que le importaba más de lo que admitía. Thomas a mi derecha, con la chaqueta limpia que se había puesto sin que nadie se lo pidiera y que le quedaba un poco corta de mangas porque había crecido durante el invierno sin que nadie se diera cuenta salvo la ropa, que es la primera en registrar el crecimiento de los niños. Lucille a mi izquierda, sin el cuaderno verde por primera vez en meses, las manos vacías sobre el regazo, los ojos puestos en la cámara con una curiosidad que no era la de una niña que mira un objeto sino la de una artista que evalúa una herramienta.

Y yo en el centro. En el lugar de Margaret. Con el chal de lana sobre los hombros y el anillo de piedra verde en el dedo y los pies que conocían cada baldosa del sendero y las manos que sabían pelar manzanas en espiral y deshacer nudos en el pelo de una niña y encontrar cerraduras en la oscuridad y tocar un nocturno en un piano desafinado. Con los huecos que dolían y que seguirían doliendo, porque los huecos no se llenan con el tiempo sino que se aprende a vivir con ellos como se aprende a caminar con una pierna que cojea: no olvidándola sino incorporándola al paso hasta que el paso cojo se convierte en tu paso y el paso es tuyo aunque no sea el que tendrías si nadie te hubiera dañado. Con la rabia de hierro que seguía ahí, en el fondo, más pequeña que en octubre pero presente,

como el rescoldo de un fuego que se apagó pero que conserva calor suficiente para recordarte que hubo fuego. Y con algo más. Algo que no era ni rabia ni dolor ni la integración que Blackthorn había nombrado ni el reconocimiento que los niños me habían dado ni el perdón que le extendí a Annie ni la música que sonaba dentro de mi pecho cada noche al cerrar los ojos. Algo que no tenía nombre, quizá porque los nombres son recipientes y lo que yo sentía era demasiado grande para caber en uno, o quizá porque las cosas más importantes no necesitan nombre para existir, del mismo modo en que los árboles no necesitan que nadie los llame árboles para dar sombra.

El señor Whitfield se metió debajo de la tela negra de su cámara. La cámara me miró con su ojo de cristal, y por un instante —breve, del tamaño de un latido— sentí algo que se parecía al miedo, un eco del miedo antiguo, la memoria del cuerpo que sabía lo que las cámaras podían hacer cuando las manejaba un hombre con la intención equivocada. Pero el instante pasó. Pasó porque la cámara del señor Whitfield no era la cámara de Dorrell. Era una cámara normal, sin modificaciones, sin la óptica que capturaba lo que no debía ser capturado. Era un ojo que miraba para recordar, no para extraer, y la diferencia entre ambos actos —recordar y extraer, mirar y capturar, ver y tomar— era la diferencia entre esta fotografía y las nueve placas que descansaban en el estudio de arriba, selladas, inaccesibles, vivas de una forma que la ciencia no podía medir pero que la casa seguía sintiendo en las paredes y en el aire y en la forma en que la luz de la tarde entraba por las ventanas del ala este y hacía brillar el polvo como partículas de oro suspendidas en el tiempo.

Whitfield dijo que nos quedáramos quietos. Nos quedamos quietos. Lucille se movió una vez, porque Lucille no podía quedarse quieta más de diez segundos sin que algún impulso la recorriera como una corriente eléctrica, pero Thomas le puso la mano en el brazo y el impulso se detuvo, y Lucille le dirigió a su hermano una mirada que era reproche y gratitud a partes iguales, la mirada que se dirigen los hermanos que han sobrevivido juntos a algo y que tienen un lenguaje hecho de gestos que nadie más descifra.

La cámara disparó. El sonido fue un clic seco, metálico, sin el zumbido eléctrico de la máquina de Dorrell ni el olor a colodión que acompañaba las sesiones. Solo un clic. El sonido más pequeño del mundo produciendo algo que duraría más que todos nosotros: una imagen, un instante, cinco personas sentadas en un banco blanco en un jardín de Yorkshire en febrero, con un espino negro florecido a la derecha del encuadre y una casa al fondo cuyas ventanas brillaban con la luz del este que ya no tenía tablones que la detuvieran.

Después del clic, Lucille se levantó del banco y corrió hacia el espino. Le arrancó una flor. Volvió corriendo y me la puso en la mano con la seriedad de quien entrega un documento importante, y la flor era blanca y pequeña y tenía cinco pétalos y un centro amarillo y espinas en el tallo que me pincharon la palma, y el pinchazo fue bueno, fue real, fue la confirmación de que las cosas que son hermosas también pueden hacer daño y de que eso no las hace menos hermosas, solo más verdaderas.

Esa noche toqué el nocturno. Lo toqué con la ventana abierta porque febrero, a pesar del frío, tenía noches en las que el aire era tan limpio que parecía una lástima no dejarlo entrar, y la música salió por la ventana y se mezcló con la noche del páramo y el páramo la absorbió como absorbía todo —la niebla, la lluvia, las voces, la luz, las cosas que las personas hacen y dicen y sienten— con la paciencia de la tierra que no tiene prisa porque sabe que todo lo que sube termina por volver a ella.

Al terminar el nocturno cerré la tapa del piano. Me levanté del taburete. Fui a la ventana. El jardín estaba oscuro salvo por la mancha blanca del banco, que brillaba bajo la luna como había brillado bajo la escarcha de noviembre y bajo la nieve de diciembre y bajo el sol de enero y que seguiría brillando bajo lo que viniera después, porque los bancos de los jardines de las casas antiguas están hechos para durar más que las personas que se sientan en ellos, y la persistencia del banco era la persistencia de todo lo que había sido amado con suficiente fuerza: sobrevive no porque sea fuerte sino porque lo que lo sostiene —la pintura, los clavos, la madera, el hábito de alguien que se sienta en él cada tarde— se renueva.

Me acosté en mi cama. En mi lado. Con la flor de espino en la mesilla junto al anillo y al cuaderno rojo y a la lámpara de aceite que ya casi no usaba porque las noches de febrero eran cortas y los días largos y la oscuridad, que había sido la condición natural de la Mansión Dorrell cuando llegué en septiembre, se había retirado a los rincones donde pertenecía, dejando el centro de las habitaciones para la luz, que es donde la luz pertenece.

Cerré los ojos. Y el último pensamiento antes de dormir no fue sobre las placas ni sobre los cuadernos ni sobre Hale ni sobre Dorrell ni sobre el proceso ni sobre la mujer que fui ni sobre la mujer que me inventaron. El último pensamiento fue sobre las rosas. Las rosas del jardín que en unos meses —en abril, quizá, o en mayo, cuando Yorkshire decidiera que el invierno había durado lo suficiente— volverían a abrirse, y el olor llegaría hasta la ventana del dormitorio y entraría por la mañana con la luz y me despertaría, y lo primero que haría al despertar sería bajar al jardín y sentarme en el banco y esperar a que los niños salieran de la casa con los zapatos a medio poner y el pelo sin peinar y esa energía desbordante que tienen los niños cuando saben que el día va a ser bueno, y los miraría correr entre los rosales y llenarse las manos de pétalos y traerme ramos que se deshacen antes de llegar porque los niños no saben que las flores hay que cortarlas con cuidado y no importa, no importa en absoluto, porque lo que importa no es el ramo sino las manos que lo traen y la cara que se ilumina al entregarlo y la voz que dice «mira, mamá» con la certeza de quien sabe que la persona a la que se lo dice va a estar ahí para mirarlo.

Voy a estar ahí.

No porque me lo hayan impreso ni porque un constructo me lo dicte ni porque las placas me empujen ni porque la casa me retenga. Voy a estar ahí porque elijo estarlo, y la elección es el único acto que ningún proceso puede replicar ni ninguna cámara puede capturar ni ningún cuaderno puede documentar, porque la elección ocurre en un lugar que no tiene superficie sobre la cual imprimirse, un lugar que no es memoria ni cuerpo ni nombre sino lo que existe cuando los tres se juntan y deciden, juntos, que la vida —esta vida, la mía, la que tiene huecos y espinas y flores de invierno y un piano

desafinado y dos niños que crecen más rápido de lo que la ropa permite y una casa que respira y una mujer que cambia las sábanas y otra que pela patatas y una que escribe esto, ahora, en un cuaderno de tapas rojas, con una letra que es suya y de nadie más— merece ser vivida.

Y la boca, al despertar, ya no sabe a tierra.

Sabe a mañana.

FIN

Yorkshire, 1889 – 1890